

SI LAS MUJERES MANDASEN

Relatos de
la primera ola feminista

Edición y prólogo de
María Casas Robla



Siruela

SI LAS MUJERES MANDASEN

RELATOS DE LA PRIMERA OLA FEMINISTA

SI LAS MUJERES MANDASEN

Relatos de la primera ola feminista

Edición y prólogo de
María Casas Robla

Traducciones de
Susana Prieto Mori y Pablo González-Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: febrero de 2020

En cubierta: ilustración de incamerastock / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Edición y prólogo de María Casas Robla
© Traducciones de Susana Prieto Mori y Pablo González-Nuevo
© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18245-14-5

Conversión a formato digital: María Beloso.

*Para Blanca D. Casas y Guillermo Casas,
candiles de nieve*

*Me parece que es igual a los dioses
el hombre aquel que frente a ti se sienta
y a tu lado absorto escucha mientras
dulcemente hablas...*

SAFO

PRÓLOGO

HECHOS, NO PALABRAS: LAS MUJERES DE LA PRIMERA OLA FEMINISTA

En la zarzuela *Gigantes y cabezudos* (1898), cuya protagonista es una mujer cuyo analfabetismo provoca el enredo amoroso, argumento central de toda opereta, se canta una famosa jota que dice: «Si las mujeres mandasen/ en vez de mandar los hombres/ serían balsas de aceite/ los pueblos y las naciones». No es que la historia, ni la antigua ni la reciente, haya dado la razón a este presupuesto, pero es un hecho constatable que las oportunidades que han tenido las mujeres para demostrar la verdad de estos versos han sido bastante escasas.

¿Cómo iban a gobernar las mujeres, si se las consideraba eternamente menores de edad y necesitaban un hombre para supervisarlas? ¿Cómo iban a poder hacerse cargo de tal responsabilidad, si su capacidad intelectual era tan probadamente inferior que no se podía malgastar ni el erario público ni el privado en educarlas? Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, las mujeres que ejercieron libremente como letradas —Safo o Hipatía de Alejandría en la cultura clásica; Hildegarda de Bingen en la Edad Media; o Cristina de Pizán en el Renacimiento— no pasaron de ser ejemplos aislados. Pero, a finales del siglo XVIII, la Ilustración había enarbolado las banderas de la libertad y la igualdad, y había convencido a las mujeres de que su momento había llegado y, aunque los grandes ideólogos de las incipientes democracias liberales no tardaron en abandonarlas, se las puede considerar como precursoras de lo que, a finales del siglo XIX, se conocería como feminismo. Entre estas voces, destacan dos por su clarividencia: Mary Wollstonecraft (1759-1797) y Olympe de Gouges (1748-1793), quienes publicaron textos esenciales para sentar las bases de la defensa de la dignidad, la inteligencia y el potencial humano de las mujeres. Comencemos, pues, con ellas dos este breve paseo por los inicios de los movimientos en defensa de los derechos de las mujeres.

Las ideas de Wollstonecraft pueden considerarse prefeministas —el término «feminismo» no se acuñó hasta 1890— o, siguiendo a Amelia Valcárcel, las primeras que se expresaron como tales. En su *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), Wollstonecraft no pretendía defender una posición de clase, sino discutir de tú a tú con Rousseau —padre del democratismo liberal que forjó las revoluciones burguesas y, sin embargo, auténtico convencido de que la capacidad intelectual de las mujeres era despreciable por mínima— sobre la exclusión sistemática de las mujeres del nuevo orden democrático del que ella era adepta y quería sentirse partícipe. En palabras de Valcárcel, «porque Mary Wollstonecraft es demócrata rousseauniana, porque estima

que tanto *El contrato social* como el *Emilio* dan en la diana de cómo debe edificarse un Estado legítimo y una educación apropiada para la nueva ciudadanía, no está dispuesta a admitir la exclusión de las mujeres de ese nuevo territorio». La educación intelectual de las mujeres es, pues, primordial para que se conviertan en ciudadanas de pleno derecho y adquieran obligaciones cívicas que, de otra manera, no tendrían, siendo por tal razón incapaces de contribuir a la sociedad. La tiranía del *pater familias* y la institución matrimonial concebida como cárcel doméstica son dos temas recurrentes en las obras de Mary Wollstonecraft —*Mary, un relato* (1788)—, temas de cuya influencia intentó escapar en su vida.

En la Francia posrevolucionaria, Olympe de Gouges enmendó las carencias de la *Declaración de derechos del hombre y del ciudadano* (1789) con una *Declaración de derechos de la mujer y de la ciudadana* (1791) con la que subrayaba las ideas de su contemporánea Wollstonecraft: si no nos dais derechos y nos educáis, no asumiremos ningún deber cívico, ni seremos virtuosas. Gouges, que había apoyado con entusiasmo la llegada de Robespierre, acabó sus días siguiendo los pasos de María Antonieta a la guillotina.

Como los cerdos en *Rebelión en la granja*, los ideólogos de la Ilustración habían declarado que, si bien todos los animales eran iguales, había unos que eran más iguales que otros. Esta contradicción, que elimina a las mujeres del conjunto de la humanidad, es el punto de partida que utilizaron las revolucionarias francesas para señalar con el dedo al nuevo Estado que las había excluido en el recuento de los seres humanos con derechos civiles y políticos. Se autodenominaron «el tercer estado del tercer estado», y comenzaron a redactar sus propias quejas como colectivo oprimido de carácter transversal, ya que lo eran en todos y cada uno de los tres estados. Armadas y reivindicativas, empezaron a formar asociaciones que fueron brutalmente disueltas cuando la República recién bautizada las relegó al mismo lugar al que las había condenado el Absolutismo: ser madres y esposas. Rousseau, el padre de las libertades, había conseguido colocar a las mujeres «en su sitio», que no era otro que la familia, y, tras las efusiones del modelo revolucionario, ni la legislación ni los modelos educativos de las democracias incipientes se vieron obligados a incluirlas en sus planes para conformar una sociedad igualitaria y justa. No obstante, las mujeres de la Ilustración habían conseguido algo muy valioso: que su reivindicación fuera colectiva y, por lo tanto, política, a pesar de que los jacobinos les recordaran que habían subvertido las leyes naturales al pretender ser «ciudadanas», y que el destino de sus cabezas no iba a ser nunca, ni bajo su mandato ni bajo el de los que les sucedieron, el pensamiento y el gobierno, sino la guillotina.

No hubo que esperar mucho para que las condiciones históricas permitieran el primer avance real de los movimientos femeninos. En las primera décadas del siglo XIX, las mujeres siguieron reclamando sus derechos como podían y donde podían, pero, hasta que no se produjo con la Revolución Industrial un crecimiento fabril y urbano desmedido, que concentró a los trabajadores en condiciones paupérrimas, obligándolos a organizarse para reclamar los derechos más elementales y a combatir por los mismos, las mujeres no empezaron a hacerse escuchar, aprovechando el clima revolucionario que provocaban los movimientos de emancipación de la clase obrera comandados por socialistas y anarquistas. La degradación y miseria generalizadas de fábricas y talleres incidían de forma aún más sangrante en las mujeres trabajadoras, las proletarias, la mano de obra más barata del trabajo industrial, si exceptuamos a los niños.

Al otro lado de la calle, las mujeres pudientes se veían cada vez más constreñidas,

convirtiéndose en simples objetos en el recuento de propiedades de sus maridos, sin posibilidad de acceder a la educación intelectual ni a las profesiones liberales, amenazadas por la pobreza si no se casaban o si sus hermanos no accedían a tutelarlas. Fueron estas mujeres las que, sin problemas económicos reales, y con tiempo para crear asociaciones e impulsarlas, iniciaron los movimientos que reivindicaban el derecho al voto como paso previo y necesario para conseguir la igualdad, la emancipación y el derecho a la educación. Si conseguían votar, podrían ser candidatas, acceder a los parlamentos y empezar a cambiar el orden social desde dentro. La ideología personal o la extracción social quedaban al margen, de modo que mujeres de distintos credos y de diferentes clases se unieron bajo un mismo lema: todas las mujeres, por el hecho mismo de serlo, sufrían las mismas discriminaciones fundamentales.

Así surgieron los diferentes movimientos en el mundo occidental y, en concreto, en la cultura anglosajona. En un artículo publicado en el *New York Times*, en 1968, Martha Lear englobaba dichos movimientos bajo el término *first wave feminism* («primera ola feminista»). Centrándose en las abolicionistas y sufragistas estadounidenses, que se habían organizado para luchar contra la esclavitud, en la que se sentían, en cierto modo, incluidas, la autora fechaba aquella fase entre mediados del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX. Desde entonces, la periodización de los movimientos feministas ha sido, y sigue siendo, objeto de discusión; así, especialistas como Amelia Valcárcel son partidarias de incluir en esa primera ola las reivindicaciones de las mujeres ilustradas, que aquí consideramos como precursoras, y cuyos objetivos no difieren demasiado de los de sus sucesoras. Pero esta antología respeta la periodización de Lear como instrumento para acotar el contenido del libro y convertirlo en un volumen asequible en cuanto al número de relatos contenidos en él y a la procedencia, más centrada en el mundo anglosajón, de sus autoras. Por otra parte, las feministas que, en los años sesenta y setenta del siglo XX, fundaron el Movimiento de Liberación de las Mujeres y convocaron la primera Huelga de Mujeres por la Igualdad (1970) lo autodenominaron segunda ola por considerarse herederas directas de los movimientos pro derechos de las mujeres que se sucedieron hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial; de este modo, ampliaron la senda marcada por ellos con nuevas reivindicaciones, tales como el reconocimiento del valor económico del trabajo doméstico, la igualdad de salarios y oportunidades entre mujeres y hombres, o la despenalización del aborto.

En 1848, en el Congreso en Defensa de los Derechos de las Mujeres o Convención de Seneca Falls, en Nueva York, organizada por Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott, destacadas abolicionistas y sufragistas, se aprobó una declaración con las líneas principales de la ideología del movimiento y sus estrategias. Las discusiones acerca del derecho al voto y la participación en política condujeron a examinar las diferencias a la sazón entre hombres y mujeres. No eran pocos los que aludían a una superioridad moral de las mujeres y creían que la presencia de las mismas en la vida pública provocaría una mejora sustancial en esta. Las reivindicaciones duraron hasta 1920, fecha en que las mujeres estadounidenses obtuvieron el derecho al voto.

A las abolicionistas estadounidenses se unieron, recién iniciado el siglo XX, las sufragistas inglesas, con Emmeline Pankhurst a la cabeza, fundadora en 1903, junto a sus hijas, del WSPU (Women's Social and Political Union), un movimiento sindicalista, adscrito al Partido Laborista, cuya principal premisa era que los derechos de las mujeres no podían desvincularse de los derechos de la clase trabajadora.

Bajo el lema «Hechos, no palabras», estas activistas, que se presentaban como la alternativa a

las acciones pacifistas, cuyo único instrumento de acción era el mitin, la palabra, recurrieron a formas de protesta más llamativas, propias de los movimientos obreros, algunas de ellas tachadas en su día —y en los nuestros— de vandálicas: quema de buzones, rotura de escaparates, escraches y cortes del tendido telefónico, sin descartar propuestas para invadir la Cámara de los Comunes o concentrarse ante el Parlamento. A partir de 1913, se radicalizaron aún más: una bomba destrozó la casa que se estaba construyendo el primer ministro, Lloyd George, y es tristemente famosa la muerte de la militante Emily Davison, pateada por el caballo del rey Jorge V cuando intentaba acercarse a él en el derbi de Epsom.

Fueron muchas las mujeres que acabaron en la cárcel, y muchas las que siguieron protestando entre rejas con huelgas de hambre. En junio de 1908, las sufragistas —tirando panfletos con ciclostiles e informando a viva voz en fábricas y asociaciones (¿qué no habrían hecho con redes sociales!)— convocaron una manifestación para pedir el voto femenino que reunió a 400.000 personas en Londres. En 1914 se produjo un hecho que había de favorecer, por triste que parezca en este contexto, el reconocimiento del sufragio femenino: el inicio de la Primera Guerra Mundial. El conflicto había llevado a la mayor parte de los hombres al frente, desabasteciendo así las fábricas de mano de obra. Acabada la guerra, fue difícil, por no decir imposible, seguir negándoles a las mujeres trabajadoras el derecho a decidir, al menos en lo que respecta a la política, pues se habían convertido en ciudadanas de pleno derecho al contribuir de manera activa a mantener la economía de subsistencia y la economía de guerra sustituyendo a la mano de obra masculina. Así, el 6 de febrero de 1918, las mujeres británicas acudían por primera vez a las urnas... si eran mayores de treinta años y tenían rentas. ¿Celebraría Virginia Woolf, la autora cuyo relato cierra esta antología y que, en 1918, ya había publicado *Fin de viaje* —ingeniosa sátira social con protagonistas femeninas que buscan su lugar en el mundo—, su trigésimo sexto cumpleaños en la cola de una mesa electoral?

Centrémonos un momento en las proletarias. Desde mediados del siglo XIX, los socialistas utópicos, conscientes de que no podían dejar a un lado a la mitad de la humanidad, ya incluían a las mujeres en sus reivindicaciones igualitarias. Pero ellos, que apoyaban la independencia económica de las mujeres, tampoco querían subvertir el orden de las jerarquías laborales, donde las mujeres ocupaban y ocuparían durante mucho tiempo el escalafón más bajo. Los trabajos a los que podían acceder eran escasamente especializados y, por lo tanto, mal pagados y destajistas. Con semejantes pagas, no podían mantener siquiera un hogar miserable, por lo que seguían dependiendo del trabajo de sus maridos y, en ocasiones, de su prole para poder tener un techo sobre sus cabezas y poner unas patatas a la mesa. Flora Tristán, socialista y pionera de los movimientos feministas en Latinoamérica, seguía señalando, como Gouges y Wollstonecraft, la necesidad imperiosa de que las mujeres, que, como madres, hijas y esposas, influían en la vida doméstica de sus hombres, pudieran estudiar para influir, de igual manera, en el cambio de mentalidad de los Gobiernos dirigidos por hombres. Si las mujeres mandasen, recordemos, no habría guerras ni males, porque ellas son las cuidadoras del mundo, las dadoras de vida, las salvadoras de la sociedad. Calificativos que pueden parecer loables, pero que seguían identificando a la mujer con la madre, constriñendo en gran medida sus posibilidades. Para las socialistas utópicas, las no madres no entraban en ninguna ecuación, aunque consideraran el celibato y el matrimonio como instrumentos represores de la emancipación femenina.

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado (1884), de Friedrich Engels, deja claro cuál es la línea de pensamiento del socialismo marxista respecto a las mujeres: no han sido

oprimidas por causas biológicas, por ser madres y físicamente inferiores, sino por intereses socioeconómicos que tienen que ver con la propiedad privada y la exclusión de la producción social. Las mujeres podrán emanciparse cuando consigan ser productoras y recuperen la independencia económica. Sin embargo, cuando llegó la hora de incorporarlas al trabajo, aparecieron muchos detractores: era mejor no trabajar que ser sobreexplotada, porque, como eran sobreexplotadas, provocaban la caída de los salarios; porque los hombres se quedaban sin trabajo; porque los niños morían dentro y fuera de los vientres, y así sucesivamente. Por otro lado, consideraban a las sufragistas, mujeres acomodadas en su gran mayoría, enemigas de clase poco preocupadas por la situación de las mujeres trabajadoras.

Alexandra Kollontai, la primera mujer en ocupar un puesto en el Gobierno, al formar parte del Sóviet de Comisarios del Pueblo, que condujo a la creación de la URSS en 1922, es uno de los grandes nombres del socialismo feminista, a pesar de sus reticencias a cierto tipo de reivindicaciones que podían poner en entredicho el futuro de la Nación Obrera. Kollontai criticó la doble moral de la organización familiar como causa y origen de la explotación económica y sexual de la mujer, y puso las bases para conseguir la igualdad real entre hombres y mujeres: gracias a su impulso, las madres soviéticas tuvieron un salario y guarderías gratuitas donde dejar a sus hijos mientras trabajaban; si no querían seguir con sus maridos ni tener hijos, podían divorciarse y abortar. Además, desde el Departamento de la Mujer, precedente de todos los Institutos y Ministerios de la Mujer que aún se conservan en las democracias liberales, proveyó de todo lo necesario para que las mujeres participaran en la vida pública y en la lucha contra una de las mayores lacras que había heredado del absolutismo zarista: un analfabetismo que no sabía de diferencias de género.

El anarquismo, aunque sin ideas específicas sobre las condiciones de la mujer, contó entre sus filas con numerosas militantes, como Emma Goldman (1869-1940), que insistieron en la necesidad de que cada mujer, como individuo, debía liberarse de la ideología tradicional que subyacía en sus creencias y hábitos personales. Si, en el fondo —y no tanto—, seguían considerándose inferiores porque así lo habían mamado, de poco serviría que accedieran al trabajo y fueran económicamente independientes. La libertad había de ser el principio rector de todo, y, por encima de la igualdad entre sexos, estaban las relaciones libres. Para ellas, en una postura diametralmente opuesta a la de las sufragistas, conseguir el derecho al voto no era tan relevante, puesto que el fin último de las anarquistas era acabar con toda clase de Estado, democrático o no.

Hemos sobrevolado, de manera muy somera, los lugares en los que se originaron los movimientos inscritos en la llamada «primera ola feminista». Desde allí se extendieron hacia otros países de ambos lados del Atlántico. Observemos ahora, a vista de pájaro, cuál fue su origen o su influencia en España, Latinoamérica, África y Asia.

El retraso socioeconómico de España no propiciará el caldo de cultivo para la organización de movimientos políticos como tales hasta después de la Primera Guerra Mundial, aunque, en una fecha tan temprana como 1830, y con reivindicaciones y acciones que se extenderían por otras provincias, en el mismo contexto fabril y en otros diferentes durante todo el siglo XIX y los primeros años del siglo XX, las cigarreras de Madrid se habían levantado para reclamar mejores salarios y condiciones laborales. En 1857, las cuatro mil que trabajaban en la fábrica de A Coruña se declararon en huelga y arrasaron maquinaria y oficinas mientras abandonaban sus puestos de

trabajo. En 1910, Emilia Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Concepción Arenal o Carolina Coronado apoyaban, desde sus tribunas de prensa, las reivindicaciones jurídicas y educativas de las mujeres, que acabaron con una concentración de cuatro mil personas ante la sede del Gobierno Civil de Barcelona, bajo las consignas «¡Abajo el clericalismo!» y «¡Viva la libertad!».

Tímidamente, las liberales clamaron durante todo el siglo XIX por los derechos de las mujeres, aunque aún eran demasiado conservadoras para desprenderse de un tono donde virtud y maternidad, teñidas de catolicismo, eran valores intrínsecos a destacar. Las ideas ilustradas habían cuajado, como en los países anglosajones, en Francia o Alemania, y resurgían, como en aquellos, centradas en una reclamación básica: la extensión de la educación a las mujeres interesadas en ella, es decir, a las que ya disfrutaban de otros privilegios de clase. Así, la Junta de Damas de la Unión Iberoamericana de Madrid no pedía derechos políticos, sino pequeñas reformas que llevaran a las mujeres al trabajo y la educación. En 1918, fecha, recordemos, en la que las inglesas mayores de treinta años y con recursos económicos ya podían votar, se fundó en España la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), una organización, alejada de cualquier ideología, que reivindicaba más derechos sociales y legales para las mujeres: reforma del Código Civil, supresión de la prostitución legalizada, derecho a ejercer profesiones liberales y a desempeñar cargos oficiales, igualdad de salarios, promoción de la educación, y un subsidio para que las mujeres pudieran publicar obras literarias. Las primeras victorias no se consiguieron hasta que, en 1931, la recién elegida diputada del Partido Radical, Clara Campoamor, entró a formar parte de la comisión encargada de redactar el proyecto de la Segunda República, y en ella defendió la necesidad del sufragio femenino: era una auténtica paradoja que las mujeres pudieran acceder a cargos parlamentarios y no tuvieran ni voz ni voto para elegirlos. El 19 de noviembre de 1933 acudieron a las urnas casi siete millones de mujeres para votar a sus gobernantes en los segundos comicios de la Segunda República. Poco duró la victoria, pues, tras las elecciones de 1936, las mujeres y los hombres españoles no pudieron volver a ejercer su derecho al voto hasta 1977, después de cuarenta años de dictadura.

En el mismo congreso en el que Campoamor se desgañitaba por conseguir el derecho al voto para las mujeres, Victoria Kent era una de las muchas feministas que defendían que, antes de que fueran a votar, era necesario apartar a las mujeres de la influencia de la Iglesia y garantizar que habían sido educadas y tenían criterio suficiente para reconocer las manipulaciones a que pudieran someterlas los partidos más conservadores para ganar su confianza en las urnas. Desde el Lyceum Club Femenino (1926), cuya primera presidenta fue María de Maeztu, Victoria Kent se dedicó a formar intelectualmente a las mujeres. Pero, aunque tenía una sección dedicada a promover la incorporación de la mujer a la sociedad civil, con la creación, por ejemplo, de guarderías para ayudar a las mujeres trabajadoras, el Lyceum no pasó de ser un centro cultural para mujeres ya letradas, cuya influencia fue muy escasa. Existieron otras muchas organizaciones que se ocupaban de los derechos legales y económicos de las mujeres, como la Federación de Grupos Femeninos, fundada por Belén de Sárraga, maestra y periodista del último tercio del siglo XIX, que promovía la educación laica; o la Cruzada de las Mujeres Españolas, dirigida por Carmen de Burgos, alias Colombine, periodista y pedagoga, que, desde una postura inicial más centrada en el derecho a la educación y en el reconocimiento del papel de la mujer como madre, derivaría en una acérrima y activa defensa del derecho al voto.

En Latinoamérica, la primera ola feminista, comandada, como en Europa y América del Norte y Central, por mujeres de clase alta, cuya reivindicación principal era el acceso a las

universidades para poder convertirse en profesionales liberales, cuajó en asociaciones que, sin declararse feministas, fueron el precedente de lo que no empezaría a conseguirse hasta los años setenta y ochenta del siglo XX por el retraso en la instauración de la democracia en muchos países. Lavanderas, maestras y obreras del textil se organizaron para protagonizar huelgas en las que reclamaban condiciones laborales dignas. Hubo también agrupaciones sufragistas que, durante la primera mitad del siglo XX, fueron consiguiendo sus objetivos, y que siguieron reivindicándolos fundando partidos de apellido femenino, como el Partido Feminista Nacional de Argentina, o Evolución Femenina, en Perú.

Acabemos nuestro viaje señalando que la pervivencia de las políticas imperialistas en África y en Asia, unida a la idiosincrasia particular que ha provocado, en países intervenidos y saqueados desde hace siglos en beneficio de Occidente, la imposibilidad de que las culturas africanas y asiáticas pudieran, por sí mismas, afrontar los necesarios movimientos internos hacia la igualdad de los seres humanos, nos obliga a darnos la vuelta. En Australia y en la India, como en los Estados Unidos, hubo mujeres que, en el contexto del Imperio y del proteccionismo británico, como Begum Rokeya o Olive Schreiner, llevaron a cabo la ingente tarea de dar a conocer, en sus respectivos países, las ideas ilustradas y sufragistas. Pero los logros, escasos fuera del contexto occidentalizado, de sus sucesoras llegan muy lejos en el tiempo para los propósitos de esta antología. Allí donde las mujeres son reducidas a prisión, lapidadas y decapitadas por adúlteras, o han de cargarse de hijos para que sus hombres sigan manteniéndolas, o son objeto de tortura en aras de la pureza, esclavizadas, prostituidas y asesinadas, no es que el feminismo histórico se diluya, sino que su lucha ha de producirse en un contexto que no se puede describir con palabras ni clasificaciones, pues es pre-histórico.

Hechos y palabras. Una antología

En *Una habitación propia*, libro que amplía las conferencias sobre «Las mujeres y la novela», que pronunció en el Newnham College y el Girton College, Universidad de Cambridge, en 1928, y del que procede uno de sus pensamientos más citados —«una mujer ha de tener dinero y una habitación propia, si quiere escribir»—, Virginia Woolf fantaseó sobre la existencia de una hermana de Shakespeare —a la que llamó, no sin intención, Judith— y las posibilidades que, con los mismos dones que William, habría tenido de labrarse una carrera como autora teatral. Y llegó a esta conclusión: «Cualquier mujer nacida con un gran don en el siglo XVI se habría vuelto loca, se habría quitado la vida o habría terminado sus días en algún *cottage* solitario a las afueras del pueblo, medio bruja, medio maga, objeto de miedo y burla. Porque no hace falta tener mucha psicología para estar seguro de que cualquier mujer altamente creativa que hubiera intentado utilizar sus dones para la escritura habría tenido tantos obstáculos que, frustrada, torturándose a sí misma y apartada por sus propios instintos contradictorios, habría perdido, sin ninguna duda, la salud y la cordura». Sin embargo, esas brujas y magas, encerradas en sus casas, aisladas en el campo de todos aquellos para los que eran objeto de burla, se empeñaron en escribir, desde el albor de la civilización occidental, para demostrar lo que hoy nos parece obvio: que las mujeres, con un espacio propio, con dinero propio y con el mismo acceso a la educación que los hombres, podían y debían compensar el exceso de testosterona que imperaba en los estantes de las bibliotecas y de las librerías para conseguir algo primordial: que la declaración de los derechos

del hombre y del ciudadano incluyera a toda la humanidad (nombre, femenino, singular, y no excluyente).

Las mujeres del mundo occidental no fueron ciudadanas de pleno derecho hasta la primera mitad del siglo XX, en líneas generales, y la educación necesaria que reclamaban para poder llegar a serlo les fue negada sistemáticamente durante el periodo que nos ocupa. Sin embargo, entre las clases pudientes, y en contextos familiares extraordinarios para la época, en los que se promovía, si no la igualdad plena, sí el acceso al estudio de la filosofía, la ciencia o la literatura, hubo mujeres letradas y letraheridas que decidieron hablar por aquellas que no podían ni sabían. Artículos de prensa, panfletos, ensayos, así como poemas, obras de teatro, novelas y relatos iban construyendo, con voz de mujer, el relato de las injusticias, las desigualdades, el enclaustramiento, el ensañamiento, o la tortura física y mental de las mujeres en aquella sociedad que las consideraba estúpidas y dependientes.

Este es el hilo violeta que une todos los textos que componen esta antología, por alejado que parezca de alguno de ellos. Unos muestran las restricciones que le impiden a la mujer formar parte activa de la sociedad civil; otros satirizan hasta provocarnos la risa alta y llana sobre la simpleza de una sociedad eminentemente masculina y sus intrincados protocolos, las escasas habilidades de los hombres y su comportamiento estereotipado respecto a las mujeres. Hay relatos que, bajo pequeñas historias de la vida cotidiana, ocultan un análisis certero de la sociedad, en general, y otros más explícitamente políticos, como las utopías, en las que se muestra qué sería del mundo, del gran mundo y de los pequeños mundos, si las mujeres gobernasen. Muchas de sus autoras no se consideraban feministas, pocas entre ellas fueron militantes activas en alguno de los movimientos que englobamos bajo la primera ola feminista, pero está claro que todas contribuyeron a que podamos entender por qué el feminismo se convirtió en un movimiento tan sólido a lo largo de tantos años.

Inaugura la antología un relato juvenil de Jane Austen (1775-1817), *Amor y amistad* (h. 1790), en el que utiliza la estructura epistolar que conformaría, pocos años más tarde, su novela *Lady Susan* (h. 1794). Austen sintió una compulsión hacia la escritura desde muy niña, un don que su familia alentó y que acabaría convirtiéndose en su modo de vida. Tanto el relato incluido aquí como *Lady Susan* fueron publicados a la muerte de su autora, y después de que su hermano hubiera revelado la autoría de sus grandes novelas, publicadas en vida de Austen de manera anónima. Escrito cuando tenía unos quince años para entretener a su familia, *Amor y amistad* es un texto breve y satírico que parodia las novelas románticas que ella había leído de niña, y en concreto cómo se trata en ellas el sentimiento, la sensibilidad, considerada como una de las virtudes femeninas para mayor desdoro de las mujeres. Su compatriota, Mary Wollstonecraft, publicó *Vindicación de los derechos de la mujer* en 1792, y, con este texto en mente, las novelas de Austen no parecen revelar ningún interés reivindicativo. Sigue siendo un tema de discusión de la crítica feminista, entre las que tiene tantas detractoras como defensoras, si Austen ha de ser considerada o no miembro de pleno derecho de la primera ola feminista. Sus detractoras recurren a Fanny Price, la antiheroína de *Mansfield Park* (1814), para indicar que este personaje callado, con escasas dotes de ingenio, cuyas experiencias no tienen un final feliz, constituye una denuncia de que la pertenencia a una clase social privilegiada determinaba el encanto que para las lectoras tenían los personajes femeninos, cuyas transgresiones, al final del relato, no tenían consecuencias. En cualquier caso, tanto la vida de Jane Austen como el análisis certero que realiza de la situación de las mujeres de su época son motivos más que suficientes para incluirla en esta antología. Y no

menos relevante es que sea considerada como la fundadora de la novela moderna tanto en sus intereses —la vida cotidiana y la psicología de los personajes— como en su estilo y estructura, ambos tan efectivos que han colocado sus novelas por encima de todo tiempo y lugar, convirtiéndolas en clásicos universales.

En similar línea satírica, le suceden *Cora* (1833), de Amantine Aurore Lucile Dupin, alias George Sand (1804-1876), y *El hermano Jacob*, de Mary Anne Evans, alias George Eliot (1819-1880). Sand aprovecha el personaje de la virtuosa, indiferente y hermosa Cora, aparentemente más interesada en la lectura que en los hombres, para ridiculizar el provincianismo, en su caso francés, y las pasiones románticas.

Hija de aristócrata, la rebelde Amantine Aurore es un personaje de novela en sí misma: baronesa por matrimonio, madre de dos hijos, abandonó a su marido en 1831 y obtuvo un bien bastante escaso en su tiempo: el divorcio. No se volvió a casar, pero vivió libremente un año en Mallorca con Chopin, mantuvo una apasionada relación amorosa con Alfred de Musset, y fue amiga de Liszt, Delacroix, Hugo y Flaubert. Para poder deambular por París sin acompañamiento alguno y acceder a los lugares que les estaban vedados a las mujeres, se solía disfrazar de hombre. Formó parte activa en los movimientos sociales de 1848, declarándose públicamente anarquista; después, comunista, y, paradójicamente, reaccionando contra la Comuna de París en 1871, perpleja ante lo que consideró un exceso. Su apabullante personalidad, como sucede con lord Byron, puede ser la responsable del escaso interés que suscitan sus obras, si exceptuamos *Un invierno en Mallorca* (1842). Quizá sea un buen momento para visitar *Lélia* (1833) o *Ella y él* (1859), dos de sus obras más comprometidas desde el punto de vista de la literatura femenina.

Los absurdos comportamientos provincianos y el encorsetamiento no solo de las mujeres, sino de toda la sociedad son también objeto de análisis en el divertidísimo *El hermano Jacob* (1860), de Mary Anne Evans, alias George Eliot. El relato, compuesto con la estructura de una fábula moral, está escrito con la maestría que la autora empleó en obras de mayor calado, como *Middlemarch* (1871), su obra maestra y, según la crítica y muchos de sus pares, la mejor novela jamás escrita en lengua inglesa.

Mary Anne, procedente de una familia de la clase media rural inglesa, era una lectora compulsiva, que devoraba uno tras otro todos los libros a su alcance. Su educación en diferentes instituciones religiosas no pudo impedir que tanto sus lecturas como el círculo de pensadores que frecuentó en la ciudad de Coventry —Robert Owen y Herbert Spencer, o Ralph Waldo Emerson y John Stuart Mill— fueran conduciéndola hacia el agnosticismo y hacia la simpatía por los movimientos sociales de la época antes que hacia el matrimonio institucionalizado. Tras la muerte de su padre, en 1850, comenzó a escribir reseñas para una revista de ideas radicales y positivistas, la *Westminster Review*, donde conoció al periodista y filósofo George Henry Lewes. El matrimonio con Lewes estaba acabado aun antes de que su mujer se quedara embarazada de otro hombre. Lewes le dio su apellido al hijo y, sin divorciarse, convivió con Mary Anne desde 1854 hasta su fallecimiento, en 1878. Dos años después, y medio año antes de su propia muerte, Mary Anne Evans siguió transgrediendo las normas sociales de la rígida sociedad victoriana al casarse con un hombre veintinueve años más joven que ella, rompiendo todos los moldes de su época y viviendo libremente de su vocación, que le proporcionó sustento y reconocimiento. Ni siquiera la razón para utilizar un pseudónimo masculino es convencional: no firmaba como un hombre porque, como tantas otras escritoras, temiera que ni la crítica ni los lectores respetaran su literatura, sino porque consideraba la novela como un instrumento del romanticismo vacío, con el

que no quería que se la identificara, por ser inferior a la filosofía o la poesía. Y, sin embargo, como en Austen, las novelas de Mary Anne Evans se convirtieron en vehículos de análisis social tan certeros que habrían suscitado la admiración de Wollstonecraft tanto como suscitaron la de Virginia Woolf, una de sus más acérrimas defensoras y admiradoras.

Vida soñada y vida real: un breve cuento africano (1893), de Olive Schreiner (1855-1920), nos conduce al mundo del *apartheid*, con una historia trágica en la que negritud y feminismo se dan la mano en Sudáfrica. Su relato es un precedente de los trabajos de Nadine Gordimer y John Maxwell Coetzee, ambos sudafricanos y sendos Premios Nobel de Literatura.

Los intereses de Schreiner eran variados: defensora de la paz, socialista, vegetariana, feminista y, por encima de todo, una de las primeras voces en clamar contra el racismo. Hija de misioneros ingleses, vio morir a varios de sus hermanos a causa de la pobreza, y a su propia hija poco después de que esta naciera. Trabajó de institutriz para ganarse la vida y poder ser independiente. Sus lecturas de los socialistas utópicos fueron determinantes, incluso en lo tocante a sus creencias religiosas, que terminaron asentándose en una concepción teleológica del mundo. Su verdadera vocación, la medicina, se vio truncada por la falta de dinero y el asma temprana, que acabaría provocándole la muerte. En 1894 se casó con un granjero, políticamente activo, como ella, en la reclamación de la igualdad y de la independencia de Sudáfrica, la lucha por los derechos humanos y por los derechos de los homosexuales, y siempre a favor de la paz. A partir de entonces, sin problemas económicos, y con el aplauso de la crítica, que ya había recibido su primera gran obra, *Historia de una granja africana* (1883), publicada bajo el seudónimo de Ralph Iron, la escritura y el activismo se convirtieron en su forma de vida. Sus ideas, sutilmente reflejadas en *Vida soñada y vida real*, aparecen detalladas de forma explícita en ensayos como *La mujer y el trabajo* (1911) o *Closer Union* (1909) —en el que su visión de una Sudáfrica no racista y no sexista podría parecer profética—.

La ciencia ficción y el cuento gótico son dos géneros en los que las escritoras del siglo XIX encontraron un buen lugar desde el que poder expresarse recurriendo a los dobles sentidos. Una buena muestra de este tipo de literatura, encabezada, entre otras grandes escritoras, por Mary Shelley, es *El conde esqueleto, o la amante vampiro* (1828), de Elizabeth Caroline Grey (1798-1869), un cuento en el que el matrimonio «perfecto» acaba literalmente aniquilado por los convencionalismos.

Poco sabemos de la vida de Elizabeth Caroline Grey, Mrs. Colonel Grey o Mrs. Grey, aparte de que escribió unas treinta novelas románticas, novelas góticas, ciencia ficción y, aunque se ha puesto en duda su autoría, varios relatos de terror conocidos como *penny dreadfuls* por costar un penique y ser en su mayor parte historias sangrientas. A pesar de su ingente obra, Elizabeth Grey ha ido perdiendo todos sus lectores con el paso de los años, y solo se la menciona en las antologías de literatura victoriana y vampírica que se atreven a seguir adjudicándole no solo la autoría de *El conde esqueleto, o la amante vampiro*, sino a considerar este relato como el primero escrito y publicado por una mujer. Leer atentamente es formarse una opinión. Quede pues en manos de las lectoras, tras leer este cuento, el análisis de la escritura y si ven en él la mano de un hombre o la pluma de una mujer.

Dentro del género de la ciencia ficción, el subgénero utopía es, podríamos decir, el elegido por una gran mayoría de escritoras feministas de todas las épocas como puente entre la teoría y la práctica, entre «lo imposible posible» y «lo posible imposible». Pensemos, sin ir más lejos, en *El cuento de la criada* (1985), de Margaret Atwood, convertido en novela de culto y en icono de la

perenne lucha de las mujeres, mucho antes de su renovado éxito gracias a la popularidad de la serie de televisión estrenada en 2017. En esta línea de trabajo, la novela *Mizora. Un mundo de mujeres* (1890), de la estadounidense Mary E. Bradley Lane (1844-1930), nos muestra lo que sucedería exactamente si las mujeres mandasen sobre las mujeres, sin hombre alguno: innovaciones tecnológicas y científicas, partenogénesis, videoteléfonos y comida artificial. Su autora sigue siendo para nosotros una auténtica desconocida, cuya única obra merece formar esta antología, aunque sea solo un fragmento, por ser el antecedente directo de novelas más logradas, como *Matriarcadia* (*Herland*, 1915), de Charlotte Perkins Gilman.

Pocos años antes, en 1905, en *El sueño de Sultana*, la escritora bengalí musulmana Begum Rokeya Sakhawat Hossain (1880-1932) recurre también a la distopía, con un eficaz tono irónico, para resaltar el limitado rol de la mujer, y más concretamente de la mujer musulmana, en la India colonial. Begum Rokeya es una de las pioneras del feminismo musulmán, una mujer que utilizó todos sus privilegios de clase —era hija de un *zamindar*, un aristócrata rural, que no se opuso a que su hija aprendiera inglés y bengalí— y un matrimonio afortunado —su marido, Sakhawat Hossain, que la animó a escribir, era un hombre acomodado y liberal a favor de la educación de las mujeres— para pasar, en cuanto le fue posible, de las palabras a los hechos: fundó una escuela para niñas musulmanas bengalíes en Calcuta, que aún existe, y la Asociación de Mujeres Musulmanas, desde la que promovió el debate sobre la igualdad, el acceso de las mujeres a la educación y la reforma política y social. En Bangladés, su lugar de origen, se celebra cada 9 de diciembre el Día Rokeya para recordar a las mujeres indias todo lo que queda por hacer y premiar sus contribuciones a la lucha.

Charlotte Perkins Gilman (1860-1935) nos da pie para hablar de aquellos relatos sobre las múltiples restricciones en la vida de las mujeres desde el punto de vista de las mujeres. Su sobrecogedor relato *El empapelado amarillo* (1892), basado en una experiencia personal, y a medio camino entre el análisis psicológico y el cuento de terror, es una breve obra maestra en la que se habla de muchas cosas, entre ellas, y no la menos relevante, del uso de la escritura como herramienta para transgredir lo prohibido y alzar la mano.

Perkins Gilman es uno de los iconos de la primera ola feminista. Hija de Frederic Beecher Perkins, librero, escritor y editor, miembro de la influyente familia Beecher —a la que pertenecía Harriet Beecher Stowe, la autora de la abolicionista *La cabaña del tío Tom* (1852)—, tuvo que afrontar una infancia con cambios continuos de domicilio, a los que su madre se vio obligada en busca de amparo familiar y de trabajo tras ser abandonada por su marido. A los dieciocho años se matriculó en la Escuela de Diseño de Rhode Island y consiguió contribuir a la economía familiar vendiendo diseños publicitarios y acuarelas. En 1884 se casó con el artista Charles Walter Stetson, con quien un año después tuvo una hija. Una depresión posparto, que entonces no se diagnosticaba como tal, y para la que se recomendaba reposo, vida doméstica y nada de trabajo intelectual, acabó diez años después con un divorcio y el inicio de la carrera de Charlotte como escritora, conferenciante y activista en la costa oeste de los Estados Unidos. El divorcio, ya de por sí insólito en aquellos años, lo es más aún en el caso de Perkins Gilman, porque fue amistoso: Frederick se casó de nuevo con una amiga de Charlotte, y los tres mantuvieron una relación cordial el resto de sus días. Su actitud a contracorriente continuó hasta el fin de su vida, primero con un segundo matrimonio, en 1900, a los cuarenta años; una segunda maternidad a los cuarenta y dos, y, tras el diagnóstico de un cáncer de mama, la decisión de acortar su vida con cloroformo en 1935. Junto con *El empapelado amarillo*, dos ensayos, muy aclamados, son sus obras literarias

más relevantes —*Mujeres y economía: un estudio sobre la relación económica entre hombres y mujeres como factor de la evolución social* (1898) y *The Home: Its Work and Influence* (1903) —, que amplían el contenido del anterior abundando en la opresión que el trabajo doméstico significa para la salud mental de las mujeres y de la sociedad entera.

El grupo de amigas que protagoniza *Una sociedad* (1921), de Virginia Woolf (1882-1941), decide iniciar una búsqueda en diferentes niveles e instituciones sobre los logros de los hombres, porque, mientras las mujeres han sido relegadas al hogar, convertidas en cuidadoras y engendradoras de gobernantes y escritores, y han realizado su tarea con esmero, ¿qué han hecho durante ese tiempo los hombres para que el mundo sea más bueno y más bello? Partiendo de una premisa similar, pero inversa —qué mujeres han destacado en la historia y en la literatura—, la conferenciante protagonista de *Una habitación propia* recorrerá, siete años más tarde, las bibliotecas de la universidad donde ha de pronunciar una conferencia.

Es harto complicado resumir la vida y la obra de una de las escritoras más relevantes de la literatura universal. La primera sigue siendo objeto de estudio desde diferentes puntos de vista: los probables abusos de sus hermanastros, que pudieron causar lo que hoy conocemos como trastorno bipolar, y que acabó en suicidio; su relación con su marido Leonard Woolf, según algunas biógrafas causante directo de sus males; su bisexualidad, que se hizo manifiesta en su relación con Vita Sackville-West, para quien escribió *Orlando* (1928), una obra de referencia para todas las autoras que han querido incorporar la cuestión del género con protagonistas sexualmente ambiguos, sin identidad sexual aparente, o, simplemente, nombrando y adjetivando en femenino, como Jeanette Winterson en *Escrito en el cuerpo* (1992). La segunda, es decir, su obra, además de experimental y llena de lirismo, traza un camino nuevo en la novelística inglesa al insistir en la psicología de los personajes a través del flujo de conciencia. Pero, además de sus novelas, los estudios recientes de otros textos, como *Una habitación propia* y *Tres guineas* (1938), la sitúan como una gran analista, preocupada por los problemas de clase en la sociedad de su tiempo y por la dificultad de las mujeres para independizarse de los hombres jurídica y económicamente. *Una sociedad* es un buen resumen de muchos de los asuntos que importaron a este innegable icono del feminismo, así como una muestra de un estilo menos experimental que el de sus grandes novelas y no exento de humor, algo de lo que Virginia, por poco creíble que pueda parecer cuando se resume su vida, no carecía. Baste pensar en una de sus frases más recordadas, extraída de *Una habitación propia*: «Incluso me atrevería a aventurar que Anónimo, que escribió tantos poemas sin firmarlos, era a menudo una mujer».

Como el relato de Virginia Woolf, *El capricho de Anna* (1873), de Louisa May Alcott (1832-1888), *La historia de una hora* (1894), de Kate Chopin (1850-1904), y *Esperanzas* (1828), de Fredrika Bremer (1801-1865), insisten en diferentes aspectos de las restricciones que la sociedad decimonónica imponía a las mujeres, entre ellas la obligación de depender legal y económicamente de sus maridos. Anna, la protagonista del relato de Alcott, tiene una gran semejanza con Josephine March, *alter ego* de la escritora e inolvidable personaje protagonista de la trilogía *Mujercitas* (1868).

Hija del trascendentalista Amos Bronson Alcott, Louisa May pasó la mayor parte de su vida en Boston y Concord, donde creció en ilustre compañía: Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau y Margaret Fuller ayudaron a su padre a educarla. Amos Bronson Alcott, un idealista muy poco práctico que había fundado e intentado dirigir una escuela experimental en Boston (Temple School) y una comunidad utópica (Fruitlands), demostrando en ambas ocupaciones su incapacidad

para evitarle a su familia la amenaza constante de la pobreza, provocó que Louisa empezara a trabajar desde muy joven para sostener la economía familiar. Fue profesora, institutriz, costurera y doncella, antes de poder ganarse la vida como escritora. Sus primeras obras, novelas de aventuras dirigidas a un público juvenil, y publicadas bajo el seudónimo A. M. Barnard, fueron meros productos alimenticios muy alejados del estilo detallista y lleno de humor que aparece por vez primera en *Hospital Sketches* (1869), libro que recoge las cartas que envió a su familia durante su servicio como enfermera voluntaria durante la guerra de Secesión en el Hospital de Georgetown. Allí contrajo fiebres tifoideas, que nunca la abandonaron y que provocaron su muerte prematura a los cincuenta y cinco años. Pero ¿era Alcott feminista? ¿Son sus personajes femeninos, esas mujeres atrapadas en vidas domésticas, cuya salida a la pobreza es el matrimonio, feministas? Alcott era abolicionista, como sus padres, y creía en la igualdad de mujeres y hombres; había leído la Declaración de Seneca Falls, y fue una de las primeras mujeres en registrarse para votar en Concord. Al contrario que su creadora, que nunca se casó, sus heroínas se casaban, ciertamente, por elección propia, un dato relevante que, junto a su propia vida, debería de inclinar la balanza del feminismo a su favor.

En *La historia de una hora*, Kate Chopin dibuja, con la maestría propia de las grandes cuentistas, una historia muy breve y sencilla que concluye con una vuelta de tuerca con la que coloca ante nuestros ojos la prisión que para las mujeres de finales del siglo XIX suponía el matrimonio. Reconocida como una de las pioneras de los movimientos por la emancipación de la mujer en los estados sureños de los Estados Unidos, Chopin creció en una familia acomodada y se casó joven con el dueño de una plantación de algodón, con el que tuvo seis hijos prácticamente consecutivos. En 1882, viuda desde hacía dos años y endeudada, tuvo que vender las propiedades de su marido y se instaló en Saint Louis con su madre, quien murió en 1883. Chopin comenzó a escribir como método para aliviar la depresión que le causaron las pérdidas sucesivas de su marido y de su madre. Sus cuentos, artículos y traducciones comenzaron a publicarse con bastante éxito en diferentes diarios y revistas. Sin embargo, la aparición de *El despertar* (1899) llamó la atención, en un sentido negativo, de la encorsetada sociedad estadounidense por su manera de presentar la sexualidad femenina, las supuestas virtudes de la maternidad o la infidelidad marital. Esta novela es su obra más conocida gracias al rescate que hicieron de Chopin las feministas de la segunda ola.

En esta línea se mueve también, aunque con cierto toque gótico, *La Muchacha Invisible* (1833), de Mary Shelley (1797-1851), en el que las convenciones sociales y la falta de libertad han convertido a la mujer en fantasma, en un ser pospuesto y sin entidad, oculto en las sombras, proscrito y vano, algo que su autora conocía por propia experiencia.

La vida de Mary Shelley fue una continua lucha contra los preceptos establecidos. La guía de Mary en dicha lucha fue su madre, Mary Wollstonecraft, que murió a los pocos días de dar a luz a su hija. Su padre, William Godwin, periodista y filósofo admirado por sus obras radicales, sobre todo por *Investigación acerca de la justicia política* (1793), se dedicó a cultivar el evidente talento de Mary con la idea de convertirla en una filósofa influyente a la altura de los tiempos, y nunca olvidó poner a su alcance los libros que había publicado su madre. Sin embargo, acabó vencido por las circunstancias económicas y defraudado por la joven, que, deseosa de predicar con el ejemplo, huyó de casa llevándose a su hermanastra para vivir con Percy Bysshe Shelley, con quien se casó en 1816 tras el suicidio de la primera mujer del poeta. Godwin, que se había casado con dos mujeres madres de sendos hijos, fruto de relaciones extramatrimoniales, a quienes

había acogido sin remilgos en su casa, no pudo apoyar a su propia y única hija: el rechazo social que la elección de Mary conllevaba no era admisible para el hombre que había defendido con tanta vehemencia la igualdad de hombres y mujeres. La mujer que de niña escuchaba extasiada los relatos que Coleridge, gran narrador, les contaba a ella y a su hermanastra Fanny a la luz de la chimenea; la autora de dos novelas que inauguraron un nuevo género, *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818, publicada de forma anónima y revisada en 1831) y *El último hombre* (1826), se retiró de la vida pública para dedicarse a la educación de su hijo —que llegó a licenciarse en Harvard—, a publicar la obra que su esposo, Shelley, había dejado inconclusa, tras su temprana muerte en 1822, y a publicar su propia obra, decidida a ganarse la vida con la escritura: novelas, biografías, artículos para revistas femeninas y libros de viajes se sucedieron desde entonces. Y, aunque nunca fue rica, destinó parte de sus ingresos a las mujeres marginadas por la sociedad —madres solteras, adúlteras, lesbianas—, porque, como ella, habían decidido tomarse la libertad que no se les daba. No solo la vida de Mary, sino también su obra, fueron rescatadas por las feministas de la segunda ola, que analizaron sus obras desde diferentes puntos de vista y resaltaron la radicalidad de su pensamiento.

El estilo y los temas elegidos por la escritora sueca Fredrika Bremer han sido comparados con los de Jane Austen. Sus novelas, protagonizadas por mujeres poco agraciadas, según los estándares masculinos de belleza y gracia, en búsqueda desesperada de marido, y narradas desde el punto de vista de una mujer liberada de tales cadenas, se convirtieron en instrumentos para conseguir la emancipación de las mujeres suecas. Emancipada ella misma de su hermano, gracias a la aprobación del rey, cuando tenía treinta años, su novela *Hertha* (1858) consiguió lo mismo, en la década siguiente, para el resto de las mujeres suecas. No se tome esta afirmación por una exageración ni por una metáfora, pues la publicación de la novela provocó tal movimiento social que el asunto llegó al Parlamento y, tras lo que se llamó el Debate Herta, quedó aprobada la mayoría de edad legal de las mujeres suecas a los veinticinco años y la primera escuela superior para mujeres. En 1884, la primera organización sueca por los derechos de las mujeres tomó su nombre.

Educada para convertirse en una mujer complaciente de la alta sociedad de Estocolmo, Fredrika se cansó pronto de la vacuidad de tal vida y para escapar de la misma se dedicó a realizar obras de caridad por las cuantiosas propiedades de su familia. Esa fue la causa del inicio de su carrera literaria: usaría su talento artístico y literario para obtener dinero que redistribuiría entre los pobres. Así, entre 1828 y 1831, publicó sus primeras novelas, bajo seudónimo y con el sugerente subtítulo de «Escenas de la vida cotidiana», alcanzando tal éxito que pudo seguir escribiendo y estudiando desde la filosofía de Bentham hasta Goethe. En 1837 publicó la que sería su obra maestra, *Los vecinos*, ampliamente difundida en el mundo anglosajón. Alentada por el éxito que tenían sus libros en el extranjero, Bremer comenzó a viajar por Suecia, Europa y América, de modo que la literatura de viajes la reclutó para sus filas, como había hecho con Tocqueville. Así, visitó desde ilustres círculos filosóficos, como el de los trascendentalistas, en el que se había criado Louisa May Alcott —quien colocó uno de los libros de Bremer en manos de la matriarca de las March—, o el londinense de Gaskell, Kingsley y George Eliot, hasta prisiones y comunidades indias. Pero más importante aún fue su contacto con las abolicionistas americanas y las sufragistas inglesas, a las que, a su regreso a Suecia en 1849, se dedicó a emular con tal éxito que su legado aún permanece tanto en Suecia como en los Estados Unidos, donde existen una ciudad y un condado con su nombre. *Förhoppningar* [Esperanzas] insiste en la idea de que todo es

vano si se confía solo en la palabra, o, como en el caso del protagonista del relato, en la esperanza que nunca se pierde, sin tener en cuenta que son las acciones las que nos alejan de la infelicidad.

Gran viajera como Bremer, Edith Wharton (1862-1937) huyó de los convencionalismos impuestos a las clases media y alta neoyorquinas con su casi obligado *tour* por Europa, y prefirió observar, asimilar y someter a sus atribulados protagonistas —estadounidenses expatriados— al contacto con lo marginal, con especial interés en el pasado pagano y sus imbricaciones con el cristianismo. En su cuento *El ermitaño y la mujer salvaje* (1908), encontramos estos aspectos y otros, indirectamente relacionados con el control que ejercían los hombres sobre las mujeres y con el tema principal de su obra, que no es otro que el sacrificio de las mujeres, que se condenan incluso a sí mismas, al colocar la satisfacción de las aspiraciones de los demás por delante de las propias. La crítica a esta abnegación como una virtud de dudoso origen y proceder recorre toda su obra de manera sutil. Sin embargo, la primera mujer en ganar el Premio Pulitzer de narrativa por *La edad de la inocencia* (1920), candidata firme al Premio Nobel, y admirada por sus contemporáneos —Fitzgerald, Hemingway, Cocteau—, que cruzó el Atlántico en numerosas ocasiones para acabar instalándose en Francia, condujo su propio automóvil, recorrió el frente de la Primera Guerra Mundial en moto, se divorció y fue bisexual; sin embargo, decimos, después de esta larga y no exhaustiva lista de «inconveniencias», se declaró abiertamente antifeminista. Pero su vida y su obra demuestran, como señala Clara Obligado en el prólogo a la edición en castellano de sus *Cuentos completos* (2018), que era «profundamente progresista a unos niveles que asustan». Por eso, a pesar de sus reticencias explícitas hacia los movimientos feministas, la hemos considerado de inclusión obligada.

No es el objetivo de este volumen ofrecer un panorama de las escritoras adscritas a la primera ola feminista en España, pero sí parece oportuno incluir una pequeña muestra de lo que se escribía mientras abolicionistas y sufragistas llenaban ciudades con pancartas solicitando que las mujeres mandasen. La selección, aunque breve, es intensa y divertida. Rosalía de Castro (1837-1885), en *Carta a Eduarda (Las literatas)*, un texto publicado por primera vez en el *Almanaque de Galicia* de 1866, se espanta de las pretensiones que tiene una amiga de convertirse en escritora, contra viento y marea. Mientras tanto, el hombre que en *El abanico* (1908), de Emilia Pardo Bazán (1851-1921), relata su desencuentro con la bella y aparentemente insulsa joven a la que pretende no va a encontrar la horma de su zapato en la mujer que parece escucharla atentamente. Para terminar, Cecilia Böhl de Faber (1796-1877), alias Fernán Caballero, en *La niña de los tres maridos* (1874), un relato presuntamente infantil, resuelve con gracia el «problema» de la monogamia.

Por descontado, como en toda antología, las restricciones establecidas por el límite de páginas, por haber elegido el relato, y no el ensayo o el artículo, ya que serían sujetos de otra selección y no de esta y, por qué no admitirlo, por los caprichos de la antóloga provocan un sinfín de ausencias. Nuestro principal objetivo, con esta pequeña muestra, es suscitar la curiosidad por una época y unas autoras cuyos intereses no parecen tan alejados de los nuestros pese a los más de dos siglos que nos separan de ellas. Volvamos a Woolf para cerrar esta introducción y comenzar la lectura: «Si nos adiestramos en la libertad y en el coraje de escribir exactamente lo que pensamos [...]; si encaramos el hecho (porque es un hecho) de que no hay brazo en qué apoyarnos y de que

andamos solas [...] entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fue la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto. Derivando su vida de las vidas desconocidas que la precedieron, como su hermano hizo antes que ella, habrá de nacer. Esperar que venga sin esa preparación, sin ese esfuerzo nuestro, sin esa resolución de que cuando renazca le será posible vivir y escribir su poesía es del todo imposible».

MARÍA CASAS ROBLA

BIBLIOGRAFÍA, UNA PROPUESTA

Narrativa vinculada a la primera ola feminista

- Alcott, Louisa May, *Mujercitas*, Akal, Madrid, 2018.
- Arnim, Elizabeth von, *Abril encantado*, Alfaguara, Madrid, 2014.
- Austen, Jane, *Lady Susan; Los Watson*, Alba, Barcelona, 2000.
- Bremer, Fredrika, *Hertha, eller En själs historia: teckningar ur det verkliga lifvet*, Svenska Vitterhetssamfundet, 2016 (en sueco); *Hertha*, BiblioLife, 2009 (en inglés).
- , *Cartas desde Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2002.
- , *Los vecinos*, Alba, Barcelona, 2020.
- Colette, Sidonie-Gabrielle, *El mundo de Claudine*, 5 vols., Lumen, Barcelona, 2005.
- Chopin, Kate, *El despertar*, Alba, Barcelona, 2011.
- Dupin, Amantine-Aurore-Lucile, alias George Sand, *Lélia*, Gallimard, París, 2003 (en francés).
- , *Lavinia*, Periférica, Cáceres, 2011.
- , *Ella y él*, Debate, Madrid, 2003.
- Evans, Mary Anne, alias George Eliot, *Middlemarch*, Alba, Barcelona, 2013.
- , *Escenas de la vida parroquial*, Alba, Barcelona, 2013.
- Hurston, Zora Neale, *Sus ojos miraban a Dios*, Lumen, Barcelona, 1995.
- Mansfield, Katherine, *Cuentos completos*, Alba, Barcelona, 1999.
- Perkins Gilman, Charlotte, *Matriarcadia*, Akal, Madrid, 2018.
- Sakhawat Hossain, Begum Rokeya, *The Essential Rokeya: Selected Works of Rokeya Sakhawat Hossain*, Brill Publishing, Leiden, Boston, 2013.
- Schreiner, Olive, *Historia de una granja africana*, Milrazones, Santander, 2012.
- , *La mujer y el trabajo: Reflexiones sobre la cuestión feminista*, Montaner y Simón, Barcelona, 1914.
- , *Si yo fuera un hombre*, El Nadir, Valencia, 2008.
- Shelley, Mary W., *Frankenstein*, Siruela, Madrid, 2009.

- Wharton, Edith, *La edad de la inocencia*, Tusquets, Barcelona, 2017.
- , *La casa de la alegría*, Alba, Barcelona, 2011.
- , *Ethan Frome; Las hermanas Bunner*, Alianza, Madrid, 2016.
- Woolf, Virginia, *Un cuarto propio; Tres guineas*, Debolsillo, Barcelona, 2014.
- , *Orlando*, Lumen, Barcelona, 2018.
- , *Entre actos*, Debolsillo, Barcelona, 2009.

Ensayos y autobiografías de la primera ola feminista

- Arenal, Concepción, *De la mujer: selección de obras*, Triskel, Sevilla, 2017.
- Campoamor, Clara, *El voto femenino y yo: mi pecado mortal*, Renacimiento, Sevilla, 2018.
- Goldman, Emma, *Viviendo mi vida*, vol. 1, Capitán Swing, Madrid, 2001.
- , *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*, Anagrama, Barcelona, 1977.
- Kent, Victoria, *De Madrid a Nueva York: Artículos, conferencias, cartas*, Renacimiento, Sevilla, 2018.
- Kollontai, Alexandra, *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*, Anagrama, Barcelona, 1980.
- Luxemburgo, Rosa, *Reforma o revolución*, Akal, Madrid, 2015.
- Nelken, Margarita, *La condición social de la mujer en España*, Horas y Horas, Madrid, 2013.
- Pardo Bazán, Emilia, *La mujer española y otros escritos*, Cátedra, Madrid, 2018.
- Sanger, Margaret, *The Autobiography of Margaret Sanger*, Dover, 2004.
- Stanton, Elizabeth Cady, *La Biblia de la mujer*, Cátedra, Madrid, 2001.
- Tristán, Flora, *Teoría de los cuatro movimientos*, Barral, Barcelona, 1974.
- White, Deborah Gray, *Ar'n't I a woman?: Female slaves in the plantation South*, W. W. Norton, Nueva York, 1999.
- Wollstonecraft, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Taurus, Madrid, 2012.

Historia del feminismo

- Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Cátedra, Madrid, 1997.
- Beard, Mary, *Mujeres y poder: Un manifiesto*, Crítica, Barcelona, 2018.
- Bebel, August, *La mujer y el socialismo*, Akal, Madrid, 2018.
- Caballé, Anna, *Breve historia de la misoginia*, Ariel, Barcelona, 2019.
- , *El feminismo en España*, Cátedra, Madrid, 2013.
- DuBois, Ellen Carol, *Feminism and Suffrage: The emergence of an Independent Women's Movement in America, 1848-1869*, Cornell University Press, 1999.

- Falcón, Lidia, *Mujeres de la II República*, Club Vindicación Feminista, Madrid, 2018.
- Federici, Silvia, *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004.
- Fraisse, Geneviève, *Musa de la razón*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Gil Ambrona, Antonio, *Historia de la violencia contra las mujeres: Misoginia y conflicto matrimonial en España*, Cátedra, Madrid, 2008.
- Gilbert, Sandra M., y Susan Gubar, *La loca del desván: La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Cátedra, Madrid, 1998.
- González Sanz, Alba, *Contra la destrucción teórica: Teorías feministas en la España de la Modernidad*, KRK, Oviedo, 2018.
- Martín-Gamero, Amalia (ed.), *Antología del feminismo*, Instituto Andaluz de la Mujer, Sevilla, 2002.
- Millett, Kate, *Política sexual*, Cátedra, Madrid, 2010.
- Molina Petit, Cristina, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Tirant Humanidades, Valencia, 2018.
- Moreno Segarra, Nacho, y María Bastarós, *Herstory: una historia ilustrada de las mujeres*, Lumen, Barcelona, 2018.
- Muiña, Ana, *Rebeldes periféricas del siglo XIX*, La linterna sorda, Madrid, 2008.
- Pérez Garzón, Juan Sisinio, *Historia del feminismo*, La Catarata, Madrid, 2011.
- Puleo, Alicia H. (ed.), *La ilustración olvidada: La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Anthropos, Barcelona, 1993.
- Schrupp, Antje, *Pequeña historia del feminismo en el contexto euro-norteamericano*, Akal, Madrid, 2018.
- Valcárcel, Amelia, «La memoria colectiva y los retos del feminismo», *VIII Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe*, Lima, 8-10 de febrero de 2000.
- Verna, Anna Maria, *Feminismo y utopía*, Enclave de libros, Madrid, 2019.
- VV. AA., *El Atlas de la revolución de las mujeres*, Le Monde Diplomatique; Clave Intelectual, Madrid, 2018.

A MODO DE PREFACIO

PRECEDENTES

*MARY WOLLSTONECRAFT
Y OLYMPE DE GOUGES*

MARY WOLLSTONECRAFT

(1759-1797)

MARY, UN RELATO[1]

(1788)

«El ejercicio de las virtudes más sublimes fomenta y nutre el genio».

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Mary, la heroína de esta narración, era hija de Edward, que se casó con Eliza, una gentil y elegante muchacha dotada de un temperamento ligeramente indolente, que más de uno habría considerado como el reverso de una buena disposición; de hecho, todas sus virtudes llevaban ese mismo sello. Era de las que prestaban especial atención a las formas, y sus opiniones —o quizá debiera decir prejuicios— solían gozar del beneplácito de la mayoría. Educada con miras a heredar una gran fortuna, por supuesto, se convirtió en poco menos que una autómata: las galanterías de sus pretendientes constituían el grueso de su entretenimiento, y ella nunca llegó a pensar que tuviera que atender ningún deber. De este modo, las ideas acerca de su propia importancia se fueron entretejiendo en su mente, y sus años de juventud transcurrieron mientras ella alcanzaba pequeños logros sin importancia, de los que no disfrutaba en absoluto. Durante su presentación bailó con un oficial que había suscitado en ella enseguida el vago deseo de unírsele. Su padre, sin embargo, recomendó poco después a alguien de mayor rango, y ella se sometió rápidamente a su voluntad, prometiendo amar, honrar y obedecer —a un loco vicioso—, como es de ley.

Durante el tiempo que residieron en Londres vivieron conforme a los habituales dictados de las costumbres y se veían poco, aunque tampoco se dejaban ver demasiado en público mientras gozaron de la felicidad rural durante más de medio año en la deliciosa campiña, donde la naturaleza, con su pródiga mano, había tenido a bien rodearlos de belleza, pues el amo, de ruda e indiferente mirada, ignoraba a su mujer de manera sistemática y solía entretenerse practicando deportes campestres. Por las mañanas cazaba y después de ingerir una desmesurada comida, por lo general, se quedaba dormido. Este puntual descanso le permitía digerir tan pesada carga. A

continuación, visitaba a alguna de sus hermosas arrendatarias y, cuando comparaba su rubicundo y saludable fulgor con el semblante de su esposa, al que ni siquiera el colorete conseguía dar vida, huelga decir a quién prefería el glotón. Tan vulgar danza de espíritus era infinitamente más de su agrado que la enfermiza y desvaída palidez de su esposa. La voz de esta era apenas la sombra de un sonido y, para rematar su debilidad, tan distendidos eran sus nervios que con el tiempo era casi como si no existiera.

¡Cuán a menudo sucede esto en el mundo femenino! No obstante, ella tenía en gran estima sus propios méritos —en verdad, rezaba largas plegarias— y, de vez en cuando, leía sus *Deberes Semanales*. Temía ese horrible lugar vulgarmente llamado «infierno», las regiones inferiores. No obstante, no es mi intención precisar si el suyo era o no un espíritu excelso, ni tampoco qué clase de planeta habría sido el más apropiado para ella cuando le llegara el momento de abandonar su parcela del mundo material —que se encarguen de eso los metafísicos—. Acerca de su desencarnado espíritu nada tengo que decir.

Dado que frecuentemente se veía obligada a estar sola, o en la única compañía de su doncella francesa, solía encargarse a la metrópoli todas las nuevas publicaciones, y mientras se cepillaba el cabello desviaba la mirada del espejo para pasearla por los más deliciosos sustitutos del placer carnal: las novelas. Y me refiero a lo carnal —o al alma animal— porque ningún ser racional es capaz de encontrar beneficio alguno en los círculos elegantes. El fulgor de las luces, la estudiada chabacanería de los vestidos y los elogios ofrecidos en el altar de la falsa belleza se dirigen todos por igual a los sentidos.

Cuando tenía ocasión de gozar de cierto tipo de caprichos solía decantarse por los otros. Había leído con avidez *El matrimonio platónico*, *La historia de Eliza Warwick* y otros interesantes relatos. Nada podía haber más natural que el nacimiento de las pasiones, ni más sorprendente que las diversas facetas del corazón humano. ¡Cuán delicadas contiendas y sorprendentemente hermosos giros del pensamiento! La imagen encontrada en un zarzal, en una planta recién florecida o en un árbol atrapa la mirada del zagal y se convierte en un regalo para sus arrebatados ojos. ¡Oh, imagen fatal! Pues ha clavado una espina en el hasta entonces insensible corazón y obsequiado al mundo con un nuevo caballero errante. Sin embargo, ni siquiera esto era nada comparado con la catástrofe y las aciagas circunstancias que tuvieron lugar —el avispon posándose en el rostro dormido de la amada—. ¡Qué desgarrador accidente! Tratando de imitar a tan sensibles almas, ella plantó un rosal. Sin embargo, no había ningún amante que llorase a su lado mientras ella lo regaba con sus lágrimas. ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza!

Si mis lectores tuvieran a bien excusar los caprichos de mi imaginación y concederme el crédito que otorga el genio, seguiría adelante contando historias capaces de empapar sus hermosas mejillas con copiosas y dulces lágrimas de emoción que echarían a perder su colorete, etcétera, etcétera. ¡Oh, sí! Tan interesantes serían que la hermosa lectora le rogaría a su peluquero que él mismo se ocupase de sus rizos para no verse obligada a interrumpir la lectura en ningún momento.

No obstante, además de los libros, ella disponía de otro tipo de distracción: dos hermosos perros con los que compartía su cama y que se reclinaban a su lado sobre los cojines durante todo el día. Los contemplaba con diligente atención y les prodigaba las más dulces caricias. Este amor por los animales no obedecía a esa clase de ternura que suscita placer en las personas como resultado de haber proporcionado confort y sustento a una criatura viva, sino que era fruto de la vanidad y le permitía pronunciar en voz alta las más hermosas expresiones francesas de amor y éxtasis con cadencias que la ternura jamás habría propiciado.

Según la habitual acepción de la palabra, ella era casta; es decir, no daba ningún paso en falso. El mundo le daba miedo y era, además, de naturaleza indolente. No obstante, y quizá para resarcirse de esta aparente abnegación, tenía costumbre de leer todas las novelas sentimentales que caían en sus manos, deteniéndose, cómo no, en las escenas de amor; y, de haberse parado a pensar mientras lo hacía, sin duda su mente se habría corrompido mientras acompañaba a los amantes en sus paseos por solitarios muelles y caminaba a su lado bajo la pálida luz de la luna. Solía preguntarse por qué su marido nunca estaba en casa, y sentía celos. ¿Por qué él no la amaba, por qué no se sentaba junto a ella estrechando su mano y haciéndole sentir todo aquello que no se puede expresar con palabras? Amable lector, yo te lo diré: ninguno de los dos era capaz de sentir aquello que no podía expresar. Y no es mi intención decir que eran de los que siempre conseguían emparejar una idea con una palabra; no obstante, tampoco de los que profesan ese tipo de sentimientos que cuesta analizar.

OLYMPE DE GOUGES

(1748-1793)

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER Y DE LA CIUDADANA[2]

(1791)

LOS DERECHOS DE LA MUJER

HOMBRE, ¿eres capaz de ser justo? Te lo pregunta una mujer; al menos no le quitarás ese derecho. Dime: ¿quién te ha dado el dominio soberano para oprimir a mi sexo? ¿Tu fuerza? ¿Tus talentos? Observa al Creador en su sabiduría; recorre la naturaleza en todo su esplendor, a la cual parece que quieras acercarte, y muéstrame, si te atreves, el ejemplo de ese dominio tiránico[3].

Investiga a los animales, consulta los elementos, estudia las plantas; echa un vistazo, en resumen, a todas las modificaciones de la materia organizada y ríndete a la evidencia cuando te estoy dando los medios para ello; busca, rebusca y distingue, si puedes, a los sexos en la organización de la naturaleza. En todas partes los encontrarás mezclados; en todas partes cooperan en armonioso conjunto con esta obra maestra inmortal.

Solo el hombre ha hecho un principio de esta excepción. Peregrino, ciego, abotargado de ciencias y degenerado, en este siglo de las luces y de la sagacidad, en la ignorancia más burda, quiere dominar, cual déspota, a un sexo que ha recibido todas las facultades intelectuales, y que tiene el propósito de disfrutar de la Revolución y de reclamar sus derechos a la igualdad, por no decir más.

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER Y LA CIUDADANA

Que ha de ser decretada por la Asamblea Nacional en sus últimas sesiones o en la de la próxima legislatura.

Preámbulo

Las madres, las hijas, las hermanas, representantes de la nación, piden constituirse en asamblea nacional. Considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son la única causa de las desgracias públicas y de la corrupción de los Gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne los derechos naturales, sagrados e inalienables de la mujer, con el fin de que dicha declaración, presente de manera constante para todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin descanso sus derechos y deberes, para que los actos del poder de las mujeres y los del poder de los hombres, al poder compararse en todo momento con el propósito de cualquier institución política, sean más respetados, a fin de que las reclamaciones de las ciudadanas, fundadas de aquí en adelante en principios simples e incontestables, lleven siempre al mantenimiento de la constitución y de las buenas costumbres, así como a la felicidad común.

Por consiguiente, el sexo superior, tanto en belleza como en valentía —en los sufrimientos maternos—, reconoce y declara, en presencia del Ser supremo y bajo sus auspicios, los siguientes Derechos de la Mujer y la Ciudadana.

Artículo I

La Mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos. Las distinciones sociales no pueden estar basadas sino en la utilidad común.

II

El propósito de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles de la Mujer y del Hombre. Tales derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y, por encima de todo, la resistencia a la opresión.

III

El principio de toda soberanía radica esencialmente en la Nación, que no es sino la unión de las Mujeres y de los hombres: no hay cuerpo ni individuo que pueda ejercer una autoridad que no emane expresamente de dicha unión.

IV

La libertad y la justicia consisten en restituir todo cuanto pertenece al prójimo; así pues, el ejercicio de los derechos naturales de la mujer no tiene más límites que la tiranía perpetua que el hombre le impone; tales límites deben ser reformados por las leyes de la naturaleza y la razón.

V

Las leyes de la naturaleza y de la razón prohíben todas las acciones perjudiciales para la sociedad. Todo lo que no esté prohibido por dichas leyes, sabias y divinas, no puede ser impedido, y nadie puede ser obligado a hacer lo que las mismas no ordenen.

VI

La Ley debe ser la expresión de la voluntad general; todas las Ciudadanas y Ciudadanos deben participar personalmente, o a través de sus representantes, en la elaboración de la Ley; esta debe

ser la misma para todos. Todas las Ciudadanas y todos los Ciudadanos, iguales ante sus ojos, deben ser igualmente elegibles para todos los cargos, puestos y empleos públicos, según sus capacidades y sin más distinciones que las de sus virtudes y talentos.

VII

Ninguna mujer está exenta, sino que ha de ser acusada, detenida y encarcelada en los casos determinados por la Ley. Las mujeres han de obedecer igual que los hombres a esta rigurosa Ley.

VIII

La ley debe establecer penas estricta y evidentemente necesarias, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada con anterioridad al delito y legalmente aplicada a las mujeres.

IX

Para toda mujer que haya sido declarada culpable, la Ley ejercerá todo su rigor.

X

Nadie ha de ser importunado por sus propias opiniones fundamentales. La mujer tiene derecho a subir al cadalso; debe tener asimismo el derecho de subir a la tribuna, siempre que sus manifestaciones no perturben el orden público establecido por la Ley.

XI

La libre comunicación de pensamientos y opiniones es uno de los derechos más valiosos de la mujer, en tanto en cuanto dicha libertad garantiza la legitimación de los hijos por parte de los padres. Toda Ciudadana puede, por lo tanto, decir libremente: «Soy madre de un hijo que es tuyo», sin que un prejuicio primitivo la obligue a disimular la verdad, con la condición de responder del abuso de dicha libertad en los casos determinados por la Ley.

XII

La protección de los derechos de la mujer y la Ciudadana ha de tener una utilidad mayor; esta protección debe ser instituida para beneficio de todos y no para la utilidad exclusiva de aquellas a quienes se les confía.

XIII

Para el mantenimiento de la aplicación de la ley y para los gastos de la Administración, las contribuciones de la mujer y el hombre han de ser iguales. Ella participa en todas las labores, en todas las arduas tareas; debe, por lo tanto, participar también en la distribución de los puestos, los empleos, los cargos, los títulos y el trabajo.

XIV

Las Ciudadanas y Ciudadanos tienen derecho a constatar por sí mismos, o por medio de sus representantes, la necesidad de una contribución pública. Las Ciudadanas no pueden suscribirla a menos que se admita una distribución igual, no solo de la fortuna, sino también de la

Administración pública, y se determine la cuota, la base impositiva, la recaudación y el plazo del impuesto.

XV

La masa de las mujeres, aliada para la contribución con la de los hombres, tiene derecho a pedir cuentas, a todo agente público, de su administración.

XVI

Toda sociedad en la cual no se garantice la protección de los derechos, ni se determine la separación de los poderes carece de constitución. La constitución es nula si la mayoría de los individuos que componen la Nación no ha cooperado en su redacción.

XVII

Las propiedades son de ambos sexos juntos o por separado. Todo propietario posee un derecho inviolable y sagrado del cual, como verdadero patrimonio natural, nadie puede ser privado, salvo que la necesidad pública, declarada por la ley, lo requiera, evidentemente, y con la condición de una indemnización justa y previa.

SI LAS MUJERES MANDASEN

«¿Podría yo olvidar a esta preciosa mitad de la república que hace la felicidad de la otra, cuya dulzura y sabiduría mantienen la paz y las buenas costumbres? Amables y virtuosas ciudadanas, la suerte de vuestro sexo siempre será gobernar al nuestro [...] Sed siempre, pues, lo que sois, las castas guardianas de las costumbres de los dulces vínculos de la paz; y continuad haciendo valer en toda ocasión los derechos del corazón y de la naturaleza en beneficio del deber y de la virtud».

*Discurso sobre el origen y los fundamentos
de la desigualdad entre los hombres (1754)*

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

JANE AUSTEN

(1775-1817)

AMOR Y AMISTAD[4]

(h. 1790)

«Ármate, mi joven y afable amiga, de toda la filosofía que seas capaz de reunir y haz acopio de tanta fortaleza como puedas, pues, ¡ay!, a lo largo de las páginas que siguen tu sensibilidad será puesta a prueba del modo más terrible».

Esta novela ha sido escrita para Madame la Comtesse de Feuillide por su agradecida y humilde servidora.

«Engañada en la amistad y traicionada en el amor»,
LA AUTORA

Primera carta: De Isabel a Laura

Cuántas veces, en respuesta a mis repetidos ruegos de que le hicieras a mi hija una crónica detallada de los infortunios y aventuras de tu vida, me has respondido: «No, amiga mía, nunca satisfaré tu petición hasta estar segura de que ya no corro peligro de volver a experimentar tales horrores».

Estoy segura de que ese momento ha llegado. Hoy cumples cincuenta y cinco. Si de alguna mujer puede decirse que está a salvo de la insistente perseverancia de amantes desagradables y de las crueles persecuciones de obstinados padres, es sin duda en ese momento de la vida.

ISABEL

Segunda carta: De Laura a Isabel

Aunque no estoy de acuerdo contigo cuando supones que nunca más he de sufrir desgracias tan inmerecidas como las que ya he experimentado, para evitar acusaciones de obstinación o maldad, satisfaré la curiosidad de tu hija. Y quizá la entereza con que soporté las numerosas aflicciones de mi vida pasada constituya una provechosa lección para las que puedan sobrevenirle en la suya.

LAURA

Tercera carta: De Laura a Marianne

Como hija de mi más íntima amiga, creo que tienes derecho a conocer mi triste historia, que tu madre en numerosas ocasiones me ha pedido que te contara.

Mi padre era natural de Irlanda y residía en Gales; mi madre era hija ilegítima de un par escocés y una bailarina italiana. Yo nací en España y fui educada en un convento en Francia.

Cuando cumplí dieciocho años mis padres me hicieron regresar al hogar familiar en Gales. Nuestra casa estaba situada en uno de los parajes más románticos del valle del Usk. Aunque en la actualidad mis encantos no son lo que eran y en cierto modo han ido palideciendo a causa de las desgracias que he sufrido, una vez fui bella. Mas, por hermosa que fuera, no era la belleza la mayor de mis gracias, pues poseía yo todas las bondades propias de mi sexo. Durante mi estancia en el convento, mis progresos siempre superaban con creces las enseñanzas recibidas; mis logros eran sorprendentes para mi edad, y pronto dejé atrás a mis maestros.

A mi modo de ver, poseía yo todas las virtudes, cualidades y nobles sentimientos que pueden embellecer a una persona.

Mi única falta, si es que así puede llamarse, era poseer una sensibilidad excesivamente viva ante las aflicciones de mis amigos, de mis conocidos y, especialmente, ante las mías. ¡Ay, pero cómo he cambiado! Si bien es cierto que mis propias desgracias no me angustian hoy menos que entonces, ya no sufro por las de los demás. También mis otras cualidades comienzan a marchitarse y ya no canto tan bien ni bailo tan grácilmente como solía. He olvidado por completo el *menuet de la cour*.

Adieu,

LAURA

Cuarta carta: De Laura a Marianne

El conjunto de nuestros vecinos era muy pequeño, pues se reducía solo a tu madre. Posiblemente ella te habrá contado que, después de que sus padres la abandonaran en lamentables circunstancias, se había retirado a Gales por motivos económicos. Fue así como comenzó nuestra amistad. Isabel tenía entonces veintiún años. Aunque tanto su persona como sus modales eran agradables, nunca poseyó ni la centésima parte de mi belleza ni mis cualidades. No obstante, Isabel había visto mundo. Había estado dos años interna en uno de los mejores colegios de Londres, había pasado dos semanas en Bath y en una ocasión había cenado en Southampton.

—Ten cuidado, Laura —me decía a menudo—. No te fies de la insípida vanidad ni del ocioso derroche de la metrópoli de Inglaterra; ni tampoco de los superficiales lujos de Bath ni del apestoso pescado de Southampton.

—¡Ay de mí! —exclamé—. ¿Cómo voy a evitar males a los que nunca estaré expuesta? ¿Qué probabilidades tengo de llegar a conocer el derroche de Londres, los lujos de Bath o el apestoso pescado de Southampton? Yo, que estoy condenada a malgastar los días de mi juventud en una humilde casita del valle del Usk.

¡Ah! ¿Cómo iba a imaginar entonces que muy pronto se me ordenaría abandonar tan humilde hogar para conocer los falaces placeres del mundo?

Adieu,

LAURA

Quinta carta: De Laura a Marianne

Una noche de diciembre, mientras mi padre, mi madre y yo conversábamos alrededor del fuego, de repente nos sobresaltamos al oír los golpes de alguien que llamaba con fuerza a la puerta principal de nuestra rústica casa.

Fue mi padre el primero en reaccionar.

—¿Qué ruido es ese? —preguntó.

—Suena como si alguien hubiera aporreado la puerta —respondió mi madre.

—Así es —grité yo.

—Desde luego —dijo mi padre—. En efecto, parece que alguien hubiera decidido echar abajo nuestra inofensiva puerta.

—Sí —exclamé yo—. Y no puedo evitar pensar que se trata de alguien que necesita entrar en casa.

—Esa ya es otra cuestión —respondió él—. No podemos adivinar por qué motivo alguien llama a nuestra puerta. No obstante, parece obvio que alguien la ha golpeado...

En ese momento se escuchó un segundo topetazo tremendo que interrumpió las palabras de mi padre, sobresaltándonos a mi madre y a mí.

—¿No deberíamos ir a ver qué sucede? —sugirió ella—. Los sirvientes no están.

—Creo que tiene razón, madre —respondí.

—En efecto —añadió mi padre—, sin la menor duda.

—¿Ahora mismo? —propuso mi madre.

—Cuanto antes mejor —respondió él.

—¡Ah! Pues no perdamos más tiempo —grité yo.

Un tercer golpe, igualmente violento, atronó en nuestros oídos.

—No hay duda de que alguien está llamando a la puerta —dijo mi madre.

—Así es —respondió mi padre.

—Será que han regresado los sirvientes —dije yo.

—Creo haber oído a Mary acercarse a la entrada.

—Pues me alegro —chilló mi padre—, porque ya tengo ganas de saber quién es.

Mis conjeturas resultaron ser ciertas, pues al instante Mary entró en la sala y nos comunicó que un caballero joven y su sirviente aguardaban en la puerta. Se habían perdido, estaban ateridos de frío y rogaban que se les permitiera calentarse junto a nuestro fuego.

—¿No van a dejarlos entrar? —pregunté.

—¿Tienes alguna objeción, querida? —dijo mi padre.

—Ninguna —respondió mi madre.

Sin esperar más instrucciones, Mary salió inmediatamente de la habitación y regresó enseguida, acompañada —para presentárnoslo— del joven más atractivo y afable que yo hubiera visto en mi vida. El sirviente se quedó con ella.

Antes de verle, mi natural sensibilidad ya se había visto seriamente afectada por los padecimientos del infortunado desconocido, pero en cuanto le vi por primera vez sentí que la futura felicidad de mi vida, en igual medida que mi desgracia, dependía enteramente de él.

Adieu,

LAURA

Sexta carta: De Laura a Marianne

El noble joven nos dijo que se llamaba Lindsay —no obstante, por determinados motivos me referiré a él aquí con el nombre de Talbot—. Nos contó que era hijo de un baronet inglés, que su madre había fallecido años atrás y que tenía una hermana bastante corriente.

—Mi padre —continuó— es un hombre mezquino y un miserable mercenario. No es esta una

cuestión de la que yo suela hablar a la ligera, salvo con personas tan queridas como las vuestras. Vuestras virtudes, mi querido Polydore —dijo, dirigiéndose a mi padre—, las vuestras, mi querida Claudia, y las tuyas, mi encantadora Laura, me invitan a depositar en ustedes mi confianza.

Asentimos con una leve inclinación.

—Mi padre, seducido por el falso relumbre de la fortuna y el engañoso boato de un título, insistió en ofrecerle mi mano a *lady* Dorothea. «No, nunca —exclamé yo—. *Lady* Dorothea es una joven hermosa y de trato agradable, y a ninguna otra mujer prefiero antes que a ella. Pero habéis de saber, señor, que me niego a casarme con ella si eso significa convertirme en cómplice de vuestros caprichos. ¡No! Que nadie diga jamás que satisfice los deseos de mi padre».

En aquel instante todos admiramos la virilidad de su afirmación. Después continuó:

—*Sir* Edward se sorprendió. Quizá no esperaba que me resistiera de ese modo a su voluntad. «En el nombre de Dios, Edward —dijo—, ¿de dónde has sacado semejantes disparates? Habrás estado leyendo novelas». Yo me abstuve de responder. No habría sido digno de mí. Monté en mi caballo y, seguido por mi fiel William, me dirigí a casa de mi tía. La casa de mi padre está situada en Bedfordshire, y la de mi tía, en Middlesex. Y, si bien me considero suficientemente instruido en geografía, no puedo explicar cómo sucedió; pues, cuando esperaba haber llegado a casa de mi tía, me di cuenta de que nos estábamos adentrando en este hermoso valle, situado en el sur de Gales. Después de vagar durante algún tiempo por las orillas del Usk, sin saber hacia dónde me estaba dirigiendo, empecé a lamentar mi cruel destino de la manera más amarga y patética. Ahora la oscuridad era casi completa, no había ni una sola estrella en el firmamento para guiar mis pasos y no sé qué habría sido de mí si finalmente no hubiera vislumbrado, en medio de la solemne oscuridad, una luz a lo lejos, la cual, a medida que nos acercamos, resultó ser la alegre lumbre de vuestra chimenea. Impelido por la serie de desgracias que me asediaban, es decir, el miedo, el frío y el hambre, no dudé en pedir ayuda en esta casa, ayuda que finalmente me fue concedida. Y ahora, mi adorable Laura —siguió diciendo mientras me cogía de la mano—, ¿cuándo podré, si es posible albergar tal esperanza, recibir la recompensa a los dolorosos sufrimientos que he padecido desde que dura mi anhelo de estar contigo, anhelo al que siempre he aspirado? ¡Oh!, ¿cuándo me recompensarás con tu persona?

—En este preciso instante, mi querido y amable Edward —respondí yo.

Y fuimos inmediatamente unidos por mi padre, quien, aunque nunca había llegado a ordenarse sacerdote, había sido educado para ordenarse.

Adieu,

LAURA

Séptima carta: De Laura a Marianne

Aún permanecemos varios días en el valle del Usk después de nuestra boda. Tras despedirme con gran emoción de mi padre, mi madre e Isabel, acompañé a Edward a casa de su tía en Middlesex. Philippa nos recibió a los dos con efusivas muestras de cariño. De hecho, mi llegada supuso para ella una agradable sorpresa, pues no solo desconocía por completo que me había casado con su sobrino, sino que ni siquiera conocía mi existencia. Augusta, la hermana de

Edward, estaba de visita en su casa cuando llegamos. Era exactamente como su hermano la había descrito: bastante corriente. Me recibió tan sorprendida como Philippa, mas no con la misma cordialidad. Había una desagradable frialdad y una severa reserva en la manera en que me saludó, igualmente inquietante e inesperada. La seductora sensibilidad y la afable simpatía que deberían haber caracterizado sus modales y su modo de dirigirse a mí en nuestro primer encuentro brillaron por su ausencia. Su forma de hablar no era cálida ni afectuosa; sus miradas, en absoluto animadas o cordiales; y sus brazos no se abrieron para recibirme con el corazón, aunque los míos sí estuvieran extendidos para estrecharla con afecto.

Una conversación entre Augusta y su hermano, que escuché accidentalmente, acrecentó el desagrado que ya sentía hacia ella y me convenció de que su corazón estaba tan poco preparado para los delicados lazos del amor como para la entrañable reciprocidad de la amistad.

—Pero ¿acaso crees que mi padre aceptará alguna vez este imprudente matrimonio? —dijo Augusta.

—Augusta —respondió el noble joven—, pensaba que tenías mejor opinión de mí. ¿Creías que iba a degradarme tan abyectamente como para permitir que mi padre interfiriese en mis asuntos, menos aún en cuestiones tan importantes? Respóndeme con sinceridad, Augusta, ¿alguna vez me viste pedirle opinión o seguir su consejo siquiera en la cuestión más insignificante desde que cumplí los quince años?

—Sin duda te quedas corto —respondió ella—, Edward. ¡Desde que tenías quince años, dices! Mi querido hermano, desde que cumpliste cinco años nunca hiciste absolutamente nada para darle una satisfacción a nuestro padre; eso te lo concedo. Sin embargo, temo que no tardes en verte obligado a humillarte recurriendo a la generosidad de *sir* Edward y pidiéndole ayuda para proveer a tu esposa.

—Nunca, Augusta. Nunca me degradaré de ese modo —dijo Edward—. ¡Pedir ayuda! ¿Qué tipo de ayuda iba a necesitar Laura que pudiera obtener de él?

—Solo algo tan insignificante como comer y beber —respondió ella.

—¡Comer y beber! —replicó mi marido con el más noble gesto de desprecio—. ¿Y es eso lo que piensas, que la única ayuda que puede recibir una noble personalidad como la de mi Laura es algo tan zafio y grosero como comida y bebida?

—No conozco ninguna otra más efectiva —repuso Augusta.

—¿Es que acaso nunca has sentido los gozosos dardos del amor, Augusta? —le preguntó mi Edward—. ¿Es que no existe para tu vil y corrupto paladar el amor? ¿Eres incapaz de concebir el lujo de vivir en la más terrible angustia que la pobreza pueda infligir junto al objeto de tu más dulce amor?

—Eres demasiado ridículo —dijo Augusta— para discutir contigo. De todos modos, quizá con el tiempo tú mismo llegues a convencerte de...

En ese momento me impidió escuchar el final de la frase la aparición de una joven muy hermosa, que entró en el salón en compañía de uno de los sirvientes por la misma puerta desde la que yo había estado escuchando. Al oír que era presentada como *lady* Dorothea, abandoné inmediatamente mi puesto y la seguí al interior de la estancia, pues recordé que se trataba de la dama propuesta como esposa para mi Edward por el cruel e implacable baronet.

Aunque el motivo oficial de la llegada de *lady* Dorothea fuera visitar a Philippa y Augusta, yo tenía razones para pensar —estando *lady* Dorothea al corriente de mi matrimonio con Edward y de nuestra llegada— que lo que ella deseaba era verme.

Enseguida me di cuenta de que, aunque era bonita y elegante y de trato afable y cordial, en lo que se refiere a la delicadeza de los sentimientos y a lo refinado de la sensibilidad, pertenecía a esa categoría inferior de seres de la que Augusta también formaba parte.

Permaneció con nosotros durante una media hora, pero durante su visita en ningún momento me confió uno solo de sus secretos, ni me pidió que yo hiciera lo propio con ella. Comprenderás fácilmente, pues, mi querida Marianne, que no sintiera ningún afecto sincero por *lady* Dorothea.

Adieu,

LAURA

Octava carta: De Laura a Marianne (continuación)

No mucho después de que *lady* Dorothea se marchara, fue anunciada una nueva visita, tan inesperada como la anterior. Era *sir* Edward, que, informado por Augusta de la boda, se presentó para reprocharle a su vástago el haber osado desposarse sin antes notificárselo. No obstante, mi Edward, que sin duda esperaba su llegada, le hizo frente con heroica fortaleza, en cuanto su padre entró en la habitación, dirigiéndose a él de la siguiente manera:

—*Sir* Edward, conozco el motivo de vuestro viaje. Estáis aquí con la deleznable intención de reprocharme el hecho de haberme unido a Laura en indisoluble compromiso sin vuestro consentimiento. Sin embargo, habéis de saber, señor, que me vanaglorio de dicho acto. ¡Y de nada puedo jactarme más que de haberle causado disgusto a mi progenitor!

Dicho esto, me cogió de la mano y, mientras *sir* Edward, Philippa y Augusta, sin duda, reflexionaban con admiración sobre su impertérrito valor, me sacó del salón y me llevó hasta el carruaje de su padre, carruaje que aún aguardaba en la puerta y en el cual nos marchamos al instante, ante la posibilidad de que *sir* Edward nos persiguiera.

Al comienzo del viaje, los postillones habían recibido orden de tomar la carretera de Londres. Sin embargo, en cuanto tuvimos tiempo para reflexionar, les indicamos que pusieran rumbo a M., pues allí residía el más íntimo amigo de Edward y estaba tan solo a unos kilómetros de distancia.

Pronto llegamos a M., donde, después de presentarnos, vino a recibirnos Sophia, la esposa del amigo de Edward. Después de haber pasado tres semanas sin la compañía de una amiga (me refiero a tu madre), podrás imaginar mi incontenible emoción al conocer a una persona realmente digna de ese nombre. Las cualidades de Sophia estaban muy por encima de la media y también lo estaba su elegancia natural. Una exquisita languidez embellecía sus hermosas facciones, ya de por sí delicadamente formadas; languidez que, sin lugar a duda, también caracterizaba su personalidad. Toda ella era sensibilidad y sentimiento. Nos arrojamos la una en los brazos de la otra después de habernos jurado amistad durante el resto de nuestras vidas y, acto seguido, compartimos los más preciados secretos de nuestros corazones. Tan insospechado placer fue interrumpido por la llegada de Augustus (el amigo de Edward), cuando regresó de un solitario paseo.

Nunca contemplé escena tan conmovedora como aquel encuentro entre Edward y Augustus.

—¡Por mi vida y mi alma! —exclamó el primero.

—¡Mi adorable ángel! —respondió el otro, mientras ambos se fundían en un abrazo.

La escena era demasiado patética para Sophia y para mí, de modo que, primero una y después

la otra, nos desmayamos en el sofá.

Adieu,

LAURA

Novena carta: De la misma a la misma

Hacia el final del día recibimos la siguiente carta de Philippa:

Sir Edward está furioso por vuestra abrupta partida y se ha llevado a Augusta de regreso a Bedfordshire. Por mucho que yo desee volver a gozar de vuestra encantadora compañía, no me atrevo a pedirlos que abandonéis a tan queridos y tan dignos amigos. Confío en que, cuando concluya vuestra visita, volveréis a los brazos de vuestra

PHILIPPA

Respondimos de la manera debida a tan afectuosa misiva y, después de agradecerle la amable invitación, le aseguramos que desde luego la aceptaríamos, siempre que no tuviéramos otro sitio adonde ir. A pesar de que nuestra respuesta a su invitación le habría resultado de recibo, creo yo, a cualquier persona razonable, lo cierto es que la dama pareció ofenderse, ya que, pocas semanas después, quizá para resarcirse por nuestro comportamiento, o puede que para desterrar de su lado la soledad, contrajo matrimonio con un joven cazafortunas analfabeto. Tan imprudente decisión (pese a que nos dimos cuenta de que probablemente nos privaría de la fortuna que Philippa nos había dicho que un día nos pertenecería) no nos arrancó ni un suspiro; mas, a sabiendas de que aquella unión podía ser una fuente de inagotable tristeza para la engañada novia, nuestra trémula sensibilidad se vio profundamente afectada cuando nos enteramos de lo sucedido. Las afectuosas súplicas por parte de Augustus y Sophia para que considerásemos su casa como nuestro hogar nos convencieron muy rápido para no abandonarlos ya nunca. En compañía de mi Edward y de esta afable pareja pasé los momentos más felices de mi vida. El tiempo transcurría de manera deliciosa entre mutuas manifestaciones de amistad y votos de amor eterno; sentimientos que no se veían interrumpidos por intrusiones ni por desagradables visitas; pues, al llegar por primera vez a aquella vecindad, Augustus y Sophia habían tenido buen cuidado de informar a las familias de los alrededores de que, dado que su felicidad se centraba en exclusividad en sí mismos, no deseaban relacionarse con nadie más. Sin embargo, por desgracia, mi querida Marianne, la felicidad que yo entonces disfrutaba era demasiado perfecta para que pudiera durar. El golpe más terrible e inesperado destruyó por completo toda sensación de placer. Por más convencida que estés, por lo que hasta ahora te he contado sobre Augustus y Sophia, de que eran una pareja muy feliz, supongo que no he de explicarte que su unión no había sido del agrado de sus crueles y mercenarios padres, que en vano habían intentado, con obstinada perseverancia, casarlos a los dos por separado con personas a las que aborrecían. Sin embargo, con heroica fortaleza digna de ser contada y admirada, ambos se habían resistido tenazmente a someterse a tan despótico poder.

Después de haberse librado tan noblemente de los grilletes de la autoridad parental contrayendo matrimonio de manera clandestina, decidieron no renunciar jamás a la buena reputación que, al hacerlo, se habían ganado en algunos círculos, rechazando cualquier propuesta de reconciliación que sus padres pudieran hacerles llegar —si bien es cierto que su noble

independencia nunca llegó a ser puesta a prueba de ese modo—.

Llevaban pocos meses casados cuando fuimos a visitarlos y en aquel tiempo disfrutaban de una considerable suma de dinero que Augustus había robado elegantemente del escritorio de su indigno padre días antes de su unión con Sophia.

Con nuestra llegada aumentaron considerablemente sus gastos, aunque ya por aquel entonces sus medios para cubrirlos estaban casi agotados. Ellos, sin embargo, ¡excelsas criaturas!, no estaban dispuestos a perder el sueño a causa de sus dificultades pecuniarias y se habrían ruborizado tan solo de pensar en pagar sus deudas. Pero, ¡ay!, ¿cuál fue su recompensa por tan despreocupado comportamiento? El bello Augustus fue detenido, y todos nos vimos en la ruina. El despiadado comportamiento de los responsables de tan páfida traición, mi queridísima Marianne, dada tu gentil naturaleza, te sorprenderá tanto como entonces afectó la delicada sensibilidad de Edward, de Sophia, de tu Laura y del mismo Augustus. Y, para completar aquella barbaridad sin precedentes, fuimos informados de que la casa pronto sería expropiada. ¡Ah, qué otra cosa podíamos hacer más que lo que hicimos! Suspiramos y caímos desmayados en el sofá.

Adieu,

LAURA

Décima carta: De Laura (continuación)

Cuando logramos recuperarnos un poco de la abrumadora turbación de nuestra tristeza, Edward manifestó su deseo de que nos detuviésemos a considerar cuál sería la actitud más prudente en nuestra desdichada situación, mientras él trataba de ayudar a su amigo preso a sobrellevar su desgracia. Le prometimos que lo haríamos y él partió hacia la ciudad.

Durante su ausencia cumplimos fielmente su deseo y, tras la más juiciosa deliberación, por fin decidimos que lo mejor que podíamos hacer era abandonar la casa, que, de cualquier modo, tarde o temprano sería reclamada por los acreedores. No obstante, aguardamos con la mayor impaciencia el regreso de Edward, con el fin de comunicarle el resultado de nuestras deliberaciones. Mas Edward nunca volvió. En vano contamos cada minuto de su ausencia, en vano lloramos y en vano suspiramos; Edward no regresó. Aquel fue un golpe demasiado cruel y demasiado inesperado para nuestra gentil sensibilidad; no podíamos soportarlo, sino que lo único que podíamos hacer era desmayarnos. Al final, haciendo acopio de toda la determinación que pude reunir, me levanté y, después de empaquetar un poco de ropa y algunos enseres, arrastré a Sophia hasta un carruaje que había encargado llamar y salimos al instante hacia Londres.

La residencia de Augustus estaba a menos de veinte kilómetros de la ciudad, de modo que no tardamos mucho en llegar y, en cuanto entramos en Holborn, abrí una ventanilla y comencé a preguntar a cada persona con aspecto decente que nos íbamos encontrando si había visto «a mi Edward». Sin embargo, avanzábamos demasiado rápido para que pudieran responder a mis preguntas, por lo que poca o, en efecto, ninguna información sobre él fui capaz de conseguir.

—¿Hacia dónde me dirijo? —preguntó el cochero.

—A Newgate, amable joven —respondí yo—. A visitar a Augustus.

—¡Oh, no! ¡No! —exclamó Sophia—. No puedo ir a Newgate. No sería capaz de soportar ver a Augustus en tan cruel confinamiento. Ya han sido bastante golpeados mis sentimientos por el

relato de su desgracia... Contemplar dicha desgracia sería un espectáculo demasiado turbador para mi sensibilidad.

Me mostré de acuerdo con ella y el cochero puso rumbo de regreso a la campiña. Quizá te haya sorprendido, mi querida Marianne, que, a pesar de la angustia que hube de soportar, sin contar con apoyo de ninguna clase y desprovista de residencia, en ningún momento me acordara de mi padre y mi madre, ni de la casa familiar en el valle del Usk. Para explicar este aparente olvido he de ponerte al corriente de una trivial circunstancia en lo concerniente a ellos que aún no he mencionado. Me refiero a la muerte de mis padres, que aconteció pocas semanas después de mi partida. Con su muerte me convertí en la legítima heredera de su casa y su fortuna. Sin embargo, por desgracia, la casa nunca había sido suya, y, en cuanto a la fortuna, únicamente habían disfrutado de ella como renta vitalicia. ¡Tal es la perversidad del mundo! Habría regresado con gusto junto a tu madre; encantada, le habría presentado a mi deliciosa Sophia y, contenta, habría pasado el resto de mi vida con ellas en el valle del Usk, de no haber sido porque un obstáculo se interpuso en la ejecución de tan seductor proyecto: me refiero al matrimonio de tu madre y a su eventual traslado a un recóndito lugar de Irlanda.

Adieu,

LAURA

Decimoprimera carta: De Laura (continuación)

—Tengo un pariente en Escocia —me dijo Sophia cuando salíamos de Londres— que no me cabe duda de que me acogerá si dudarle.

—¿Le digo al muchacho que nos dirijamos allí? —propuse; mas, al instante, cambié de idea—. ¡Ay, me temo que sería un viaje demasiado largo para los caballos!

No obstante, dados mis insuficientes conocimientos sobre la capacidad y fortaleza de los animales, decidí consultárselo al cochero, que se mostró completamente de acuerdo conmigo en la cuestión. Por tanto, decidimos refrescar los caballos en la siguiente parada y llevar a cabo el resto del viaje de la misma manera. Cuando llegamos a la última posada donde debíamos alojarnos, situada a escasos kilómetros de la casa del pariente de Sophia, y para no presentarnos de manera inesperada e intempestiva, le escribimos, con esmerada caligrafía, una nota muy elegante con el relato de nuestra desvalida y melancólica situación, nota en la que manifestábamos nuestra intención de pasar algunos meses con él en Escocia. Tan pronto enviamos la carta nos preparamos de inmediato para seguirla en persona, y estábamos a punto de subir al carruaje cuando llamó nuestra atención la llegada de otro coche tirado por cuatro caballos y distinguido con un blasón, coche del cual descendió un caballero de avanzada edad. Desde el primer momento sentí una extraña emoción al verle; y, al mirar por segunda vez, una comprensión instintiva me susurró en el corazón que se trataba de mi abuelo. Convencida de que mis conjeturas no podían ser erróneas, me bajé al instante del coche al que acababa de subir y seguí al desconocido de venerable aspecto hasta el salón, me arrojé de rodillas ante él y le supliqué que me reconociera como a su nieta. Él se sobresaltó al verme; mas, tras examinar mi semblante con atención, me levantó del suelo, me estrechó entre sus brazos y exclamó:

—¡Te reconozco! Sí, veo en ti el parecido con mi Laurina y con la hija de Laurina, dulce imagen de mi Claudia y de la madre de esta. ¡Os reconozco, pues, como hija de una y nieta de la

otra!

Mientras con tanta ternura me abrazaba, Sophia, desconcertada por mi abrupta salida, entró en el salón en mi busca. En cuanto el venerable par posó en ella su mirada, exclamó con visible asombro:

—¡Otra nieta! Sí, sí, ya veo que eres la hija de mi Laurina. Tu parecido con la hermosa Marina es suficiente para darse cuenta de ello.

—¡Oh! —respondió Sophia—. Cuando os vi por primera vez el instinto de la naturaleza me susurró que teníamos algún tipo de parentesco. Pero ya sea por parte de abuelos o de abuelas no sería capaz de precisarlo.

Él la estrechó entre sus brazos y, mientras tan tiernamente se abrazaban, se abrió la puerta de la posada y un joven de lo más apuesto hizo su aparición. Al verlo entrar, lord St. Clair se sobresaltó y, retrocediendo dos pasos, alzó las dos manos y exclamó:

—¡Otro nieto! ¡Qué inesperada felicidad es esta! Descubrir en el lapso de tres minutos a otros tantos descendientes míos. Es, sin la menor duda, Philander, el hijo la tercera hija de mi Laurina, la afable Bertha. Solo falta que aparezca Gustavus para completar la reunión de los nietos de mi Laurina.

—Y aquí lo tenéis —dijo un agraciado muchacho mientras entraban en la sala—. He aquí a Gustavus, a quien deseabais ver. Soy el hijo de Agatha, la cuarta hija de vuestra Laurina y la menor de todas ellas.

—En efecto, ya veo que lo eres —respondió lord St. Clair—. Pero, dime —añadió mientras miraba hacia la puerta con preocupación—, dime, ¿hay algún otro nieto en esta casa?

—Ninguno, milord.

—Entonces, me haré cargo de vosotros sin la menor dilación. Aquí tenéis cuatro billetes de cincuenta libras para cada uno. Tomadlos y recordad que he cumplido con mis deberes de abuelo.

Al instante salió de la habitación y acto seguido abandonó la posada.

Adieu,

LAURA

Decimosegunda carta: De Laura (continuación)

Puedes imaginar cuán sorprendidas nos quedamos ante la repentina partida de lord St. Clair.

—¡Innoble caballero! —exclamó Sophia.

—¡Abuelo indigno de serlo! —dije yo, y al instante nos desmayamos la una en brazos de la otra.

Desconozco durante cuánto tiempo permanecemos en tal situación, pero cuando nos recuperamos descubrimos que estábamos solas; sin Gustavus, sin Philander y sin billete alguno. Mientras nos lamentábamos de nuestro desdichado destino, se abrió la puerta de la posada y anunciaron la llegada de un tal Macdonald. Era el primo de Sophia. La rapidez con que vino a ayudarnos tras recibir la nota hablaba de modo tan favorable de él que no dudamos en considerarlo nuestro afable y simpático amigo en cuanto lo vimos. ¡Ay, pero pronto nos dimos cuenta de que era indigno de tal nombre! Pues, aunque dijo que estaba terriblemente preocupado por nuestras desgracias, no le arrancaron estas un solo suspiro, ni le hicieron maldecir nuestra

mala estrella. Le contó a Sophia que ella debía regresar pronto con él al encuentro de su hija a Macdonald Hall y que también le agradaría acogerme a mí, en calidad de amiga de su prima. Así pues, nos dirigimos a Macdonald Hall y allí fuimos recibidos con gran amabilidad por Janetta, hija de Macdonald y señora de la mansión. Janetta tenía entonces solo quince años, era agradable por naturaleza, poseía un corazón sensible y un temperamento compasivo; y, de haber sido estas cualidades convenientemente alentadas, la muchacha habría sido un excepcional ejemplo de la naturaleza humana. Sin embargo, por desgracia, su padre no estaba dotado de un alma lo suficientemente elevada como para admirar semejante disposición de ánimo y a lo largo de los años había hecho todo lo posible para impedir que se desarrollara. Hasta tal punto había llegado a extinguir la natural nobleza de su hija y la sensibilidad de su corazón que había logrado convencerla para que aceptara la propuesta de matrimonio de un joven por él mismo recomendado. Debían casarse en los próximos meses, y Graham, así se llamaba el joven, estaba en casa cuando llegamos. No tardamos en conocer su verdadero carácter. Era exactamente la clase de hombre que alguien como Macdonald habría escogido. De él se decía que era sensible, agradable y culto. No era nuestra intención enjuiciar tales naderías; mas, convencidas como estábamos de que carecía de alma, de que nunca había leído *Las penas del joven Werther* y de que sus cabellos ni siquiera eran pelirrojos, ni por un momento dudamos que Janetta no sentía afecto alguno por él, o que al menos no debería sentirlo. El mero hecho de haber sido escogido por el padre no hablaba en su favor, sino al contrario; y, aunque en todo lo demás él hubiera sido merecedor de los afectos de Janetta, aquella circunstancia habría sido razón suficiente para que Janetta le rechazara. Decidimos, pues, exponerle a ella dichas consideraciones bajo la luz adecuada, seguras de que obtendríamos el éxito deseado, al tratarse de una muchacha tan bien dispuesta y cuyos errores solo podían deberse a la falta de confianza en sí misma y al evidente desprecio de su padre. Y, en efecto, respondió de manera favorable a todos nuestros deseos. No nos costó convencerla de que era imposible que ella amase a Graham y de que era su deber desobedecer a su padre. Solo pareció dudar ante nuestra afirmación de que debía de sentir algo por otra persona. Durante un tiempo siguió manteniendo que no conocía a ningún otro joven por el que sintiera el menor afecto; pero, al exponerle nosotras que algo así era imposible, reconoció que creía sentirse atraída por el capitán M'Kenrie más que por ninguna otra persona que conociera. Esa confesión nos satisfizo y, después de enumerar las cualidades de M'Kenrie y de asegurarle que estaba perdidamente enamorada de él, le preguntamos si en alguna ocasión de alguna manera el muchacho le había declarado sus sentimientos.

—No solo no lo ha hecho —dijo Janetta—, sino que no tengo razón alguna para creer que sienta nada por mí.

—No hay duda —respondió Sophia— de que te adora. La atracción ha de ser recíproca. ¿Nunca te ha observado con admiración, te ha cogido tiernamente la mano o ha derramado de forma involuntaria una lágrima antes de salir a toda prisa de la habitación?

—Nunca, que yo recuerde —respondió ella—. Cuando terminan sus visitas suele marcharse sin especial prisa y sin hacer ni una reverencia.

—Sin duda, querida mía —le aseguré—, has de estar equivocada; pues es absolutamente imposible que pueda alejarse de ti sin verse embargado por el mayor desconcierto, desesperación y atolondramiento. Considéralo por un momento, Janetta, y te convencerás de lo absurdo que es suponer que él pudiera hacer una reverencia o comportarse como otra persona cualquiera.

Habiendo aclarado de manera satisfactoria esta cuestión, lo siguiente fue decidir cómo

comunicarle a M'Kenrie la favorable opinión que Janetta tenía de él... Finalmente, optamos por contactar con él mediante una carta anónima que Sophia se encargó de escribir. Es la que sigue:

¡Oh, feliz amante de la bella Janetta! Afable poseedor de un corazón cuya mano a otro está destinada, ¿por qué posponéis de este modo la confesión de vuestro amor a quien lo suscita? ¡Oh, tened en cuenta que dentro de pocas semanas la trémula esperanza que ahora albergáis fenecerá, cuando el cruel padre una a la desdichada víctima con el execrable e infame Graham!

¡Ay!, ¿por qué tan cruelmente colaboráis en la desgracia de ella y la vuestra, así planificadas, en lugar de dar a conocer el proyecto que desde hace tanto tiempo alberga vuestra imaginación? Una unión secreta aseguraría de inmediato la felicidad de ambos.

Al recibir la nota, el amable M'Kenrie, cuya modestia —tal y como nos confesó después— había sido el único motivo que le había llevado a ocultar durante tanto tiempo sus apasionados sentimientos por Janetta, voló propulsado por las alas del amor hacia Macdonald Hall; y tan apasionadamente declaró su amor a quien lo inspiraba que, después de unos pocos encuentros privados, Sophia y yo tuvimos la satisfacción de ver a Janetta partir hacia Gretna Green[5], que fue el lugar que escogieron para sus nupcias, a pesar de que estaba situado a una distancia considerable de Macdonald Hall.

Adieu,

LAURA

Decimotercera carta: De Laura (continuación)

Dos horas después de su partida, Macdonald y Graham no albergaban la menor sospecha acerca de lo sucedido. Y habrían tardado mucho más en enterarse de no ser porque tuvo lugar un pequeño incidente. Estando un día en la biblioteca de Macdonald, Sophia abrió por casualidad un cajón privado con una de sus propias llaves y descubrió que era el lugar donde el caballero guardaba sus documentos importantes, entre los cuales había una cantidad importante de dinero. Ella me puso al corriente de su hallazgo y ambas estuvimos de acuerdo en que sería un castigo adecuado para el vil Macdonald privarle de su dinero, quizá obtenido de forma deshonesta. Decidimos, por tanto, que la próxima vez que una de las dos entrase en la biblioteca cogería del cajón uno o más de aquellos billetes. No era esta la primera ocasión en que llevábamos a cabo con éxito un plan semejante. Pero, ¡ay!, el mismo día de la huida de Janetta, cuando Sophia extraía elegantemente un billete del cajón para guardarlo en su propio monedero, fue impertinentemente interrumpida por la abrupta entrada de Macdonald. Sophia, que, a pesar de su dulzura, cuando la ocasión lo requería, sabía hacer uso de la dignidad propia de su sexo, adoptó al instante la expresión más severa y, mirando con enfado al impávido malhechor, lo increpó en tono altivo:

—¿Por qué interrumpís mi tranquilidad con semejante insolencia?

El petulante Macdonald, sin intentar siquiera excusarse por el delito del que acababa de ser acusado, comenzó a recriminar a Sophia por arrebatarle su dinero de forma tan innoble... Sophia, huelga decir, se sintió herida en su orgullo.

—¡Miserable! —exclamó ella, apresurándose a devolver el billete al cajón—. ¿Cómo osáis

acusarme de semejante acto, cuya mera idea me hace enrojecer?

Como el miserable bribón seguía sin quedar convencido, continuó reprendiendo a la justamente ofendida Sophia con tan oprobioso lenguaje que finalmente consiguió agraviar su dulce naturaleza, induciéndola a vengarse de él informándole de la huida de Janetta y del activo papel que ella y yo habíamos jugado en el asunto. En ese momento de la discusión entré yo en la biblioteca y, como podrás imaginar, me sentí tan ofendida como Sophia por las infundadas acusaciones del malvado y despreciable Macdonald.

—¡Vil canalla! —grité—. ¿Cómo os atrevéis a atacar con semejante desvergüenza la inmaculada reputación de tan noble mujer? ¿Y por qué no sospecháis también de mi inocencia?

—Al punto os daré esa satisfacción, *madame* —respondió él—, pues de vos también sospecho. Y, por tanto, es mi deseo que las dos abandonéis esta casa en menos de media hora.

—Con gusto nos iremos —respondió Sophia—. Pues nuestros corazones desde hace largo tiempo os detestan y lo único que nos obligaba a permanecer bajo vuestro techo era la amistad que nos une a vuestra hija.

—Su amistad hacia mi hija ha sido sobradamente demostrada al haberla arrojado a los brazos de un cazafortunas carente de principios —replicó él.

—Sí —exclamé yo—. Entre tanta desdicha, al menos nos servirá de consuelo pensar que este acto de amistad hacia Janetta nos libra además de cualquier deuda para con su padre.

—No me cabe la menor duda de que os regocijaréis con tal reflexión —dijo él.

Tan pronto como recogimos nuestra ropa y nuestras pertenencias, abandonamos Macdonald Hall; y, después de caminar durante unos tres kilómetros, decidimos sentarnos junto a la cristalina corriente de un arroyo para refrescar nuestros exhaustos miembros. El lugar invitaba a la meditación. Un bosquecillo de grandes olmos nos protegía por el este, y un lecho de altas ortigas, por el oeste. Ante nosotras corría el rumoroso arroyuelo y detrás estaba la carretera. Nuestro estado de ánimo predisponía a la contemplación y al disfrute de aquel bello enclave. El silencio que durante largo tiempo se había impuesto entre nosotras por fin se rompió cuando exclamé:

—¡Qué hermoso paisaje! ¡Lástima que no estén aquí Edward y Augustus para disfrutar con nosotras de tanta belleza!

—¡Ay, mi querida Laura! —exclamó Sophia—. Por el amor de Dios, no me recuerdes la desdichada situación de mi marido encarcelado. ¡Oh, qué no daría yo por saber algo de mi Augustus! Por saber si sigue en Newgate o si ha sido ahorcado. Mas nunca seré capaz de vencer mi tierna sensibilidad para tratar de averiguarlo. ¡Ay, te suplico que no vuelvas a pronunciar su amado nombre delante de mí! Me afecta demasiado. No puedo soportar oír su nombre; me hiere profundamente.

—Perdóname, mi querida Sophia, por haberte herido de este modo sin querer —respondí.

Y, en un intento por cambiar de tema de conversación, me propuse admirar la noble grandeza de los olmos que nos protegían del céfiro del este.

—¡Ay, Laura! —respondió ella—. Te ruego que evites tan melancólico tema. No hieras de nuevo mis sentimientos con comentarios acerca de esos olmos. Me recuerdan a Augustus. Él era como ellos, alto y majestuoso. Poseía esa noble grandeza que tu admiras en ellos.

Yo guardé silencio, temerosa de volver a herirla con cualquier otro tema de conversación que pudiera recordarle a su Augustus.

—¡Qué cielo tan bonito! —dije yo—. ¡Qué encantador ese azul vetado de blanco!

—¡Ay, Laura! —respondió ella al instante, apartando la vista del cielo después de haberlo contemplado tan solo un instante—. No me angusties de este modo reclamando mi atención sobre algo que tan cruelmente me hace recordar el chaleco azul y blanco de Augustus.

¿Qué podía hacer yo? Los sentimientos de Sophia eran frágiles, y la ternura que sentía por Augustus, tan conmovedora que no me atreví a hablar de nada más, temerosa de volver a herir su sensibilidad del modo más insospechado induciéndola a pensar en su esposo. No obstante, guardar silencio habría sido cruel, puesto que ella me había pedido que hablara.

De este dilema me libró entonces un incidente de lo más oportuno, pues en ese momento volcó el faetón de un caballero en la carretera que discurría a nuestras espaldas. Sin duda fue el más feliz accidente, ya que logró distraer a Sophia de las melancólicas reflexiones en que hasta el momento había estado inmersa. Al instante nos levantamos y corrimos al rescate de aquellos infortunados que segundos antes viajaban en tan elegante faetón y ahora yacían tendidos sobre el polvo del camino.

—¿Qué grandes temas de conversación sobre los inciertos goces de este mundo habrían constituido para cualquier cabeza pensante ese faetón y la vida del cardenal Wolsey[6]! —le dije a Sophia mientras nos dirigíamos a toda prisa hacia el escenario de tan inesperado suceso.

Ella no tuvo tiempo para responder, pues el horrible espectáculo que se desplegaba ante nosotras acaparó por completo nuestra atención. Enseguida vimos a dos caballeros elegantemente vestidos que se debatían en el suelo, empapados en su propia sangre; mas al acercarnos ¡comprobamos que eran Edward y Augustus! ¡Sí, mi queridísima Marianne, eran nuestros maridos! Sophia lanzó un chillido y se desmayó. Yo me volví loca y empecé a gritar. Y así seguimos, privadas de nuestros sentidos durante varios minutos; mas, tan pronto creímos recuperarlos, volvimos a caer en el mismo delirio. Tan lamentable situación se prolongó al menos durante una hora y cuarto. Sophia se desmayaba cada poco y yo sufría arrebatos de locura. Al final, un gemido del desdichado Edward (el único que aún conservaba un hálito de vida en su interior) nos hizo recuperar la compostura. De haber imaginado que alguno de los dos seguía vivo habríamos reservado algo de nuestro dolor; mas, como al verlos en un primer momento habíamos supuesto que estaban muertos, imaginamos que poco más podíamos hacer por ellos. Sin embargo, en cuanto escuchamos el gemido de Edward, dejamos a un lado nuestras lamentaciones por el momento, corrimos hacia el amado joven y, arrodillándonos cada una a un lado de su cuerpo moribundo, le imploramos que no se muriera.

—Laura —dijo él, fijando en mí su mirada casi exánime—, me temo que hemos volcado.

Yo no cupe en mí de gozo al comprobar que todavía era capaz de razonar.

—¡Oh, Edward! —exclamé—. Dime, te lo suplico, antes de morir, qué te ha sucedido desde el aciago día en que Augustus fue arrestado y nos separamos...

—Lo haré —respondió él.

Y, dejando escapar un profundo suspiro, expiró.

Sophia volvió a desmayarse al instante. Yo daba rienda suelta a mi dolor de un modo más audible. Me faltó la voz, mi mirada se volvió vacía, mi rostro se tornó más pálido que el de la misma muerte, y mis sentidos estaban entumecidos...

—¡No me hables de faetones! —dije yo, desvariando en tono frenético e incoherente—. ¡Dadme un violín y tocaré para él, tranquilizándolo en sus horas más melancólicas! ¡Temed, gentiles ninfas, los rayos de Cupido y esquivad los penetrantes dardos de Júpiter! ¡Contemplad el bosque de abetos! ¡Veó una pata de cordero! Me dijeron que Edward no estaba muerto, pero me

engañaron... ¡Lo confundieron con un pepino!

Y así seguí chillando tras la muerte de mi Edward. Durante dos horas grité enloquecida y habría seguido haciéndolo, pues no estaba en absoluto fatigada, si Sophia no se hubiera recuperado tras su desvanecimiento para recordarme que estaba a punto de anochecer y comenzaba a hacer frío.

—¿Y adónde podemos ir —dije yo— para refugiarnos de ambas amenazas?

—A esa casa blanca —respondió ella, señalando un bonito edificio que se alzaba en mitad del bosquecillo de olmos y en el cual no habíamos reparado hasta entonces.

Yo le di la razón y sin demora allí nos dirigimos. Llamamos a la puerta y nos abrió una anciana. Cuando le preguntamos si podía darnos alojamiento para pasar la noche, ella dijo que la casa era pequeña, pues solo tenía dos habitaciones, pero de todos modos nos ofreció una. Satisfechas, seguimos a la buena mujer al interior de su hogar, donde nos alegramos al ver un acogedor fuego encendido en la chimenea. Ella era viuda y solo tenía una hija de diecisiete años. Una de las mejores edades, qué duda cabe. Pero, ¡qué lástima!, era una muchacha muy corriente y se llamaba Bridget, de modo que poco se podía esperar de ella..., ni ideas nobles, ni delicados sentimientos, ni una sensibilidad refinada. No era más que una muchacha de buen carácter, educada y servicial. Y, como tal, apenas podía desagradarnos, sino tan solo ser objeto de nuestra indiferencia.

Adieu,

LAURA

Decimocuarta carta: De Laura (continuación)

Ármate, mi joven y afable amiga, de toda la filosofía que seas capaz de reunir y haz acopio de tanta fortaleza como puedas, pues, ¡ay!, a lo largo de las páginas que siguen tu sensibilidad será puesta a prueba del modo más terrible. ¡Ah!, ¿qué importancia pueden tener las desgracias que he soportado —y que aquí te he relatado— comparadas con la que estoy a punto de narrar? A pesar de que las muertes de mi padre, de mi madre y de mi marido desbordaron con creces lo que mi gentil naturaleza podía soportar, no fueron sino meras pequeñeces en comparación con la fatalidad que me dispongo a relatar. La mañana después de nuestra llegada a la casa, Sophia se quejó de un dolor agudo que atenazaba sus delicados miembros, acompañado por una desagradable jaqueca que ella atribuyó a haberse enfriado durante los constantes desmayos que había sufrido al aire libre cuando comenzaba a caer el rocío la tarde anterior. Por más que me pesara, hube de reconocer que aquello era lo más probable; pues, ¿qué explicación había para que yo me hubiera librado de la misma indisposición, sino que los repetidos y frenéticos ataques por mí sufridos habían calentado mi sangre y acelerado la circulación de la misma por todo mi cuerpo, protegiéndome así del frío y la humedad de la noche?; mientras Sophia, inerte en el suelo, había estado expuesta a toda su severidad. Su repentino malestar me alarmó enormemente, pues, por insignificante que pudiera parecer, una instintiva sensibilidad me susurró que aquello podía resultar fatal para ella.

¡Ay, mis peores temores resultaron justificados! Su salud fue empeorando gradualmente y cada día que pasaba yo estaba más preocupada por ella. Al final se vio obligada a permanecer sola en la cama que la bondadosa y anciana dama nos había asignado a las dos. Su enfermedad comenzó a

consumirla de manera galopante hasta acabar con su vida en pocos días. A pesar de la angustia que me embargaba y del llanto que me consumía (puedes imaginar hasta qué punto), en cierto modo me consolaba la idea de haberle prestado todas las atenciones posibles durante su enfermedad. Había llorado por ella cada día, bañando con mis lágrimas su dulce rostro mientras estrechaba sus delicadas manos entre las mías en todo momento.

—Mi querida Laura —me dijo pocas horas antes de morir—, toma como advertencia mi desdichado final y evita la imprudente conducta que lo ha ocasionado... Cuídate de los desmayos... Aunque en el momento puedan parecer un alivio, al final, créeme, sobre todo si son repetitivos y tienen lugar en la estación menos adecuada, pueden resultar letales... Mi destino te servirá de enseñanza... Muero siendo mártir de mi dolor por la pérdida de Augustus... Un fatal desvanecimiento me costó la vida... Cuidado con los desmayos, Laura. Un ataque de nervios no es tan pernicioso ni en una cuarta parte. Supone un esfuerzo para el cuerpo y, si no es demasiado violento, me atrevería a decir que puede resultar incluso saludable. Vuélvete loca tan a menudo como quieras, pero no te desmayes...

Esas fueron las últimas palabras que me dirigió. Aquella fue la advertencia en su lecho de muerte a su afligida amiga Laura, que la ha seguido fielmente desde entonces.

Después de haber asistido a mi llorada amiga en su muerte prematura, abandoné de inmediato (si bien de madrugada) el detestado pueblo donde ella había muerto y cerca del cual habían expirado poco antes mi marido y Augustus. No había caminado muchos metros cuando me alcanzó un carruaje en el que rápidamente me acomodé decidida a viajar a Edimburgo, donde esperaba encontrar a algún piadoso amigo dispuesto a recibirme y a consolarme en mi aflicción.

Era tal la oscuridad cuando entré en el coche que no pude distinguir cuántas personas viajaban conmigo; solo fui capaz de percibir que eran unos cuantos. En cualquier caso, decidí ignorarlos y me entregué a mis tristes pensamientos. En general, prevalecía el silencio; un silencio roto únicamente por los estentóreos y constantes ronquidos de uno de los viajeros.

«¡Qué ignorante paleta debe de ser ese hombre!», me dije en silencio. «¡Qué absoluta falta de delicadeza y refinamiento han de caracterizar a alguien capaz de perturbar nuestros sentidos con tan brutal estruendo! Sin duda, de alguien así se podría esperar cualquier clase de fechoría. ¡No puede haber crimen demasiado grande para semejante personaje!». Así cavilaba yo para mis adentros, segura de que el resto de mis compañeros de viaje pensaban lo mismo.

Finalmente, la luz del día que despuntaba me permitió ver al canalla sin principios que tan violentamente había perturbado mis sentidos. Y no era otro que *sir* Edward, el padre de mi difunto esposo. A su lado viajaba Augusta, y en el mismo asiento que yo estaban tu madre y *lady* Dorothea. Imagina mi sorpresa al descubrirme así sentada de repente entre mis antiguos conocidos. Mas, por grande que fuera mi asombro, aún mayor fue cuando, al mirar por la ventanilla, vi al marido de Philippa y a esta sentada a su lado, en el pescante, y al volver la vista descubrí detrás de mí a Philander y a Gustavus, encaramados en el estribo.

—¡Oh, cielos! —exclamé—. ¿Es posible que de forma tan inesperada me vea rodeada de mis conocidos y mis familiares más cercanos?

Mis palabras sobresaltaron al resto del grupo, y todas las miradas se dirigieron hacia el rincón que yo ocupaba.

—¡Oh, mi dulce Isabel! —exclamé lanzándome por encima de *lady* Dorothea para abrazar a aquella—. Recibe de nuevo en tu seno a la desdichada Laura. ¡Ay!, la última vez que vi el valle del Usk me sentía feliz de haberme unido al mejor de los Edwards. Yo entonces tenía padre y

madre y no había conocido la desgracia. Pero ahora que he perdido a todos mis amigos salvo a ti...

—¡Cómo! —interrumpió Augusta—. ¿Significa eso que mi hermano ha muerto? Te ruego que nos cuentes qué ha sido de él.

—Así es, fría e insensible ninfa —respondí—. Tu hermano, ese desafortunado zagal, ya no existe; por lo que puedes vanagloriarte de ser la heredera de la fortuna de *sir* Edward.

Aunque siempre la había despreciado desde el día en que escuché a escondidas su conversación con mi Edward, por mera cortesía cedí a sus ruegos, y a los de su padre, de que les contara mi melancólica historia. Todos quedaron consternados —incluso el testarudo corazón de *sir* Edward y la insensible Augusta— por el triste relato. A petición de tu madre les conté todas las demás desgracias que me habían acaecido desde que nos separamos; esto es, el encarcelamiento de Augustus y la desaparición de Edward; la llegada a Escocia y el inesperado encuentro con nuestro abuelo y nuestros primos; la visita a Macdonald Hall, el peculiar servicio que allí prestamos a la joven Janetta y la ingratitud de su padre a resultas del mismo..., su inhumano comportamiento, su infundada desconfianza y el bárbaro trato que nos dio, obligándonos a abandonar su casa; nuestros lamentos por la pérdida de Edward y Augustus, y, finalmente, la melancólica muerte de mi amada compañera.

La pena y el asombro se reflejaron en el rostro de tu madre mientras duró mi narración, mas, siento decir, para su eterno reproche, que era este último el que predominaba. A pesar de que mi conducta había sido, sin duda, irreprochable a lo largo de todas mis desgracias y aventuras, ella pareció encontrar reprochable mi comportamiento en muchas de las situaciones por mí vividas. Puesto que yo estaba segura de haberme comportado en todo de un modo que era fiel reflejo de la honorabilidad de mis sentimientos y de mi refinamiento, presté poca atención a sus comentarios y le pedí que satisficiera mi curiosidad contándome cómo había llegado ella hasta allí, en lugar de ensuciar mi immaculada reputación con injustificables reproches. Tan pronto cumplió mis deseos en este particular, contándome con detalle todo lo que le había sucedido desde nuestra separación (si no estás familiarizada con los detalles, tu madre te los facilitará), me dirigí a Augusta para pedirle que hiciera lo mismo en lo referente a ella, *sir* Edward y *lady* Dorothea.

Augusta me contó que, como amante que era de las beldades de la naturaleza, su curiosidad por contemplar las deliciosas estampas que esta exhibía en esa parte del mundo se había visto intensificada hasta tal punto por la lectura de *Las observaciones de las Highlands*, de Gilpin, que había convencido a su padre para realizar un viaje por Escocia, persuadiendo de paso a *lady* Dorothea para que los acompañara. Habían llegado a Edimburgo pocos días antes y, desde allí, habían realizado excursiones diarias a la campiña —en esos momentos regresaban de una de ellas— en la diligencia en la que ahora viajábamos.

Después me interesé por la historia de Philippa y su marido, y supe que este último, habiendo malgastado la fortuna de su esposa, había recurrido, como medio de subsistencia, al único talento que poseía, es decir, la conducción; y que, después de vender todas sus pertenencias excepto el coche de caballos, que había convertido en diligencia, había decidido alejarse de todos sus conocidos trasladándose a Edimburgo, desde donde viajaba cada dos días a Stirling. A pesar de todo, Philippa, que aún gozaba de los afectos de su desagradecido marido, le había seguido a Escocia y solía acompañarle en sus excursiones a la mencionada localidad.

—El único motivo —continuó Augusta— por el que mi padre decidió viajar en diligencia para conocer las beldades de la campiña desde nuestra llegada a Escocia fue el de proveer sus

bolsillos con un poco de dinero; pues, sin duda, nos habría resultado mucho más agradable desplazarnos en silla de posta antes que ir de un lado para otro apretujados en este incómodo cacharro.

Me mostré completamente de acuerdo con ella en dicha cuestión y condené una vez más en silencio a *sir* Edward por sacrificar de ese modo las comodidades de su hija por el bien de aquella ridícula mujer ya entrada en años cuya reprobable conducta al casarse con un hombre tan joven bien merecía un conveniente castigo. No obstante, el comportamiento de *sir* Edward no desdecía en absoluto de su carácter; pues ¿qué se podía esperar de un hombre que no poseía ni un ápice de sensibilidad, que apenas conocía el significado de la palabra «compasión» y que además roncaba?

Adieu,

LAURA

Decimoquinta carta: De Laura (continuación)

Cuando llegamos a la ciudad, donde debíamos desayunar, decidí hablar con Philander y Gustavus, y con tal propósito salí del carruaje, me instalé en el asiento trasero y les pregunté con delicadeza sobre su estado de salud, manifestando preocupación acerca de las incomodidades de su viaje. Al principio parecían desconcertados por mi repentina aparición, temerosos sin duda de que pudiera reclamarles el dinero que nuestro abuelo me había dado y del que ellos tan injustamente me habían privado; mas, al ver que yo no mencionaba la cuestión, me invitaron a sentarme con ellos para poder conversar más cómodamente. Accedí pues, y, mientras el resto del grupo devoraba tostadas con mantequilla acompañadas de té verde, nosotros nos deleitamos de forma más refinada y sentimental conversando en privado. Les conté cuanto me había sucedido a lo largo de mi vida y, a petición mía, ellos relataron hasta el último incidente de las suyas.

—Como ya sabes, somos hijos de las dos hijas pequeñas que lord St. Clair tuvo con Laurina, la bailarina italiana. Ninguna de nuestras madres llegó a saber con exactitud quiénes fueron nuestros padres, aunque, según la opinión generalizada, Philander es hijo de un tal Philip Jones, un albañil, y mi padre era Gregory Staves, un fabricante de corsés de Edimburgo. Esto, no obstante, no tiene demasiada importancia, pues, dado que nuestras madres nunca llegaron a casarse con ellos, tal hecho no supone ningún deshonor para nuestra sangre, que es de la más pura y antigua categoría. Bertha (la madre de Philander) y Agatha (la mía) siempre vivieron juntas. Ninguna de las dos llegó a ser muy rica, y la suma de sus respectivas fortunas alcanzó originalmente un total de nueve mil libras; mas, como siempre se vieron obligadas a vivir principalmente de lo que tenían, cuando ambos cumplimos quince años, el montante había disminuido hasta las novecientas. Estas novecientas libras las guardaban en un cajón de una de las mesas del salón de casa para que estuvieran siempre disponibles. No sabría decir si fue por esta circunstancia —porque estuvieran tan a mano—, por un irrefrenable deseo de independencia o por un exceso de sensibilidad (cualidad que siempre nos ha caracterizado), pero lo cierto es que el año en que cumplimos los quince cogimos las novecientas libras y nos fugamos. Con el botín ya en nuestro poder, decidimos gestionarlo sabiamente y no malgastarlo dejándonos arrastrar por la insensatez o la extravagancia. Y, con tal propósito, lo dividimos en nueve partes, la primera de las cuales se dedicaría a comestibles; la segunda, a bebidas; la tercera, al gobierno de la casa; la cuarta, a carruajes; la

quinta, a caballos; la sexta, a sirvientes; la séptima, a diversiones; la octava, a ropa; y la novena y última, para hebillas de plata. Habiendo organizado de ese modo nuestros gastos para los dos meses siguientes (pues esperábamos que las novecientas libras nos duraran ese tiempo) partimos con premura hacia Londres y tuvimos la suerte de gastar el dinero en siete semanas y un día, es decir, se terminó solo seis días antes de lo esperado. Habiéndonos librado tan felizmente del lastre que suponía tal cantidad de dinero, empezamos a plantearnos la posibilidad de regresar junto a nuestras madres, hasta que accidentalmente nos enteramos de que ambas habían muerto de hambre, por lo que renunciamos a dicho plan y decidimos unirnos a alguna compañía de teatro ambulante, ya que siempre habíamos sentido cierta debilidad por los escenarios. Ofrecimos, por tanto, nuestros servicios a una y fuimos contratados. La compañía en cuestión era bastante pequeña, pues estaba formada únicamente por el director, su esposa y, a partir de entonces, nosotros mismos; pero de ese modo había menos sueldos que pagar y el único inconveniente eran las pocas obras que podíamos representar, dada la escasez de actores para interpretar los papeles. Una de nuestras representaciones más admiradas era *Macbeth*, en la que estábamos realmente magníficos. El director siempre interpretaba a Banquo, su esposa era *lady Macbeth*, yo interpretaba a las tres brujas, y Philander se ocupaba de todos los demás personajes. Para ser honestos, esta tragedia no solo era la mejor, sino la única obra que llegamos a representar. Y, después de actuar por toda Inglaterra y Gales, llegamos a Escocia con la intención de escenificarla en el resto de Gran Bretaña. Quiso el azar que estuviéramos en esa misma ciudad a la que llegaste cuando apareciste y conociste a tu abuelo. Nos encontrábamos dentro de la posada cuando su carruaje entró en el patio y reconocimos el escudo familiar. Sabíamos que lord St. Clair era nuestro abuelo, por lo que decidimos hacer todo lo posible para obtener algo de él dándole a conocer el parentesco que nos unía. Como bien sabes, nuestra estratagema tuvo éxito. En cuanto conseguimos las doscientas libras, nos marchamos rápidamente de la ciudad, dejando que el director y su esposa representaran *Macbeth* como bien pudieran, y pusimos rumbo a Stirling, donde gastamos nuestra pequeña fortuna con *grand éclat*[7]. Ahora regresamos a Edimburgo con intención de volver a actuar. Y esa, mi querida prima, es nuestra historia.

Le di las gracias al amable joven por su amena narración y, habiéndoles manifestado mis mejores deseos de bienestar y felicidad, los dejé en su pequeño cubículo y volví a unirme a mis amigos, que me esperaban con impaciencia.

El relato de mis aventuras está llegando a su fin, mi querida Marianne. Al menos por el momento.

Cuando llegamos a Edimburgo, *sir Edward* me dijo que deseaba que yo, como viuda de su hijo, aceptara de su bolsillo una renta de cuatrocientas libras anuales. Cortésmente le prometí que lo haría, aunque no pasé por alto que el ofrecimiento del antipático baronet, sin duda, era debido únicamente a que yo era la viuda de Edward y no a mi refinada y afable personalidad.

Me instalé en una romántica villa de las tierras altas escocesas, en la que desde entonces he residido y donde, sin miedo a la interrupción de visitas indeseadas y en melancólica soledad, puedo dar rienda suelta al dolor por la muerte de mi padre, mi madre, mi marido y mi amiga.

Augusta lleva varios años casada con Graham, a quien conoció durante su visita a Escocia, y que sin la menor duda era el hombre idóneo para ella.

Con la esperanza de tener un heredero de su título y su patrimonio, *sir Edward* se casó en la misma época con *lady Dorothea*. Sus plegarias han sido atendidas.

Después de labrarse una notable reputación gracias a sus interpretaciones en el teatro en

Edimburgo, Philander y Gustavus se trasladaron a Covent Garden, donde siguen actuando bajo los seudónimos de Luvis y Quick.

Philippa pagó tiempo ha su deuda con la naturaleza, mas su marido sigue conduciendo la diligencia entre Edimburgo y Stirling.

Adieu, mi queridísima Marianne,

LAURA

FINIS

13 de junio de 1790

ELIZABETH CAROLINE GREY

(1798-1869)

EL CONDE ESQUELETO, O LA AMANTE VAMPIRO[8]

(1828)

«En su misterioso paso de la vida a la muerte, y de la muerte a una nueva vida, ella había perdido todas sus ideas y convicciones previas, toda su experiencia pasada y todos los conocimientos adquiridos durante su breve existencia, convirtiéndose de ese modo en una hija de la naturaleza, tan simple y carente de sofisticación como un morador de los bosques, y dotada de la aguda capacidad de percepción y de los instintos sin amaestrar propios de un salvaje analfabeto».

Tras firmar un impío pacto con el príncipe de la oscuridad, el conde Rudolph había decidido renunciar al estudio de la alquimia y a la búsqueda del elixir de la vida, pues el demonio no solo le había asegurado una larga vida, sino que la misma autoridad había declarado que tales estudios eran vanos y falaces. Sin embargo, había seguido practicando la astrología y las ciencias ocultas y a menudo pasaba los días especulando de manera infructuosa sobre cuestiones como el origen de la materia y la naturaleza del alma. Estudió los escritos de Aristóteles, Plinio, Lucrecio, Josefo[9], Jámblico, Sprenger, Cardano y el erudito Miguel Pselo; lo que, no obstante, no le permitió avanzar a la hora de desvelar los misterios que ansiaba desentrañar. Las quimeras de los antiguos filósofos, los gnósticos y los pneumatólogos únicamente conseguían sumirlo en dudas aún más profundas, por lo que con el tiempo decidió abandonar el terreno de las especulaciones para adentrarse en el de la experimentación, con el fin de poner a prueba, mediante la práctica, sus teorías inacabadas.

Después de realizar un apasionado examen de la anatomía humana y numerosas operaciones y experimentos en el cadáver de un malhechor, ahorcado por los delitos de robo y asesinato —que él mismo había robado del cadalso en mitad de la noche y transportado al castillo de Ravensburg con ayuda de dos desgraciados reclutados en una tenebrosa fonda de la villa de Heidelberg—, tomó la decisión de exhumar el cuerpo de alguien recientemente fallecido para llevar a cabo un intento de reanimación. La fórmula de los nigromantes para despertar a los muertos no era suficiente para la devolver un cuerpo a la vida, sino únicamente para una revivificación temporal. Sin embargo, un viejo manuscrito de origen griego que había descubierto en la biblioteca del castillo contenía la crónica de cómo dicha reanimación podía prolongarse gracias a un milagroso fluido, para cuya destilación proporcionaba una fórmula.

A media noche, el conde Rudolph recogió las hierbas que prescribía el manuscrito griego y destiló a partir de ellas un brillante líquido de color oro sin apenas sabor —líquido del cual emanaba, sin embargo, el más fragante aroma— que preservó en un pequeño vial. Tras averiguar que la hija de un campesino, una muchacha de singular belleza, había fallecido de forma repentina e iba a ser enterrada el día siguiente a la elaboración de su milagroso reconstituyente, partió sin perder tiempo hacia Heidelberg para contratar de nuevo los servicios de los dos hombres que le habían ayudado a sacar del cadalso el cadáver del malhechor y después regresó al castillo de Ravensburg dispuesto a llevar a cabo los preparativos de su extraño experimento.

Al dar solemnemente la medianoche, el conde salió con sigilo del castillo por una puerta situada en la torre oriental, cuya llave solo él poseía, y dirigió sus pasos al cementerio de la aldea vecina. Era una hermosa noche de luna, mas todos los aldeanos yacían en brazos de Morfeo —el dios del sueño de pesados párpados—, por lo que el violador de la santidad de la tumba llegó al camposanto sin que nadie le viera. Descubrió a sus compinches esperándole entre las sombras, al arropo del muro que treparon con facilidad, y se pusieron a trabajar sin perder un momento. No tardaron mucho en retirar la tierra todavía fresca que cubría el ataúd. Acto seguido, los resurreccionistas abrieron la tapa con ayuda de un destornillador, y entonces la muerta quedó al descubierto ante sus ojos.

Los impíos miserables contratados extrajeron el cadáver de la joven doncella de su lugar de

reposo y depositaron la arcilla inanimada junto al borde de la fosa, que se apresuraron a llenar de tierra antes de proceder a introducir en un saco los restos inertes de la bella muchacha campesina. Tras eliminar el rastro del sacrilego hurto que acababan de cometer, uno de ellos cargó el saco a hombros. Cuando este se fatigó, fue sustituido por su camarada, y de ese modo se fueron turnando hasta llegar al castillo. El conde Rudolph los guio mientras ascendían por la estrecha escalinata que conducía hasta la cámara que albergaba su estudio en la torre oriental. En cuanto depositaron el cuerpo en el suelo y recibieron la recompensa previamente estipulada, los dos resurreccionistas se mostraron aliviados por poder abandonar lo antes posible aquel lugar, que los rumores que circulaban por la región empezaban a asociar con todo tipo de horrores y con el mal.

Después de encender una lámpara de alcohol, que proyectó su lívida y temblorosa luz sobre los variados y extraños objetos que contenía la estancia e hizo que la pálida tez del cadáver pareciera aún más horrible y espectral, el conde Rudolph procedió a despojar al cuerpo de las ropas con que había sido enterrado y las escondió cuidadosamente para que, cuando la joven doncella volviese a la vida, no fuera presa de un repentino horror que pudiera resultar fatal para el éxito de su osado experimento. A continuación, colocó el cadáver en el centro de un círculo mágico que previamente había dibujado en el suelo del estudio y lo cubrió con una sábana. Había adquirido algunas prendas femeninas en el pueblo de Heidelberg, prendas que entonces dejó sobre la mesa, listas para que pudiera ponérselas la muchacha, de cuya resurrección pocas dudas albergaba.

Bertha había sido, como evidenciaban sus desnudos y helados restos mortales, una doncella de bellísimo rostro dotada de una figura de incomparable simetría. Ningún escultor o pintor habría sido capaz de dar forma a una obra más delicada, ningún poeta habría podido encontrar un tema más inspirador. Tendida sobre el suelo del estudio, parecía una hermosa talla de alabastro, o una figura de cera moldeada por las manos del artista más experto. Su largo pelo negro relucía irisado por un brillo púrpura como el del plumaje de un cuervo, y sus rasgos poseían la más exquisita proporción y disposición. Sin embargo, ahora su angélico semblante estaba lívido con los pálidos matices de la muerte, cuya acerada huella se hacía visible en cada una de sus facciones.

El conde Rudolph cogió entonces una varita mágica y, colocando uno de sus extremos sobre el pecho del cadáver, comenzó a recitar las fórmulas cabalísticas que los nigromantes emplean para despertar a la vida a los durmientes moradores de sepulcros. Cuando concluyó el impío encantamiento, un terrible silencio se adueñó de la torre, y él percibió cómo la sábana se agitaba suavemente a causa del temblor de los miembros, que denotaban la inminente reanimación. Entonces un escalofrío le recorrió todo el cuerpo a su pesar, al ver cómo los ojos de la muerta se abrían lentamente y las oscuras y dilatadas pupilas se clavaban en él con un extraño e impávido brillo.

Entonces los miembros empezaron a moverse, al principio de forma convulsiva, aunque pronto adquirieron una cadencia más natural, y la joven se incorporó hasta quedar sentada sobre el suelo del estudio y miró a su alrededor con expresión extraña y salvaje, lo que al instante hizo que Rudolph temiera que el sujeto de su experimento resultara ser una idiota o una delirante lunática.

De repente, sin embargo, se acordó del cordial reconstituyente y, tras coger la ampolla de un estante, vertió en la garganta de la doncella resucitada una cantidad considerable del fragante líquido dorado que aquel contenía. Entonces, un rayo de ese glorioso intelecto que emparenta al hombre con los ángeles destelló en sus oscuros y brillantes ojos, que, con dulce y tierna expresión, se detuvieron en el atractivo rostro del joven conde. Al incorporarse, la sábana había caído,

dejando al descubierto el niveo seno de la joven —que ahora se agitaba de forma acompasada al calor de la nueva vida—, y el conde de Ravensburg la contempló presa de una mezcla de sentimientos encontrados que abarcaban desde el asombro a la más pura delicia.

A medida que la vida regresaba a sus venas y se extendía por todo su cuerpo con un cálido hormigueo, el rubor fruto de un instintivo pudor tiñó su semblante y, cubriéndose de nuevo los senos con la sábana, se puso de pie, con su larga melena negra cayéndole sobre los hombros y sin apartar del suelo los oscuros ojos. El conde Rudolph señaló entonces las ropas que había traído para ella —tan seguro había estado el atrevido investigador del rotundo éxito que obtendría su experimento— y acto seguido abandonó el estudio mientras el hermoso objeto de sus científicas atenciones se vestía.

Cuando el conde de Ravensburg regresó a su estudio, Bertha estaba sentada frente al fuego, vestida con las ropas que había traído para ella, y él pensó que jamás había contemplado un espécimen de su sexo más bello. Al verlo entrar, ella se levantó y le besó la mano, como si fuera un ser superior; y habría permanecido de pie, con la cabeza inclinada sobre el pecho, igual que si estuviera en presencia de un ser de otro mundo, si él no la hubiera obligado a sentarse de nuevo antes de preguntarle dulcemente cómo se sentía después de haber vuelto a la vida de un modo tan singular y asombroso. Descubrió, no obstante, que ella no conservaba ningún recuerdo acerca de una existencia anterior, de modo que todos sus sentimientos eran nuevos y extraños, como los de Eva al cobrar vida por obra y gracia del Omnipotente. En su misterioso paso de la vida a la muerte, y de la muerte a una nueva vida, ella había perdido todas sus ideas y convicciones previas, toda su experiencia pasada y todos los conocimientos adquiridos durante su breve existencia, convirtiéndose, de ese modo, en una hija de la naturaleza, tan simple y carente de sofisticación como un morador de los bosques, y dotada de la aguda capacidad de percepción y de los instintos sin amaestrar propios de un salvaje analfabeto.

La muchacha se había recogido en una trenza los brillantes mechones negros de su larga melena, y sus mejillas refulgían con un color que habría puesto a prueba las habilidades de un pintor; tan ricos y delicados eran sus matices como el tinte rosáceo de alguna rara y exótica concha marina o el que una rosa proyectaría sobre una columna de alabastro. El joven conde se sintió irremisiblemente atraído por la doncella a la que su ciencia había investido de tan misteriosa y preternatural existencia; y ella, a su vez, contemplaba al apuesto Rudolph con una salvaje y tierna pasión, frágil a la par que humana, que se confundía con el agradecimiento y la devoción que creía deberle a quien ostentaba a sus ojos el papel de creador.

De ese modo, las emociones que se habían despertado en su corazón hacia el único ser que conocía adquirieron rápidamente la naturaleza de una religión idólatra, no obstante, salpicada de sentimientos más vulgares y terrenales, como los que bullían en el pecho de la vestal cuyos hijos fundaron Roma, o los de la virgen Shen-si, que fuera elegida entre todas las mujeres del imperio celeste para convertirse en la madre de Foh hecho carne.

—¡Sois gloriosamente bella, Bertha mía! —exclamó el enamorado conde, estrechándola entre sus brazos—. Decidme que seréis mía y me convertiréis en vuestro feliz esclavo. ¡Amar deberíais, pues sois adorable, hermosa hija del misterio!

—¡Os amo! —respondió Bertha, con dulce y tierna expresión en las claras profundidades de sus oscuros ojos—. Os adoro, creador mío. Mi alma se inclina ante vos y mi corazón late desbocado cuando me contempláis, mas temo que vuestra creación no sea merecedora ni siquiera de miraros con amor.

—¡Dulce e ingenua criatura! —gritó el conde de Ravensburg, besando sus labios de coral y sus arrebatadas mejillas—. ¡Soy yo quien os venera! Mía sois, Bertha, ahora y para siempre. ¡De ahora en adelante, viviré únicamente para contemplar vuestra sonrisa!

—¡Para siempre! ¿Podré estar siempre a vuestro lado? ¡Oh, qué inmenso júbilo! ¡Ídolo de mi corazón, os adoro!

Y la hermosa Bertha rodeo el cuello de su amado con sus blancos brazos y apretó sus labios contra los de él, pues, en la nueva existencia de la que ahora disfrutaba, sus sentimientos no conocían freno ni moderación, y ella cedía ante cualquier impulso de su ardiente naturaleza.

—Venid, Bertha mía —dijo el embelesado conde—, esta solitaria torre no ha de ser vuestro mundo. Venid conmigo, vuestro Rudolph, y sed la señora del castillo de Ravensburg, del mismo modo que ya lo sois del propietario de este corazón.

Pasando su brazo alrededor de la estrecha cintura de la misteriosa doncella, Rudolph cogió la lámpara y, tras abandonar la torre oriental, ambos descendieron sin hacer ruido hacia sus habitaciones, donde el débil primer rubor del día fue testigo de la consumación de sus deseos, y no ardió con menos fuerza la antorcha de Himeneo por el hecho de que ningún sacerdote hubiera bendecido su lecho nupcial.

La presencia de la joven en el castillo de Ravensburg, que Rudolph —con su habitual desprecio por las opiniones de cuantos le rodeaban— no se molestó en ocultar, se convirtió en el apasionante tema de conversación de los sirvientes durante el día; y, dado que Rudolph nunca se había dejado arrastrar a ningún escarceo, ni con las jóvenes campesinas de la aldea vecina, ni con las cortesanías de Heidelberg, las nuevas circunstancias les resultaron tanto más sorprendentes. La hermosa Bertha, no obstante, parecía ajena a la equívoca naturaleza de su posición con respecto al joven conde, y, aunque su comprensión de la naturaleza humana crecía a cada momento de su nueva existencia, seguía considerando a Rudolph un ser a todas luces superior.

Cuando la noche cubrió de nuevo la tierra durmiente con su manto de marta cibelina, Rudolph y la misteriosa Bertha yacieron de nuevo en su lecho, y nunca la caprichosa luna había derramado su pálida luz sobre una pareja tan compatible en cuanto a belleza física o, podríamos añadir, en lo que a su extraño destino se refería. Dotado uno de ellos de poderes intelectuales casi sobrehumanos y que en cuestión de escasos días habría de sufrir una horrible transformación, extraño destino que lo alejaba más si cabe del resto de los mortales; poseedora la otra de una singularísima belleza, ¡aunque condenada a la terrible existencia de quien ha cruzado el umbral de la muerte para volver a la vida!

Con resonante y solemne tañido, la campana del reloj del castillo proclamó la llegada de la medianoche y Bertha se apartó lentamente del cuerpo de su amante. Se levantó de la cama, se vistió en un estado semiconsciente y salió de la habitación sin hacer ruido.

Sus mejillas estaban pálidas y sus ojos tenían el mismo brillo salvaje e impávido que Rudolph había observado cuando la despertó de su mortal letargo. Abandonó el castillo y, tras mirar a su alrededor como si no estuviera segura de adónde ir, se encaminó hacia el pueblo.

Al llegar junto a la casa más cercana se detuvo y acto seguido se acercó a una de las ventanas y sacudió los postigos. Los anclajes estaban flojos, de modo que logró abrir sin demasiado esfuerzo. Como uno de los cristales de la ventana estaba roto, Bertha solo tuvo que introducir la mano para correr el cerrojo. Después abrió con cuidado y entró en la casa. Subió las escaleras de puntillas y entró en una habitación donde una niña pequeña dormía profundamente en la cama. Por un momento tembló violentamente, como si tratara de reprimir el horrible deseo que alimentaba su

condición de resucitada después de haber atravesado las puertas de la muerte. Entonces se inclinó, acercó el rostro al cuello de la pequeña —cuya mejilla acarició con su cálido aliento— y al instante sus dientes se hundieron en la delicada piel, y la joven comenzó a succionarle la sangre para prolongar su aberrante existencia.

¡Pues tal es el horrible destino de la raza de los vampiros, muchos de cuyos misterios y secretos aún quedan por desvelar; y no era otro el ser que el conde Rudolph había arrastrado desde la tumba hasta su lecho!

Finalmente, la niña despertó con un grito de terror y el padre saltó de su cama y corrió en su auxilio; pero Bertha pasó a su lado en la oscuridad y escapó de la casa. El campesino encontró a la pequeña muy asustada y sangrando por la garganta. La herida, sin embargo, no parecía fatal. Después de asegurarse de que su hija estaba bien, el hombre cogió su mosquete y echó a correr tras la asaltante.

—¡Un vampiro! —exclamó el campesino, poniéndose lívido de terror al distinguir a la luz de la luna a la joven, que huía del pueblo apresuradamente.

Aceleró el paso para dar caza a Bertha en plena huida y poco a poco fue ganando terreno hasta tenerla al alcance de su mosquete. Cuando la joven estaba a punto de llegar a la orilla del río, el hombre se apoyó el arma en el hombro y disparó. El eco de la explosión resonó a lo largo de las orillas del Rin, y Bertha gritó cuando el proyectil le penetró en la espalda antes de precipitarse de cabeza en la corriente. El campesino regresó al pueblo sin perder un momento, satisfecho por haber puesto fin a la existencia de aquella horrible criatura, mientras el cadáver del vampiro flotaba sobre las aguas del río bañadas por la luz de la luna.

Esa noche había luna llena y el astro inundaba con su perlada luz el pintoresco paisaje del valle del Rin, que, a lo largo de todo su curso, constituye un panorama de gran belleza en el que cada curva revela algún elemento interesante, ya sea por su interés histórico o por las legendarias asociaciones que suscita. Allí estaba la aldea, convertida ahora en el escenario de una horrible atrocidad; el castillo, tan pronto iluminado como sumido en las sombras a causa de las ligeras nubes que atravesaban el rostro de la luna; la ciudad de Heidelberg, que se extiende ladera abajo desde el castillo del Palatino y cuyo noble puente atraviesa el río; y el mismo Rin, sumido en la oscuridad al arropo de las enormes rocas que se alzan a lo largo de una de sus orillas, e iluminado por la luz de la luna en la otra. El cadáver del vampiro flotó corriente abajo hasta detenerse en un recodo del río donde quedó inmóvil junto a la orilla, parcialmente fuera del agua.

Da comienzo ahora otra escena de extraño y sobrecogedor interés, ¡una nueva fase de la terrible existencia de la novia vampiro! Pues, mientras la luz de la luna llena se derramaba sobre la silueta inanimada de aquel ser misterioso y temible, las sensaciones de nuevo se fueron abriendo paso lentamente a través de sus miembros, del mismo modo que cuando los mágicos encantamientos del conde de Ravensburg la habían arrancado de las garras de la muerte. Se le abrieron los ojos, el pecho le subía y bajaba al ritmo de las cálidas pulsaciones de la vida que regresaba a su cuerpo; sus miembros se movían espasmódicamente y poco después se puso de pie a la orilla del río. Sintió un escalofrío al recordar lo que le había sucedido, escurrió sus ropas empapadas y, aterrada, corrió a toda prisa hacia el castillo.

Después de entrar en la fortaleza se dirigió a las habitaciones del conde con gran sigilo y, en cuanto se quitó la ropa mojada y la ocultó, volvió a meterse en la cama sin que su amante advirtiera que en algún momento la hubiera abandonado. El conde se sorprendió al descubrir que su amada no comía nada en todo el día. No obstante, decidió que debía de tratarse de alguna de

las leyes naturales que regían su extraña existencia y no volvió a pensar en ello.

En el pueblo, sin embargo, la conmoción inicial siguió creciendo a medida que se difundía la noticia de que un vampiro había visitado la casa de Herman Klaus por la noche y de que la espantosa criatura había mordido a la hija pequeña. Durante toda la jornada, la vivienda que tan misteriosa visita había recibido fue rodeada por decenas de perplejos aldeanos que se santiguaban piadosamente al pasar, mientras se preguntaban quién sería el monstruo. La familia solicitó los servicios del sacerdote con el fin de impedir que la pequeña Minna, de hermosos ojos azules, se pudiera transformar en un vampiro después de su muerte, como se supone que les sucede a aquellos que tienen la desgracia de ser mordidos por una de esas horribles criaturas, del mismo modo que algunas personas se vuelven locas cuando las muerde un perro o un gato rabioso.

Según los términos del contrato por el que el conde Rudolph se ligaba con el demonio, sus condiciones no entrarían en vigor hasta siete días después de la firma de tan terrible enlace. A medida que las jornadas pasaban, Rudolph sentía la acuciante necesidad de advertir a Bertha acerca de la horripilante transformación que muy pronto él sufriría. Sabía que sería imposible ocultarle a su amante tan espantosa y repugnante metamorfosis, de modo que llegó a la conclusión de que, si la hacía partícipe del aciago destino que le aguardaba, quizá le resultaría más fácil impedir que el resto del mundo llegase a averiguarlo. Por tanto, se preparó mentalmente para la espeluznante revelación y al cumplirse el séptimo día tras su pacto con Lucifer le desveló a su compañera el terrible secreto.

—Bertha —dijo él, en tono triste y solemne—, estoy a punto de confiaros un terrible secreto. Debéis jurar que jamás lo divulgaréis.

—Lo juro —respondió ella.

—Sabed, pues —continuó el conde, bajando la voz hasta que se convirtió en un ronco susurro—, que en virtud de un contrato que me une a los poderes infernales del maligno y la oscuridad me fueron concedidos el don de la juventud y una larga vida rayana en la inmortalidad. Sin embargo, a cambio de tan inestimable regalo existe una condición que comienza esta misma noche, y la mera idea de tener que contároslo me hace temblar.

—¡No temáis, Rudolph mío! —exclamó la hermosa amante, rodeándole el cuello con sus blancos brazos—. Vuestra Bertha nunca podría amaros menos, y su alma se aferra a la vuestra más intensamente si cabe a causa del preternatural don que liga vuestro destino al mío. Pues también es la mía una extraña y temible existencia (existencia que a vos os debo), y, por tanto, a vos he de unirme más profundamente a causa del afín destino que nos liga, al tiempo que nos aleja del común de los mortales.

—Entonces preparad vuestros oídos para una horrible revelación, Bertha —respondió el conde de Ravensburg—. Cada noche de mi futura existencia, coincidiendo con el crepúsculo, la maldición me arrebatará mi aspecto mortal y en un esqueleto habré de convertirme hasta el amanecer del día siguiente. Ahora lo sabéis todo, Bertha mía, y vuestra es la responsabilidad de evitar que tan terrible secreto sea conocido.

—Bien lo guardaré, mi valiente Rudolph —exclamó Bertha, cuyos ojos relucían con una extraña expresión, como si estuviera pensando en lo fácil que le resultaría abandonar el castillo cada noche gracias a la extraña maldición de su amante—. Nadie más que yo contemplará vuestra transformación, y yo misma me encargaré de velar por vos hasta que recuperéis vuestra forma habitual.

—¡Gracias, Bertha mía! —respondió Rudolph, abrazándola—. Se acerca la hora en que habré

de renunciar durante la noche a mi aspecto mortal. Venid, amor mío, a nuestros aposentos y aseguraos de que nadie contemple mi horrible transformación.

Bertha y su amante entraron en la cámara y, cuando el astro diurno se hundió tras la línea del horizonte y los rastros de su esplendor aún se dibujaban en el cielo de poniente, el conde Rudolph se fue consumiendo hasta quedar reducido a un espeluznante esqueleto que se derrumbó sobre la cama. Bertha se estremeció al contemplar la horrible metamorfosis y juntos yacieron en su lecho hasta la medianoche. La necesidad de guardar el secreto se impuso a la repugnancia que en otras circunstancias podría haber sentido ante la proximidad de aquella osamenta humana, pero, en cuanto el reloj del castillo proclamó con su lengua de hierro la llegada de la medianoche, ella se levantó de la cama y, tras cerrar con llave la puerta de la cámara que tan extraño inquilino albergaba, abandonó de nuevo la fortaleza para saciar su aberrante sed de sangre humana.

La luna brillaba muy alto en el cielo aquella noche de insondable misterio y horror, y sus plateados rayos refulgían a través de la ventana de la habitación de Theresa Delmar —una de las más hermosas doncellas de la villa de Ravensburg— iluminando su niveo cuello y una blanca clavícula, enmarcados por una densa melena de rizos dorados que se derramaban sobre la almohada. Los ojos azules de la joven estaban ocultos tras delicados párpados y largas y sedosas pestañas, y su albo seno ascendía y descendía suavemente bajo el blanco edredón, mientras los pensamientos que a lo largo del día la habían inquietado se entremezclaban con sus sueños durante la noche. El silencio reinaba en la casa de tejado de paja, y en toda la villa tan solo se rompía ocasionalmente por el ladrido de algún diligente perro guardián.

Sin embargo, poco después de la medianoche un leve chasquido en la ventana de la habitación rompió el silencio imperante, como si alguien tratara de entrar, y la silueta de una mujer, de pie sobre el alféizar, obstaculizó de repente el caudal de luz de luna que caía sobre la cama de la doncella. Sin embargo, Theresa siguió durmiendo sin soñar siquiera con el peligro que la amenazaba, pues la mujer había conseguido abrir la ventana y al instante siguiente estaba en la habitación.

Con lentos y cuidadosos pasos se aproximó a la cama, donde la doncella dormía plácidamente sin percatarse de la terrible presencia que la amenazaba. Entonces un escalofrío sacudió el cuerpo del monstruo al aproximarse a la muchacha dormida, y sus rizos oscuros se mezclaron con la mata de cabellos rubios que caían sobre el blanco hombro y el seno parcialmente expuesto de Theresa Delmar. Los labios rozaron el cuello de la joven, los afilados colmillos penetraron la blanca piel y entonces comenzó a succionar con avidez, bebiendo el fluido vital que corría caliente y veloz por las venas de la doncella y consumiendo la vida de la muchacha para conservar la suya!

Pero ni siquiera entonces despertó Theresa, pues las perforaciones de los colmillos de la horrible criatura en su garganta eran poco más grandes que las que habría hecho una sanguijuela, de modo que el vampiro siguió chupando con avidez, pues la larga abstinencia de sangre había agudizado su aberrante apetito. De repente, Theresa despertó sobresaltada, sin duda a causa de algún desagradable cambio en sus sueños. Sin embargo, no gritó inmediatamente, pues no sentía dolor y, por el momento, apenas era consciente del peligro que corría. No obstante, segundos después estaba completamente despierta y es más fácil imaginar que describir la sorpresa y el horror que debió de sentir al descubrir, inclinada sobre ella y chupando su sangre, a la horrible criatura que pocas noches antes había atacado a Minna Klaus y a la que el padre de la pequeña creía haber matado.

Hipnotizada por los centelleantes ojos del vampiro, permaneció tumbada sin fuerzas para

gritar, hasta que ya no pudo soportar más el espeluznante horror de su situación, todos los músculos de su cuerpo se tensaron como cuerdas y un salvaje chillido brotó de sus labios. Pero ni siquiera entonces la espantosa criatura soltó su presa, sino que continuó succionando el fluido vital color carmesí de las palpitantes venas, hasta que se oyeron unos apresurados pasos que se aproximaban a la habitación, y la hermosa Theresa, cuyos gritos parecían haber roto el encantamiento al que la criatura la sometía, por fin se debatió de manera tan desenfadada que Bertha se vio obligada a renunciar a su impío banquete. Abrió la ventana y escapó, justo cuando una serie de violentos golpes retumbaron en la puerta de la habitación y su aterrorizada víctima se hundió de nuevo inconsciente en el lecho.

—¿Qué sucede, Theresa? ¡Abre la puerta! —exclamaron sus horrorizados padres, sin obtener respuesta.

Entonces Delmar echó la puerta abajo y él y su mujer se apresuraron a entrar en la habitación, donde encontraron a su hija desvanecida en la cama, con salpicaduras de sangre en la garganta y en el pecho, y la ventana abierta de par en par.

—¡El vampiro ha vuelto a la vida y ha atacado a Theresa! —exclamó la madre—. ¡Mira las manchas de su precioso cuello! ¡Ve a despertar a todos los del pueblo, Delmar, para perseguir al monstruo!

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde estoy? —preguntó Theresa, saliendo lentamente de su torpor y mirando aterrorizada a uno y otro lado de la habitación.

—Sí, se ha ido, amor mío —dijo la madre—. ¿Cómo era?

—Sí, ¿cómo era? —repitió el viejo Delmar—. Quizá no fuera el mismo monstruo al que disparó nuestro vecino Klaus la otra noche.

—¡Oh, sí! Era una muchacha y tan parecida a Bertha Kurtel como un guisante a otro guisante —respondió la joven estremeciéndose.

—¡Virgen santa! —exclamó la madre, santiguándose con un escalofrío—. ¡Bertha Kurtel, un vampiro que ha regresado de la tumba para alimentarse de nuestra Theresa! ¡Oh, es espantoso!

Delmar se vistió a toda prisa y, tras coger su hacha, corrió a avisar a Klaus y a otros para perseguir al vampiro. Pocos minutos después todo el pueblo estaba despierto y presa de la conmoción. Unos veinte hombres provistos con las primeras armas que encontraron se pusieron en marcha siguiendo la misma ruta que el vampiro había tomado cuando Herman Klaus lo había perseguido en la ocasión anterior. Buscaron en cada rincón alrededor del pueblo, mas regresaron al amanecer sin haber encontrado ni rastro del objeto de su búsqueda. Delmar volvió junto a su hija, a la que encontró todavía muy débil a causa del miedo y la pérdida de sangre, aunque el ataque del vampiro no le había causado ninguna otra herida. El pueblo, normalmente tranquilo, seguía presa de la mayor excitación, y durante toda la mañana se formaron corrillos de hombres en la callejuela, frente a la casa de Delmar, que hablaban en susurros sobre la espeluznante visita que su pueblo había recibido por segunda vez.

—¡Sería terrible que una muchacha tan hermosa como Theresa Delmar se convirtiera en un vampiro al morir! —comentó uno de ellos—. Y ¿quién sabe qué podría suceder ahora que la ha mordido una de esas horribles criaturas?

—Y la pobre Minna Klaus —dijo otro.

—No podemos saber cuántos más se convertirán en sus víctimas si no ponemos fin a todo esto —añadió otro de los aldeanos—. He oído decir al padre Ambrose que suelen atacar a mujeres y niños.

—¿Quién podrá ser? Eso es lo que me gustaría saber —dijo el viejo Klaus.

—Sí, según Theresa, era exactamente igual que Bertha Kurtel —respondió otro en susurros y sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Bertha Kurtel! —repitió un joven que la había cortejado—. ¿Bertha, un vampiro? ¡Imposible!

—Es fácil de averiguar —observó con voz ruda el herrero del pueblo—. Lo único que hemos de hacer es desenterrar su ataúd y ver si está dentro, como debería. Si no está, no tendremos la menor duda.

—Si no fuera por los sentimientos de sus padres, me conformaría con pensar que se trata de Bertha —dijo el viejo Delmar.

—¿Sentimientos! —repitió el herrero, hoscamente—. ¿Acaso no tenemos todos sentimientos? ¿Vamos a dejar que nuestras esposas e hijos sean atacados de esa manera y se conviertan en vampiros? ¿Vamos a dejar que los sentimientos de otras personas nos impidan hacer lo que debemos?

—No te falta razón —comentó el viejo Delmar, rascándose la cabeza con visible desconcierto.

—Yo iré si todos los demás se unen —dijo Herman Klaus.

—Yo también —exclamó el herrero, mirando a su alrededor—. Bien, entonces ¿quién se viene al cementerio a comprobar qué ataúdes están vacíos?

Varios se mostraron dispuestos al instante y otros siguieron rápidamente su ejemplo. El herrero se encaminó entonces al cementerio, acompañado por unos veinte hombres de los más valientes del pueblo, para recrear la escena que allí había tenido lugar hacía escasas noches. Al llegar al camposanto, el herrero y el hombre que caminaba a su lado comenzaron a trabajar sin perder un minuto, extrayendo a paladas la tierra que llenaba la fosa, y pronto finalizaron la tarea. En el más absoluto silencio, el herrero procedió a retirar la tapa del ataúd.

—Miren, vecinos —dijo, sin poder evitar palidecer—. ¡La tapa ya se había abierto antes, y el ataúd está vacío!

—¿Entonces, es verdad! —exclamó Herman Klaus.

—¿Acaso no está claro que Bertha es el vampiro, la horrible criatura que le chupó la sangre a Theresa Delmar y a la pequeña Minna Klaus? —dijo el herrero, mirando a su alrededor a la pequeña multitud de aldeanos ociosos que se había reunido en el cementerio durante la exhumación.

—Pero ¿dónde está ella ahora? Esa es la cuestión —observó Herman Klaus.

—Eso habrá de investigarse —dijo el herrero—. Hemos de mantenernos alerta para dar caza al vampiro. Después le prenderemos fuego o ensartaremos a la criatura con una estaca, pues se dice que esos son los únicos métodos que pueden destruir definitivamente a un vampiro.

El grupo de perplejos aldeanos regresó al pueblo para contar lo sucedido. ¡Terrible fue el dolor de los Kurtel al descubrir que su hija se había convertido en un vampiro! Y el joven que tanto había amado a Bertha cuando esta fue humana comenzó a delirar al escuchar la confirmación de las sospechas que la afirmación de Theresa había suscitado inicialmente. Durante el día, los aldeanos dejaron a un lado sus habituales ocupaciones y no se habló en el pueblo de otra cosa que no fuera de vampiros u hombres lobo y otras transformaciones más terribles y espeluznantes que cualquiera de las descritas en las *Metamorfosis* de Ovidio. Al anochecer, el venerable senescal

del conde de Ravensburg llegó al pueblo, donde se reunió con los Delmar, y a continuación visitó la casa de Herman Klaus. Un vago rumor comenzó a difundirse entonces de casa en casa como un reguero de pólvora, rumor según el cual el vampiro se encontraba en el castillo de Ravensburg.

El senescal contó a Delmar y a Klaus que la mañana siguiente al entierro de Bertha Kurtel una joven exactamente igual a ella —en su figura, sus rasgos, su voz y demás peculiaridades individuales— había aparecido de forma misteriosa en el castillo y allí había residido desde entonces en calidad de amante del conde. Nadie sabía quién era, de dónde venía ni cómo había entrado en la fortaleza. Los sucesos del pueblo habían llegado entonces a oídos de los criados y empleados del conde, junto con las sospechas de que el vampiro era la resucitada Bertha Kurtel, por lo que el senescal se había apresurado a bajar al pueblo. El hecho de que la amante del conde no probara la comida parecía confirmar en parte la sospecha de que era un vampiro. En cualquier caso, el relato del senescal provocó un gran revuelo entre los aldeanos. No tardaron en percibirse los primeros signos de intenciones hostiles, y media hora después más de un centenar de hombres marchaban en forma turbulenta hacia el castillo, pertrechados con todas las armas imaginables y jurando a voz en grito que iban a acabar con el vampiro.

El conde Rudolph y su bella amante estaban sentados junto a una ventana con vistas al camino. Con las manos entrelazadas se susurraban tiernas palabras de amor, cuando la exaltada muchedumbre que se aproximaba desde el pueblo atrajo su atención.

—¿Qué sucede? —dijo Rudolph, levantándose en el acto.

—¡Oh, esto es lo que me temía! —exclamó Bertha, palideciendo y juntando las manos con gesto aterrado—. Tus experimentos han levantado sospechas de nigromancia, Rudolph mío, y vienen a atacar el castillo.

—Me temo que estás en lo cierto, amada mía —dijo el conde—. No obstante, los recibiremos como se merecen. ¡Ja! ¡Una violenta turba amenaza el castillo! ¡Cerrad el portón —gritó entonces, dirigiéndose a sus hombres—, asegurad hasta la última puerta, y que todos tomen posiciones en las almenas para repeler el ataque!

—Queda poco para la puesta de sol —exclamó Bertha, mirando a su amante con gesto elocuente.

—Retiraos a vuestros aposentos, amor mío —dijo Rudolph—. No temáis. Mi vida está protegida por un encantamiento y ni espadas ni disparos les servirán contra mí. Si esa anárquica chusma no se ha retirado cuando llegue el terrible momento, ya no quedará más remedio, y habrán de contemplar mi espeluznante transformación. Quizá el espectáculo los espante y así tengamos ocasión de huir a otro país.

Tras abrazar al conde, Bertha se retiró y se encerró en su cuarto. Comenzaron entonces los preparativos para resistir el ataque de los insurgentes aldeanos, que seguían avanzando hacia el castillo, chillando cual salvajes y jurando venganza contra la amante vampiro del conde Rudolph.

«¡Muerte al vampiro!». Tal era el feroz y sombrío grito de guerra que retumbaba una y otra vez como un trueno distante desde un centenar de gargantas. Por fin llegaron a la entrada del castillo y, sin perder un segundo, el herrero comenzó a golpear con violencia el portón con su pesado mazo.

El conde cogió un arcabuz y disparó contra la muchedumbre. Muy pocos tenían armas de fuego y, cuando uno de los pueblerinos resultó herido, un aullido de furor y rabia se elevó contra la fortaleza sitiada, acompañado por una lluvia de disparos, flechas y piedras. El herrero seguía golpeando el portón con la ayuda de varios fieles paisanos armados con hachas y, aunque el fuego de las huestes armadas del conde habían alcanzado desde lo alto a varios asaltantes, el pequeño

grupo que trataba con denuedo de derribar las puertas estaba protegido por el voladizo de las almenas.

El conde Rudolph palideció y sintió un escalofrío al escuchar los salvajes chillidos de la turbamulta, mas no por miedo —pues, además de ser invulnerable, siempre había sido por completo indiferente a tal sentimiento—, sino a causa de las terribles ideas que en él habían engendrado aquellos gritos que hacían referencia a la hermosa Bertha Kurtel. ¿Acaso al resucitarla le había conferido la horrible naturaleza de un vampiro? ¿Era capaz aquella hermosa criatura de mantener su renovada existencia mediante la sangre de sus antiguas amigas? ¡Horrible, sin duda! Y, sin embargo, ¿no le había dado ella a entender algo semejante cuando él mismo le reveló los horrores de su extraña condición? Ha de ser cierto, entonces. Y tembló de forma violenta ante tan espantosa posibilidad.

—¡Muerte al vampiro! —seguían chillando amenazadoramente los asaltantes, que al final habían logrado derribar el portón y en aquellos momentos entraban de manera tumultuosa en el patio, gritando y blandiendo en el aire sus armas.

El fuego procedente de las almenas no consiguió amedrentarlos, por lo que, tras juntarse todos en el patio, comenzaron a golpear las puertas y ventanas del interior de la fortaleza. El conde Rudolph consideró que había llegado el momento de llevar a cabo un ataque directo. Desenvainó la espada y ordenó a sus hombres armados que le siguieran. Abrió con violencia una de las puertas de acceso al patio y se abalanzó con furia contra un flanco de los asaltantes. Durante unos instantes reinó la confusión, pero la furiosa turba pronto se recuperó, y el conde Rudolph y su pequeño grupo se vieron obligados a replegarse a la defensiva. Los rojizos rayos del sol poniente teñían de púrpura las lejanas colinas cuando los campesinos marchaban hacia el edificio, y cuando el enorme disco se hundió en el horizonte el aspecto del conde de Ravensburg comenzó a sufrir una asombrosa metamorfosis y muchos de los insurgentes creyeron ver cómo las flechas que le disparaban salían despedidas sin ensartarse en su cuerpo y sus espadas rebotaban como si las estocadas hubieran golpeado el tronco de un gigantesco roble. ¡Cuál no sería su sorpresa al comprobar que se había transformado súbitamente en un esqueleto completamente carente de carne!

—¡Es un ardid de Satán! ¡Es un brujo! —gritó el incansable herrero blandiendo en el aire su enorme mazo—. ¡Adelante, compañeros! ¡Muerte al vampiro!

—¡Muerte al vampiro! —repitió la muchedumbre, mientras los hombres del conde retrocedían, cediendo terreno por todos los flancos.

Por más aterrados que estuvieran los campesinos ante tan horrenda metamorfosis, el grueso de los asaltantes siguió entrando en el edificio principal por la puerta abierta y comenzaron a recorrer, una por una, todas las estancias del castillo, registrando hasta el último armario y mirando debajo de cada cama, mientras la aterrada Bertha corría de un sitio a otro hasta que al final optó por buscar refugio en la cámara más alta de la torreta oriental, la misma que había sido escenario de su regreso de entre los muertos y testigo de su nueva y horrible existencia. Tras cerrar la puerta del estudio, había corrido el cerrojo; mas ¿de qué servirían esos nimios obstáculos contra la furiosa turba, espoleada además por el éxito de haber tomado el castillo y decidida a llevar a cabo su venganza sembrando la destrucción? La puerta comenzó a ceder hasta que consiguieron forzarla, y varios hombres entraron corriendo en la pequeña estancia.

—¡Aquí está! ¡Es el vampiro! —gritó el cabecilla.

Y, a pesar de los espantosos chillidos y súplicas que pedían clemencia, la desgraciada Bertha

fue arrastrada fuera del estudio, con su larga melena negra colgando salvajemente sobre los hombros y su bello rostro pálido de puro terror.

—¡Clemencia, dice! ¿Qué clemencia se puede sentir por un vampiro? —gritaron los campesinos, mientras la aterrorizada criatura era conducida a empujones por las escaleras de la torre por dos de los hombres más atrevidos del grupo, pues pocos eran los que habrían osado tan siquiera tocar a la temida criatura.

Cuando llegaron al pie de la escalinata, una nube de humo se abría camino pasillo adentro y el chisporroteo de la madera ardiendo les indicó que sus compinches habían prendido fuego al castillo.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer con el vampiro? —preguntaron los más despiadados captores.

—¡Arrojémosla al Rin! —propuso uno.

—¡Atadla y pegadle un tiro! —dijo otro.

—¿Y de qué serviría eso? —objetó un tercero—. Solo el fuego o una afilada estaca pueden destruir a un vampiro. ¡Encerrémosla en el castillo y dejemos que arda hasta que quede reducida a cenizas!

—¡Sí sí! ¡Quemaremos al vampiro! —gritaron a coro.

—¡No no! ¡Yo digo que no! —intervino el herrero—. Llevémosla al cementerio, metámosla de nuevo en su ataúd y clavémosle una estaca para que nunca más vuelva a despertar.

La sugerencia del herrero recibió la aprobación general, y llevaron por la fuerza a la desdichada Bertha, medio a rastras, medio en volandas, más muerta que viva, a la iglesia del pueblo. Las llamas ascendían de manera desaforada hacia el cielo por todos los rincones del castillo cuando los descontrolados saqueadores lo abandonaron, y un resplandor rojizo se cernía sobre sus antiguas torres. El trabajo de destrucción fue rápido y pocas horas después no quedaba nada en pie, salvo los muros de piedra, desnudos y ennegrecidos.

En cuanto los destructores del castillo de Ravensburg llegaron al cementerio, arrastraron el cuerpo casi exánime de Bertha Kurtel hasta la tumba, que habían dejado abierta, y la arrojaron violentamente a su ataúd. A continuación, varios campesinos le entregaron al herrero una afilada estaca de madera que habían preparado por el camino, y este la clavó con toda la fuerza de sus nervudos brazos en el abdomen del vampiro sentenciado. Un espeluznante chillido salió de los pálidos labios de la muchacha cuando el horrible estacazo la despertó y sus ropas quedaron inmediatamente empapadas del vital fluido color escarlata. Entonces el herrero levantó su pesado mazo y golpeando la estaca atravesó por completo el cuerpo, que no dejaba de moverse presa de violentos estertores. La desgraciada joven se convulsionaba sin cesar, y el modo en que su rostro se contorsionaba constituía el más terrible espectáculo imaginable. De ese modo, empalada en su propio ataúd y mientras sus miembros aún temblaban en plena agonía, los verdugos cerraron la tapa y volvieron a llenar la fosa de tierra, que a continuación fue apisonada por al menos una decena de pies de sus verdugos.

Mas no había llegado el final con tan espeluznante y terrible escena. Un joven campesino, tan atrevido como curioso, que había participado en el ataque al castillo y en la horrible tragedia que tuvo lugar a continuación, estaba ansioso por averiguar algo más acerca del insólito asunto del esqueleto que, tras el ataque, había quedado tendido en el patio en el mismo lugar donde se desplomó; pues ninguno de los aldeanos había osado tan siquiera acercarse a aquella aberración. De esta forma, poco después de la medianoche, el muchacho salió del pueblo hacia el castillo, donde el fuego comenzaba a extinguirse, aunque el intenso resplandor de los rescoldos de las

vigas y techos aún iluminaba los muros. Atravesó con cautela la entrada del castillo y sintió un ligero escalofrío al atisbar el esqueleto del conde, que seguía tumbado sobre el pavimento del patio.

Decidió esperar hasta las primeras luces del día para ver lo que sucedía con aquellas macabras reliquias mortuorias que, pocas horas antes, habían pertenecido al joven y apuesto conde de Ravensburg. Las horas transcurrieron lentamente desde la medianoche hasta el amanecer del siguiente día, y, cuando por el este el sol naciente tiñó el cielo de escarlata y oro, el solitario vigía fue testigo del más asombroso espectáculo en el patio del castillo de Ravensburg.

El esqueleto se levantó lentamente del pavimento y asumió de nuevo la forma del conde Rudolph y el mismo aspecto que tenía antes de su transformación la noche anterior. Un sudor frío empapó la frente del campesino y el vello se le erizó de terror al contemplar la repentina metamorfosis. El conde alzó la vista para contemplar los ruinosos muros y torres de su castillo y se estremeció violentamente. Después caminó por el patio en dirección al portón destrozado y abandonó la fortaleza.

El campesino corrió entonces de regreso al pueblo y contó lo que había visto, dejando boquiabiertos a sus rústicos habitantes. La historia del conde esqueleto y su amante vampiro se difundió por toda Alemania, mas los aldeanos no volvieron a ser importunados por vampiros, pues Bertha Kurtel estaba encerrada en su ataúd y jamás volvieron a repetirse sucesos parecidos los ataques que sufrieron Theresa Delmar y Minna Klaus.

FREDRIKA BREMER

(1801-1865)

ESPERANZAS[10]

(1828)

«Y así pasaba yo los días, tratando inútilmente de encontrar oídos que no fueran sordos, ocupado en la fatigosa tarea de transcribir con fidelidad vanas ideas de cabezas huecas, mientras la comida disminuía y mis esperanzas crecían de forma constante hasta el anochecer, momento en el que, al llegar a mi cuarto, marcaba con una cruz un día más en el calendario».

Siempre he tenido un peculiar método para desplazarme sin demasiada dificultad por el pedregoso sendero de la vida, a pesar de que, tanto física como moralmente, me he visto obligado a hacerlo casi descalzo. Yo esperaba y esperaba, un día tras otro, de la mañana a la noche, del otoño a la primavera, y de la primavera al otoño, de año en año; y así, a base de mera esperanza, habían transcurrido casi treinta años de mi viaje por esta vida, sin sufrir demasiado a causa de mis numerosas privaciones, excepto quizá por la necesidad de unas buenas botas. Pero incluso de esto me consolaba fácilmente, siempre que pudiera estar al aire libre. Estando encerrado, sin embargo, me embarga una sensación de inquietud que me obliga a dar media vuelta sobre mis talones —sin duda la parte menos castigada de mis botas— y echar a andar lejos de allí. Más duro se me ha hecho siempre, en cualquier caso, no poder consolarme en los momentos difíciles más que con bellas palabras.

Como tantos otros han hecho alguna vez, yo me reconfortaba contemplando de cuando en cuando, esperanzado, los giros de la rueda de la fortuna, mientras, filosóficamente, me decía: «Con el tiempo, llega la oportunidad».

Mientras trabajaba como humilde ayudante de un párroco de pueblo, sobreviviendo a base de un exiguo salario y una magra dieta, y marchitándome día tras día en compañía de la gruñona ama de llaves, del abúlico y autoindulgente pastor, del hijo fanfarrón y de las hijas, que, con aire orgulloso y andares patizambos, se pasaban los días haciendo visitas de sociedad, sentí una extraña y peculiar emoción, mezcla de ternura y alegría, cuando un viejo amigo me informó por escrito de que mi tío, el comerciante P., que residía en Estocolmo y al que nunca llegué a conocer en persona, estaba a punto de morir y, en un repentino arrebató de afecto en su lecho de muerte, había preguntado por su inútil sobrino.

A bordo del extraordinariamente incómodo y destartado carro de un granjero, el agradecido sobrino se puso en marcha. Cargado tan solo con un diminuto y ligero hatillo y un millón de alegres esperanzas, traqueteó colina arriba y colina abajo hasta llegar por fin, sin ningún hueso roto, a la capital.

Entré en una posada y pedí un ligero —muy ligero— desayuno; una nimiedad, un trocito de pan con mantequilla y un par de huevos.

El dueño y un hombre corpulento se paseaban de un lado a otro de la habitación charlando de manera acalorada.

—¡No! ¡He de decir —exclamó el robusto caballero— que ese comerciante, el señor P., que falleció antes de ayer, era un tipo distinguido!

En efecto, en efecto, pensé yo. ¡Ajá, ajá! ¡Un tipo distinguido... y con mucho dinero!

—Oiga, amigo mío —le dije al mesero—, ¿podría traerme un pequeño bistec o algo que sea ligeramente consistente? ¿Me ha oído? Un cuenco de sopa caliente no estaría del todo mal. Tráigalo si es posible, pero hágalo rápido.

—Sí —dijo entonces el dueño—, estaba bien forrado. ¡Treinta mil reales, y más en el banco! Nadie en toda la ciudad se lo habría imaginado. ¡Treinta mil!

¡Treinta mil!, repitió mi alma exultante. ¡Treinta mil!

—Oiga, joven... ¡Camarero! Deme treinta mi... No, dígame la calle del banco... ¡No, no, una botella de vino, he dicho!

Y entre mi cabeza y mi corazón se iba repitiendo una y otra vez el eco de aquellas palabras: «¡Treinta mil! ¡Treinta mil!».

—Así es —siguió diciendo el robusto caballero—. Y ¿puede usted creer que, aun con todas las deudas que tenía, se había gastado novecientos reales en chuletillas y nueve mil más en champán? Los acreedores ya están haciendo cola con la lengua fuera. Todo lo que hay en la casa no vale dos reales. Aparte de eso, lo único que hay que pueda servirles a modo de compensación es un viejo carruaje y un caballo.

¡Ajá! Eso lo cambia todo.

—Oiga, ¡camarero! Vuelva a llevarse la carne y la sopa, y también el vino. ¡Ah! Y una cosa, fijese bien en que ni siquiera he tocado ninguna de estas cosas. ¿Cómo iba a hacerlo? Desde que abrí los ojos esta mañana no he hecho más que comer y beber (¡pura mentira!), así que me he dado cuenta de que no merecía la pena pagar por tan superflua comida.

—Pero usted lo ha pedido, señor —respondió el camarero, visiblemente irritado.

—Amigo mío —respondí colocando una mano detrás de la oreja, un gesto que la gente en situaciones embarazosas suele hacer como si fuera a servirles de algo—. Amigo mío, ha sido un error por el que no merezco ser castigado. No es culpa mía que un rico heredero para el que he encargado la comida se haya vuelto pobre de repente, mucho más pobre que antes, de hecho, pues ya se ha gastado más de la mitad de lo que guardaba para el futuro. Que, en tales circunstancias, como usted comprenderá, él no pueda pagar un desayuno tan caro no me impide a mí pagar el huevo que he comido y darle una propinilla a usted por las molestias causadas antes de marcharme con la mayor premura, pues he de atender asuntos urgentes.

Gracias a mi aplastante lógica y a la «propinilla», con el corazón en un puño y la boca hecha agua, conseguí librarme de mi costoso desayuno y marcharme de allí con mi hatillo bajo el brazo, dispuesto a recorrer la ciudad en busca de una habitación que pudiera permitirme costear, por una pequeña suma de dinero, sin dejar de pensar entretanto en cómo iba a apañármelas para conseguir dicha cantidad.

El brutal encontronazo entre mis esperanzas y la cruda realidad me había provocado un ligero dolor de cabeza. Sin embargo, durante mi deambular me crucé con un caballero elegantemente vestido justo cuando se bajaba de un espléndido carruaje, todo engalanado con lazos y condecoraciones, mas tenía la piel amarillenta y profundas arrugas en la frente, las características arrugas típicas del mal humor; y, más tarde, me topé también con un joven conde al que había conocido en la Universidad de Upsala, que caminaba como si apenas fuera capaz de mantenerse de pie a causa de una vejez prematura y de las cuitas de la vida; de modo que levanté entonces la cabeza, inspiré una profunda bocanada de aire, que en ese momento y lugar —quiso la desgraciada casualidad— apestaba a salchichas, ¡y celebré la pobreza y la buena conciencia!

Finalmente, en una lúgubre callejuela de las afueras de la ciudad, encontré un cuartito que se adecuaba mejor a mis sombrías circunstancias actuales que a las luminosas esperanzas que horas antes albergaba.

Había recibido permiso para pasar el invierno en Estocolmo y tenía esperanzas de poder ocupar mi tiempo en circunstancias bien distintas a las que ahora se me presentaban. Pero ¿qué podía hacer? Lo peor de todo sería perder el valor, y cruzarse de brazos mirando al cielo no parecía una opción mucho mejor. «Sale el sol cuando uno menos se lo espera», me dije cuando

contemplaba las oscuras nubes otoñales que se cernían sobre la ciudad. Decidí dedicarme, con todas mis fuerzas, a conseguir en lo venidero un sustento decente —algo mejor, en todo caso, que lo que propiciaba el miserable mecenazgo del pastor G.—, y entretanto me ganaría el pan de cada día copiando documentos, un miserable medio para escapar de una miserable situación.

Y así pasaba yo los días, tratando, en vano, de encontrar oídos que no fueran sordos, ocupado en la fatigosa tarea de transcribir con fidelidad vanas ideas de cabezas huecas, mientras la comida disminuía y mis esperanzas crecían de forma constante hasta el anochecer, momento en el que, al llegar a mi cuarto, marcaba con una cruz un día más en el calendario.

El dueño de la pensión acababa de recordarme amablemente que al día siguiente debía pagarle la renta de mi habitación, a menos que prefiriese yo, recalcó con un buen ejemplo de cortesía *à la française*, volver a recorrer de cabo a rabo las calles de la ciudad con mi equipaje a cuestas.

Eran las ocho de una fría noche de noviembre cuando tan amablemente fui recibido al llegar a la pensión, cuando venía yo de visitar a una persona pobre y enferma, a la que le había dado —quizá de manera bastante imprudente— gran parte de lo que tenía en mi monedero.

Con las yemas de los dedos apagué la débil luz de mi vela y observé a mi alrededor la oscura habitación sin dejar de pensar que, si quería seguir allí, tendría que conseguir dinero lo antes posible.

«Mucho peor era la de Diógenes», me dije con resignación mientras apartaba una desvencijada mesa de la ventana que el viento y la lluvia azotaban de manera inmisericorde tratando de entrar. En ese momento mi mirada se detuvo en la brillante lumbre de una cocina tentadoramente situada justo frente a mi pequeña habitación, donde el fuego no podía estar más apagado. «¡Los hombres y mujeres que cocinan son, sin duda, los más felices entre todos los pobres mortales!», pensé mientras contemplaba con muda envidia a la feliz y bien alimentada señora que trajinaba entre fogones y cazuelas, iluminada por las esplendorosas llamas como una reina en medio de su deslumbrante imperio y cuyo cetro eran aquellas tenacillas para el fuego.

Una planta más arriba, a través del cristal de otra ventana sin cortinas, vi a una familia numerosa reunida en torno a una mesilla para el té repleta de tazas y cestitas para el pan.

Yo estaba tieso a causa del frío y la humedad, y me abstendré de describir lo vacío que estaba ese órgano de mi cuerpo al que a veces llaman el almacén. Mas, ¡oh, cielos!, me dije, si de algún modo esa hermosa muchacha que está sirviendo una taza de néctar y tan deliciosos pasteles al orondo caballero del sofá —que apenas es capaz de levantarse de tanto comer— pudiera extender un poquito más su preciosa mano..., si pudiera, yo la recibiría con un millar de besos, ¡ah!, pero no es posible. El perezoso sujeto coge la taza y en ella moja y remoja sus galletas, tan lenta y ociosamente que basta para hacerle a uno llorar. ¡Y cómo lo mimaba la dulce muchacha! Me muero por saber si es su querido papá o un tío... O quizá sea su... ¡Ah, envidiable mortal! Pero no, no es posible... Por lo menos es cuarenta años mayor que ella. Mira, esa debe de ser su esposa, una dama entrada en años que está sentada a su lado en el sofá y a la que la chiquilla acaba de ofrecerle galletas —la dama tiene un aire decididamente maternal—. Pero ¿a quién se acerca ahora? No puedo ver a esa persona. Una oreja y parte del hombro es todo lo que soy capaz de distinguir por culpa del marco de la ventana. No puedo quejarme, ya que es la honorable señora la que está sentada de espaldas a mí; pero el que permita que la muchacha permanezca de pie desde hace más de un cuarto de hora, inclinándose sin cesar y ofreciendo refrigerios, me ofende enormemente. Sin duda, ha de tratarse de una mujer; un hombre nunca sería tan descortés con un ángel, pero..., ¡oh!, ahora coge la taza y ahora..., ¡oh, desgracia!, la mano de un hombre bastante

grande se lanza sobre la cesta de pastelitos... ¡El muy bruto! Y cómo los agarra la desagradable criatura... ¡Me gustaría saber si se trata de su hermano! Probablemente estuviera hambriento, pobre hombre. Ahora entran en escena, una detrás de otra, dos preciosas niñas que se parecen a su hermana. Entonces me pregunto si el hombre de una sola oreja habrá dejado algo. ¡Con cuánto amor acaricia y besa a las pequeñas la adorable criatura mientras les ofrece las galletas y pastelitos que ha dejado el señor Glotón! Y ahora el dulce ángel se ha quedado sin nada que llevarse a la boca —igual que yo— aparte del aroma de lo que había en la cesta.

¡Súbitamente, la habitación se revoluciona por completo! El anciano caballero se levanta del sofá; la persona con una sola oreja se inclina hacia delante y, al hacerlo, golpea a la muchacha — ¡menudo dromedario!—, que a su vez tropieza con la mesilla del té, empujando de nuevo contra el sofá a la pobre anciana, que acababa de levantarse; las niñas brincan y dan las palmas, y las puertas se abren de repente. ¡Entonces hace su aparición un joven oficial, y la damita lo estrecha entre sus brazos! ¡Ajá! ¡Ah, de modo que era eso! Cierro mi ventana con tal violencia que el cristal se raja y por fin me siento en mi silla, empapado y temblando.

¿Quién me manda asomarme a la ventana? Eso es lo que me pasa por ser curioso.

Hace ocho días, esa familia se había mudado desde el campo y se habían instalado en la bonita casa frente a mi pensión, aunque hasta ahora nunca se me había ocurrido pensar quiénes eran ni por qué habían venido. ¿Por qué precisamente esa noche me ha dado por entrometerme en sus asuntos domésticos? ¿Qué interés podían tener para mí? Estaba de mal humor. Quizá estaba también un poco dolido. En cualquier caso, decidí ser fiel a mi firme propósito de no dejarme arrastrar por pensamientos miserables a menos que pudieran llegar a serme útiles. Cogí la pluma con los dedos agarrotados y, en un intento de recuperar la compostura, decidí intentar hacer una pequeña semblanza de aquella escena de doméstica felicidad, una felicidad de la que yo nunca había gozado. Por lo demás, filosofé mientras soplabla mis manos heladas tratando de calentarlas, ¿acaso soy yo el primero que busca en el calor de un hogar ajeno el afecto que la realidad se ha negado siempre a procurarle? «¡Seis reales por unas astillas de madera de abedul! ¡Ahí es nada! ¡Y no te llegarán ni a diciembre!», escribí.

«¡Feliz, feliz la familia en cuyos reducidos dominios ni un solo corazón llora ni ríe en solitario, donde no hay mirada ni sonrisa que no sea correspondida, y los amigos se comunican con acciones antes que con palabras! ¡Esos goces, esas alegrías son míos también!».

«Precioso el hogar, apacible y sosegado, que acoge bajo su protección al exhausto peregrino de la tierra; que recibe en torno a su cálida lumbre al anciano que camina apoyado en su cayado, al hombre fuerte de mediana edad, a la bella esposa y a sus alegres hijos, que danzan y juegan en su bendito paraíso terrenal y que finalizan con inocencia el día, sonrientes, con encendidas plegarias de agradecimiento antes de caer dormidos junto al pecho de sus padres, mientras la dulce voz de la madre les cuenta en susurros con una nana cómo alrededor de sus camas...

*Los ángeles están despiertos
formando un círculo
que rodea el lecho
donde la inocencia duerme».*

En ese momento me vi obligado a detenerme, pues sentí que algo parecido a gotas de lluvia caía de mis ojos impidiéndome ver como Dios manda para seguir escribiendo.

Cuántos, pensé —al parecer mis reflexiones habían tomado involuntariamente un tono algo melancólico—, cuántos se ven abocados a la tristeza, a vivir resignados a no probar este excelso ejemplo de júbilo terrenal: ¡la felicidad hogareña!

Me miré un instante en el único cristal intacto que había en mi habitación —el que decía la verdad— y seguí escribiendo con ánimo lúgubre:

En verdad no yerra quien tilda de infortunado a aquel que en las horas más duras y terribles de la vida (que, en efecto, son frecuentes) no encuentra el consuelo de un corazón devoto, aquel cuyos suspiros no hallan respuesta y cuya silenciosa tristeza nadie alivia con un «¡Te comprendo y sufro contigo!».

Cuando cae, nadie lo levanta; llora y nadie le ve ni le verá; se marcha y nadie le sigue; a su regreso nadie a su encuentro sale; y ni una sola alma vela su descanso. Está solo. ¡Oh, cuán infortunado! ¿Por qué no se muere? ¡Ah!, pero ¿quién lloraría por él? ¡Qué fría es la tumba que las lágrimas de amor nunca humedecen!

En la noche invernal está solo; para él la tierra no tiene flores y tampoco brillan las luces celestes. ¿Por qué deambula el solitario? ¿Qué espera? ¿Por qué no huye a otra tierra, sombra entre sombras? ¡Ah, porque aún conserva la esperanza! Es un pobre desdichado que mendiga un poco de felicidad y hasta su último aliento espera a la mano benevolente que una ofrenda le hará.

Recogerá de la tierra una única flor y la colocará junto a su pecho para no estar tan solo cuando llegue el momento de su descanso.

Era mi triste condición la que describía. Tan solo me lamentaba.

Privado de mis padres a edad muy temprana, sin hermanos ni hermanas, sin amigos ni ataduras, seguía estando tan solo y desamparado en el mundo que, de no ser por mi innata confianza en el cielo y mi temperamento alegre, a menudo habría deseado abandonarlo antes de tiempo. Hasta ahora, sin embargo, había conservado mi esperanza en el futuro casi en todo momento, al tiempo que, más por instinto que por convicción, suprimía sistemáticamente cualquier deseo de confort, a sabiendas de que se trataba de algo que siempre escaparía por completo a mi control. Por desgracia, de un tiempo a esta parte las cosas habían cambiado. Sentía más que nunca, y especialmente aquella noche, el incontrolable deseo de tener a alguien a quien amar, alguien que se aferrase a mí, que me considerase su amigo; en resumen, de tener lo que para mí era el mayor don que puede conceder esta tierra: ¡una mujer, una esposa, una querida y adorada esposa! ¡Ah, ella me consolaría y me haría feliz! ¡Su ternura me convertiría en un rey, aun en la más pobre morada! Sin embargo, que el fogoso amor de mi corazón no sería suficiente para impedir que el devoto objeto de mi amor se congelara a mi lado pronto se me hizo evidente cuando un escalofrío recorrió todo mi cuerpo de repente. Más desmoralizado que nunca, me levanté de la silla y caminé varias veces de un extremo a otro de mi habitación; es decir, dos pasos en una dirección y dos en la otra. La gravedad de mi situación me seguía como una sombra en la pared y, por primera vez en mi vida, me sentí vencido y contemplé sin ambages el oscuro provenir que me aguardaba. No tenía patrón, por lo que no podía esperar ingreso alguno con el que procurarme siquiera un pedazo de pan; eso por no hablar de un amigo y menos aún de una esposa.

Pero ¿de qué demonios sirve, me dije de nuevo con la mayor gravedad, llorar y lamentarse? Una vez más intenté alejar de mí tan angustiosos pensamientos. ¡Ah, si solo un alma cristiana se

acercase a mí esta noche! No importa quién sea, amigo o enemigo. Cualquiera cosa es mejor que esta soledad. Sí, aunque fuera un morador del mundo de los espíritus quien abriera esa puerta, le daría la bienvenida... Pero ¿qué ha sido eso? ¡Tres golpes en la puerta! No puedo creerlo... ¡Tres golpes más! Me acerqué a la puerta y la abrí, pero no había nadie. Tan solo el viento aullaba de un extremo a otro del pasillo. Volví a cerrar rápidamente, me metí las manos en los bolsillos y deambulé por la habitación durante un tiempo canturreando a media voz. Minutos después creí haber oído un suspiro. Guardé silencio, escuché con atención y volví a oír claramente un suspiro. Y después otra vez, tan profundo y melancólico que grité con gran inquietud: «¿Quién está ahí?». No obtuve respuesta.

Durante un instante permanecí inmóvil, considerando lo que estaría sucediendo, cuando de repente escuché un horrible sonido que procedía de las escaleras, como si una legión de gatos estuviera maullando en el rellano, hasta que un violento golpe en mi puerta puso fin a mi incertidumbre. Cogí la palmatoria y me dirigí a la puerta. En cuanto abrí, la vela se apagó. Una gigantesca figura blanca se dirigió hacia mí y al instante sentí que dos fuertes brazos me inmovilizaban. Chillé pidiendo ayuda y me debatí con tanta fuerza para liberarme que caí al suelo junto con mi adversario, pero de tal manera que yo quedé tendido sobre él. Volví a levantarme raudamente como una flecha, con intención de encender una luz, cuando tropecé con algo —solo Dios sabe qué sería, aunque estoy casi seguro de que alguien me agarró por los talones. Fuera lo que fuese, me caí por segunda vez, golpeándome la cabeza contra la mesa y perdiendo el conocimiento, al tiempo que me pareció escuchar un sonido burlón parecido a una risa—.

Cuando abrí los ojos, una intensa luz me deslumbró. Volví a cerrarlos y escuché el confuso murmullo que me rodeaba. Al volver a abrirlos ligeramente, traté de distinguir los objetos que había a mi alrededor, pero me parecieron tan extraordinarios y enigmáticos que por un momento temí haber perdido el juicio. Estaba tumbado en un sofá y —no, lo cierto es que mis sentidos no me engañaban— la encantadora muchacha en la que no había podido dejar de pensar durante toda la noche estaba realmente a mi lado y con una beatífica expresión dibujada en el rostro me humedecía la frente con un paño empapado en vinagre. Un joven cuyo rostro me resultó vagamente conocido sostenía mi mano entre las suyas. También vi al caballero orondo, a otro delgado, a la anciana dama y a las niñas; y a cierta distancia, como si de un espejismo se tratara, vi la mesilla del té envuelta en una luz celestial. En resumen, y gracias a un incomprensible giro del destino, descubrí que estaba en compañía de la familia a la que tan solo una hora antes había estado observando con tan vivo interés.

Poco después, cuando recuperé por completo el sentido, el joven me abrazó varias veces con castrense impetuosidad. «Entonces, ¿no me reconoces?», gritó al ver que yo permanecía inmóvil como una estatua. «¿Te has olvidado del todo de Augustus D., cuya vida salvaste no hace mucho poniendo en peligro la tuya propia, y a quien tan valientemente sacaste del agua, arriesgándote a pasar la eternidad en la aburrida compañía de los peces? ¡Mira, estos son mi padre, mi madre y mi hermana Wilhelmina!». Yo estreché su mano, y entonces sus padres también me abrazaron. Dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, el padre de Augustus exclamó: «¡Y por haber salvado la vida de mi hijo, por ser un muchacho tan noble y honorable que padece hambre mientras comparte su pan con los demás, por ello tuya ha de ser la parroquia de H.! ¡Sí, serás el pastor de ese rebaño, he dicho! ¡Pues has de saber que sobre ella poseo el *ius patronatus*[11]!».».

Durante largo rato fui incapaz de pensar o de hablar y menos aún de comprender lo que estaba sucediendo; y, hasta que no me dieron mil explicaciones, no pude entender nada con claridad,

salvo que Wilhelmina no era..., que Wilhelmina era la hermana de Augustus.

Aquella misma tarde había llegado Augustus a la ciudad después de prestar servicio en el mismo regimiento del que formaba parte el pasado verano, cuando yo había tenido ocasión de rescatarlo del grave peligro en que se había metido a causa de su vanidad y su pasión juvenil. Desde entonces no había vuelto a verlo; aunque lo había conocido tiempo atrás, por casualidad, cuando compartí con él la copa de la hermandad en la universidad. Después, no obstante, me había olvidado de mi querido hermano.

Él le había contado lo sucedido con vivo entusiasmo a su familia, además de otras tantas cosas que sabía —y que no sabía— de mí. El padre, que era un hombre acomodado, y que (como supe más tarde) había hecho desde su ventana algunos compasivos comentarios acerca de mis modestas condiciones, decidió, ante las fervorosas súplicas de su vástago, sacarme del regazo la pobreza para depositarme en los brazos de la felicidad. Augustus, presa de entusiasmo y ansioso por hacerme partícipe de las buenas noticias, al tiempo que daba rienda suelta a su afición por las bromas, se presentó ante mi puerta. Las consecuencias de su visita, si bien fueron para mí considerables, no revistieron demasiada gravedad: una contusión en la cabeza y el traslado a la calle de enfrente, desde la más insondable oscuridad a la luz más brillante. El bondadoso joven me rogó un millar de veces que le perdonara por su insensatez, y yo un millar de veces más le aseguré que no merecía la pena hablar de semejante nimiedad. Y, en efecto, la perspectiva de recibir la parroquia había tenido en mí el efecto de un bálsamo capaz de aliviar una herida mucho más profunda.

Sorprendido y algo avergonzado, me di cuenta de que la oreja y el hombro de quien tan ferozmente había atacado el cesto de los dulces —despertando en mí en aquel momento el más vivo furor— pertenecían al padre de Augustus, mi protector. El corpulento caballero que estaba sentado en el sofá era el tío de Wilhelmina.

La gentileza y jovialidad de mis nuevos amigos pronto consiguieron alegrarme y lograron que me sintiera como en mi propia casa. Los mayores me trataban como a uno más de sus hijos; los jóvenes, como a su hermano, y las dos niñas parecían considerarme ya su futuro compañero de juegos y jolgorios.

Después de tomar las dos tazas de té que la hermosa Wilhelmina me había ofrecido —a las que, en mi aturdimiento, quizá añadí más pastas de lo que el decoro habría recomendado—, me levanté para marcharme. Me invitaron a pasar la noche en su casa, pero yo insistí en pasar aquella primera noche de felicidad en mi vieja habitación, para darle las gracias al soberano de mi destino.

Todos volvieron a abrazarme, y yo les correspondí efusivamente, incluso a Wilhelmina, mas no antes de haber recibido permiso para hacerlo. «Con el de ella habría sido suficiente», pensé después, «Si es que va a ser el primero y el último». Augustus me acompañó.

Al llegar a mi cuarto, nos encontramos con mi casero de pie entre sillas y mesas volcadas con una ambigua expresión en el rostro. En un lado de su cara, su boca, estirada hasta la oreja, dibujaba una horrenda sonrisa; en el otro, la mueca era del más puro disgusto; los dos ojos miraban en la misma dirección, y el conjunto daba la impresión de que el hombre estuviera sufriendo un terrible calambre, hasta que el tono en que Augustus le dijo que se marchara hizo que su semblante se transformara, dando lugar a una afable expresión mientras desaparecía por la puerta haciendo las más humildes reverencias.

Augustus parecía desesperado en mitad de aquel triste escenario —mi mesa, mi silla, mi cama

— y era evidente que le estaba resultando muy difícil contenerse para no darle una paliza al casero, que me había exigido el pago completo por la habitación. Solo conseguí que se tranquilizara haciéndole la solemne promesa de que al día siguiente me marcharía de allí.

—Pero has de decirle antes de irte —insistió Augustus— que es un canalla, un granuja, un..., o si quieres se lo diré yo mismo.

—No, no, tranquilo —dije, interrumpiéndole—. Déjame a mí; yo me ocuparé.

Cuando mi joven amigo se marchó, pasé el resto de la noche pensando felizmente en cómo había cambiado mi porvenir y bendiciendo a Dios por ello.

Después pensé en mi parroquia, y solo el Señor sabe qué gordos bueyes y vacas, qué jardines repletos de flores, frutas y verduras contemplé a mi alrededor en aquel hermoso paraíso que me aguardaba, mientras mi Eva caminaba a mi lado, cogida de mi brazo; y, sobre todo, cuántos y cuán felices y satisfechos seres humanos vi saliendo de la iglesia en la que yo había estado predicando. Yo bautizaba, confirmaba y desposaba a los queridos hijos de mi rebaño; y, con el corazón henchido de gozo, solo me olvidaba de los funerales.

Cualquier sacerdote pobre y hambriento que haya recibido el sustento, cualquier mortal, especialmente aquellos que hayan visto satisfechas sus esperanzas durante largo tiempo negadas, puede imaginar los sentimientos que me embargaban.

Más tarde, esa misma noche, un velo cayó de mis ojos, y mis sentidos se fueron sumiendo lentamente en un estado de confusión que dio lugar a las más extraordinarias imágenes. Yo predicaba en mi iglesia a voz en grito mientras la congregación entera dormía. Después de la misa, a medida que los fieles abandonaban la iglesia, estos comenzaron a transformarse en bueyes y vacas que venían mugiendo hacia mí cuando estaba a punto de reprenderlos. Intenté abrazar a mi esposa, pero no conseguía alejarla de una enorme vaca que crecía y crecía hasta hacerse más alta que nosotros dos. Traté de ascender al cielo con una escalera —las estrellas brillaban sobre mí, deslumbrantes e incitadoras—, pero las patatas y la hierba, las vainas de guisantes y la paja se me enredaban en los pies y me impedían avanzar. Finalmente me vi precipitándome cabeza abajo sobre todas mis posesiones y, mientras meditaba en silencio, así amodorrado, me quedé profundamente dormido pensando en mis sueños. No obstante, mis bucólicos pensamientos continuaron y yo seguí predicando durante toda la noche, pues, al amanecer, desperté con el sonido de mi propia voz que decía claramente: «¡Amén!».

Por la mañana no fui capaz de discernir si los acontecimientos de la noche anterior habían sido reales o si habían sido fruto de mi imaginación hasta que llegó Augustus para invitarme a comer en casa de sus padres.

La parroquia, Wilhelmina, la comida y la nueva cadena de esperanzas de futuro iluminadas por el brillante sol del presente volvieron a sorprenderme con una alegría que en efecto puede sentirse, mas sería imposible describir.

Desde el fondo de mi agradecido corazón di la bienvenida a esta nueva vida que se abría ante mí con la firme determinación de que, independientemente de lo que me deparase, yo siempre me esforzaría por hacer lo correcto y esperar lo mejor.

Dos años más tarde, estaba yo sentado una tarde de otoño en mi querida parroquia ante un alegre fuego. A mi lado estaba mi amada esposa, mi dulce Wilhelmina, que trabajaba en su rueca de hilar. Iba yo a leerle el pequeño sermón que pensaba pronunciar el próximo domingo, con la esperanza de que fuera enriquecedor tanto para ella como para toda la congregación. Al pasar la

página, una hoja suelta cayó al suelo. Era el mismo papel en que dos años antes, en circunstancias completamente diferentes, había escrito mis tristes y amargos pensamientos. Se lo enseñé a mi mujer. Ella lo leyó, sonrió con lágrimas en los ojos y, con una pícaro sonrisa —muy propia de ella, diría yo—, cogió una pluma y comenzó a escribir por el otro lado del papel:

El autor de estas palabras, alabado sea Dios, podría hacer ahora una semblanza de sí mismo bien distinta a esta que esbozó en momentos de desdicha y mortal soledad.

Ya no está solo y tampoco es presa de la desesperación. El silencioso suspiro obtiene respuesta, sus calladas penas son compartidas por su dulce y fiel esposa. Cuando él se va, el corazón de ella le sigue; cuando regresa, ella sonriendo sale a recibirle; sus lágrimas no corren inadvertidas, pues otra mano las seca, y la sonrisa de él en la de ella se refleja. La esposa recoge flores para adornar su frente o salpicar su camino. Tiene una familia, afectuosos amigos y acoge entre los suyos a quienes a nadie tienen.

Mi Wilhelmina había descrito fielmente el presente. Y, alentado por sentimientos resplandecientes y alegres como los rayos del sol en una mañana de primavera, también yo ahora, igual que en el pasado, dejaré que mi pequeño ejército de luminosas esperanzas dance hacia el futuro.

Espero, pues, que el sermón del próximo domingo sea provechoso para mis parroquianos; y, si los cansados se duermen, espero no permitir que esa ni cualquier otra inconveniencia, grande o pequeña, perturbe mi tranquilidad. Conozco a mi Wilhelmina, y a mí mismo creo conocerme bien; lo bastante en cualquier caso para albergar la esperanza de que siempre sabré hacerla feliz. El dulce ángel me ha confiado que una nueva alma se unirá pronto a nuestro feliz hogar. Y espero que habrá más en el futuro. Pues grandes esperanzas residen en mi pecho para la criatura. Si tengo un hijo, espero que sea mi sucesor. Y, si tuviera una hija, entonces... Y si Augustus tuviera a bien esperar, ¡pero creo que está a punto de casarse!

Espero que, con el tiempo, algún editor publique mis sermones.

Espero vivir junto a mi esposa al menos cien años.

Esperamos, mi Wilhelmina y yo, poder secar tantas lágrimas y derramar tan pocas —nosotros y nuestros seres queridos— como los hijos de la tierra tengan a bien permitir.

Esperamos no sobrevivirnos el uno al otro.

Por último, anhelamos no perder nunca la esperanza; y, cuando llegue la hora en que las ilusiones de esta fértil tierra se desvanezcan ante la deslumbrante luz de la eterna certeza, esperamos que el Señor Todopoderoso tenga a bien ser magnánimo con sus agradecidos y humildemente esperanzados vástagos.

AMANTINE-AURORE-LUCILE DUPIN, ALIAS GEORGE SAND

(1804-1876)

CORA[12]

(1833)

«Reconozco que no es uno de mis recuerdos juveniles menos esplendorosos, mi entrada triunfante en aquel baile embutido en mi traje nuevo, contusionado por las ballenas dorsales del chaleco, herido por el rigorismo de las sisas y, además, flanqueado por la esposa del notario a la derecha y por Fedora, su sobrina, a la izquierda, la muchacha de mayor edad y más fea de la provincia. Qué más da, estaba orgulloso, estaba feliz, iba hecho un pincel».

I

A mi regreso de la isla Bourbon (me encontraba en situación ciertamente precaria), solicité y obtuve un modesto empleo en la Administración de correos. Me enviaron a los confines de la provincia, a una pequeña ciudad cuyo nombre prefiero silenciar por razones que a ustedes no les costará adivinar.

La llegada de un nuevo habitante es un acontecimiento en una ciudad pequeña y, aunque mi empleo fuese de los menos importantes, durante algunos días fui, después de una foca viva y dos boas constrictor que acababan de instalar en la plaza del mercado, el objeto que más excitó la curiosidad pública y el tema de conversación más manido.

La necia ociosidad de la que era víctima me mantuvo secuestrado en casa durante toda la primera semana. Yo era muy joven y la negligencia de la que hasta entonces había hecho gala en lo referente a la importante cuestión de la indumentaria comenzaba a manifestármese en forma de remordimientos.

Tras una estancia de varios años en las colonias, mi atuendo se resentía de forma visible por el estado de vergonzoso estancamiento en que el progreso del siglo lo había dejado. Mi sombrero de estilo Bolívar, mis patillas de estilo Bergami y mi abrigo de estilo Quiroga estaban varios lustros anticuados, y el resto de mi atavío tenía un cariz exótico que empezaba a hacerme sonrojar.

Bien es cierto que, en la soledad del campo, en el anonimato de la gran ciudad o en el torbellino de la vida errante, habría podido vivir mucho tiempo más sin sospechar la desgracia de mi posición. Pero un simple paseo aventurado por las murallas de aquella ciudad me iluminó tristemente a ese respecto. No había dado diez pasos fuera de casa cuando empecé a recibir bienintencionadas advertencias sobre la inconveniencia de mi ropa. En primer lugar, una linda modistilla me lanzó una mirada irónica y, al pasar junto a mí, le dijo a su amiga: «Ese señor lleva la corbata muy mal puesta». Después, un obrero, de una sombrerería, sospecho, dijo con tono de guasa, apoyando los puños en sus costados cubiertos por un delantal de cuero: «Si el señor quisiera prestarme su sombrero, fabricaría uno del mismo modelo para disfrazarme de rosbif el día del carnaval». Más tarde una señora elegante murmuró, asomándose a la ventana: «Qué lástima que lleve un chaleco tan descolorido y la barba tan mal arreglada». Finalmente, un ingenioso local dijo, frunciendo los labios: «Por lo visto el padre de este señor es un hombre poderoso; se ve por la amplitud de su traje». En resumen, poco tardé en tener que dar media vuelta, encantado de escapar de las vejaciones de una docena de bribones andrajosos que me gritaban a voz en cuello: «¡Muerte al anglo! ¡Muerte al milord! ¡Muerte al extranjero!».

Profundamente humillado por mi desventura, decidí encerrarme en casa hasta que el sastre de la capital me hubiese hecho llegar un traje completo a la última moda. El buen hombre no escatimó esfuerzos y me confeccionó unas prendas tan exiguas y coquetas que creí morir de dolor al verme reducido a la mínima expresión y semejante a esas caricaturas de fatuos parisinos e *incroyables* que aún nos hacían retorcernos de risa el año anterior en isla Mauricio. No lograba convencerme de no parecer cien veces más ridículo con aquel traje que con el que acababa de quitarme y no sabía dónde meterme, pues había prometido solemnemente a mi casera (la esposa

del notario más importante del distrito) que la llevaría al baile y bailarían con ella la primera, y probablemente la única, contradanza a la que sus encantos le permitían aspirar. Inseguro, avergonzado, tembloroso, me decidí a bajar y a pedir a la estimable señora una opinión estricta y sincera de mi apariencia. Tomé una antorcha y me aventuré hasta la puerta de sus aposentos, pero me detuve, palpitante y desesperado, al oír salir de aquel santuario un ruido confuso de voces jóvenes y penetrantes, de risas francas y agudas, que anunciaban la presencia de cinco o seis señoritas de la ciudad. A punto estuve de dar media vuelta; pues exponerme al juicio de tan malicioso areópago, con un atuendo más que problemático a mis ojos, era de un heroísmo del que pocos jóvenes en mi lugar se habrían sentido capaces.

Finalmente, mi fuerza de voluntad prevaleció; me pregunté si no había servido de nada haber leído a Locke y a Condillac y, empujando la puerta con mano firme, entré por efecto de una resolución desesperada. He visto de cerca acontecimientos atroces, se lo puedo asegurar: he atravesado mares y tormentas, he escapado a las garras de un tigre en el reino de Java y a los dientes de un cocodrilo en la bahía de Túnez, he tenido ante mí las fauces abiertas de las balandras filibusteras, he comido galletas marineras que me han perforado las encías, he besado a la hija del rey de Timor... ¡Pues bien! Les juro que todo eso no era nada comparado con mi entrada en aquellos aposentos y que en ningún otro día de mi vida he recogido tan glorioso fruto de la educación filosófica.

Las señoritas estaban sentadas en círculo y, mientras esperaban a que la esposa del notario terminase de trenzar en su negra cabellera una ligera guirnalda de peonías, aquellas distinguidas hijas de la naturaleza intercambiaban alegres comentarios y cándidas canciones. Mi inesperada aparición paralizó el ímpetu de aquella alegría encantadora. El silencio tendió sus alas de búho sobre sus rubias cabezas, y todos los ojos se posaron en mí, reflejando duda, recelo y miedo.

Después, poco a poco, un grito de sorpresa se escapó del seno de la más joven, y mi nombre voló de boca en boca como la andanada de una fragata armada en guerra. Se me heló la sangre en las venas, y a punto estuve de salir huyendo, como cuando un bergantín que creyese haber atacado a una chalupa, por el catalejo, descubre una hermosa goleta que abre despreocupadamente las troneras para recibirlo.

No obstante, para mi gran asombro, la esposa de mi anfitrión, dejando la mitad de sus bucles cardados y amenazantes, mientras la otra mitad seguía aún con el envoltorio del papel gris del papillote, corrió a mi encuentro exclamando:

—¡Es nuestro joven! ¡Es nuestro pobre Georges! ¡Ah, Dios mío! ¡Qué transformación! ¡Qué bien vestido, qué prestancia! ¡Qué corte de traje tan moderno y elegante! ¡Ah! ¡Señoritas, miren! Miren cómo ha cambiado el señor Georges, qué aspecto tan distinguido tiene. Bailará usted con estas señoritas, señor Georges, ¡pero antes conmigo! Me obligó usted a prometerle la primera, ¿recuerda?

Las señoritas guardaban silencio, y yo seguía dudando de mi triunfo. Reuní el poco coraje que me quedaba para preguntarles tímidamente si les gustaba mi traje y, al punto, un coro de alabanzas puro y melodioso, como un canto celestial, se elevó a mi alrededor. Nunca se había visto nada mejor; no se podía criticar ni un pliegue; el cuello rígido y voluminoso era de un gusto exquisito; los faldones cortos y curvados, de una perfecta elegancia; el chaleco estampado de gigantescos rosetones, de un esplendor sin igual; la corbata rígida, cruzada con rigor sistemático, una obra maestra de inventiva; y el puño y la tremenda chorrera coronaban el conjunto. Nunca antes, jamás, había hecho un empleado de correos semejante debut en sociedad.

Reconozco que no es uno de mis recuerdos juveniles menos esplendorosos, mi entrada triunfante en aquel baile embutido en mi traje nuevo, contusionado por las ballenas dorsales del chaleco, herido por el rigorismo de las sisas y, además, flanqueado por la esposa del notario a la derecha y por Fedora, su sobrina, a la izquierda, la muchacha de mayor edad y más fea de la provincia. Qué más da, estaba orgulloso, estaba feliz, iba hecho un pincel.

La sala estaba un poco fría, un poco oscura y un poco sucia; las banquetas tenían salpicaduras de aceite, los quinqués ejercían el antiguo papel de espada de Damocles sobre las cabezas floridas y emplumadas de la asistencia, al parqué le faltaba lustre, los vestidos de las mujeres no eran recién estrenados, ni el rubor de ciertas mejillas, natural. Había pies un poco anchos en esarpines de satén un poco rústicos, brazos un poco colorados bajo mangas de encaje, cuellos un poco tostados bajo collares de perlas, y corpiños un poco robustos bajo fajines de muaré. También había en el traje de los hombres cierto olor a tabaco de la expendeduría, en la antecocina un aroma algo fuerte a vino caliente, y en el aire una nube de polvo algo agreste, y, sin embargo, era una fiesta encantadora, una reunión cordial, ¡les doy mi palabra! La música no era mucho peor que la de Port-Louis o la de Saint-Paul. Las modas no eran, desde luego, ni tan retrógradas ni tan exageradas como las que se pretende seguir en Calcuta; asimismo, las mujeres eran por lo general más blancas, y los hombres, menos rudos y ruidosos.

Dadas las circunstancias, para mí, que no había visto las maravillas de la civilización llevadas al límite, para mí que no había visto la ópera más que en América, y los bailes más que en Asia, el baile, más o menos público y general de la pequeña ciudad, bien podía parecer pomposo y embriagador, si tenemos en cuenta, por lo demás, la profunda sensación que en él causó mi traje y el éxito incontestable que obtuve de golpe al final de la primera contradanza.

Pese a todo, esas inocentes alegrías del amor propio no tardaron en transformarse en un sentimiento más conforme a mi naturaleza inflamable y contemplativa. Una mujer entró en el baile y olvidé a todas las demás; olvidé incluso mi triunfo y mi traje nuevo. Ya no pude pensar más que en ella; ya no pude mirar más que a ella.

¡Oh! Es que era realmente hermosa y no hacía falta tener veinticinco años y llegar de la India para quedar impresionado. Un célebre pintor que pasó, al año siguiente, por la ciudad detuvo su silla de posta al verla en su ventana, mandó desaparecer los caballos y se quedó ocho días en la posada del León de Plata, tratando por todos los medios de llegar hasta ella para retratarla. Sin embargo, no logró hacer entender a su familia que se podía, por amor al arte, pintar el retrato de una mujer sin tener intención de seducirla. Fue rechazado, y la belleza de Cora no quedó impresa tal vez más que en la mente de ese gran artista y en el corazón de un pobre funcionario destituido de la Administración de correos.

Tenía envergadura media y admirablemente proporcionada, ágil como un ave, pero orgullosa y pausada como una dama romana. Era extraordinariamente morena para el clima templado en el que había nacido; pero su piel era fina y lisa como la cera mejor moldeada. La esencia de su cabeza, de líneas regulares, era algo indefinible, algo sobrehumano que es necesario haber visto para poder comprender; trazos de una pureza prestigiosa, grandes ojos de un verde tan claro y transparente que parecían hechos para leer los misterios del mundo intelectual más que las cosas de la vida material; boca de labios delgados, finos y pálidos, de sonrisa imperceptible, de escasas palabras; perfil severo y melancólico, mirada fría, triste y pensativa; vaga expresión de sufrimiento, de tedio y desdén; y movimientos suaves y reservados; manos blancas y estilizadas; encanto tan poco habitual en las mujeres de mediocre condición; atuendo austero y sencillo;

extraño discernimiento para una provinciana; y, por encima de todo, un aire de dignidad serena e inflexible que habría sido sublime bajo la corona de diamantes de una reina y que, en aquella pobre muchacha, parecía ser el sello de la desgracia, la señal de una excepcional naturaleza.

Porque era la hija... ¿Me atreveré a decirlo? Es necesario: Cora era la hija de un tendero.

¡Oh, santa poesía, perdona que haya escrito esa palabra! Pero Cora habría realzado el cartel de un cabaret. Habría destacado como el ángel de Rembrandt entre un grupo flamenco. Habría brillado como una hermosa flor en medio de los pantanos. Desde el fondo de la tienda de su padre, habría atraído la mirada del gran Scott. Fue, sin duda, una belleza ignorada como la suya lo que inspiró la encantadora idea de la bella dama de Perth.

Se llamaba Cora; tenía la voz dulce, el porte reservado, la actitud soñadora. Poseía la cabellera morena más hermosa que yo haya visto en mi vida, y era la única, de entre todas sus amigas, que nunca le ponía adorno alguno, pero había más orgullo en el lujo de sus gruesos bucles que en el resplandor de cualquier diadema. Tampoco llevaba collares ni flores en el escote. Su espalda morena y aterciopelada destacaba altivamente contrastando con el encaje blanco de su blusa. Su vestido azul la hacía parecer aún más morena de piel y sería de semblante.

Parecía haber adivinado que la suya era una hermosura distinta a todas las demás, pues no hace falta decir que Cora, que era de un tipo exótico y de tez oriental, Cora, que se parecía a la judía Rebeca o la Julieta de Shakespeare, Cora, majestuosa, sufriente y algo huraña, Cora, que no era sonrosada, ni lozana, ni exasperante, ni amable, pasaba desapercibida entre la gente. Vivía entre la multitud como una rosa florecida en el desierto, como una perla varada en la arena, y cualquiera a quien hubiesen expresado su admiración al ver a Cora les habría respondido: «Sí, no estaría mal si fuese más blanca y menos flaca».

Me sentí tan turbado junto a ella, tan súbitamente prendado, que realmente olvidé toda la confianza que habrían debido inspirarme mi traje nuevo y mi chaleco de rosetones. Bien es cierto que ella no les prestaba atención, que escuchaba con aire distraído las insulseces que yo sudaba sangre para farfullar, que dejaba, a cada invitación mía, caer de entre sus labios una débil palabra y, en mi mano temblorosa, una mano cuya frialdad podía sentir a través de su guante. ¡Ay, qué indiferente y altiva era la hija del tendero! ¡Qué singular y misteriosa, la morena Cora! No conseguí de ella, a lo largo de toda la noche, más que media docena de monosílabos.

A la mañana siguiente se me ocurrió, para mi gran desgracia, leer los *Cuentos fantásticos*. Igualmente, para mi desgracia, no había criatura en la tierra que pareciese ser modelo más completo de la belleza fantástica y de la poesía alemana que Cora, con sus ojos verdes y su diáfano escote.

Las adorables poesías de Hoffmann empezaban a circular por la ciudad. Las señoras y los padres de familia encontraban el género detestable, y el estilo, de mal gusto. Los notarios y las esposas de los procuradores libraban sobre todo una batalla a muerte contra la inverosimilitud de los personajes y lo novelesco de los incidentes. El juez de paz del cantón tenía la costumbre de pasearse en torno a las mesas en la sala de lectura y de decirles a los jóvenes descarriados por aquella poesía extranjera y subversiva: «Solo es hermoso lo que es verdadero», etc. Recuerdo que un pillastre, un estudiante de secundaria de vacaciones, le dijo en esa ocasión mirándolo fijamente:

—Señor, esa enorme verruga que tiene en medio de la nariz será entonces postiza.

Pese a los reproches paternos, pese a los anatemas del director y de los profesores de sexto, el mal progresó con rapidez y gran parte de la juventud quedó infectada por el veneno mortal. Se vio

a jóvenes estanqueros imitar a Kressler y a funcionarios interinos desvanecerse al oír el sonido lejano de una gaita o del canto de una joven.

Por lo que a mí respecta, confieso y declaro aquí que perdí completamente la cabeza. Cora hacía realidad todos los sueños embriagadores que el poeta me inspiraba, y me deleitaba atribuyéndole una naturaleza inmaterial y feérica que realmente parecía haber sido imaginada para ella. Yo era feliz así. No le hablaba, no tenía ninguna excusa para acercarme a ella. Mi pasión no recibía aliento alguno y yo ni tan siquiera lo buscaba. Simplemente, dejé la casa del notario y alquilé un cuartucho miserable justo enfrente de la casa del tendero. Vestí mi ventana con una cortina gruesa en la que hice cortes habilidosamente situados. Allí pasaba en éxtasis todas las horas que podía robar a mi trabajo.

La calle estaba desierta y silenciosa. Cora se hallaba sentada junto a su ventana en la planta baja. Leía. ¿Qué leía? Bien es cierto que lo hacía de la mañana a la noche. Y después dejaba el libro sobre un jarrón de alhelíos amarillos que brillaba en la ventana. E, inclinando la cabeza sobre su mano, con los bucles de su hermosa cabellera indolentemente mezclados con las flores de oro y púrpura, con la mirada fija y brillante, parecía perforar la calzada y contemplar, a través de la gruesa capa de aquel burdo suelo, los misterios de la tumba y de la reproducción de las esencias fecundantes, asistir al nacimiento del hada de las rosas y alentar el germen de un bello genio con alas de oro en el pistilo de un tulipán.

Y yo la contemplaba, era feliz. Mucho me cuidaba de dejarme ver, porque, al menor movimiento de la cortina, al menor ruido de mi ventana, ella se desvanecía como un sueño. Se esfumaba como un vapor plateado en el claroscuro de la trastienda; de modo que me quedaba allí, inmóvil, reteniendo el aliento, imponiendo silencio a los latidos de mi corazón, a veces de rodillas implorando a mi hada en el silencio, enviando hacia ella las ardientes aspiraciones de un alma que su mágica esencia debía desentrañar y comprender. En ocasiones imaginaba a mi espíritu y al suyo revoloteando abrazados en uno de esos rayos de polvo de oro que el sol de mediodía infiltraba en la profundidad estrecha y angulosa de la calle. Imaginaba que, de su ojo, límpido como el agua que corre sobre el musgo, salía un rayo ardiente que atraía todo mi ser entero a su corazón.

Permanecía allí todo el día, extraviado, absurdo, ridículo; ¡pero exaltado, enamorado, joven! Inundado de poesía, sin confiarle a nadie los secretos de mi corazón y sin sentir jamás que el temor de caer en el mal gusto interfiriese en mi arrebató, sin tener más juez que Dios, ni más confidente que mis sueños y mis éxtasis.

Después, cuando terminaba el día, cuando la etérea Cora cerraba su ventana y echaba la cortina, yo abría mis libros favoritos y me reunía con ella en los Alpes con Manfred; en casa del profesor Spallanzani con Natanael; en los cielos con Oberón.

Pero, ¡ay!, poco duró aquella dicha. Hasta entonces nadie había descubierto la belleza de Cora; yo era el único que la disfrutaba. Solo yo la comprendía y la adoraba. El contagio fantástico, al extenderse entre los jóvenes de la ciudad, arrojó un rayo de luz sobre la romántica burguesa.

A un impertinente bachiller se le ocurrió una mañana, al pasar frente a sus ventanas, compararla con Anne de Geierstein, la muchacha de la niebla. La ocurrencia tuvo éxito: se comentó en el baile. Los inspirados del lugar constataron la danza blanda y aérea de Cora. Otro genio de la sociedad la comparó con la reina Mab. Entonces cada cual, queriendo hacer gala de su erudición, aportó su epíteto y su metáfora, y la pobre muchacha quedó sepultada sin saberlo.

Cuando hubieron profanado a mi ídolo hasta la saciedad con sus comparaciones, la rodearon, la abrumaron de atenciones y madrigales, la hicieron bailar hasta que murió la luz de los quinqués, me la devolvieron a la mañana siguiente cansada de su ingenio, aburrida de su parloteo, marchita de su admiración; y lo que terminó de romperme el corazón fue ver aparecer en la ventana el perfil rechoncho y jovial de un gordo estudiante de Farmacia junto al perfil griego y estilizado de mi sílfide.

Durante muchas mañanas y muchas tardes, me aposté tras la cortina misteriosa para intentar combatir el sortilegio que mi odioso rival le había echado a la familia del tendero. Mas en vano invoqué al amor, al diablo y a todos los santos; no logré apartar su maligno influjo. Regresaba, sin cansarse, cada día para sentarse junto a Cora en el hueco de la ventana, y le hablaba. ¿De qué osaba hablarle el desgraciado? El rostro impenetrable de Cora no revelaba nada. Parecía escuchar su discurso sin oírlo y, por el imperceptible movimiento de sus labios, en ocasiones adivinaba yo que le respondía con frialdad y brevemente, como tenía por costumbre, tras lo cual la conversación parecía languidecer.

La pareja, forzada y aburrida, ahogaba por ambas partes bostezos silenciosos. Cora miraba tristemente su libro cerrado en el alféizar, que la presencia de su adorador le impedía continuar. Luego apoyaba el codo en la maceta de alhelies, y el mentón en la palma de su mano, y, observándolo con mirada fija y glacial, parecía estudiar las burdas fibras de su naturaleza moral a través de la lupa del maestro Floh.

Al fin y al cabo, soportaba sus asiduidades como un mal necesario; porque, al cabo de seis semanas, el aprendiz de farmacia llevó a la hermosa Cora al altar, donde recibieron la bendición nupcial. Cora parecía admirablemente casta y severa con su vestido de novia. Tenía el semblante sereno, indiferente, aburrido, como siempre. Cruzó la multitud ávida con paso tan comedido como de costumbre y paseó sobre los curiosos embelesados su mirada seca y escrutadora. Cuando encontró mi rostro marchito y taciturno, se detuvo un momento y pareció decir: «He aquí a un hombre aquejado por un catarro o un dolor de muelas».

En cuanto a mí, era tal mi desesperación que solicité el traslado...

II

Pero no lo obtuve y fui testigo de la dicha de otro. Opté entonces por caer enfermo, lo que me salvó de la desesperación, como siempre sucede en estos casos.

Por hastiado que esté uno de la vida, el hecho cierto es que, cuando la fatalidad nos retiene en ella a nuestro pesar, la debilidad humana no logra evitar dar en secreto las gracias a la fatalidad. La muerte es tan fea que no podemos verla de cerca sin espantarnos. Muy magnánimos son quienes clavan la cuchilla hasta la arteria carótida o quienes apuran la copa de veneno. (Digo la copa porque no queda bien y es casi imposible envenenarse con un recipiente que lleve cualquier otro nombre).

Sí, el proverbio de Esopo es la sabiduría universal. Amamos la vida como a una amante a la que seguimos deseando con los sentidos, después incluso de que toda estima y todo afecto por la misma hayan muerto en nosotros. La noche en que vi a un cura y a un médico convenientemente graves junto a mi lecho, no tuve fuerzas para preguntarme a mí mismo si lo que aquello me provocaba era pena o alegría. Pero, cuando, una mañana, desperté lánguido y débil y vi a la enfermera profundamente dormida en su silla, el sol brillando sobre los tejados y los frascos de

medicina vacíos en el velador, cuando me aventuré a moverme y sentí la cabeza sin dolor, los miembros ligeros y mi cuerpo endeble liberado de todos los grilletes del sufrimiento, tuve una insuperable sensación de bienestar y de agradecimiento para con el cielo.

Luego recordé a Cora y su matrimonio y me avergoncé de la alegría que acababa de experimentar, pues, tras las fervientes plegarias que había dirigido a Dios y al médico para ser liberado de la vida, resultaba de una incongruencia sin parangón aceptar su retorno sin cólera ni amargura. Así pues, empecé a verter lágrimas. La juventud es tan rica en emociones de todas clases que puede torturarse a sí misma pese a la fuerza de la esperanza, de la poesía, de todos los beneficios que le ha otorgado la Providencia... Yo le reprochaba haber sido más sabia que yo y no haber permitido que un amor extraño y casi imaginario me hubiese llevado a la tumba, tras lo cual me resigné y acepté la voluntad de Dios, que apretaba mis cadenas y me condenaba a seguir disfrutando de la vista del cielo, de la belleza de la naturaleza y del afecto de mis seres queridos.

Cuando tuve fuerzas suficientes para tenerme en pie, me acerqué a la ventana con un inexpresable nudo en la garganta. Cora estaba allí; leía. Seguía siendo hermosa, seguía siendo etérea, seguía estando sola. Me invadió la alegría. Me había sido devuelta, mi hada de ojos verdes; ¡mi hermosa soñadora solitaria! ¡Podría seguir contemplándola y alimentar en secreto aquella pasión extática que la mirada de un rival me había obligado a reprimir durante tanto tiempo! De pronto alzó su cabeza morena, y sus ojos, vagando al azar sobre los muros, percibieron mi pálido rostro, que se extendía hacia ella. Me estremecí, creí que iba a huir como de costumbre, pero, ¡oh, arrebató!, no huyó. Al contrario, me dirigió un saludo lleno de dulzura y cortesía, después volvió a centrar la atención en su libro y se quedó ante mis ojos absolutamente indiferente a la asiduidad de mis miradas; pero al menos se quedó.

Un hombre con más experiencia que yo habría preferido la antigua esquivez de Cora a la despreocupación con la que había empezado a afrontar el cara a cara. Pero ¿acaso podía resistirme al sortilegio que acababa de echarme con su saludo benevolente y gentil? Me imaginaba todo el casto interés y toda la reservada indulgencia que puede contener un modesto saludo de mujer. Era la primera señal de reconocimiento que Cora me daba. Pero ¡con qué ingeniosa delicadeza elegía el instante para dárme! ¡Qué generosa compasión desbordaba aquel tenue testimonio de un interés tímido y discreto! No se atrevía a preguntarme si me encontraba mejor. De hecho, lo veía por sí misma y su saludo valía más que un largo discurso de congratulaciones.

Pasé toda la noche comentando aquel saludo encantador y al día siguiente, a la hora en que Cora volvió a aparecer, me aventuré a poner en riesgo el primer testimonio de nuestra incipiente comunicación. Sí, tuve la audacia de saludarla profundamente; pero lo que estaba osando hacer me perturbó en tal medida que no tuve el valor de mirarla. Mantuve la mirada baja con temor y respeto, por lo que no pude saber si me devolvía el saludo ni con qué semblante lo hacía.

Turbado, palpitante, lleno de esperanza y de terror, permanecí con la frente oculta tras las manos, sin atreverme ya a mostrar mi rostro, cuando una voz se elevó en el silencio de la calle y, alzándose hacia mí, me dirigió estas dulces palabras:

—Parece, señor, que está usted recuperando la salud.

Me sobresalté, aparté las manos de la cara; miré a Cora, no daba crédito a mis oídos, sobre todo porque la voz era algo ruda, algo masculina, y siempre había imaginado la voz de Cora más dulce que la brisa de abril que acaricia a las flores que se abren. Como me quedé contemplándola con semblante enloquecido, repitió su frase en términos cuya dulzura me hizo olvidar el acento algo indígena y el timbre un poco vigoroso de su voz.

—Me alegro mucho —dijo— de que el señor Georges se encuentre mejor.

Quise replicar algo que expresase el entusiasmo de mi agradecimiento, pero me fue imposible: palidecí, me sonrojé, balbucí algunas palabras ininteligibles; me faltó poco para desmayarme.

En aquel momento, el tendero, el padre de Cora, acercando su huesudo perfil a la ventana, le dijo, con voz ronca, aunque benevolente:

—¿Con quién hablas, cariño?

—Con nuestro vecino, el señor Georges, que está por fin convaleciente y al que veo en su ventana.

—¡Ah! Me alegro mucho —dijo el tendero y, levantando su gorra de piel de nutria—: ¿Cómo va su recuperación, querido vecino?

Di las gracias con más seguridad al padre de mi bienamada. Yo era el hombre más feliz de la tierra; por fin obtenía cierto interés de aquella familia, en tiempos tan arisca y desconfiada para conmigo. «Pero, ¡ay!», pensé casi al instante, «¿de qué me sirve ahora provocar lástima y recibir consuelo? ¿Acaso no está Cora unida a otro para siempre?».

El tendero, apoyando los codos en su ventana, entabló entonces conmigo una conversación afectuosa e indulgente sobre la hermosura del día, sobre el placer de volver a la vida con un sol tan espléndido, sobre la excelencia de los chalecos de franela en tiempos de convalecencia y los beneficios del agua con miel y el jarabe de goma para la fatiga de pecho y la debilidad de estómago.

Celoso de mantener y prolongar tan valiosa conversación, le respondí con cumplidos halagadores sobre la belleza de los alhelíes que florecían en su ventana, sobre la encantadora y coqueta elegancia de su gato, que dormía al sol frente a la puerta, y sobre la buena exposición de su tienda, que recibía de lleno los rayos del sol de mediodía.

—Sí —respondió el tendero—, a principios de la primavera los rayos del sol nunca están de más; más adelante se vuelven casi demasiado buenos...

En aquella conversación cordial e inocente, Cora mezclaba de cuando en cuando reflexiones cortas y sencillas, pero llenas de sentido común y de agudeza; concluí que tenía un juicio recto y una mente sensata.

Luego, puesto que yo insistía en la ventaja de que la fachada de la vivienda estuviera orientada al sur, Cora, inspirada por el cielo y la belleza de su alma, dijo a su padre:

—A propósito, el cuarto del señor Georges, que da al norte, debe de seguir siendo muy frío en esta época. Tal vez, si le propusiera usted venir a sentarse un par de horas a casa, disfrutaría de que el sol le diera de frente.

Y se inclinó hacia su oído para decirle en voz baja unas palabras que parecieron llamar fuertemente la atención del tendero.

—Está bien, hija mía —exclamó en tono jovial—. Señor Georges, ¿le gustaría aceptar una silla al lado de mi Cora?

—¡Oh, Dios mío! Si esto es un sueño, haz que nunca despierte.

Un minuto más tarde, el generoso tendero estaba en mi habitación y me tendía el brazo para bajar. Me conmovió hasta las lágrimas y le apreté las manos con una efusión que lo sorprendió, pues él consideraba que su acción era algo natural.

En el umbral de mi casa, encontré a Cora, que venía para ayudar a su padre a sostenerme mientras cruzaba la calle. Hasta entonces había sentido que tenía fuerzas para acercarme a ella,

pero en cuanto me tocó en el brazo, en cuanto su larga mano blanca me rozó el codo, me sentí desfallecer y perdí la sensación de mi propia dicha por haberla experimentado con demasiada intensidad.

Cuando volví en mí, estaba sentado en una gran butaca de cuero con tachuelas doradas que, desde hacía cincuenta años, servía de trono al patriarcal tendero. Su digna compañera me frotaba las sienes con vulneraria, y Cora, la hermosa Cora, sujetaba bajo mi nariz un pañuelo embebido en alcohol. A punto estuve de desmayarme de nuevo; quise dar las gracias, pero no encontraba palabras para expresar mi gratitud; sin embargo, en un momento en que el tendero, viendo que me encontraba mejor, se retiró, y en que su mujer pasaba a la trastienda para traerme un vaso de agua de regaliz, dije a Cora, alzando hacia ella mi lánguida mirada:

—¡Ah, señora! ¿Por qué no me ha dejado morir? ¡Era tan feliz hace un momento!

Me miró con aire de sorpresa y me dijo, en tono afectuoso:

—Vuelva en sí, señor. Tiene usted fiebre, está claro.

Cuando me recuperé completamente de mi malestar, la tendera volvió a la tienda y me quedé a solas con Cora.

¡Cómo me latió el corazón entonces! Pero ella estaba tranquila y su serenidad me imponía tanto respeto que opté por aparentar que yo también estaba en calma.

A pesar de todo, aquel encuentro se me hizo cruelmente incómodo. A Cora no le gustaba hablar. Respondía brevemente a todas las cosas que yo me sacaba del cerebro con esfuerzos increíbles e, hiciera lo que hiciese, sus respuestas nunca eran propicias a entablar conversación; en todos los asuntos estaba de acuerdo conmigo. Y no podía reprocharle nada a este último respecto, pues las cosas que yo le decía eran sensatas, ese tipo de cosas contra las que no puedes estar, a menos que estés loco. Por ejemplo, le pregunté si le gustaba la lectura.

—Mucho —me respondió.

—Es que, en efecto —aseguré—, es una ocupación maravillosa.

—En efecto —convino ella—, es una ocupación maravillosa.

—Siempre y cuando —añadí— se lea un libro bello e interesante.

—¡Oh! Desde luego —añadió ella.

—Porque —proseguí— los hay que son muy insulsos.

—Pero también —prosiguió ella— los hay muy bonitos.

Aquella conversación habría podido llevarnos lejos si hubiera yo tenido la audacia de interrogarla sobre el género de sus lecturas. Sin embargo, temí ser indiscreto y me limité a echar una mirada furtiva al libro entreabierto al pie de los alhelies. Era una novela de August Lafontaine. Cometí la estupidez de sentirme afectado al principio[13]. Después, tras reflexionar, hallé en la elección de aquella lectura una razón para admirar la sencillez y la nobleza de un corazón capaz de encontrar en ella entrañables emociones. Recorrí con la mirada una pila de libros deteriorados que había en un estante. No nombraré a los autores preferidos de mi Cora; los lectores curtidos se reirían de ella, y yo, en mi vana grandilocuencia de poeta, a punto estuve de sentirme ofendido... Pero no tardé en recobrar el juicio, al comparar los recursos de una mente tan joven y de un alma tan virginal con la vejez prematura de nuestras agotadas imaginaciones. Existían en la vida intelectual tesoros que Cora aún no había descubierto, y el hombre que tuviese la dicha de revelárselos vería florecer con su aliento la obra más bella de la creación: el corazón de una mujer ingenua.

Volví a casa entusiasmado con Cora, cuya ignorancia era tan cándida y tan hermosa. Esperé la hora de regresar al día siguiente, sin por ello aspirar a ese nuevo honor. Apareció con su madre, que me invitó a bajar. Cuando me hube instalado en la gran butaca, vi una especie de inquieta agitación en la familia. Luego el tendero se sentó frente a mí con aire hipócritamente ingenuo. Yo mismo estaba agitado, temía y deseaba la explicación de aquella actitud.

—Ya que se encuentra usted bien aquí, señor Georges —dijo al fin apoyando las manos en sus rodillas carnosas—, espero que venga usted cuando quiera a descansar mientras aún no tenga fuerzas para buscar distracción en otra parte.

—¡Es usted muy generoso! —exclamé.

—No —dijo sonriendo—, no tiene que agradecerme: entre vecinos tenemos que ayudarnos y, a Dios gracias, nunca le hemos negado asistencia a la gente honrada, pues presumo que es usted un buen hombre, señor Georges; tiene aspecto de serlo y me inspira confianza.

—Me siento honrado —respondí incómodo.

—Así pues, señor —prosiguió el digno hombre con alegría mientras se levantaba—, quédese con nuestra Cora cuanto quiera. Es una muchacha inteligente, ya ve usted, una persona que ha vivido en los libros y cuya madre nunca ha querido contrariar sus gustos. Así que ahora sabe ya más que nosotros y usted disfrutará de su compañía, se lo aseguro.

—Hace mucho tiempo —respondí sonrojándome mientras miraba a Cora con timidez—, me habría considerado dichoso de tal honor... Llega muy tarde, por desgracia, para mi impaciencia...

—¡Ah, caramba! —dijo el tendero riendo con sarcasmo—. Es que hace dos meses la cosa era imposible, ya ve usted. Cora no estaba casada y..., a menos de presentarse aquí con la intención de casarse con ella, con buenas y francas propuestas de matrimonio, ningún muchacho obtenía de su madre la entrada a esta habitación. Ya sabe usted, señor, cómo hay que velar por una joven para impedir el perjuicio de las malas lenguas; ahora que la niña ya está casada, y como estamos seguros de su moralidad, la dejamos totalmente libre y, además..., de hecho —aquí el tendero bajó la voz—, pálido y débil como está usted nadie pensará que pretende suplantar a un marido joven y sano...

El tendero terminó su frase con una risotada. Me puse blanco como un muerto y no me atreví a alzar la vista hacia Cora.

—Bueno, bueno, no se vaya usted a enfadar por una broma, querido vecino —continuó—. No va a estar convaleciente toda la vida, y puede que muy pronto los maridos tengan que vigilarlo de cerca... Mientras tanto, quédese aquí; Cora le hará compañía y, de hecho, creo que tiene algo que decirle.

—¿A mí? —exclamé mirando a Cora.

—Sí, sí —dijo el padre—, es un asuntillo delicado... y que una joven manejará mejor que un viejo como yo. Pues bien, adiós, señor Georges.

Salió. Volví a quedarme solo con Cora y, en aquella ocasión, ella tenía que tratar un asunto delicado conmigo. Tal vez fuera a confiarme un secreto, una pena de su corazón, una desgracia de su destino. ¡Ah! Sin duda había un misterio grande y profundo en la vida de aquella muchacha tan hermosa y melancólica. Su existencia no podía transcurrir como la de las demás. El cielo no le había otorgado tan milagrosa belleza sin exigirle los tesoros del dolor para expiarla. Al fin, me dije, va a desahogarse conmigo y tal vez pueda yo cargar con una parte para aliviarla.

Quedó un poco confusa ante mí. Luego rebuscó en el bolsillo de su delantal de tafetán negro y

sacó un papel doblado.

—En verdad, señor —dijo—, es bien poca cosa. No sé por qué mi padre me encarga que se lo diga; debería saber que un hombre inteligente como usted no se ofende por una petición totalmente natural... Sin todo lo que acaba de decir, no me sentiría incómoda, pero...

—¡Termine, por Dios santo —exclamé con fervor—, oh, Cora! Si me conociera bien, no dudaría un instante en abrirme su corazón.

—Pues bien, señor —dijo Cora conmovida—, se trata de esto.

Desplegó el papel y me lo tendió. Lo miré, pero lo vi borroso; me temblaba la mano. Tuve que tomarme un momento para recuperar el aliento antes de comprender. Al fin, leí:

Debe el señor Georges al señor ***, comerciante de droguería, por objetos de consumos proporcionados durante su enfermedad...

12 l de azúcar moreno para siropes y tisanas: tanto

Jabón proporcionado a su enfermera: otro tanto

Velas

Centáurea menor, etc.

Total....., 30,50 francos

Recibí, CORA ***

La miré con semblante extraviado.

—De veras, señor —me dijo—, tal vez esta petición le parezca indiscreta y aún no esté usted lo bastante recuperado como para que le convenga que lo importunen con asuntos de dinero. Pero estamos apurados, el negocio va muy mal, el alquiler de la tienda es muy caro...

Cora siguió hablando un rato largo. Yo apenas la oía. Balbucí unas palabras y corrí, tan rápido como mis piernas me lo permitieron, a buscar el dinero que le debía al comerciante. Luego regresé a mi casa consternado y me metí en la cama con un pico de fiebre.

No obstante, al día siguiente volví en mí con ideas más razonables. Me pregunté el porqué de ese desprecio estúpido y soberbio por los detalles de la vida burguesa. ¿Por qué esa impertinente susceptibilidad de las almas poéticas con respecto a las necesidades prosaicas? ¿Por qué, en definitiva, ese odio absurdo hacia los aspectos materiales de la vida?

«¡Ingrato!», pensé, «te rebelas porque una factura de jabón y velas ha sido redactada y presentada por Cora, cuando deberías besar la hermosa mano que te ha provisto de esas comodidades durante tu enfermedad. ¿Qué habría sido de ti, miserable soñador, si un hombre confiado y probo no hubiera consentido en verter sobre ti las bondades de su trabajo, sin más garantía de reembolso que tu escaso vestuario y tu miserable catre? Y, si te hubieras muerto sin llegar a leer su factura y saldar tu deuda, ¿dónde están los herederos que habrían sacado de tu herencia treinta francos con cincuenta para él?».

Por otra parte, pensé en que era Cora quien había preparado los benéficos brebajes que me habían salvado del padecimiento y de la muerte. «¿Quién sabe», pensé, «si no compuso un hechizo o pronunció una plegaria que les dio, a dichos brebajes, la virtud de curarme? ¿No habrá mezclado con ellos una lágrima compasiva el día en que estuve a las puertas de la muerte? ¡Lágrima divina! ¡Tópico celestial!...».

En esas estaba yo, cuando el tendero llamó a mi puerta:

—Mire, señor Georges —me dijo—, mi esposa y yo tememos haberlo ofendido. Cora nos ha dicho que pareció usted sorprendido y que pagó la factura sin decir palabra. No quisiera que nos creyese capaces de desconfiar de usted. Es cierto que estamos apurados. Nuestro negocio no va muy bien; pero, si usted necesitase dinero, nos arreglaríamos para devolvérselo y aun incluso para prestarle un poco.

Me lancé a sus brazos con efusión.

—Noble anciano —exclamé—, ¡todo cuanto poseo es suyo! Cuento conmigo hasta la muerte.

Hablé durante mucho rato estando con la exaltación de la fiebre. Él me miraba con sus grandes ojos grises, redondos como los de un gato. Cuando hube terminado dijo, con el tono de alguien que se reconcilia con la imposibilidad de resolver un enigma:

—Está bien. Le ruego que venga a vernos de vez en cuando y que no nos prive de su compañía.

III

Me sorprendió no volver a ver al marido de Cora ni en la tienda ni junto a su esposa. Me aventuré a hacer una pregunta tímida. Ella me respondió que Gibonneau estaba terminando su año de servicio como asistente bajo los auspicios del farmacéutico principal de la ciudad. No regresaba hasta la noche y salía pronto por la mañana. De modo que el patán era capaz de ver pasar los días lejos de la criatura más hermosa sobre la faz de la tierra. ¡Poseía la perla más valiosa del mundo y se resignaba tranquilamente a separarse de ella durante la mitad de su vida para ir a preparar linimentos y a formular pastillas!

Pero yo daba gracias al cielo, que lo había condenado a esa vulgar existencia y que parecía negarle un don del que no era digno, el de ver a su dulce compañera a la luz del sol. Solo le estaba permitido reunirse con ella a la hora en que los búhos y los murciélagos emprenden su oscuro vuelo y rozan con sus velludas alas silenciosas las olas transparentes de la bruma. Surgía de entre las sombras, cual un ladrón nocturno, cual un malévol gnomo que cabalga sobre el viento de la noche y el engañoso meteoro del pantano. Llegaba, lúgubre sombra taciturna, aún ataviado con su delantal, como si de un sudario se tratase, exhalando ese olor a plantas aromáticas que se queman alrededor de los catafalcos. En ocasiones lo veía errar en las tinieblas y deslizarse como un espectro a lo largo de los lívidos muros. Más de una vez me lo encontré en la entrada y estuve a punto de arrollarlo en la cuneta como a un gusano; pero preferí no hacerlo, pues verdaderamente tenía la envergadura de un búfalo, y yo estaba flaco y consumido a consecuencia de las fiebres.

Cora, viuda cada día desde el alba hasta el crepúsculo, se quedaba conmigo, confiada. Pasaba casi todos mis días sentado en el viejo sillón de la familia o, cuando el sol de abril calentaba, me sentaba en el banco de piedra adosado a la ventana de Cora. Allí, separado de ella tan solo por los ramos de dorados alhelíes, respiraba su aliento entre las flores, sostenía su larga mirada transparente y serena como el agua en calma que duerme en las orillas de Grecia. Ambos guardábamos silencio, pero mi corazón volaba hacia ella y deseaba al suyo con tal fuerza de atracción que debía de resultarle imposible no sentir su potencia. Me dormí en esa dulce ensoñación. ¿Por qué Cora no habría de amarme? Tal vez tendría que haber dicho: ¿cómo habría podido no amarme? ¡Yo la amaba con tanta desesperación! Todas mis facultades intelectuales se concentraban para producir una fuerza del deseo y la espera que planeaba imperiosamente sobre

Cora. ¿Acaso su alma, hecha de los más hermosos rayos de la Divinidad, podía quedar inerte bajo el vuelo magnético de ese ardiente pensamiento? No quise creerlo y sentí mi corazón tan puro, mis deseos tan castos, que no tardé en perder el miedo a ofender a Cora al revelárselos. Le hablé entonces en esa lengua celestial que solo a las almas poéticas les es dado escuchar. Le expresé los tormentos inefables y los divinos padecimientos de mi amor. Le conté mis sueños, mis ilusiones, los miles de poemas y versos alejandrinos que había escrito para ella. Tuve la dicha de verla, atenta y subyugada, dejar su libro e inclinarse hacia mí con semblante grave para escucharme, pues mis palabras tenían un nuevo sentido para ella, y yo hacía entrar en su mente un orden de pensamientos sublimes que nunca antes había osado abordar.

—Oh, mi Cora —le decía—, ¿qué podrías temer de una llama tan pura? El relámpago que se enciende en los cielos no es de naturaleza más sutil que el fuego que me consume con delicias. ¿Por qué tu pudor silvestre, por qué tu soberbio orgullo de mujer habrían de alarmarse por un amor tan intelectual como el nuestro? ¡Que un marido, un amo, posea el tesoro de la belleza material que los ángeles han querido concederte! Por mi parte, jamás intentaré arrebatarle lo que Dios, los hombres y tu palabra, ¡oh, Cora!, le han garantizado en propiedad; la mía será, si me la concedes, menos concreta, menos embriagadora, pero más noble y gloriosa. Lo que quiero es la parte etérea de tu alma; deseo saciar y poseer tu aspiración ardiente hacia el cielo, para ser tu cielo y tu alma, como tú eres mi Dios y mi vida.

Aquellas cosas le parecían oscuras a Cora, ¡su alma era tan cándida e infantil! Me miraba absorta de estupor y, para hacerle comprender mejor los divinos misterios del amor platónico, tomé un lápiz y tracé versos en la pared junto a su ventana, y le conté los deslumbrantes poemas de la naturaleza invisible, los amores de ángeles y hadas, los suspiros y los sufrimientos de los elfos prisioneros en el cáliz de las flores, las fogosas pasiones de las rosas por las brisas y viceversa, los coros aéreos que se oyen de noche entre las nubes, la adorable danza de las estrellas, las rondas del *sabbat*, las travesuras de los duendes y los arduos descubrimientos de la alquimia.

Parecía que nuestra dicha no podía ser turbada por ningún acontecimiento externo. Al tomar la poesía cuerpo a cuerpo, yo había sabido aislarme tan bien, en mi mundo intelectual, de todos los obstáculos y escollos de la vida real que parecía no tener nada que temer de la intervención de esas burdas y necias voluntades que vegetaban a nuestro alrededor. Mis sentimientos eran de naturaleza tan elevada que no podía provocar rivalidad alguna al hombre vulgar que se decía amo y esposo de Cora.

Durante mucho tiempo, en efecto, él pareció comprender el respeto que debía a una relación protegida por el cielo. Y, sin embargo, al cabo de seis semanas, vi que se operaba un extraño cambio en el comportamiento de aquella familia para conmigo. El padre me observaba con semblante irónico y desconfiado cada vez que entraba en la estancia donde nos encontrábamos. La madre se empeñaba en quedarse con nosotros siempre que podía escapar a las obligaciones de la tienda. Gibonneau, cuando por casualidad me lo encontraba, me lanzaba miradas siniestras y fulminantes; la propia Cora se volvió más reservada, tardaba más en bajar, subía más pronto a su habitación y en ocasiones incluso pasaba varios días sin aparecer. Me asusté, quise quejarme. Traté de hacerle comprender, con la elocuencia propia de la pasión, la injusticia y la barbarie de su conducta. Me escuchó con gesto constreñido, casi temeroso, y la vi mirar hacia la puerta con inquietud.

—¡Oh, Cora! —exclamé con entusiasmo—, ¿acaso te amenaza algún peligro? ¡Habla, habla! ¿Dónde están tus enemigos? Nombra a los infames que te imponen, frágil criatura celestial, las

cadena de bronce de un odioso yugo. Dime: ¿qué demonio comprime el ímpetu de tu corazón y reprime en tu seno inocentes efusiones, como amargos remordimientos? Anda, yo sabré conjurarlo, conozco más de un hechizo para encadenar a los demonios de la envidia y la venganza; más de una palabra mágica para hacer que acudan los ángeles a nosotros, los ángeles protectores que son tus hermanos, y que no son tan puros, ni tan bellos como tú...

Alcé la voz al hablarle y me acerqué a Cora para tomar su mano, que ella seguía retirándose. Entonces me puse en pie, con la frente inundada por el sudor del entusiasmo, el cabello revuelto, la mirada encendida...

Cora dio un gran grito, y su padre acudió como si la casa estuviera en llamas. Venía hacia mí con aire amenazador, pero Cora lo agarró del brazo y le dijo en voz baja:

—Déjelo, padre, tiene uno de sus ataques, no le lleve la contraria, se le va a pasar.

En vano busqué el sentido de aquellas palabras. Ella salió, y el tendero me dijo:

—Vamos, señor Georges, vuelva en sí, aquí nadie quiere disgustarlo, pero en verdad no es usted razonable... Vamos, vamos..., vuelva a casa y cálmese.

Aturdido por aquel discurso lleno de bondad, cedí con la docilidad de un niño, y el tendero me acompañó a casa. Una hora después, vi entrar al juez de paz y al médico de la ciudad. Como los conocía a ambos personalmente, no me sorprendió su visita, pero comenzó a ofenderme la afectación con la cual el médico me tomó el pulso, examinando con atención la expresión de mi mirada y la dilatación de mi pupila. Después se puso a contar los latidos de mis arterias, en las sienas y en el cuello, y a evaluar el calor externo de mi cerebro con la palma de su mano.

—¿Qué significa esto, señor? —le dije—. No le he solicitado una consulta. Me siento lo bastante bien como para no necesitar ya sus cuidados y no estoy dispuesto a recibirlos en contra de mi voluntad.

Pero, en lugar de responder, se acercó al magistrado y se retiraron al hueco de la ventana para hablar en voz baja. Parecían estar hablando de mí, pues, a cada momento, se volvían a mirarme con semblante atento y desconfiado. Al fin se acercaron y el juez de paz me hizo algunas preguntas extrañas, primero de qué color veía su chaleco, después, si conocía su nombre, y, finalmente, si podía decirle mi edad, país de origen y profesión.

Respondía con estupor a aquel interrogatorio cuando el médico me preguntó, a su vez, si no veía en la habitación a alguien más aparte del juez de paz, él y yo mismo; si pensaba que era de día o de noche y si podía certificar que tenía cinco dedos en cada mano.

Indignado por la impertinencia de aquellas preguntas, respondí a la última propinándole un vigoroso bofetón. Hice mal, sin duda, especialmente en presencia de un magistrado más que dispuesto a instruir el delito. Pero estaba sulfurado y ya no podía seguir permitiendo que me tratasen como a un idiota o a un lunático sin conocer el motivo.

El escándalo fue tremendo. El magistrado quiso defender a su compadre; lo agarré por el cuello y lo habría estrangulado si el tendero, su yerno y media docena de vecinos no hubiesen acudido a socorrerlo. Entonces me redujeron, me ataron de pies y manos como a un loco peligroso, me amordazaron con servilletas y me llevaron al asilo de la ciudad, donde fui encerrado en el cuarto reservado a los sujetos aquejados de alienación mental.

El cuarto, todo he de decirlo, era cómodo y me trataron con mucha amabilidad, sobre todo porque yo no daba señal alguna de demencia. El error del médico y del magistrado pronto fue constatado. A pesar de ello, me resultó difícil recobrar la libertad, porque este último, previendo que se vería forzado a pedirme reparación por la injuria, se obstinó en hacerme pasar por

lunático, con el fin de darse aires de sangre fría y de generosidad para conmigo.

Al fin salí, pero el juez de paz me hizo llamar inmediatamente a su despacho y me dirigió esta reprimenda:

—Jovencito —me dijo con ese tono capaz y paternal que todo magistrado imberbe cree conveniente adoptar en cuanto se ha puesto la toga—, tiene usted, si bien no grandes faltas, sí al menos graves inconveniencias que reparar. Siendo foráneo, se le ha recibido en esta ciudad con todas las señales de benevolencia y toda la amabilidad que distingue a sus habitantes. Cuando ha estado enfermo, lo han cuidado sus vecinos, con celo y entrega. Todos esos testimonios de confianza e interés deberían haber grabado más profundamente en usted el sentimiento del decoro y la gratitud...

—¡Rayos y centellas! Señor —exclamé en el estilo marinero que, con la ira, salía a la superficie, a mi pesar—, ¿adónde quiere llegar y qué he hecho yo para merecer la prisión y su arenga?

—Señor —dijo frunciendo el ceño—, esto es lo que ha hecho: ha aceptado la hospitalidad que cada día un honrado ciudadano, un estimable tendero, le ofrecía en el seno de su familia, y lo ha hecho con intenciones que no es asunto mío calificar y que solo su conciencia puede juzgar. Yo creo que su intención era seducir a la hija del tendero y deslumbrarla con discursos incoherentes que llevaban todos los signos de la exaltación, o bien burlarse de su ingenuidad, enredándola con mofas enigmáticas.

—¡Santo cielo! ¿Quién ha dicho eso? —exclamé angustiado.

—La señora Cora Gibonneau en persona. Primero pensó que sus extraños discursos eran rasgos de originalidad natural. Poco a poco tuvo miedo de que fueran actos de demencia. Vaciló mucho en avisar a sus padres, pues en el corazón de esos respetables burgueses la bondad y la compasión son virtudes hereditarias. Pero finalmente, recién casada con un hombre digno al que adora y por el cual, sin duda lo sabía usted desde hace tiempo, alimentaba en secreto antes de su himeneo una pasión que había alterado profundamente su salud y que la habría llevado a la tumba si sus padres hubieran seguido oponiéndose; en resumen, como digo, casada con el estimable farmacéutico Gibonneau, debilitada por el comienzo de un embarazo difícil, y temiendo con razón las consecuencias del miedo en su persona, encontrándose en el estado en que se encuentra, doña Cora se decidió a instruir a sus padres sobre el extravío del cerebro de usted y sobre las pruebas cotidianas (de dicho extravío) que llevaba usted un tiempo dándole. Esa honrada gente dudó en darle crédito y lo estuvo vigilando con una enorme reserva de delicadeza. Finalmente, al verlo un día a usted en un estado de exaltación y delirio que espantaba seriamente a su hija, decidieron implorar la protección de las leyes y la salvaguarda de la magistratura... Y no les ha faltado el apoyo de las leyes, y la magistratura se ha alzado para tranquilizarlos, pues la magistratura sabe que su principal atribución es...

—¡Basta, basta, por Dios! Señor —exclamé—, podría recitarle de memoria el resto de su frase, que tantas veces he oído declamar a la mínima ocasión...

—No, jovencito —exclamó el magistrado a su vez levantando la voz—, no escapará a la diligencia de una magistratura que debe consejo y vigilancia a la juventud, a una magistratura que vela por la dicha y la tranquilidad de los ciudadanos. Aproveche la amonestación que ha recibido. ¡Reconozca sus faltas, que son graves! Ha perturbado y atemorizado a la familia del tendero, ha pervertido la santa hospitalidad que allí se le ofrecía, tratando de burlarse o de seducir a la esposa irreprochable de un ilustre farmacéutico... Sí, una cosa o la otra ha intentado hacer usted,

señor, porque no veo qué sentido puede dar la ley a los extraños fragmentos de versificación con los que ha mancillado las paredes de esa hospitalaria morada y que me ha mostrado la hija del tendero como prueba irrefutable de su demencia... Por último, señor, no contento con afligir a esa buena gente e inquietar a los vecinos, se ha resistido a la autoridad que encarno, ha zarandeado y golpeado al distinguido médico que le procuraba sus cuidados, y ha armado un escándalo que ha turbado el reposo de toda una apacible población y que a punto ha estado de resultar fatal para la señora Gibonneau por el temor que le ha causado.

—¡Cora está enferma! —exclamé—. ¡Dios santo! —Y quise correr y escapar a la elocuencia tribunicia de mi verdugo. Él me retuvo.

—No se marchará usted, jovencito —me dijo—, sin antes haber escuchado la voz de la razón, sin haberme dado su palabra de honor de que suspenderá sus visitas a casa de la señora Gibonneau y de que incluso abandonará la residencia que ocupa enfrente de la casa de la tendera.

—¡Eh! Señor —exclamé—, juro que voy a despedirme y a pedir perdón a esa buena gente, así como a informarme sobre la salud de doña Cora, y que una hora después habré dejado esta ciudad nefasta.

Me armé de valor y sangre fría para volver a casa del tendero. Como había pasado por loco en toda la ciudad, mi salida del asilo causó gran sensación; el tendero parecía inquieto y preocupado, su mujer casi se esconde detrás de él, Cora palideció de terror, y el señor Gibonneau, sin decir nada, me miró con cara de malas pulgas. Les hablé con calma, les rogué que disculparan el escándalo que había causado y que creyeran en mi eterno agradecimiento por los cuidados y el afecto que había recibido en su casa.

—Usted, señora —dije a Cora conmovido—, perdone sobre todo las extravagancias que le he hecho presenciar; si creyera que ha sospechado usted por un instante que le he faltado al respeto, moriría de dolor. Espero que puedan olvidar mi absurdo comportamiento para no recordar sino las humildes excusas y el afectuoso agradecimiento que les ofrezco al marcharme para siempre.

Al pronunciar aquellas palabras, vi que todos los rostros se iluminaban, excepto el de Cora, que, todo he de decirlo, solo expresó una dulce compasión. Quise tratar de preguntarle por su salud, que se había visto afectada por mis locuras. Pero, al pensar en el origen primero de su estado de debilidad, en el amor que desde hacía tanto tiempo tenía por su marido y en la dichosa prenda de ese amor que llevaba en su seno, se me trabó la lengua y corrieron mis lágrimas a mi pesar. Entonces la familia me rodeó, llorando también y abrumándose con señales de pena y de cariño; Cora me tendió incluso su hermosa mano, que nunca había conocido yo la dicha de tocar y que no osé tan siquiera llevarme a los labios. Al fin me alejé colmado de bendiciones por mi estancia entre ellos y muy especialmente por mi marcha; pues, entre todas las cosas cordiales que me dijeron, no hubo una voz ni una palabra que me animasen a quedarme.

Abrumado de dolor, roto hasta el alma, sentí que me fallaban las rodillas al salir de aquella casa donde había alimentado sueños tan dulces e ilusiones tan luminosas. Me apoyé en el umbral tapizado de parras y lancé una última mirada de cariño y despedida a los hermosos alhelíos de la ventana.

Oí entonces una voz que salía del interior y pronunciaba mi nombre. Era la voz de Cora; escuché: «¡Pobre muchacho!». Y añadió, con tono serio: «¡Al final se ha marchado!».

—No lo lamento —respondió el tendero—, aunque sea un buen chico, al fin y al cabo, y pague bien sus facturas.

El año pasado crucé aquella ciudad para ir al Lemosín. Vi a Cora en su ventana; a su lado

había tres hermosos niños y una soberbia maceta de alhelíes rojos. Cora tenía la nariz afilada, los labios más finos, los ojos enrojecidos, las mejillas hundidas y algunos dientes menos.

MARY SHELLEY

(1797-1851)

LA MUCHACHA INVISIBLE[14]

(1833)

«Pues es posible que muera —había escrito la desdichada joven—, mas casarme con otro... ¡jamás!».

Este breve relato no pretende contar una historia de manera convencional, ni desarrollar con hondura sentimientos y situaciones; no es más que un pequeño apunte esbozado casi al mismo tiempo que a mí me fue narrado por uno de los más humildes actores implicados en ella. Tampoco pretendo extenderme en exceso sobre una circunstancia cuyo principal interés reside en su singularidad y autenticidad, sino narrar, de manera tan concisa como pueda, cuán sorprendido quedé al visitar lo que parecía una torre en ruinas que coronaba un siniestro promontorio con vistas al mar que se extiende entre las costas de Gales e Irlanda, y al descubrir que, aunque su exterior conservaba toda la salvaje crudeza propia de un paisaje en lucha con los elementos, el interior era más parecido al de una casita de veraneo, pues era demasiado pequeño para merecer cualquier otro nombre. Consistía en una planta baja que hacía las veces de recibidor, más una habitación en el piso de arriba a la que se accedía por una escalinata excavada en los gruesos muros. Esta estancia había sido entarimada y enmoquetada y estaba decorada con elegantes muebles. No obstante, y por encima de todo, lo que más llamaba la atención, y, sin duda alguna, habría conseguido despertar la curiosidad de cualquier visitante, era algo que colgaba sobre la repisa de la chimenea —con el fin de combatir la humedad del lugar, se había construido un hogar en la habitación, a pesar de que resultaba evidente que aquella decoración no encajaba en absoluto con el fin original de aquella construcción—. Se trataba de un retrato pintado a la acuarela que, más que cualquier otro adorno de la estancia, parecía estar en lucha con la tosquedad del edificio, la soledad del lugar donde había sido erigido y la desolación del paisaje que lo circundaba. El dibujo representaba a una hermosa muchacha en la exuberante flor de su juventud. Llevaba un sencillo vestido, al estilo de los que abundaban a principios del siglo XVIII, y su rostro, embellecido por un aire de inocencia e inteligencia, evidenciaba además serenidad de espíritu y una natural jovialidad. Leía uno de esos folletines románticos que desde hace mucho tiempo hacen las delicias de los más jóvenes y apasionados. A sus pies había una mandolina, y su periquito estaba posado en el borde de un enorme espejo a su lado. La disposición de los muebles y los tapices revelaba el lujo del escenario que la rodeaba; y lo informal de su atuendo, al encontrarse ella en la privacidad del hogar, a pesar de que lo lucía con naturalidad y cierta coquetería, como si desease agrandar. En el marco, bajo el retrato, podía leerse una inscripción: «La Muchacha Invisible».

Mientras deambulaba por la campiña casi desierta, extraviado y sorprendido por un fuerte aguacero, me había topado con tan lúgubre morada, que parecía balancearse bajo la lluvia después de haber sido allí plantada como símbolo de la más pura desolación. A pesar de que la tormenta había arreciado, detuve mis pasos y contemplé melancólicamente la torre mientras maldecía en silencio la suerte que me había llevado hasta aquella ruina en la que ni siquiera iba a poder cobijarme. Fue entonces cuando una anciana asomó la cabeza en una especie de aspillera, abierta en medio del muro, durante un instante, para volver a ocultarse tan rápido como había aparecido. Un minuto después, una voz femenina me llamó desde dentro y, tras recorrer un pequeño laberinto de arbustos que ocultaba una portilla en la que yo no había reparado hasta ese momento —tan habilidoso había sido el jardinero a la hora de ligar arte y naturaleza—, me encontré con la buena señora, que me aguardaba de pie en el umbral y me invitó a refugiarme en el

interior. «Acababa de salir de nuestro nidito para ocuparme de las criaturas, como cada día —dijo ella—, cuando empezó a llover... ¿Querrá usted subir hasta que pare?». Yo estaba a punto de comentar que, con la que estaba cayendo, cualquier nido sería mejor que una torre en ruinas y de preguntarle a mi amable anfitriona si «las criaturas» de las que iba a ocuparse eran palomas o cuervos, cuando la estera que cubría el suelo y la alfombra de la escalera captaron mi atención. Más sorprendido aún me quedé al descubrir la habitación de arriba. Mas, por encima de todo, fue el retrato del que ya he hablado y su singular inscripción, que calificaba de invisible a quien el pintor había representado de forma tan agradable y colorista, lo que despertó de modo más vivo mi curiosidad. El resultado de todo esto, quizá propiciado por mi exagerada cordialidad hacia la anciana señora —amén de su natural verbosidad—, fue una especie de relato confuso y caótico, que mi imaginación completó y ulteriores pesquisas lograron rectificar hasta darle la siguiente forma:

Algunos años antes, una tarde de un día de septiembre que, a pesar de ser tolerablemente agradable, presagiaba una noche tempestuosa, un caballero llegó a un pequeño pueblo costero, a unos quince kilómetros de este lugar, y manifestó su deseo de alquilar una embarcación para llegar a la localidad de ***, situada a unas quince millas de la costa. Las amenazas que el cielo anunciaba hicieron que los pescadores rehusaran unirse a la aventura, hasta que al final fueron dos —uno de ellos, el padre de una familia numerosa, seducido por la sustanciosa recompensa prometida por el forastero; el otro, el hijo de mi anfitriona, animado por su natural atrevimiento juvenil— quienes acordaron ayudarle en su viaje. El viento era favorable, por lo que esperaban haber realizado la mayor parte de la travesía antes del anochecer para llegar a puerto previamente a que estallara la tormenta. Partieron con buen humor, al menos los pescadores. En cuanto al desconocido, el riguroso luto que vestía no era ni la mitad de negro que la melancolía que a todas luces aplastaba su ánimo. Parecía que no hubiera sonreído en la vida —como si algún indescriptible pensamiento, oscuro como la noche y amargo como la muerte, hubiera anidado en su pecho para empollar allí eternamente—. Él había evitado mencionar su nombre, pero uno de los aldeanos lo reconoció como Henry Vernon, el hijo del baronet que poseía una mansión a unos cinco kilómetros del pueblo al que se dirigían. La mansión había sido prácticamente abandonada por la familia, aunque Henry, en un arrebató romántico, la había visitado tres años antes, y el mismo *sir* Peter había residido en ella durante dos meses la pasada primavera.

El bote no consiguió avanzar tanto como habían esperado, pues la brisa cesó en cuanto se adentraron en alta mar, por lo que se vieron obligados a remar sin retirar el velamen para alcanzar un promontorio que se alzaba entre ellos y el lugar al que se dirigían. Aún estaban muy lejos cuando el voluble viento cobró fuerza y comenzó a soplar en violentas e imprevisibles ráfagas. La negra noche cayó sobre ellos, y las rugientes olas se elevaban y rompían con temible violencia, amenazando con volcar la pequeña embarcación que osaba desafiar su furia. Se vieron obligados entonces a bajar la vela y a empuñar de nuevo los remos. Uno de los hombres comenzó a achicar agua, y el mismo Vernon llegó a tomar uno de los remos y bogó con desesperada energía, que poco o nada tenía que envidiar a la fuerza de aquellos navegantes experimentados. Hasta que comenzó la tempestad los marineros habían hablado por los codos, mas ahora todos guardaban silencio, salvo para intercambiar brevemente alguna orden. Uno de ellos pensaba en su mujer e hijos y maldecía en silencio el capricho de aquel extraño que había puesto en peligro no solo su vida, sino también el bienestar de los suyos; el otro parecía menos temeroso, pues era un muchacho atrevido que remaba con vigor y no tenía tiempo para charlas. Entretanto, Vernon, amargamente

arrepentido por la inconsciencia que le había empujado a poner en peligro a aquellos hombres — peligro que, en lo tocante a su persona, no le importaba lo más mínimo—, intentaba ahora alentarlos hablando en tono animado y valiente, mientras movía su remo cada vez más fuerte. El único que no parecía demasiado concentrado en su tarea era el hombre que achicaba agua. De cuando en cuando miraba atentamente a su alrededor, como si sus ojos cansados trataran de distinguir algún objeto que aquel mar embravecido ocultara. Y, sin embargo, no había nada que ver allí salvo las crestas de las altas olas y, a lo lejos, en el horizonte, la silueta de los bancos de nubes que presagiaban el recrudecimiento de la tormenta. Finalmente, exclamó: «¡Sí, lo veo! ¡Por babor! ¡Ahora sí! ¡Si conseguimos llegar hasta aquella luz, estaremos salvados!». Ambos remeros giraron de forma instintiva la cabeza, mas lo único que encontraron en respuesta a sus miradas fue una inescrutable oscuridad.

—¡No podéis verlo —gritó su compañero—, pero nos estamos acercando! Por favor, Dios, permite que sobrevivamos a esta noche.

Y, acto seguido, cogió rápidamente el remo de Vernon, que, visiblemente agotado, había bajado el ritmo. El joven se puso de pie y escrutó la oscuridad en busca del faro que prometía su salvación. Brillaba de forma tan tenue que exclamó de repente: «¡Lo veo!», y al instante siguiente: «Ya no está». No obstante, a medida que avanzaban, volvió a ver la luz, cada vez más nítida y regular mientras la embarcación se deslizaba sobre aquellas espeluznantes aguas que ahora parecían calmarse, como si la tranquilidad emergiera del fondo del océano gracias a la benigna influencia de aquel trémulo brillo.

—¿Qué faro es ese que nos ayuda en momentos de necesidad? —preguntó Vernon, mientras los hombres, que ahora eran capaces de manejar los remos con menor esfuerzo, trataban de recuperar el aliento para responder.

—Uno mágico, sin duda —respondió el marinero de más edad—, aunque no por ello menos real. Su luz arde en una vieja y ruinoso torre construida en lo alto de un promontorio de roca que mira al mar. Nunca lo habíamos visto hasta este verano y ahora, al parecer, se enciende cada noche; al menos cuando alguien lo necesita, pues no es posible verlo desde el pueblo. Este lugar está tan lejos de todo que, por lo general, nadie necesita acercarse, excepto en situaciones como la de esta noche. Algunos dicen que son unas brujas las que lo mantienen encendido, y otros, que contrabandistas. Pero de una cosa estoy seguro: en dos ocasiones han registrado el lugar y no encontraron nada allí, salvo los fríos muros de piedra de la torre. Por el día el lugar está desierto y durante la noche sumido en la más profunda oscuridad; pues ni una luz vimos mientras estuvimos allí, mas brillaba con viveza cuando de nuevo nos hicimos a la mar.

—He oído decir —comentó el marinero más joven— que quien lo enciende es el fantasma de una joven que perdió a su amado en estos pagos. Naufragó y su cuerpo fue encontrado al pie de la torre. Por aquí todos la conocemos como «la Muchacha Invisible».

Los viajeros encontraron un lugar donde fondear al pie de la torre. Cuando Vernon miró hacia arriba, la luz aún brillaba. Con cierta dificultad, haciendo frente a las olas que rompían en la orilla y cegados por la oscuridad de la noche, consiguieron arrastrar su pequeña embarcación hasta la playa, donde la amarraron. Después echaron a andar por el escarpado sendero, prácticamente devorado por la maleza, y, siguiendo los pasos del pescador más experimentado, encontraron el acceso hacia la torre. No había entrada ni puerta propiamente dichas, y el interior estaba oscuro como una tumba, silencioso y casi tan frío como un muerto.

—Esto no servirá de nada —dijo Vernon—. Seguramente nuestra anfitriona nos prestará su

luz, aunque no tenga a bien dejarse ver, y guiará nuestros pasos en la oscuridad hasta que encontremos algún signo de vida y comodidad.

—Subiremos a la estancia superior —dijo el marinero—, si es que consigo encontrar los escalones. Mas no encontraréis ni rastro de la Muchacha Invisible ni tampoco de su luz. Os lo garantizo.

—Una aventura en verdad romántica y de lo más desagradable —murmuró Vernon, mientras trastabillaba sobre el terreno irregular—. La mujer que se ocupa del faro ha de ser vieja y fea; de lo contrario, no sería tan picajosa y poco hospitalaria.

Con considerable dificultad y tras varios golpes y tropiezos, los aventureros por fin lograron llegar a la parte superior de la torre. Pero allí no había nada, de modo que se conformaron con tumbarse en el duro suelo y, rendidos por el cansancio —tanto físico como mental—, se sumieron en un plácido sueño.

Los marineros durmieron profundamente. Vernon, sin embargo, no logró descansar más de una hora; de modo que, convencido de que no lograría conciliar el sueño en aquel incómodo e improvisado lecho, hizo lo posible por desperezarse, se levantó y se asomó al agujero del muro que hacía las veces de ventana —pues cristal no tenía—. Dado que no había ni siquiera un tosco banco, apoyó la espalda en la aspillera, como si fuera el único lugar de reposo que pudo encontrar. Se había olvidado del peligro, del misterioso faro y de su invisible guardián, y sus pensamientos zozobraban ahora en los horrores de su propio destino, en la indecible desgracia que, cual negra pesadilla, reposaba sobre su corazón.

Haría falta un grueso volumen para relatar aquí las causas que convirtieron al otrora feliz Vernon en el alma plañidera que ahora vestía la parafernalia del luto como símbolo visible de su desdicha interior. Henry era el único hijo de *sir* Peter Vernon, tan consentido por la idolatría de su padre como el violento y tiránico temperamento del viejo baronet pudo permitir. En su hogar, no obstante, también se había criado una joven huérfana a quien trataban con la misma benevolencia y generosidad; aunque viviera presa del profundo temor que en ella suscitaba la autoridad del viudo *sir* Peter. Estos dos niños eran todo lo que el viejo poseía, tanto a la hora de ejercer su poder como de expresar sus afectos. Rosina era una niña de carácter alegre, algo tímida, siempre alerta para no disgustar a su protector; mas tan dócil, amable y afectuosa que era incluso menos consciente que Henry del contradictorio carácter de su progenitor. Historias como la suya han sido contadas ya en numerosas ocasiones: fueron compañeros de juegos y aliados durante la infancia y amantes después. Rosina temblaba tan solo de imaginar que *sir* Peter pudiera censurar su amor secreto y los votos que habían intercambiado. No obstante, en ocasiones se consolaba pensando que quizá estaba destinada a ser la novia de Henry y que habían sido criados juntos bajo el designio de su futura unión. Aunque sabía que no era ese el caso, Henry había decidido esperar hasta alcanzar la edad en que pudiera declararse y llevar a cabo su deseo de casarse con la dulce Rosina. Entretanto, ponía buen cuidado en evitar que sus intenciones fueran descubiertas de forma prematura, con el fin de salvaguardar a su amada de cualquier insulto y persecución. El anciano caballero vivía convenientemente ciego a lo que sucedía a su alrededor; pues residía de forma permanente en el campo, de modo que los amantes pasaban la vida juntos sin que nadie los controlara ni los reprendiera en modo alguno. Bastaba con que Rosina tocara su mandolina y cantara para *sir* Peter cada día hasta que se quedaba dormido después de la cena. Era la única mujer de la casa por encima del rango de sirvienta, por lo que podía disponer de su tiempo como quisiera. Incluso cuando *sir* Peter encontraba motivos para fruncir el ceño, sus inocentes caricias

y su dulce voz eran lo bastante poderosas para suavizar su hosco temperamento. Si alguna vez el alma humana ha gozado del paraíso terrenal, la de Rosina, sin duda, lo hizo en esos tiempos: la constante cercanía de Henry avivaba el puro amor que por él sentía, y la seguridad con que ambos miraban al futuro abría ante ellos un amplio camino de rosas bajo un cielo despejado. La presencia de *sir* Peter suponía tan solo un pequeño contratiempo que hacía aún más delicioso su *tête-à-tête* e intensificaba la solidaridad que entre ambos había. Pero, de repente, un ominoso personaje se presentó en Vernon Place, encarnado en la hermana viuda de *sir* Peter, quien, tras haber acabado con su marido y sus hijos por obra y gracia de su vil carácter, apareció en sus vidas cual harpía ansiosa de una nueva presa. Poco tardó en descubrir el afecto de la confiada pareja. Y enseguida compartió el hallazgo con su hermano, conteniendo y exacerbando su ira al mismo tiempo. Gracias a sus maquinaciones, Henry fue repentinamente enviado al extranjero para que ella pudiera acosar a Rosina sin ninguna restricción. Entonces, el más rico de los muchos admiradores de la hermosa muchacha (un hombre al que, bajo el reinado de *sir* Peter, ella había recibido permiso, incluso orden expresa, de rechazar; tan deseoso estaba el anciano de mantenerla bajo sus alas) resultó elegido entre todos los pretendientes, y la joven fue obligada a casarse con él. Las violentas escenas a las que ahora se veía expuesta, las encarnizadas burlas de la odiosa señora Bainbridge y la descontrolada furia de *sir* Peter le resultaban tanto más abrumadoras por su novedad. A todo ello tan solo podía responder con su silente y llorosa, aunque inmutable, determinación de perseverar en sus propósitos: ni las amenazas, ni los arrebatos de ira eran capaces de arrancarle más que una emotiva oración rogándoles que no la odiaran, pues no les iba a obedecer.

—Ha de haber algo en todo esto que no hemos conseguido ver —dijo la señora Bainbridge—. Hazme caso, hermano: ella se escribe en secreto con Henry. Trasladémonos con ella a tu residencia de Gales, donde no contará con el apoyo y la colaboración de los sirvientes, que, sin duda, aquí la ayudan, y veremos entonces si no cede su espíritu ante nuestros propósitos.

Sir Peter transigió y los tres se instalaron en la solitaria y lúgubre casa que antes dije que formaba parte del patrimonio de la familia. Allí el sufrimiento de la pobre Rosina se volvió insoportable. Anteriormente, rodeada de escenarios y rostros conocidos, no había perdido la esperanza de llegar a vencer, a base de paciencia, la crueldad de sus acosadores. Tampoco había escrito a Henry, porque sus parientes no habían mencionado su nombre, y no se había hecho alusión alguna al compromiso. Por otra parte, ella sentía el deseo instintivo de huir de los peligros que la rodeaban sin que él se preocupara y sin tener que desvelar el sagrado secreto de su amor, evitando así que fuera mancillado por los vulgares insultos de su tía y las enconadas maldiciones de su padre. Al llegar a Gales, sin embargo, convertida en una prisionera en su propio cuarto, por cuya ventana contemplaba las rocosas montañas que se alzaban alrededor, como si imitaran los insensibles corazones a los que se veía obligada a enfrentarse, empezó a faltarle coraje. El único sirviente que tenía permiso para acercarse a ella era la doncella de la señora Bainbridge; y, bajo la tutela de su demoniaca ama, esta mujer fue utilizada como señuelo para ganarse la confianza de la pobre prisionera antes de traicionarla. El sencillo y bondadoso corazón de Rosina fue presa fácil; y finalmente, movida por la desesperación, escribió a Henry y le entregó la carta a la mujer para que la enviara. La carta en sí misma podría haber resultado inofensiva, pues en ella no mencionaba su solemne compromiso, sino que tan solo le pedía que intercediera ante su padre para que todo volviera a la normalidad y ella pudiera ser de nuevo objeto de su afecto y atenciones, y para que por fin cesara aquella crueldad que tarde o temprano la iba a destruir.

«Pues es posible que muera —había escrito la desdichada joven—, mas casarme con otro... ¡jamás!». Esas meras palabras, no obstante, habrían bastado para traicionar su secreto, si no lo hubieran descubierto ya. *sir* Peter se puso furioso cuando su hermana se lo contó con aire triunfal; pues huelga decir que, estando la tinta todavía húmeda y el lacre aún caliente, la carta de Rosina ya estaba en poder de la dama. La culpable fue convocada a su presencia. Lo que después aconteció nadie lo sabe. Por el bien de sus intereses, los crueles hermanos trataron de obrar con contención. Hubo gritos, y el débil murmullo del tono de Rosina se perdió entre los aullidos de *sir* Peter y los rabiosos gruñidos de su hermana. «Tendrás que marcharte —rugió el anciano—, pues bajo mi techo no pasarás ni una noche más». Todo tipo de improperios, que la pobre chiquilla jamás había oído, fueron escuchados también por la servidumbre; y a cada furiosa retahíla del baronet le seguía un nuevo y envenenado dardo de la señora Bainbridge.

Más muerta que viva, Rosina por fin recibió permiso para retirarse. Si obró por pura desesperación o se tomó al pie de la letra las amenazas de *sir* Peter, nadie lo supo; pero Rosina abandonó la casa aquella misma noche. Uno de los criados la vio cruzar el parque llorando y retorciéndose las manos al andar. Nadie supo qué fue de ella. *sir* Peter no se enteró de su desaparición hasta el día siguiente y solo entonces se mostró inquieto y ansioso por organizar su búsqueda para seguir sus pasos y afirmó que sus palabras no habían sido más que vanas amenazas. Lo cierto es que *sir* Peter había hecho todo lo posible para evitar que su heredero se casara con aquella huérfana sin dote, mero objeto de su caridad; sin embargo, en el fondo de su corazón amaba a Rosina, y la mitad de la violencia que contra ella había dirigido era fruto del odio que sentía hacia sí mismo por la mezquindad con que la trataba. Ahora el remordimiento comenzaba a hacer mella en él, mientras un mensajero tras otro regresaba sin traer noticias sobre el paradero de su víctima. El anciano se resistía a aceptar sus peores temores, y, cuando su cruel hermana, en un intento por endurecer aún más su conciencia con furiosas palabras, gritó: «La vil libertina, sin duda, se habrá quitado de en medio para vengarse de nosotros», un terrible juramento y una mirada que la hicieron temblar lograron que al fin se callara. Su conjetura, no obstante, parecía cierta: el arroyo de oscuro y caudaloso caudal que discurría en un extremo del parque, sin duda, había acogido en sus aguas la primorosa figura de la desdichada joven, poniendo fin a su vida. Cuando todos sus esfuerzos por encontrarla resultaron infructuosos, *sir* Peter regresó a la ciudad obsesionado por la imagen de su víctima y se vio obligado a reconocer que con gusto habría dado su vida por volver a verla, aunque solo fuera para convertirla en la esposa de su hijo —el hijo ante cuyo interrogatorio el anciano se mostró tan amedrentado como el mayor de los cobardes—. Pues, en cuanto supo que Rosina había muerto, Henry regresó inmediatamente del extranjero para averiguar qué había sucedido. Visitó su tumba y lloró su pérdida por todos los prados y valles que habían constituido el escenario de su felicidad. Hizo un millar de preguntas, pero solo obtuvo como respuesta un ominoso silencio. Cada vez más ansioso e indignado, finalmente interrogó a los sirvientes y subordinados y a su odiosa tía, y supo la terrible verdad. Desde aquel instante la desesperación se apoderó de su corazón y la más profunda aflicción llenó por completo sus días. Decidió alejarse de su padre y, cada vez que recordaba que la persona a la que debería reverenciar era culpable de tan horrible crimen, se sentía maldito, como los hombres cuyas almas atormentaban las antiguas Euménides. Su único deseo era viajar a Gales para averiguar si se había descubierto algo más o si sería posible recuperar los restos mortales de la desaparecida Rosina, para satisfacer así, al menos en parte, los mudos anhelos de su miserable corazón. Allí se dirigía cuando se presentó en el pueblo antes nombrado; y ahora, en la torre abandonada, sus

pensamientos bullían plagados de imágenes de muerte y desesperación, mientras divagaba acerca del sufrimiento que su amada se había visto obligada a soportar hasta que su gentil naturaleza fue aplastada por el infortunio.

Inmerso en tan lúgubres ensoñaciones, para las que el monótono rugido del mar constituía el perfecto acompañamiento, las horas pasaron deprisa, y Vernon se dio cuenta de que por fin las primeras luces del alba se aventuraban ya a salir de su refugio oriental alzándose sobre el salvaje océano que aún rompía con tumultuosa violencia a sus pies, en la rocosa playa. Sus compañeros se levantaron entonces, dispuestos a partir. La comida que llevaban se había echado a perder a causa del agua salada y, tras horas de ayuno y duro trabajo, todos se sentían famélicos. Era imposible hacerse a la mar con la embarcación tan seriamente dañada. No obstante, al dirigirse a la playa, divisaron la cabaña de un pescador a poco más de tres kilómetros, en una franja de la bahía que terminaba en el promontorio donde se alzaba la torre. Hacia allí se dirigieron con premura antes de reparar su bote. Ni por un instante volvieron a pensar en la luz que los había salvado, ni en su posible explicación, sino que abandonaron sin más las ruinas que les habían servido de refugio durante la noche en busca de un lugar más acogedor. Vernon miró a su alrededor mientras se alejaban del lugar, pero, como no encontró allí el menor vestigio de ningún habitante anterior a ellos, empezó a pensar que el faro no había sido más que un capricho de su imaginación. Al llegar a la casa en cuestión, en la que vivía un pescador con su familia, disfrutaron de un desayuno casero y enseguida se prepararon para regresar a la torre para trabajar en la embarcación y, si era posible, repararla. Vernon los acompañó, junto a su anfitrión y el hijo de este. Les hicieron numerosas preguntas acerca de la Muchacha Invisible y su luz, y ambos coincidieron en que el fenómeno era reciente y en que no tenían ninguna explicación acerca del extraño nombre con que había sido bautizada tan singular aparición. No obstante, los dos hombres afirmaron haber visto una figura femenina en el bosque cercano en un par de ocasiones y que, de cuando en cuando, una joven desconocida se dejaba ver por una cabaña situada a un kilómetro y medio de allí, al otro lado del promontorio, para comprar un poco de pan. Sospechaban que se trataría de la misma persona en ambos casos, aunque no podían asegurarlo. Los habitantes de esa cabaña parecían, en cualquier caso, demasiado obtusos como para sentir la más mínima curiosidad y nunca habían intentado averiguar quién era. Los marineros pasaron el resto del día reparando el bote, y el golpeteo de los mazos y las voces de los hombres trabajando resonaban a lo largo de la costa, amortiguados en todo momento por el rumor de las olas rompientes. No era el momento idóneo para buscar a alguien que, bien fuera humano o sobrenatural, no parecía tener el menor interés en relacionarse con ningún ser vivo. No obstante, Vernon regresó a la torre y buscó por todos los rincones; mas fue en vano. En las lúgubres y deslucidas paredes no había señal alguna de que aquel lugar hubiera sido utilizado como refugio en mucho tiempo; e incluso un minúsculo hueco en el muro de la escalera, en el que no había reparado hasta entonces, estaba igualmente vacío y desolado. Tras abandonar la torre, merodeó por el pinar que se extendía en sus inmediaciones y, renunciando finalmente a resolver el misterio, comenzaba a sentirse atribulado por pensamientos que lo afectaban más profundamente cuando, de repente, a sus pies, descubrió una zapatilla. Posiblemente desde Cenicienta no se había visto una zapatilla tan pequeña. De haber podido hablar, habría contado sin duda una historia de elegancia, belleza y juventud. Vernon la recogió del suelo. Siempre había admirado los pies singularmente pequeños de Rosina y no pudo evitar pensar en un primer momento si aquella diminuta zapatilla le habría servido. ¡Qué extraño era aquello! Debía de pertenecer a la Muchacha Invisible. Entonces, ¿existía algún ser de mágica

naturaleza que se encargaba de encender aquella luz? ¿Una forma con la suficiente entidad material como para necesitar calzarse? ¿Y con qué? ¡Con algo tan delicado y exquisito que la misma Rosina podría haberlo llevado! Una vez más, la imagen recurrente de la amada fallecida volvió a presentarse, junto con un millar de íntimas asociaciones, infantiles a la par que tiernas, sentidas e insignificantes, que enardecieron el corazón de Vernon de tal modo que se dejó al caer al suelo, cuan largo era, y lloró más amargamente que nunca por el miserable destino de la dulce huérfana.

Al oscurecer, los hombres dejaron de trabajar, y Vernon decidió volver a la cabaña donde iban a pernoctar, con intención de retomar su viaje a la mañana siguiente si el tiempo lo permitía. Vernon no comentó nada acerca de la zapatilla y se limitó a reunirse con sus compañeros. Durante el camino de regreso, había mirado atrás en varias ocasiones, mas la torre se alzaba a oscuras sobre las mansas olas sin el menor indicio de luz. En la cabaña habían llevado a cabo algunos cambios para acomodar a los huéspedes, y la única cama disponible la habían reservado para Vernon. No obstante, él rehusó privar de ella a su anfitriona y, tras extender su capa sobre un lecho de hojas secas, hizo lo posible por descansar. Durmió algunas horas y cuando despertó reinaba una calma casi total, con la única excepción de la fuerte respiración de los durmientes con quienes compartía la estancia. Se levantó y, tras acercarse a la ventana, contempló, en dirección a la mística torre, el ahora plácido paisaje marino. La luz estaba encendida y los tenues rayos del faro caían sobre las olas. Alegrándose por tan inesperada circunstancia, Vernon salió de la casa con sigilo y, tras envolverse en la capa, caminó con paso rápido, bordeando la bahía, hacia la torre. Cuando llegó, la luz seguía brillando en lo alto. Entrar y devolverle a la doncella su zapatilla sería un gesto de cortesía, y Vernon tenía intención de hacerlo con la suficiente discreción como para pasar desapercibido con el fin de evitar que su dueña, haciendo uso de sus habituales artes, desapareciera súbitamente. Sin embargo, por desgracia, mientras avanzaba por el exiguo sendero, su pie tropezó con un fragmento de piedra suelto que rodó por el precipicio con notable estrépito. Aceleró entonces sus pasos, tratando de recuperar la ventaja perdida a causa de su pequeño accidente. Cuando por fin alcanzó la puerta y entró, todo estaba en silencio, pero también a oscuras. Se detuvo en la estancia inferior, seguro de haber escuchado un leve sonido. Comenzó a subir las escaleras y llegó a la habitación de arriba, donde reinaba la más completa oscuridad. Era una noche sin estrellas en la que ni el más tenue resplandor conseguía colarse por el único vano abierto en el muro. Con la esperanza de que su nervio visual pudiera captar algún estímulo, cerró los ojos y volvió a abrirlos de forma mecánica, mas no sirvió de nada, de modo que comenzó a avanzar a tientas por la habitación. Volvió a detenerse y contuvo el aliento. Entonces, tras escuchar con suma atención, tuvo la certeza de que allí había otra persona cuya respiración percibía. Se acordó entonces del hueco de la escalera, pero, antes de acercarse, decidió hablar. Dudó un instante, pues no sabía qué decir.

—Quiero creer —dijo— que únicamente la desgracia ha de ser la causa de su aislamiento. Y si acaso la ayuda de un hombre..., de un caballero...

Una exclamación interrumpió sus palabras y una voz de ultratumba pronunció su nombre, con el inconfundible acento de Rosina.

—¡Henry! ¿De veras es a Henry a quien oigo?

Él se precipitó hacia delante, hacia la voz, y estrechó entre sus brazos la forma viviente de su muchacha perdida —de «mi Muchacha Invisible», dijo—, pues ni siquiera entonces, mientras sentía el corazón de ella latiendo cerca del suyo y con un brazo rodeaba su cintura, sosteniéndola

como si de un momento a otro pudiera caerse al suelo de pura turbación, había logrado verla. Puesto que a causa de sus sollozos la muchacha era incapaz de articular palabra, fue solo el instinto que llenaba su corazón de tumultuosa alegría, le dijo que la delicada y consumida silueta que con tanta ternura estrechaba entre sus brazos era la sombra viviente de la hermosa Hebe[15] a la que había adorado.

Al amanecer, la pareja, que de manera tan insólita se había reencontrado, navegaba con viento favorable hacia L..., desde donde continuaría hacia la residencia de *sir* Peter, que tres meses antes Rosina había abandonado, presa de un agónico terror. La luz de la mañana había disipado por fin las sombras que hasta entonces la envolvían, dejando a la vista el hermoso ser de la Muchacha Invisible. Era innegable que el sufrimiento y la aflicción habían hecho mella en la joven, mas la misma dulce sonrisa seguía iluminando su rostro, y la delicada luz de sus tiernos ojos azules era la que él siempre había conocido. Vernon le mostró la zapatilla y le explicó la razón por la que había decidido descubrir al guardián del misterioso faro, aunque ni siquiera entonces se atrevió a preguntarle cómo había logrado sobrevivir en aquel desolado lugar o por qué se había escondido en vez de empezar a buscarle de inmediato a él, bajo cuyos cuidados y amorosa protección no habría tenido nada que temer. No obstante, mientras así hablaba, Rosina se fue desligando lentamente de su abrazo, y una mortal palidez se apoderó de sus mejillas al susurrar con debilidad: «Las maldiciones de tu padre..., ¡las terribles amenazas de tu padre!». Y, en efecto, parecía que la violencia de *sir* Peter y la crueldad de la señora Bainbridge habían conseguido impresionar a Rosina, embargándola de un incontrolable terror visceral. Había huido de su casa sin pararse a pensar y sin plan alguno. Arrastrada por un frenético horror y un miedo abrumador, se había marchado sin apenas dinero y, desde su punto de vista, sin la menor esperanza de regresar y sin motivos para seguir adelante. No tenía ningún amigo en el mundo excepto Henry. ¿Adónde podía ir? Decidirse a buscar a Henry habría sellado para ambos el destino más desgraciado; pues, con un juramento, *sir* Peter había declarado que, antes que casados, prefería verlos a ambos en sus respectivos ataúdes. Tras vagabundear sin rumbo, escondiéndose durante el día y aventurándose a salir únicamente al caer la noche, había encontrado la torre abandonada, que había considerado un buen refugio. No era fácil explicar cómo había vivido desde entonces: durante el día merodeaba por el bosque o dormía en la cámara de la torre —un improvisado asilo que parecía que nadie frecuentaba ni había descubierto— y por la noche quemaba piñas que recogía en el bosque. La noche era su momento predilecto, pues con la oscuridad tenía la sensación de estar a salvo. No sabía que *sir* Peter había abandonado aquella región del país, y la aterraba pensar que él pudiera llegar a descubrir su paradero. Su única esperanza era que Henry regresara, que Henry no descansara jamás hasta encontrarla. Le confesó que, con el paso de los días y según se acercaba el invierno, había ido perdiendo la esperanza, pues temía que, a medida que declinaban sus fuerzas y su cuerpo se consumía asemejándose cada vez más a un esqueleto, le llegara la muerte y no volviera a ver a Henry nunca más.

Y, en efecto, tras el regreso a la seguridad y las comodidades de la vida civilizada, la joven enfermó; y muchos meses hubieron de pasar hasta que el color regresó a sus mejillas, sus miembros recuperaron su redondez y volvió a parecerse a la joven de aquel retrato pintado en los días felices, antes de que la desgracia la golpeará. Era una copia de aquel el que actualmente decoraba la torre —escenario de su sufrimiento— donde yo había encontrado refugio. *sir* Peter, infinitamente feliz por poder liberarse al fin de las terribles punzadas del remordimiento, se alegró mucho de volver a ver a su protegida huérfana, a la que de veras amaba. Y tan ansioso se

mostraba ahora por desposarla con su hijo como antes lo había estado por impedir su matrimonio. A la señora Bainbridge nadie volvió a verla. Sin embargo, la familia todos los años pasaba varios meses en la mansión de Gales, escenario de sus exultantes primeros tiempos de casados y el lugar donde la pobre Rosina había conseguido por fin volver a la vida y recobrar la felicidad tras el cruel hostigamiento que había sufrido. Había sido Henry quien había decidido reformar la torre y la había decorado tal como yo la conocí. Y a menudo la visitaba junto a su Muchacha Invisible para revivir, en el mismo escenario donde había tenido lugar, el recuerdo de todos los incidentes que habían desembocado en su reencuentro, entre las sombras de la noche, en aquellas ruinas abandonadas.

MARY ANNE EVANS, ALIAS GEORGE ELIOT

(1819-1880)

EL HERMANO JACOB[16]

(1860)

«No pretendo obviar que situaciones como esta se atribuyen comúnmente al inevitable proceso de civilización, la división del trabajo, etcétera; y que de este modo las doncellas y matronas podrían abandonar la cocina para contribuir de otras maneras a la bonanza de la sociedad».

I

Entre las muchas desgracias que suelen ir parejas al despertar del deseo juvenil, quizá no se haya tenido suficientemente en cuenta la de escoger, sin atender a razones, la profesión de pastelero. ¿Cómo iba a saber el hijo de un pequeño hacendado británico, alimentado sobre todo a base de tocino y albóndigas guisadas, que el estómago humano puede saciarse alguna vez incluso en un paraíso de tarros de cristal repletos de almendras garrapiñadas y dulces grageas de color rosa, y que el tedio existencial puede llegar a tal punto que ni siquiera un atracón de bollos con ciruelas pueda animarnos? Y ¿cómo iba a prever, a la tierna edad en que un confitero le parecía poco menos que un príncipe al que todo el mundo envidia —pues desayuna a base de almendrados, come merengues, cena roscón, y llena las horas muertas con algodón de azúcar y caramelos de menta—, que un día llegaría a la triste conclusión de que la profesión de confitero no es ni socialmente influyente, ni la más indicada para llegar a satisfacer una gran ambición? Conocí a un hombre que tenía talento para la metafísica y en pleno optimismo juvenil decidió estudiar la carrera de profesor de baile; y ya pueden ustedes imaginar cómo sacaron partido sus oponentes de aquella temprana equivocación para advertir al público contra esa doctrina suya de lo Inconcebible. Con el tiempo el buen hombre no pudo dejar de dar clases de baile, ya que de ese modo se ganaba el sustento y la metafísica no le habría servido ni para salar el pan que ponía en su mesa. Pues bien, lo mismo le sucedió al señor David Faux^[17] con sus aspiraciones de pastelero. Su tío, el mayordomo de una gran casa cercana a Brigford, se había encariñado con él desde que era niño; y, precisamente durante una visita a ese tío suyo, bastó con un solo día para que las pastelerías de la deslumbrante ciudad enardecieran la susceptible imaginación del muchacho. Regresó a casa con la placentera ilusión de que un confitero tenía que ser a la vez el más feliz y el más respetado de los hombres, puesto que las cosas que hacía no solo constituían el más hermoso espectáculo para la vista, sino que además eran las mejores para comer; y, sin duda, personajes de relumbrón, como el alcalde, debían encargarlas en grandes cantidades para su placer personal. De ese modo, cuando su padre decidió que debía buscar oficio, David eligió profesión sin dudar ni un instante y, con una temeridad alentada, sin duda, por su afición al dulce, se entregó de manera irrevocable a la confitería. No obstante, su afición por lo azucarado pronto decayó hasta convertirse en pura indiferencia; y, entretanto, sus intereses crecieron y su ambición tomó nuevas formas, que difícilmente podrían ser satisfechas en el ámbito que su ardor juvenil le había inducido a escoger. Pero ¿qué podía hacer? Era un joven de mente inquieta y, por encima de todo, dotado de talento; mas no parecía capaz de mostrar sus habilidades en otra actividad que no fuera la de elaborar golosinas, confituras y pasteles. Uno es libre de pensar lo que quiera acerca de la identidad de los procesos de razonamiento en las diversas ramas del pensamiento o sobre las ventajas de abordar sin prejuicios cuestiones como utilizar la dosis justa de mantequilla para la harina o ajustar el fuego al hornear los pasteles, pero resulta evidente que no es esa la mejor manera de prepararse para ser primer ministro. Además, teniendo en cuenta la imperfecta organización de la sociedad actual, existen infranqueables barreras sociales. David era capaz de elaborar deliciosos pasteles y poseía una gran amplitud de miras en cuestiones de repostería, mas en otros ámbitos cargaba con un pesado lastre: la carencia de conocimientos útiles y habilidades

prácticas; y el mundo está organizado de una manera tan deficiente que la vaga conciencia de ser un hombre excelente no es garantía para lograr el éxito en ninguna empresa.

Esta limitación ya constituía un lastre para el señor David Faux incluso cuando era un aprendiz. Su alma bullía con la impaciente sensación de que debía llegar a ser un hombre muy importante, de que era impensable que alguien como él se viera obligado a seguir formando parte del montón, igual que les sucedía a otros: despreciaba la idea de que debía resignarse a formar parte de la mayoría. Estaba seguro de que no había nada corriente en él: incluso una persona como la señora Tibbits, la lavandera, se había dado cuenta y seguramente incluso prefería su ropa a la de los demás. En aquella época en particular, David se dedicaba a pesar nueces al jengibre, aunque semejante anomalía no podía continuar. Ninguna situación que no fuese agradable para el cuerpo y satisfactoria para el espíritu era digna del señor David Faux. De haber nacido en estos tiempos y haber disfrutado de las ventajas de asistir a un Instituto Mecánico[18], sin duda habría optado por estudiar literatura y habría escrito reseñas; mas no había tenido la suerte de recibir una educación humanista. Había leído algunas novelas tomadas en préstamo en la biblioteca cercana, e incluso había comprado la historia de Inkle y Yarico[19], que le había hecho sentir mucha pena del pobre señor Inkle, de modo que quizá sus ideas no fueran del todo ajenas a cierta sensibilidad literaria, mas su ortografía y su dicción eran, cómo decirlo, demasiado poco convencionales.

Cuando un hombre no es apreciado como es debido o no consigue situarse de modo conveniente en su propia patria, naturalmente sus pensamientos se dirigen hacia climas más exóticos. La imaginación de David volaba y volaba hacia a los confines más extremos de sus conocimientos geográficos en busca de un país donde un joven caballero de semblante macilento, boca sin labios y pelo corto y tupido pudiera ser recibido con el hospitalario entusiasmo que cree merecer. Partiendo del supuesto de que América era una tierra con población en su mayoría negra, llegó a la conclusión de que podría ser el destino adecuado para un emigrante que, para empezar, poseía el notorio y fácilmente reconocible mérito de su blancura. Esta idea arraigó en él de tal manera que el mismo Satán aprovechó la oportunidad para sugerirle que podría emigrar en circunstancias más propicias si sustraía un poco de dinero de la caja de su patrón. Sin embargo, tan pérfido espíritu —cuyo entendimiento, no me cabe duda, ha sido a menudo exagerado— perdía el tiempo en esta ocasión. A David sin duda le habría encantado tener en el bolsillo algo de dinero extra de haber tenido la seguridad de que su amo sería el único que saldría perjudicado de la operación; pero era un joven cauto y estaba decidido a no correr riesgos innecesarios, de modo que finalizó su formación sin cometer ningún acto deshonesto, que con toda seguridad habría sido descubierto, y reservó su plan de emigrar para una futura ocasión. Y las circunstancias en que por fin lo llevó a cabo fueron estas: cuando llevaba ya en casa un par de semanas disfrutando de la hospitalidad familiar, descubrió, en su tiempo de ocio, un hecho de considerable importancia para él; a saber, que su madre poseía la pequeña suma de veinte guineas ahorradas con gran esfuerzo a lo largo de los años trabajando como doncella y que escondía en el fondo del mismo cajón donde guardaba su ajuar infantil desde hacía dos décadas; es decir, desde que su hijo David aprendiera a andar con la vaga promesa de ser patizambo, que no había llegado a cumplirse del todo. El señor Faux padre le había dicho a su hijo con mucha franqueza que no esperara su ayuda para entrar en el mundo de los negocios: puesto que tenía siete hijos y uno de ellos era un retrasado mental bien desarrollado físicamente, que gozaba de muy buena salud y devoraba a diario empanadas de casi dieciséis centímetros de diámetro, ya podían darse por contentos si tras su muerte tocaban a cien por cabeza. En estas circunstancias, ¿qué podía hacer David? Desde luego, no era plato de gusto

para él quitarle el dinero a su madre, pero no se le ocurría ninguna otra manera de conseguir semejante cantidad, y no era de recibo que un joven de su mérito se viera obligado a lidiar con inconveniencias que podían evitarse. Además, tomar algo que pertenece a tu madre no es robar, pues ella no te denunciará. Por lo demás, David tenía un comportamiento intachable con su madre; la tranquilizaba, poniéndose siempre en buen lugar cuando hablaba con ella, asegurándole que jamás caería en los vicios típicos de otros jóvenes de su edad y que sentía un especial apego por la honradez. De hecho, si su madre le hubiera dado las veinte guineas como recompensa por su noble disposición, él no se habría visto obligado a robárselas y se habría sentido mucho mejor. No obstante, para una mente inquieta como la de David, el ejercicio de la astucia no estaba del todo desprovisto de encanto. Así, le resultó francamente interesante familiarizarse de manera furtiva con las guardas de la sencilla llave de su madre (que en nada se parecía, por cierto, a las de la patente Chubb) para conseguir otra que desempeñara la misma función, al tiempo que ideaba un pequeño drama para escapar de toda sospecha sin poner en peligro la posibilidad de cobrar en el futuro el centenar de su padre, que le sería muy útil en el improbable caso de que no llegara a amasar una notable fortuna en las Indias. En primer lugar, expresó de forma abierta su intención de partir pronto hacia Liverpool para embarcarse con destino a América, decisión que le causó un gran disgusto a su madre, ya que, después de Jacob, el idiota, no quería a ninguno de sus hijos tanto como a David, el más pequeño. En segundo lugar, llegó a la conclusión de que el domingo por la tarde, cuando todos —salvo Jacob y el vaquerizo— estuvieran en la iglesia, constituiría la ocasión ideal para cualquier hijo que quisiera apoderarse del dinero de su madre; hasta tal punto le pareció propicia que casi llegó a convencerse de que había sido la divina Providencia quien amablemente le había procurado tan inmejorable oportunidad, y en especial aquel tercer domingo de Cuaresma, puesto que Jacob llevaba ausente dos días en una de sus ocasionales escapadas; y, siendo David un joven prudente, sentía un temor y un odio considerables hacia su hermano, un hombre corpulento que tenía la costumbre pasearse habitualmente con una horca en la mano.

Nada más fácil, pues, para David que no acudir a la iglesia aquella tarde de domingo con la excusa de ir a tomar el té a casa del señor Lunn —de cuya hermosa hija, Sally, había estado encaprichado— y, cuando todos los feligreses estuvieran a una distancia segura, extraer las guineas de la caja de madera y guardárselas en una discreta bolsita de lona. Nada más fácil que decirle al vaquerizo que se marchaba y ordenarle vigilar la casa por temor a algún vagabundo dominguero. David pensaba que no le costaría encontrar un pequeño arbusto y enterrar su bolsa en un hoyo previamente excavado y oculto bajo las raíces de algún fresno de tronco hueco; y, en efecto, llegado el momento encontró el hoyo sin la menor dificultad, lo había destapado y estaba a punto de introducir en él la bolsa de forma discreta cuando el sonido amortiguado de los pasos de un cuerpo sin duda voluminoso, acompañado de algo parecido a un bramido, pilló tan de sorpresa a David —que, como caballero astuto que era, naturalmente solo estaba preparado para aquello que había sabido prever— que, en vez de depositar la bolsa en el suelo con suavidad, la soltó de tal modo que cayó con brusquedad y se desató, dejando escapar las relucientes guineas. Al mismo tiempo alzó la vista y vio a su querido hermano Jacob muy cerca de él sosteniendo la horca, de tal modo que sus brillantes y afilados dientes estaban casi un metro por delante del cuerpo de Jacob y a escasos treinta centímetros de David. (Un docto amigo, al que en una ocasión le conté esta historia, comentó que fue el sentimiento de culpa de David lo que hizo que los dientes de la horca le parecieran formidables, y que la *mens nil conscia sibi*^[20] es capaz de despojar de todo terror a cualquier horca por más afilados que estén sus dientes. Me pareció entonces tan valiosa su idea

que le pedí permiso para utilizarla, a condición de no mencionar su nombre). No obstante, David no perdió del todo la compostura —en ese caso se habría lanzado al suelo o habría intentado retroceder—, sino que permaneció donde estaba y sonrió a Jacob, quien a su vez le saludó moviendo la cabeza arriba y abajo y dijo: «¡Hoa, Zavi!», con su habitual torpeza. El corazón de David latía desbocado y, de haber tenido labios, se le habrían puesto lívidos. Su actividad mental, sin embargo, en lugar de paralizarse, se vio estimulada. Mientras en su fuero interno rezaba (siempre que estaba muy asustado lo hacía) —«¡Ay, señor! ¡Sácame de esta y no volveré a meterme en problemas!»—, se introdujo la mano rápidamente en el bolsillo en busca de una caja de caramelos amarillos que había traído de Brigford, junto con otras delicias igualmente fáciles de llevar, con el fin de ganarse los favores de alguna orgullosa belleza, en particular los de la señorita Sarah Lunn. Nunca le había ofrecido uno de esos dulces al pobre Jacob, pues David no era un joven de los que malgastaba sus recursos en agradar a quienes nada tenían que ofrecerle. Sin embargo, un idiota con intenciones, cuando menos, dudosas y con una horca en la mano es tan digno de atenciones como el mismísimo Luis Napoleón. De este modo, David, con una rapidez a la altura de las circunstancias, sacó su cajita de caramelos amarillos, abrió la tapa y fingió que se comía uno y se chupaba los dedos, con lo que pretendía dar a entender que estaba encantado de ver a su querido hermano Jacob y aprovechaba la oportunidad para hacerle un pequeño regalo que le parecería particularmente delicioso. Jacob, he de aclarar, no era una completa nulidad, sino que, dentro de unos límites, era capaz de escoger lo bueno y rechazar lo malo. Por tanto, cogió una pastilla a modo de prueba y comenzó a chuparla como si fuera un filósofo en plena reflexión; después, dando muestras de un placer comparable al de Calibán al probar el vino de Trínculo, ante el nuevo y exquisito sabor, se echó a reír y acarició a su hermano, el benefactor, antes de extender la mano pidiendo más; pues, exceptuando sus arrebatos de ira, Jacob no era violento ni rapaz de modo innecesario. David comenzó a recuperar el valor e interrumpió sus plegarias. Dejó caer una docena de caramelos en la palma de la mano de Jacob, fingiendo que sentía un gran afecto por él, y se alegró de haber pensado en visitar a la señorita Sally Lunn aquella tarde y, en consecuencia, de llevar encima tan propicias golosinas: ciertamente era un hombre afortunado. Y, en efecto, la Providencia parecía tenerle más afecto a él que a otros aprendices; pues, de ser interrumpido, mejor que sea por un idiota que por cualquier otra clase de testigo. Por primera vez en su vida, David creyó atisbar el lado bueno de los idiotas.

En cuanto a Jacob, después de arrojar la horca al suelo, él mismo se había dejado caer a su lado en actitud de completo abandono ante el inusitado placer de tener cinco pastillas deshaciéndose en la boca y parpadeaba de cuando en cuando emitiendo sonidos ininteligibles de gustativo placer. Hasta aquel momento no había dado muestras de haberse fijado en las guineas, pero al sentarse había posado su manaza sobre ellas y, absorto en las sensaciones de su paladar, se había quedado en esa posición sin percatarse de nada. ¡Ojalá siguiera entretenido con los caramelos hasta que David tuviera ocasión de tapan las monedas! Aquel era el único deseo de David en esos momentos; pues Jacob sabía reconocer las guineas de su madre. Cuando los dos eran niños su madre solía permitirles contemplar las bonitas monedas y agitarlas en su cajita en días de fiesta y vacaciones, y en la escasa experiencia de Jacob con el dinero esa era sin duda la más memorable.

—Toma, Jacob —dijo David en tono insinuante, entregándole la caja—. Te los doy todos. ¡Corre! ¡Date prisa! De lo contrario, alguien vendrá y te los quitará.

David, que no había estudiado la psicología de los idiotas, no sabía que no es posible

engañarlos con temores imaginarios. Jacob cogió la caja con la mano izquierda, mas no vio ningún motivo para huir. ¿Alguna vez un prometedor joven, ansioso por apropiarse de las guineas de su madre para colocar los cimientos de su fortuna, se había visto obligado a enfrentarse a semejante pesadilla a plena luz del día? No obstante, tarde o temprano Jacob tendría que mover la mano derecha para abrir la tapa de la cajita de latón y entonces David echaría las monedas en el agujero con la mayor rapidez y agilidad posibles, y se sentaría de inmediato encima de ellas; pero, ¡ah, no!, de poco sirve la clarividencia con los idiotas; con ellos toda previsión es inútil. De cuando en cuando, Jacob abría y cerraba de manera mecánica la mano derecha sobre el suelo hasta que, de repente, en una de esas ocasiones, agarró las monedas como si fueran un puñado de guijarros, y parecía a punto de lanzarlas cual semillas sobre un zarzal cercano cuando, por algún azaroso motivo —posiblemente a causa de alguna sensación desagradable—, se detuvo; bajó la mano, la abrió lentamente e inspeccionó lo que había en su interior con mirada inexpresiva. David volvió a echarse a rezar, pero al instante desistió. Se le había ocurrido una nueva treta.

—¡Made! ¡Zineas! —exclamó el inocente Jacob. Y después, mirando a David, dijo con aire interrogativo—: ¿Caja?

—¡Calla! ¡Calla! —dijo David, apelando a toda la ingenuidad de su hermano en tan difícil brete—. ¡Mira, Jacob!

Cogió la cajita de latón de la mano de su hermano y dejó caer todos los caramelos en la suya. A continuación, le dio la mitad a Jacob y ocultó el resto. Entonces le mostró la caja vacía y dijo: «¡Aquí tienes la caja, Jacob! ¡La caja de las guineas!», mientras las dejaba caer suavemente de la palma de la mano de Jacob al interior de la caja.

Jacob no tuvo nada que objetar a tal procedimiento. Al contrario, las guineas tintinearón tan agradablemente al caer que quiso volver a escuchar el sonido y, agarrando la caja, comenzó a agitarla alegremente. Aprovechando la oportunidad, David depositó en el suelo su reserva de caramelos y los cubrió con un poco de tierra. «¡Mira, Jacob!», dijo al fin. Jacob interrumpió el tintineo y miró el hoyo mientras David comenzaba a retirar la tierra con fingida expectación. Cuando los caramelos quedaron al descubierto, los cogió uno por uno y se los fue entregando a Jacob. «¡Calla!», susurró autoritario. «No se lo cuentes a nadie. Todos para Jacob. Calla... ¡Chsss! ¡Chsss! ¡Pon las guineas en el agujero... y saldrán así!». Para ilustrar más claramente su lección, cogió una guinea y, acercándola al hoyo, dijo: «La metes así». Y después, sacando el último caramelo, dijo: «Y sale así», mientras lo introducía en la ávida y acogedora boca de Jacob.

Jacob giró la cabeza hacia un lado y miró primero a su hermano y después al agujero, como un mono en plena reflexión, y finalmente introdujo la caja con las monedas en el agujero con gran decisión. David se apresuró a añadir el resto de las monedas desperdigadas, cerró la tapa y cubrió el hoyo con tierra, mientras decía con la más almibarada entonación:

—Mañana ven a sacarlos, Jacob. ¡Todos para Jacob! ¡Chsss! Chsss!

Jacob, para quien su hasta ahora indiferente hermano se había convertido de repente en una suerte de dulce amuleto de la suerte, comenzó a manosear la mejor chaqueta de David con sus dedos pringosos y tiró de él con el habitual acompañamiento de risas y gorgoritos con los que solía expresar sus más benignas pasiones. Aunque, de haber optado por darle un bocado en la mejilla a su generoso hermano, David se habría visto igualmente obligado a soportarlo.

Llegados a este punto, he de introducir una breve pausa en mi relato para hacer hincapié en la estrechez de miras que suele caracterizar las maquinaciones del ser humano. Este ingenioso joven, el señor David Faux, creía haber obtenido un gran éxito, fruto de su astucia, al asociar su persona

en la rudimentaria mente de su hermano con el dulce sabor de los caramelos amarillos. Es más, no sabía que ganarse el afecto de un idiota conlleva ciertos riesgos cuando uno no tiene intención de corresponderle, especialmente en el caso de un idiota que se pasea a sol y a sombra por todas partes con una horca en la mano, es decir, la clase de incómodo amigo del que no conviene deshacerse por las malas.

Quizá les parezca una equivocación por parte del astuto joven haber enterrado las monedas. No obstante, si todo hubiera salido tal y como David lo había previsto, habrían podido comprobar que el plan estaba en verdad a la altura de su talento. Cuando el robo fuera descubierto, el dinero estaría enterrado a buen recaudo en el jardín, y David se habría limitado a permanecer en casa con aire inocente, reacio a marcharse mientras su madre siguiera disgustada por la desaparición de las guineas hasta que finalmente, en la víspera de su partida, las habría desenterrado sin que nadie le viera y se las habría guardado sin ningún contratiempo. Mas, como han visto, David no contaba con la irrupción de ningún invitado o, para ser más precisos, con la aparición de su hermano idiota, un elemento tan imprevisible que habría desconcertado incluso a alguno de los astutos héroes de *monsieur* de Balzac, cuya clarividencia es por todos conocida.

David sabía que no tenía muchas alternativas: podía renunciar a las guineas, volviendo a dejarlas con discreción en el cajón de su madre (una opción no exenta de dificultad); o marcharse, dejando tras de sí más que sospechas, partiendo a la mañana siguiente sin previo aviso con las guineas en el bolsillo. Pues, si daba algún indicio de que pensaba irse, sin duda su madre insistiría en coger de la caja las tres guineas que le correspondían, como siempre le había prometido. De hecho, en su plan original ya había contado con que, una vez descubierto el robo, ese factor hablaría en favor de su inocencia. Ahora, sin embargo, huelga decir que aquel plan perfectamente urdido había fracasado. Aunque David hubiera podido sobornar a Jacob con una interminable reserva de caramelos, el secreto mejor guardado por un idiota es, en cualquier caso, sinónimo de traición. Ni siquiera se atrevió a ir a tomar el té a casa del señor Lunn, pues en tal caso habría perdido de vista a Jacob, que, impaciente por recolectar los caramelos, podría sacar la caja en su ausencia y llevársela a casa ¡privándolo así al mismo tiempo de su reputación y de las guineas! ¡No! Tendría que seguir los pasos de Jacob durante todo el día, coaccionándolo si fuera necesario, con tal de impedir que pudiera provocar su ruina. Aquella fue una noche angustiada y agotadora para David. De hecho, no se atrevió a dormir sin antes haberse atado el dedo gordo de la mano al del pie con un cordel, para tener la seguridad de que se despertaría con frecuencia a lo largo de la noche; pues tenía intención de levantarse con las primeras luces del alba y de estar lejos de su casa antes de la hora del desayuno. Su padre, pensó, sin duda le desheredaría. ¿Qué haría él entonces? Un joven notable como él, sin duda, sería bien recibido en las Indias Occidentales: en tierras extranjeras siempre hay posibilidades, incluso para los casos perdidos. Probablemente alguna princesa Yarico querría casarse con él y lo agasajaría con piedras preciosas en el momento de sellar el compromiso, por lo que ni siquiera se vería obligado a casarse con ella si no quería. David había tomado la decisión de no volver a robar, ni siquiera a la gente que le quería: era un modo poco agradable de hacer fortuna en un mundo en el que casi con toda probabilidad alguno de tus hermanos podía descubrirte con las manos en la masa. David no estaba hecho para soportar tanta tensión y había sufrido tales náuseas esa noche que con toda seguridad su hígado se habría resentido. Además, le habría dolido profundamente que la gente tuviera una mala opinión de él: allá donde iba, siempre hacía lo posible por quedar bien y por parecer merecedor de los mejores asientos y de los mejores bocados.

Reflexionando de ese modo acerca del brillante futuro que le aguardaba, David se mantuvo alerta durante toda la noche gracias a su cordel avisador con el fin de levantarse al despuntar el alba y partir lo antes posible. Sus hermanos, por supuesto, eran madrugadores, pero se adelantaría a ellos al menos una hora y media; además, la ventana de la pequeña habitación que ocupaba entonces como visitante ocasional estaba orientada a los establos, de modo que podría salir por ella de modo sigiloso sin dificultad. Jacob, el horrible Jacob, tenía la terrible costumbre de levantarse antes que nadie para saciar su hambre vaciando el cubo de la leche que solían dejarle «debidamente preparado». Sin embargo, últimamente le había dado por dormir en el altillo del granero, de modo que, si entraba en casa, lo haría por el extremo opuesto al lugar por donde David saldría. No sería necesario preocuparse por Jacob, aunque David fue lo bastante generoso como para dedicarle una maldición —que era lo único que David estaba dispuesto a dar a cambio de nada—. Su pequeño hatillo de ropa ya estaba listo, de modo que poco después bajó con sigilo los escalones del establo y caminó a buen paso por el prado en dirección a los arbustos. No tardaría más de dos minutos en sacar la caja. Enseguida distinguió el árbol bajo el cual estaba enterrada por una pálida franja del tronco donde había perdido la corteza, a pesar de que la débil luz del amanecer era aún más tenue entre los matorrales. Pero ¡por toda la... masa quemada! ¿De quién era aquel corpachón que se veía a los pies del fresno con un cayado plantado a su lado? David se detuvo un instante, no para distinguir la naturaleza de la aparición —ni por un momento dudó de que se trataba del mango de la horca de Jacob—, sino tratando de dominarse para conseguir hablarle con el candor suficiente. Jacob estaba tan concentrado escarbando la tierra que no se dio cuenta de que David se aproximaba.

—Hola, Jacob —susurró David con sequedad, al ver a su hermano sacar la cajita del hoyo.

Jacob levantó la mirada y, al ver que se trataba de su dulce hermano, asintió y sonrió en la penumbra de tal modo que a David le pareció ver a un demonio burlón jactándose de su triunfo. De haber sido hombre de naturaleza más impetuosa, se habría lanzado entonces a coger la horca y habría empalado allí mismo al fraternal demonio. En cambio, David no era en absoluto impulsivo, sino un joven acostumbrado a sopesar las consecuencias de sus actos, hábito este del que, por lo general, se hace virtud. Sin embargo, no era ese el efecto que había tenido en David: nuestro héroe se limitaba a valorar si cierta acción podía perjudicarle a él o tan solo a los demás. En el primer caso, era demasiado tímido para tratar de satisfacer sus deseos, pero en el segundo siempre arriesgaba el resultado con mucho coraje.

—Dámela, Jacob —dijo, inclinándose sobre su hermano y dándole unas palmaditas—. Vamos a ver...

Al comprobar que la tapa no cedía, Jacob le dio la caja a su hermano con total confianza. David la abrió y meneó la cabeza al ver que Jacob cogía una guinea y se la llevaba a la boca para comprobar si las monedas se habían transformado en caramelos.

—No, Jacob. Es demasiado pronto, muy pronto —dijo David, después de que el idiota hubiera probado la guinea—. Dámela e iremos a enterrarla a otro sitio. La esconderemos por allí —añadió, señalando vagamente a lo lejos.

David volvió a cerrar la tapa mientras Jacob, con aire compungido, se ponía de pie y agarraba su tridente. Entonces, al ver el hatillo de David lo enganchó con los dientes de la horca y se lo echó al hombro con gesto triunfal mientras salía de los matorrales en pos de su hermano y de la preciada caja.

¿Qué podía hacer ahora? Habría sido fácil fruncir el ceño mirando a Jacob, darle una patada y

ordenarle que se marchara. Pero David antes le habría dado una patada a un toro que a su hermano. Jacob solía mostrarse tranquilo siempre y cuando se le tratara con indulgencia, pero al menor indicio de enfado se volvía intratable y podía llegar a sufrir arrebatos de furia capaces de atemorizar a cualquiera, incluso sin su horca. Era imposible obtener nada de él salvo mediante la amabilidad o el engaño.

—Adelante, Jacob —dijo David en cuanto salieron de los arbustos, señalando hacia la casa—. Ve y tráeme una pala..., una pala. Pero antes dame el hatillo —añadió, tratando de soltarlo de los dientes de la horca, donde colgaba bien alto por encima del hombro de Jacob.

Sin embargo, Jacob era tan reacio a obedecer órdenes directas como una avispa a salir de un tazón con agua azucarada. Caminando junto a David, se sentía más cerca de los caramelos. Se echó a reír y palmeó a su hermano en la espalda mientras levantaba aún más el hatillo, alejándolo de su alcance. Dejando escapar un gruñido inaudible, David decidió cambiar de táctica y caminó tan rápido como pudo. No era seguro alargar aquella situación. Jacob se cansaría de caminar tras él y, en el mejor de los casos, lograría dejarle atrás. Si pudiera al menos llegar hasta la carretera, quizá en ese momento pasara un coche de caballos; entonces, después de haber recuperado el hatillo con sus pertenencias mediante alguna ingeniosa treta, David se subiría y escaparía de Jacob, que ya podía gritar y agitar la horca tanto como quisiera, pues no le serviría de nada. Entretanto, no tenía más remedio que seguir mostrándose amable con aquel ogro y ofrecerle un opíparo desayuno en cuanto llegaran a la primera posada. Habían pasado tres horas desde que comenzaran la marcha y David estaba cansado. ¿Es que no iba a aparecer ningún coche?, se preguntó. Durante las dos horas siguientes tampoco vieron ni uno. Sin embargo, el carro de mercancías tendría que pasar de un momento a otro en dirección al pueblo siguiente. ¡Si pudiera escabullirse y subirse sin Jacob, aunque tuviera que renunciar al hatillo! Por si fuera poco, se presentó un nuevo obstáculo. Mientras caminaban, Jacob había encontrado restos de una peladilla en uno de los bolsillos de la levita de su hermano, y desde entonces no soltaba una de sus colas, quizá con la esperanza de que tarde o temprano apareciera otro dulce. Ahora bien, todo aquel que haya usado levita comprenderá lo difícil que resulta abstenerse de echar a correr cuando alguien trata de cogerla. David esperaba ser bien recibido entre desconocidos, pero con una sola cola en su levita le resultaría complicado.

Un sudor frío le empapaba la frente. No le quedaban fuerzas para seguir caminando: debía subirse a un coche, aunque Jacob siguiera a su lado. Por fin se le ocurrió una idea que le devolvió la esperanza: después de un sustancioso desayuno, Jacob se iría a dormir al carro con toda seguridad. Entonces David cogería el hatillo, saltaría a la carretera y sería libre. Sus expectativas quedaron parcialmente satisfechas. Jacob se quedó dormido en el carro, pero lo hizo de un modo bastante peculiar: fuertemente abrazado al cuerpo de su querido hermano. Y, cada vez que David intentaba moverse, el durmiente se aferraba todavía más a él, con la fuerza de una cariñosa boa constrictor.

—El inocente parece tenerle mucho cariño —comentó el carretero, suponiendo que David era un hermano afectuoso, con intención de hacerle un cumplido.

David soltó un gruñido. La vida del ladrón no es siempre agradable. ¡Ah!, ¿por qué había de tocarle en suerte un hermano idiota? ¿Por qué el mundo estaba organizado de tal forma que un hombre no podía quitarle cómodamente sus ahorros a su madre? Así especulaba David con gravedad.

Jacob disfrutó de una copiosa comida al mediodía, pero David apenas comió, pues no tenía

apetito. En lugar de comer, se dedicó a servirle cerveza a su hermano, una pequeña licencia gracias a la cual recuperó la esperanza. Jacob se quedó profundamente dormido, esta vez sin abrazar a David, que pagó lo que debía, cogió su hatillo y salió por pies. Media hora más tarde viajaba hacia Liverpool a bordo de un carruaje, con una triunfal y mezquina sonrisa en los labios. Se había librado de Jacob y pronto se embarcaría hacia las Indias, donde una ingenua princesa le aguardaba. Nunca más volvería a robar, pues no necesitaría hacerlo; tan digno sería su comportamiento que todo el que conociera le obsequiaría generosamente. Tendría que renunciar a la posibilidad de heredar el legado de su padre, pero lo más probable era que no llegara a necesitar jamás semejante menudencia. Y, en caso de necesitarlo, bueno, al menos le consolaba pensar que, al haber cortado los lazos que le unían a su familia, también le había dicho adiós definitivamente a Jacob, más terrible que una Gorgona o un Demogorgón a los medrosos y verdes ojos de David. ¡Loado sea el cielo, pues nunca más vería a Jacob!

II

Seis años después de que el señor David Faux partiera hacia las Indias Occidentales, en la localidad de Grimworth, se corrió la voz de que uno de los locales de la plaza del mercado había sido cedido a un forastero de tez cetrina y corbata amarilla cuya primera aparición en público había levantado cierta expectación en el bar del Woolpack, donde el sujeto en cuestión se había presentado para pedir un coche de caballos.

Para cualquier persona avezada, Grimworth era un buen lugar para abrir un negocio, pues en aquel momento no había demasiada competencia. Los feligreses de la iglesia tenían su propio almacén y tienda de comestibles; y también los Disidentes[21]. Por otro lado, los dos o tres carniceros contaban con clientes fijos independientemente de su credo o religión; eso sí, con pequeñas excepciones. Pues la mujer del párroco solía encargarse de lechecillas de ternera y riñones de carnero, mientras que el señor Rodd, el ministro baptista, había pedido tiempo atrás que, en la medida de lo posible y sin que ello incurriera en perjuicio de otros clientes, le reservaran pezuñas de cordero. Aquella villa era posiblemente un lugar en pleno crecimiento, pues los administradores de la fundación benéfica del señor Zephaniah Crypt, a raíz del estímulo suscitado por la reciente visita de los inspectores, habían comenzado a invertir parte de los fondos acumulados durante años en la reconstrucción de la Escuela Yellow Coat[22], que en el futuro sería mucho mayor, puesto que el testador no había señalado ninguna restricción en lo concerniente a las materias a impartir, sino únicamente acerca de los uniformes.

Los comerciantes de Grimworth no estaban en absoluto de acuerdo a la hora de valorar las ventajas prometidas por dicho proyecto —encaminado, en teoría, a incrementar la población y el comercio—, pues eran hombres serios y amigos de la discreción que gustaban de hacer negocios con clientes seguros, operaciones en las que pudieran calcular los beneficios con precisión. Hasta el momento, para las familias de la parroquia de Grimworth, había supuesto una cuestión de honor comprar su azúcar y sus franelas en la misma tienda donde sus padres y madres lo habían hecho antes que ellos. No obstante, si los recién llegados pensaban instaurar el sistema de libre comercio en su localidad con el fin de atraer las miradas femeninas hacia vestidos con pliegues en forma de abanico decorados con flores artificiales a la altura del cuello (pues, ¿en qué figura humana un vestido podría caer como un abanico o qué cabeza femenina se parece a un ramo de ásteres de China?), o, si los nuevos comerciantes comenzaban a surtir sus escaparates con montañas de grosellas y azúcar, más seductores si cabe por la mera novedad y los descuentos,

¿qué garantía había para Grimworth de que un espíritu comercial errante, una vez introducido, no terminaría por empujar a las familias más importantes a comprar en el mercado de Cattleton, de mayor tamaño, donde los negocios se seguirían llevando a cabo de acuerdo a un sistema basado en los pequeños beneficios y el rendimiento rápido, contarían con productos de última novedad, y toda clase de mercancías podrían adquirirse a mejor precio?

Con esta visión de los tiempos imperante entre los comerciantes de Grimworth, la incertidumbre en lo concerniente a la naturaleza del negocio que el pálido forastero estaba a punto de inaugurar en el local sirvió para azuzar los miedos de los menos optimistas. Si su intención era vender telas, probablemente un sujeto de rostro cetrino como aquel trabajara con géneros vulgares y de escasa calidad —algodones estampados y muselinas que pierden el tinte al primer lavado—; sábanas gastadas repletas de nudos, y franela que enseguida parecería gasa. Si su negocio resultaba ser la alimentación, entonces era de desear que ninguna madre de familia confiara sus tés a un tendero nuevo. Cosas semejantes habían ocurrido en otras parroquias asaltadas por comerciantes con los bolsillos repletos de tarjetas de visita en busca de clientes: cuando alguien llegaba de Dios sabe dónde, no había manera de averiguar lo que iba a hacer. Era una tragedia que el señor Moffat, subastador y agente comercial, hubiera fallecido sin dejar a nadie que le sucediera en su negocio. Además, el administrador de la señora Cleve debería habérselo pensado dos veces antes de cederle el local a un desconocido. Ni siquiera cuando se supo que habían sido instalados varios hornos en el establecimiento y que, en efecto, la tienda estaba siendo equipada como negocio de pastelería y confitería —algo nunca visto en Grimworth— la noticia sirvió para equilibrar la balanza en favor del recién llegado; y eso a pesar de que la propietaria del Woolpack lo defendió efusivamente, afirmando que le había parecido un joven muy inteligente, de lo que ella coligió que provenía de buena familia —algo de lo que no mucha gente podía alardear—.

Y, en efecto, un deslumbrante espectáculo de luz y color —casi como si un arcoíris hubiera descendido sobre la plaza del mercado— sorprendió a todos los curiosos la agradable mañana en que los postigos de la nueva tienda fueron retirados y la decoración de los dos escaparates quedó por fin expuesta. En un lado, se podía contemplar una gran variedad de carnes magras y entreveradas, separadas por hojas frescas de un intenso color verde; y el tono pardo de las brillantes empanadas, los ricos matices de las salsas y las frutas envasadas en tarros de cristal, en conjunto, constituían una visión capaz de hacer llorar a un pintor holandés. En el otro lado, predominaban las tonalidades, más delicadas, del rosa y el blanco, el amarillo y el ocre, en una gran variedad de caramelos y grageas dulces, golosinas, galletas y glaseados que, bajo la mirada de una persona de genio, fácilmente se habrían mezclado, dando lugar a un fantasmal paisaje propio de las últimas obras de Turner. ¡Qué fascinante espectáculo para los niños de Grimworth! Ese día por poco se olvidan de ir a comer, pues sus mentes quedaron cautivadas por imaginarias confituras. Ni siquiera Punch[23], después de instalar su teatrillo en mitad de la plaza, habría conseguido apartarlos de aquellos escaparates, donde permanecían hipnotizados por orden de fuerza y tamaño —los más grandes y fuertes, más cerca de los ventanales, y los pequeños, en las últimas filas—, alzando ojos y bocas abiertos de par en par en dirección a las baldas superiores cargadas de tarros de cristal, como si fueran pajarillos en el nido a la hora de comer.

Los adultos resoplaban y contemplaban con escepticismo la insensatez demostrada por el nuevo tendero al arriesgar tal cantidad de mercancías perecederas. Por supuesto, faltaba poco para la Navidad, pero ¿qué ama de casa de Grimworth no se avergonzaría de poner en su mesa viandas que no hubieran sido cocinadas en su casa? No, no. El tal señor Edward Freely[24], como

se hacía llamar, se engañaba si creía que iba a llenarse los bolsillos tan fácilmente con el dinero de los honorables ciudadanos de Grimworth.

Edward Freely era el nombre que relucía en letras doradas en la placa azul oscuro que había sido colocada sobre la puerta de la nueva tienda, un nombre de resonancias generosas que bien podría haber sido el del honrado héroe temerario de alguna antigua comedia, que habría gozado lanzando almendras garrapiñadas, cual maná caído del cielo, sobre aquella pequeña multitud que contemplaba fascinada los escaparates. Sin embargo, el señor Freely era un hombre acostumbrado a mantener sus impulsos debidamente controlados; por tanto, aquel ávido deseo de dulces y pasteles solo sería satisfecho de forma directamente proporcional a la posibilidad de pagar por ellos. Si el más pequeño de los hijos de Grimworth se hubiera presentado en su tienda con medio penique en el puñito, él le habría entregado, tras guardar el medio penique en la caja, su exacto equivalente «en especie». No era el tipo de hombre que se dejaba engañar ni siquiera por la más dulce criatura, y a menudo lo decía, comentando, al mismo tiempo, que amaba la honestidad y que se consideraba una persona de corazón tierno, si bien no estaba acostumbrado a manifestar sus sentimientos como solían hacerlo otras personas.

Ya fuera como recompensa por tales virtudes o como el resultado de alguna desconocida ley de la probabilidad, el negocio del señor Freely, a pesar de los prejuicios, comenzó su andadura bajo favorables auspicios. La señora Chaloner, esposa del párroco, fue una de las primeras clientas de la tienda, pues consideró justo alentar a un nuevo parroquiano que lo primero que hizo nada más llegar al pueblo fue presentarse en la iglesia —lo que indicaba decoro—. El señor Freely le había parecido un joven de lo más atento y cortés, además de estar dotado de una sorprendente inteligencia para ser confitero, y también le había parecido una persona de principios, pues, al ofrecerle útiles consejos acerca de cómo escoger entre los diversos azúcares, la había ayudado a reparar en lo deshonestos que eran otros comerciantes. Es más, el recién llegado había estado en las Indias Occidentales —donde había tenido ocasión de ver con sus propios ojos las tierras que habían pertenecido al pobre abuelo de la señora Chaloner—, y le explicó que eran solo los misioneros los causantes del descontento de la población negra. Evidentemente, se trataba de un joven muy observador. La señora Chaloner compró aceitunas y rosquillas al vino y le dio a entender al señor Freely que su tienda le iba a resultar muy útil. Lo mismo hizo la mujer del médico y también la señora Gate, de la hilandería, que, dadas las numerosas visitas de importancia que solía recibir, seguro consumiría en lo venidero grandes cantidades de ratafía y almendrados.

Las damas menos aristocráticas de Grimworth hicieron valer, al menos al principio, la convicción de sus maridos de que jamás se gastarían una porción de sus beneficios en pasteles en lugar de hacerlos ellas mismas, ni darían de lado a sus tradicionales tareas domésticas comprando carne de vacuno cada vez que invitaran a cenar en su casa a algún vecino. No obstante, he de llevar a cabo la tarea de narrar la corrupción de las costumbres de Grimworth desde su primitiva simplicidad —una melancólica tarea, de no ser por la perspectiva de ahondar en las espléndidas peripecias y la ruina con que dicho proceso de corrupción finalmente se completó—.

Fue la joven señora Steene, la mujer del veterinario, la primera en ceder a la tentación. Me temo que era una muchacha en exceso preparada para su estatus social, pues se sabía de memoria numerosos pasajes de *Lalla Rookh*[25], *El corsario* y *El asedio de Corinto*[26], hecho que había derivado en un evidente disgusto por sus ocupaciones domésticas y causado en ella una profunda decepción al descubrir que, desde que contrajeran nupcias, el señor Steene había perdido por

completo el interés por el bulbul[27] y ahora prefería conversar sobre la naturaleza del esparaván con cualquier zafio vecino y se ponía hecho una furia cada vez que sus natillas salían demasiado líquidas. En realidad, no era más que un veterinario con botas hasta la rodilla que llegaba con hambre a cenar, y que en nada se parecía a un noble convertido en corsario por desprecio a su raza, ni a un renegado con turbante y media luna, a no ser en lo susceptible de su temperamento. ¡Y el desprecio es algo muy distinto cuando se llevan botas altas!

El despótico marido había organizado una cena en Nochebuena en la que esperaba ver empanadas de carne picada en la mesa. La señora Steene había preparado la carne y desde primera hora de la mañana había dedicado gran cantidad de esfuerzo, harina fina y mantequilla para elaborar las empanadas; mas, cuando salieron del horno, la masa estaba tan apelmazada que ella se echó a temblar pensando en el momento en que su marido las viera en la mesa a la hora de la cena. Él sin duda se pondría furioso con ella delante de todos los invitados, y ella no podría evitar echarse a llorar. ¡Era terrible pensar que había llegado a esa situación, después del bulbul y todo lo demás! De repente se le ocurrió que, quizá por esta vez, podría enviar a alguien a la tienda del señor Freely a comprar unas empanadas: sabía que las tenía. Pero ¿qué iba a hacer con sus dieciocho empanadas echadas a perder? ¡Ah! Era inútil pensar en ello. Eran demasiado caras. De hecho, elaborar en casa las empanadas de carne suponía un gran gasto, cuando una ni siquiera podía tener la certeza de que fueran a salir bien. Era mucho mejor comprarlas hechas. Pagabas un poco más, pero no corrías el riesgo de desperdiciar nada.

Tales eran las reflexiones que guiaban el errado pensamiento de la joven. La señora Steene mandó a la muchacha a buscar las empanadas y, sientiendo tener que añadir, retocó las cuentas de la casa para ocultarle el gasto a su marido. Fue este el segundo escalón en su descenso y todo porque era una joven que no estaba en armonía con sus circunstancias, que soñaba con renegados y bulbules y vivía sometida a las exigencias de un veterinario al que le encantaban las empanadas de carne. El tercer paso consistió en afianzar su posición contándole todo a su amiga íntima, la señora Mole, que ya lo había adivinado y poco después reunió valor, a su vez, para comprar gelatina en molde en lugar de poner a prueba sus habilidades, valiéndose de la excusa de que también «los demás» hacían esas cosas. La epidemia se fue propagando y pronto se formó en Grimworth una cuadrilla de partidarios de «comprar en Freely». Y los maridos, que durante un tiempo vivieron ajenos a lo que sucedía, se tragaban inocentemente de un par de bocados tartas por las que estaban pagando un beneficio del cien por cien, al tiempo que, con la misma inocencia, alentaban la falsedad en sus mujeres alabando sus dotes para la pastelería. Otros más perspicaces no pasaban por alto que con demasiada frecuencia, aun en días de colada y en cenas improvisadas, aparecían en su mesa excelentes platos de carne de ternera que satisfacían las exigencias de su paladar más que los platos fríos con los que antes se contentaban. Toda ama de casa que hubiera «comprado en Freely» una sola vez sentía un secreto placer al descubrir una similar perversión en las costumbres de su vecina, y muy pronto solo dos o tres damas, de familias de rancio abolengo, lograron mantenerse firmes a modo de protesta frente a la progresiva decadencia de las costumbres, por lo que advertían a los invitados que iban a cenar a su casa: «No puedo ofrecerles carne de Freely ni tarta de queso de Freely. Todo lo que hay en nuestra casa es casero. No sé si nuestra humilde repostería será de su gusto». Incluso el médico, insatisfecho con su cocinera; el coadjutor, que no tenía quien le guisara; y el agente de minas, que era un *bon vivant*, empezaron a acudir a Freely para abastecer la mayoría de sus cenas cada vez que deseaban celebrar algún evento de cierto relumbramiento. En resumen, el negocio de la manufactura de las más caprichosas

viandas estaba pasando rápidamente de manos de doncellas y señoras en la intimidad de su hogar a convertirse en una especialidad comercial.

No pretendo obviar que situaciones como esta se atribuyen comúnmente al inevitable proceso de civilización, la división del trabajo, etcétera; y que de este modo las doncellas y matronas podrían abandonar la cocina para contribuir de otras maneras a la bonanza de la sociedad. Sin embargo, en Grimworth, que era sin duda un lugar humilde, las doncellas y matronas poco sabían hacer con sus manos además de cocinar: ni siquiera las que siempre habían hecho pasteles amazotados y dulces correosos. De este modo, el progreso de la civilización en Grimworth solo tuvo como consecuencia evidente el empobrecimiento de los hombres, el chismorreo y la ociosidad en las mujeres, y la creciente prosperidad del señor Edward Freely.

La Escuela Yellow Coat supuso una doble fuente de beneficios para el calculador confitero, pues le permitió abrir un comedor para los trabajadores de categoría superior empleados en la nueva escuela, al tiempo que atraía a los alumnos de la antigua concediéndole gran importancia al departamento de golosinas. Cuando pienso en los dulces cisnes y otras ingeniosas formas blancas que los dientecitos de la nueva generación rompían, me alegra recordar que aún hoy se considera recomendable para las jóvenes criaturas, cuyos huesos aún se están formando, la ingesta de cierta cantidad de comida calcárea. Pues he observado que estas exquisiteces poseen cierto sabor inorgánico que las habría hecho altamente recomendables para aquella joven dama aficionada al *Spectator* que tenía por costumbre tomar su postre con boquillas de pipa.

En cuanto al pastelero propiamente dicho, fue abriéndose paso de manera gradual en los hogares de Grimworth, al igual que sus productos, a pesar de la reticencia inicial. De un modo u otro, su recepción como invitado era algo que, como la compra de sus pasteles, siempre requería algún tipo de justificación. En primer lugar, era forastero y, por tanto, objeto de recelo; en segundo lugar, el negocio de la confitería era algo tan novedoso en Grimworth que su lugar en la escala social no estaba definido con claridad. No había duda en el caso de los pañeros y tenderos, sobremanera cuando procedían de antiguas y buenas familias, como el señor Luff y el señor Prettyman, que se relacionaban con los Palfrey —que aún trabajaban su propia tierra—, jugaban al *whist* con el doctor y trataban con cierta condescendencia al comerciante de maderas, que recientemente también hacía negocios con el carbón y había comprado muebles nuevos para su casa. La tradición, sin embargo, no aclaraba si un confitero podía o no ser admitido en tan altos niveles de la jerarquía social, o si debía buscar a sus amigos entre carniceros y panaderos. El que fuera soltero jugaba en su favor, y quizá habría sido suficiente para equilibrar la balanza, aunque las pretensiones del señor Edward Freely hubieran sido absolutamente insignificantes. Nada más lejos, sin embargo, pues pronto resultó evidente que se trataba de un joven notable, que había conocido las Indias Occidentales y había sido testigo de muchas maravillas en mar y en tierra, por lo que le resultaba fácil embelesar a las Desdémonas de Grimworth con historias de extraños peces, en especial tiburones, como el que en una ocasión había apuñalado justo a tiempo, al arrojarle por la borda, en un acto de gran valentía, en el preciso instante en que el monstruo se disponía a devorar al ayudante del cocinero; de las terribles fiebres que había padecido en cierta tierra en la que el viento soplaba desde los cuatro puntos cardinales al mismo tiempo; de las redondas tostadas que se cortaban directamente de árboles de pan; de cangrejos de tierra que arrancaban dedos de los pies; de los grandes honores que le habían sido concedidos como hombre de vastos conocimientos —y, por ello, siempre bien recibido en los climas tropicales—; y de una heredera criolla que había llorado amargamente al verlo partir. Es bien sabido que semejante

talento para la conversación puede compensar algún que otro defecto físico; por lo que el joven Towers, de rosadas mejillas y poblado y oscuro bigote, pronto quedó eclipsado por la presencia del cetrino señor Freely. Tan excepcional pastelero elevó de ese modo la categoría de su negocio y bien podría llegar a acelerar ligeramente los latidos de algún que otro joven corazón sin compromiso.

Los padres y las madres, no obstante, eran por naturaleza más lentos y cautelosos a la hora de reconocer los méritos del recién llegado.

—Es un tipo entretenido —dijo el señor Prettyman, el muy respetable tendero (la señora Prettyman era hija de los Fothergill, y la hermana de esta se había casado con un comerciante de géneros de Londres)—. Es un tipo entretenido y no tengo nada que objetar a que sea admitido en el Oyster Club, aunque le pierde la vanidad. Y también es sorprendentemente culto, he de reconocerlo. Pero ¿por qué se marchó a las Indias? Me gustaría saberlo. No es propio de un pastelero. No me gusta demasiado la gente que ha estado al otro lado del océano, sobremanera cuando no pueden dar una buena explicación acerca de por qué se marcharon. Cuando la gente se va tan lejos es porque no goza de mucho crédito cerca de casa. Esa es mi opinión. En cualquier caso, tiene un ron excelente; aunque, por todo lo dicho, no querría intimar demasiado con él.

Fue ese fino velo de sospechas lo que impidió que las mentes más maduras de Grimworth pudieran apreciar las cualidades del señor Freely durante sus primeros meses de residencia allí. No obstante, cuando el pastelero dejó de constituir una novedad también las sospechas pasaron a un segundo plano, y la gente se cansó de hacer comentarios, tanto más cuando su creciente prosperidad e importancia parecían refutarlas. El señor Freely se estaba convirtiendo en una persona de gran influencia en la parroquia. Demostró ser muy útil ocupándose de los pobres, pues su firmeza de carácter le permitía soportar el dolor ajeno —firmeza que, según él mismo decía, era consecuencia de su gran benevolencia—, y en última instancia siempre hacía lo que era bueno para la gente. El señor Chaloner incluso lo había elegido coadjutor de la iglesia por ser una persona muy hábil y porque, en cuestiones eclesiásticas, tenía con él una mayor afinidad que con sus viejos parroquianos. El señor Freely acudía con regularidad a la iglesia, aunque en el Oyster Club a veces se permitía a sí mismo hablar con mayor libertad, ofreciendo algo más que meros indicios acerca de la ociosa vida de sultán que había llevado en las Indias Occidentales, mientras sacudía la cabeza de cuando en cuando y sonreía con amargura, como suelen hacer los hombres que han visto demasiado y consideran que el mundo tiene ya poco que ofrecerles.

Durante un tiempo no mostró ninguna preferencia en sus atenciones hacia el bello sexo, y alternaba las galanterías propias de un mujeriego con una severidad crítica hacia el físico y los modales de las bellas ausentes, lo que, por lo general, estimulaba en los corazones femeninos el deseo de ganarse la aprobación de tan quisquilloso juez. Únicamente las mayores virtudes y encantos propios de la femineidad conseguían despertar el interés del señor Edward Freely, que durante su estancia en las Indias Occidentales había acostumbrado su paladar a las más exuberantes y deslumbrantes bellezas. Puede parecer increíble que las ideas y la conversación de un pastelero sean tan parecidas a las de personas del más alto rango social, pero es menester recordar que no solo había viajado, sino que además era patizambo y tenía un rostro cetrino de rasgos menudos; así que, a modo de compensación, la naturaleza lo había convertido en un meticuloso entendido en el bello sexo.

En cualquier caso, finalmente Cupido encontró una flecha más afilada que las demás y consiguió atravesar el corazón del señor Freely. Todos los jóvenes de Grimworth hablaban de

ello. Pero ¿se trataba de verdadero amor o no era más que ambición? La señorita Fullilove, hija del comerciante de maderas, no tenía la menor duda de que si estuviera en el lugar de la señorita Penny Palfrey sería muy cautelosa. No era buena señal que un hombre de su clase picara tan alto en busca de esposa. Pues no era otra que la señorita Penélope Palfrey, segunda hija del señor Palfrey, el que trabajaba sus propias tierras, quien había logrado atraer la peculiar mirada del señor Freely y vencido su quisquillosa actitud hacia el bello sexo. Y no era de extrañar, pues el Ideal —tal y como habría sido representado en una figura de cera— quizá no había estado nunca tan próximo a la realidad como en la persona de la bella Penélope. Hay que reconocer que sus rubios rizos no eran naturales, mas tan brillantes y perfectos eran sus tirabuzones que cualquiera habría sentido el impulso de introducir en ellos el dedo meñique para poner a prueba su suave elasticidad. Los llevaba recogidos, pues, en aquellos días en que la sociedad era más sana, las jóvenes damas se arreglaban el cabello de esa manera hasta mucho después de cumplir los veinte años, y Penélope aún no tenía diecinueve. Como el rubio ideal, tenía unos redondos ojos azules, ovaladas fosas nasales en su naricita, y unos dientes dignos del consabido arquetipo, aunque raras veces los mostraba. En conjunto, era una cosita menuda y redonda, tan pulcra como una margarita doble rosa y blanca, e igual de inocente; pues espero que nadie considere maliciosa a una joven de diecinueve años por el hecho de querer que alguien la corteje o por «estar comprometida», menos aún teniendo en cuenta que su hermana mayor había estado en la misma situación tan solo un año y medio antes. Por supuesto, estaba el joven Towers, que visitaba su casa a todas horas; pero Penny tenía la convicción de que solo iba a ver a su hermano, pues él nunca tenía nada que decirle, no se ofrecía a tomarla del brazo y a menudo se mostraba tan torpe como silencioso.

No es improbable que el señor Freely hubiera sido sensible a los encantos de Penny desde el principio, pues ocasiones no le faltaban semanalmente en la iglesia para someterlos a su escrutinio. Sin embargo, antes de entrar en contacto con ellos, debía abrirse camino en sociedad. Incluso después de que las familias de Grimworth le hubieran aceptado, pasó mucho tiempo hasta que tuvo ocasión de conversar con Penny, de forma casual, en un evento en casa del señor Luff. No era fácil ser invitado a Long Meadows, la residencia de los Palfrey; pues, aunque el señor Palfrey había perdido dinero a lo largo de los últimos años al no lograr recuperarse tras una terrible epidemia de morriña que afectó a su ganado y le había obligado a pedir un préstamo, su familia estaba lejos de considerarse al mismo nivel que los viejos comerciantes con quienes se trataban. Incluso las personas de más noble cuna, como los reyes y los príncipes, han de relacionarse con alguien. En general, son pocos los que están a su altura, y en Grimworth eran especialmente escasos, pues, como ya he dicho, era una parroquia humilde, apenas mencionada con la más desdeñosa brevedad en los índices demográficos de la época. Incluso la gente importante de la localidad se veía relegada a un segundo plano al ser comparada con sus iguales de otras partes de este reino. Las puertas de la granja del señor Palfrey tenían la pintura desconchada, y los senderos del jardín delantero habían desaparecido tiempo atrás comidos por la maleza. No obstante, su padre había ostentado en vida el título inmediatamente inferior al de caballero y había sido respetado por la última generación de Grimworth, entre otras cosas, por ser un hombre que podía permitirse el lujo de beber en exceso en su propia casa.

La bella Penny se había dado cuenta de que el señor Freely la admiraba y estaba segura de que había sido él quien le había enviado aquella bonita tarjeta de San Valentín. Su hermana, sin embargo, no tenía tan buena opinión de él (todas las jóvenes damiselas tienen algo que objetar cuando no se trata del hombre con el que ellas están comprometidas); por lo que Penny nunca se

había atrevido a hablarle de él y cada vez que se encontraban se echaba a temblar y se sonrojaba al pensar en la tarjeta, que era muy apasionada y la hacía sentirse culpable por habérsela aprendido de memoria. Un hombre que había vivido en las Indias y que estaba tan familiarizado con el mar le hacía pensar más bien en algún personaje conocido o del dominio público, como Robinson Crusoe o el capitán Cook, y Penny siempre había deseado tener por marido a un personaje importante, susceptible de aparecer en las *Preguntas* de Mangnall[28], con cuyo listado de inmortales había llegado a familiarizarse durante el año que había pasado en el internado. Lo único que la desconcertaba era que un hombre tan notable fuera pastelero y cocinero; anomalía que inquietaba a Penny incluso en sueños. Sabía que sus hermanos solían reírse de los hombres que no sabían montar a caballo, a los que llamaban «costureras»; pero eran muchachos rudos, que carecían por completo de la habilidad para contar historias que hacía del señor Freely una deliciosa compañía. Sin duda debía de ser un gran hombre, se decía, pues ella misma había escuchado decir un día al señor Luff que siempre había hecho lo posible por cumplir con su deber, fuera cual fuera el estrato social en el que se encontrara. Y también había conocido de cerca la pobreza, ya que en una ocasión le había oído repetir los versos de cierta canción; ¡lo que le había hecho pensar que quizá las bellas palabras de la tarjeta de San Valentín eran de su propia cosecha! Concluían así:

*Sin vos, vivir es sufrimiento;
mas a vuestro lado dulce sería morir.*

¡Pobre señor Freely! Lo más probable era que su padre se opusiera... Ella estaba casi segura de que así sería, pues él siempre se refería al señor Freely como «el tipo de las confituras». ¡Oh, qué crueldad cuando el verdadero amor se veía de ese modo contrariado! ¡Y todo porque el señor Freely era pastelero! Pues bien, Penny le sería fiel y, puesto que el hecho de que fuera pastelero le brindaba una oportunidad para demostrarle su fidelidad, se alegraba por ello. Edward Freely era un nombre bonito. Mucho más que John Towers. Hacía unos días, el joven Towers le había ofrecido una rosa que llevaba en el ojal, sonrojándose de modo visible al hacerlo, pero ella la había rechazado y después había pensado extasiada en lo mucho que se alegraría el señor Freely al saber que se había mantenido firme.

¡La pobre y pequeña Penny! Los días se hacían muy largos entre las margaritas de una granja de ganado, y el pensamiento es tan inquieto... ¿Cómo era posible que el drama interior no diera pie maquinalmente al exterior? He conocido a jóvenes damas, mucho mejor educadas y en un entorno más rico y diverso gracias a instructivas lecciones, por no hablar de literatura y elaborados bordados, que fueron capaces de tejer para sí mismas, tal como hizo Penny, un capullo de visionarios goces y tristezas. Su hermana mayor, Letitia, que tenía un estilo de belleza más orgulloso, y ambiciones más mundanas, estaba comprometida con un comerciante de lanas que había viajado expresamente desde Cattelton para verla; y, como todo el mundo sabe, a los comerciantes de lanas no les corresponde precisamente un rango menor, pues algunos llegan incluso a disponer de un carruaje tirado por dos caballos. Las aspiraciones de Letty eran mayores con cada día que pasaba, y Penny nunca se atrevía a confesar sus cuitas de amor a su altiva hermana; y menos aún a sugerirle visitar la tienda del señor Freely para comprar regalices, aunque había llegado incluso a preparar un hipotético escenario para hacerlo, poniendo como excusa que le dolía un poco la garganta. Sin embargo, al final tuvo que conformarse con pasar delante de la tienda, por el otro lado de la plaza del mercado, conteniendo un suspiro mientras se decía que tras

aquellos jarrones de color rosa y blanco había una persona que pensaba dulcemente en ella, ajena en esos momentos a la poca distancia que los separaba.

Y era cierto que, cuando su negocio se lo permitía, el señor Freely pensaba mucho en Penny. Su belleza le parecía comparable a la de los más bonitos productos de repostería. Daba por hecho que era una muchacha de carácter sumiso, que le atendería con el mismo celo que si hubiera sido una negra de las Indias y temblaría en silencio cuando su hígado le volviera irascible. Además, consideraba a la familia Palfrey como la mejor con diferencia de toda la parroquia con hijas casaderas. En conjunto, consideraba a Penny digna de convertirse en la señora de Edward Freely; más todavía al pensar que conquistarla requeriría de él alguna que otra dosis de ingenio. El señor Palfrey habría sido capaz de azotar a cualquier pretendiente de su hija que pecara de excesiva osadía y, por si fuera poco, contaba además con el apoyo de sus tres fornidos vástagos. Era evidente que cualquier hombre con intenciones de cortejarla se encontraría en desventaja a la hora de hacerle frente a semejante familia, a menos que los viajes por el mundo y una innata sagacidad le hubieran provisto de un poder de convicción capaz de contrarrestarla. La primera idea que se le ocurrió para allanarse el terreno fue que posiblemente el señor Palfrey tuviera menos que objetar si supiera que los Freely eran una familia de mayor categoría que la suya. Había pecado de una tonta modestia al omitir que una parte de la familia Freely poseía una heredad en Yorkshire y al ocultar el retrato de su tío abuelo el almirante, en lugar de colgarlo donde debería estar un retrato familiar, esto es, en el salón, sobre la repisa de la chimenea. Una vez expuesto su retrato en el lugar debido, las visitas pudieron comprobar que al almirante Freely, CCOB[29], le faltaban un brazo y un ojo —lo que le otorgaba cierto parecido con el heroico Nelson—, así como que cierta insignificancia y palidez de sus rasgos parecía confirmar el parentesco entre él y su sobrino nieto.

A continuación, se apoderó del señor Freely la irreprimible ambición de conseguir la receta del pastel de carne de la señora Palfrey, que, en opinión de todos los que lo habían probado, era indudablemente superior al suyo —como él mismo le hizo saber a la aludida en una halagadora misiva entregada por su chico de los recados—. Ahora bien, la señora Palfrey, al igual que otros genios, actuaba por instinto y sin obedecer ninguna norma, por lo que carecía de recetas propiamente dichas. De hecho, despreciaba a todos aquellos que las usaban, aduciendo que la gente que cocinaba por el libro lo hacía siguiendo fielmente una serie de pesos y medidas, ¡un puro disparate! Para ella, por el contrario, los pesos y medidas eran las yemas de sus dedos y la punta de su lengua; para los ingredientes secos, como la harina y las especias, se guiaba por puñados y pellizcos; para los líquidos tenía una jarrita de tamaño mediano, que era lo ideal tanto para grandes como pequeñas cantidades; pues no hacía falta ser un genio para saber a cuánto equivale una taza de té, o que cinco jarritas medianas hacen un galón. Los conocimientos de este tipo son, como los colores de Tiziano, difíciles de explicar con palabras; y, puesto que la señora Palfrey —otrota excepcionalmente bella— se había vuelto bastante oronda, además de asmática, y apenas salía de casa, solo podía impartir sus clases orales en Long Meadows. Ni siquiera una matrona es insensible a los halagos, y la perspectiva de un visitante cuyo único interés era escuchar su conversación no carecía de encanto para la señora Palfrey. Puesto que no existía ninguna receta que pudiera ser enviada como respuesta a la humilde petición del señor Freely, la dama recurrió a su hija más dócil, Penny, para que escribiera una nota comunicándole que su madre estaría encantada de recibirle y de hablar con él sobre su pastel de carne de cerdo adobada cualquier día que tuviera a bien presentarse en Long Meadows. Penny obedeció con mano trémula mientras pensaba en las cosas maravillosas que a veces acontecen en este mundo.

De esta manera, el señor Freely fue presentado oficialmente en el hogar de los Palfrey y, a pesar de la costumbre de los varones de la familia de burlarse un poco de él con calificativos como «paliducho» o «patizambo», finalmente consiguió establecer su posición como un invitado habitual y aceptado por casi todos. El joven Towers lo observaba con creciente disgusto una tarde de domingo en que ambos coincidieron en la casa y fantaseó en secreto con la idea de azuzar a su hurón contra él, como si fuera una alimaña a la que su preciada mascota pudiera enfrentarse con agresivo vigor. Sin embargo, ni el señor ni la señora Palfrey —así de ciegos son en ocasiones los padres— sospechaban que Penny pudiera sentir el más mínimo interés por un comerciante de dudosa catadura que ya no estaba precisamente en la flor de su juventud. El joven Towers, en su opinión, le había echado el ojo a su pequeña y no era una mala opción para emparejarla en el futuro. No obstante, Penny todavía era una niña y, entretanto, imaginaba las circunstancias en que el señor Freely se le declararía algún día: quizá junto a la hilera de ciruelos cuando salieran al jardín antes de tomar el té, o tal vez por carta, en cuyo caso, ¿cómo empezaría la misiva, «Queridísima Penélope», o «Mi querida señorita Penélope», o quizá sin preámbulos, sin «queridas» ni nada por el estilo, como suelen hacer las personas en la vida real cuando se sienten inseguras? En cualquier caso, lo hiciera como lo hiciera, ella no aceptaría ninguna proposición sin el consentimiento de su padre: siempre le sería fiel al señor Freely, pero no estaba dispuesta a desobedecer a su padre. Pues Penny era una buena chica, aunque algunas de sus amigas pensaban que no decía mucho en su favor el que no hubiera sentido una instintiva repugnancia por el señor Freely nada más conocerle.

Él, por otra parte, era un hombre cauteloso y no quería arriesgarse a actuar sin antes comprobar si el terreno que pisaba era firme. Su visión del matrimonio no era demasiado sentimental y estaba debidamente salpicada de consideraciones acerca de lo que podía o no ser ventajoso para un hombre en su posición, como si se hubiera gastado una enorme suma de dinero en su educación. Tampoco era el tipo de hombre que se enamora en el lugar equivocado. Por tanto, se concentró en ganarse el favor de los padres con el fin de asegurar su compromiso con Penny. La señora Palfrey no había sido invulnerable a los halagos y era de esperar que su marido, como cualquier mortal, tampoco sería inmune al ron, «ese excelente ron de Jamaica», que el señor Freely recibía con regularidad desde el otro lado del océano y cuya reserva privada siempre estaba bien abastecida. No fue fácil conseguir que el señor Palfrey accediera a visitar el salón de la parte trasera de la tienda, donde la tenue luz de un callejón caía sobre los rasgos del heroico almirante. Sin embargo, al toparse con el patriarca un anochecer cuando estaba a punto de regresar a casa desde Grimworth, el ambicioso pretendiente logró persuadirlo para cenar un rollo de ternera que, después del pastel de carne de la señora Palfrey, le parecería la mejor comida fría imaginable.

Desde ese momento el señor Freely estuvo seguro de que tendría éxito: a solas con un hombre honorable lo bastante mayor para ser su propio padre y estando él solo en el mundo, era natural que se desahogara aludiendo a ciertos temas sobre los que no solía hablar en las reuniones del club —especialmente en lo concerniente a las esperanzas que albergaba respecto a su tío de Jamaica, que no tenía hijos y quería a su sobrino Edward más que a nada en este mundo, si bien se había llevado tal disgusto al verlo partir de Jamaica que había amenazado con desheredarle—. No obstante, hacía poco le había escrito para decirle que le perdonaba y, aunque era un anciano caballero de lo más excéntrico y no podía soportar la idea de renunciar a su dinero en vida, el señor Edward Freely pudo mostrarle al señor Palfrey la carta en la que declaraba, con suficiente

claridad, quién iba a ser el querido heredero de su tío. Y, en efecto, cuando el señor Palfrey vio la carta, no pudo evitar admirar el carácter del sobrino, que afirmaba que tan brillantes esperanzas no afectarían de ningún modo a su conducta, pues pensaba continuar trabajando en su humilde negocio, gracias al cual reuniría, de todas formas, una modesta fortuna. Si el patrimonio de Jamaica llegaba a sus manos, perfecto. No era nada sorprendente que un miembro de la familia Freely heredara, teniendo en cuenta la gran cantidad de tierras que su linaje había poseído desde tiempos pasados —o, mejor dicho, que aún poseía la rama de Northumberland—. ¿Le apetecería al señor Palfrey otra copa de ron? ¿Y examinar quizá su saldo contable del pasado año? El señor Freely era un hombre a quien le preocupaba cultivar ciertas virtudes personales y no gustaba de alardear de su familia, como habrían hecho otros hombres.

Sabemos con qué facilidad es posible conducir al Leviatán cuando lo tenemos sujeto por un gancho en la nariz o con una brida entre las fauces. El señor Palfrey era un hombre corpulento, mas, como la del Leviatán, su mole únicamente podía jugar en su contra desde el momento en que ha cambiado de trayectoria. No era un hombre voluble, que cambiara fácilmente de parecer. Baste con decir esto. Apenas dos meses más tarde había dado su consentimiento al matrimonio del señor Freely con su hija Penny, y, habiendo hallado la fórmula que podía justificarlo, decidió ignorar todas las dudas y objeciones que desde entonces se le plantearan, incluidas las suyas. La consigna que le movía era la siguiente: «No soy hombre que asome la cabeza por un agujero sin antes saber hacia dónde conduce».

La pequeña Penny estaba muy orgullosa y excitada, pero en absoluto tan feliz como esperaba estarlo una vez comprometida. Se preguntaba si al joven Towers le importaría lo más mínimo, pues últimamente no había ido a visitarla, y su hermana y sus hermanos preferían burlarse a mostrarle sus simpatías. En Grimworth no se hablaba de otra cosa. Todos los hombres comentaban la buena suerte del señor Freely; mientras que las mujeres, con la dulce preocupación propia de las de su sexo, deseaban que el matrimonio fuera muy feliz.

Saboreando al fin las mieles del éxito, el señor Freely se fijó una mañana en que un picapedrero que había estado desayunando en el comedor se había dejado allí el periódico. Era la *Gaceta de X-shire* y, siendo X-shire un condado que no le resultaba en absoluto desconocido, el señor Freely sintió cierta curiosidad y comenzó a hojearlo, poniendo especial atención en los anuncios. De repente notó que se acaloraba ligeramente al leer el siguiente aviso: «Si David Faux, hijo de Jonathan Faux y residente en otro tiempo en Gilsbrook, tuviera a bien presentarse en las oficinas del señor Strutt, abogado, en Rodham, tendrá noticia de algo que le resultará provechoso».

—¡Padre ha muerto! —exclamó el señor Freely involuntariamente—. ¿Es posible que me haya incluido en su testamento?

III

Quizá no sea este el desenlace que esperaban, que el señor David Faux se hubiera visto en la necesidad de regresar desde las Indias Occidentales pocos años después de llegar para retomar su antiguo negocio como cualquier hombre corriente que jamás haya viajado. Pero en la vida suceden estas cosas. Pues, como es sabido, los hombres cambian de cielos para contemplar nuevas constelaciones sin que por ello se transforme su alma; se entenderá que en ocasiones tampoco cambien de actividad en un nuevo escenario.

Ciertamente, David tampoco esperaba nada semejante. Como ya saben, había previsto labrarse una brillante carrera entre «los negros». No obstante, bien se debiera a que ya habían visto demasiados hombres blancos o a alguna otra razón, lo cierto es que los nativos no vieron en él a un ser humano de categoría superior; y, dicho sea de paso, tampoco había princesas entre ellos. Nadie en Jamaica se había mostrado ansioso por mantener a David a cambio del mero placer de su compañía, y los méritos ocultos de un hombre que se conoce profundamente a sí mismo eran tan poco reconocidos allí como lo habían sido en la decadente sociedad del Viejo Mundo. De modo que, en mi opinión, con las ambiguas insinuaciones que David había hecho en el Oyster Club sobre la ociosa vida de sultán que había llevado en las suntuosas Indias, se estaba haciendo un flaco favor. Lo que yo creo es que trabajó para ganarse el pan y, de hecho, se dio cuenta de que lo único que de verdad sabía hacer bien era cocinar. Había trazado varios planes ingeniosos con el fin de aprovecharse de gentes de gran patrimonio y escasa inteligencia, pero, una vez allí, no fue capaz de encontrar tan convenientes circunstancias. Al parecer, las estrategias de David para hacerse rico, a diferencia de sus recetas de pastelería, no tenían relación directa con el mundo que le rodeaba. Es posible dar por buenas monedas falsas de medio penique o media corona, mas creo que no se conoce el caso en que alguien haya confundido medio penique o media corona con un soberano. Un fullero puede llegar a hacer grandes negocios en este mundo: es innegable que puede labrarse una brillante carrera si está dispuesto a aceptar los riesgos. Pero David era demasiado apocado para ser un estafador o para arriesgarse a quedar atrapado en alguna de las trampas de la ley, algo que evidenciaba el que en toda su vida únicamente se hubiera atrevido a robarle a su madre. De manera que al final se había visto obligado a servirse del único don que tenía y a contentarse con ser aceptado como un medio penique auténtico o, por decirlo de un modo más preciso, como un buen confitero. Pues, aparte de haber leído algo más de lo que es habitual y de poseer ciertas dotes de observación, no contaba con más recursos para ganar dinero. Y lo cierto es que descubrió que era capaz de mejorar sus habilidades en esa dirección experimentando con todas las artes culinarias, al tiempo que llegaba a la conclusión de que en otras ramas del trabajo humano nunca llegaría a destacar. El destino fue excesivamente duro con él. Había fantaseado con dominarlo, y con dicha esperanza atravesó el océano, mas su sino volvió a atraparlo, le colgó del cuello un delantal y, obligándolo a renunciar a cualquier otra estrategia, lo había puesto a preparar pasteles y empanadas en una cocina de Kingstown. En vista de que las ganancias eran tolerables, el aventurero había llegado a resignarse, pero las fiebres, el calor pegajoso y otras cuitas asociadas a las labores de un cocinero en climas abrasadores hicieron que comenzara a extrañar su tierra natal. De modo que finalmente volvió a embarcarse, pertrechado con sus ahorros de seis años y con la certeza, esta vez, de lo que el destino le deparaba en lo referente a su carrera. Si alguien insistiera en preguntarme si creo que todo el dinero que le permitió instalarse en Grimworth era fruto de su trabajo, me vería en la obligación de confesar que obtuvo alguna que otra gratificación a cambio de guardar silencio caritativamente acerca de las fechorías de ciertas personas. En resumen, puesto que de su familia nada podía esperar y un nuevo nombre parecía un comienzo adecuado para una nueva vida, le había parecido bien presentarse en lo venidero con el nombre de Edward Freely.

¡Mas hete aquí que, contra todo pronóstico, el nombre de David Faux todavía podía reportarle algún beneficio! ¿Debió renunciar a él ahora que se había convertido en un próspero hombre de negocios? De hacerlo volvería a tener relación con su familia, algo que en principio no le entusiasmaba. Es más, tenía la vaga sensación de que ese «algo que le resultará provechoso»

podía no ser gran cosa. Por otro lado, cualquier ganancia es agradable por pequeña que sea, y tan sorprendente perspectiva en su actual situación hizo que David sintiera curiosidad. Finalmente, decidió escribirle al abogado y, en resumen, la correspondencia concluyó con la cita para una reunión entre David y su hermano mayor en las oficinas del señor Strutt, y el ambiguo «algo» al que aludía el anuncio se concretó en un legado paterno de ochenta y dos libras y tres chelines.

Como ya se ha dicho, David creía que su padre lo había desheredado. Y así habría sido de no haber tenido, como tantos otros hijos egoístas, unos padres excelentes cuya conciencia los hacía escrupulosos allí donde personas mucho más instruidas a menudo se sentían justificadas para dejarse arrastrar por la indignación. La dulce señora Faux nunca pudo olvidar que había traído al mundo a aquel hijo mal equipado y en un estado de completa indefensión que le impediría tener la más mínima oportunidad en la vida; y, de algún modo, sentía que el hecho de que se hubiera descarriado era culpa de su padre y de su madre, por no haber sabido cumplir con sus deberes parentales. No es que la buena mujer tuviera una visión excelsa y sutil de tales obligaciones; pero, en cualquier caso, entre ellas sí estaba la de legarle a su vástago la parte que le correspondía del patrimonio familiar. Pues si un hombre posee al menos un poco de dinero honrado ¿no es menos probable que robe? Desheredar a un hijo delincuente era igual que empujarlo a dar rienda suelta a sus malos impulsos. No, lo mejor sería restar de su parte las veinte guineas robadas y después devolver al total de la suma tres guineas, puesto que su madre siempre había considerado que tres de las veinte guineas le correspondían a él. Y, a pesar de que se había fugado y quizá incluso había huido atravesando el océano, había optado por dejarle el dinero de todas formas y lo había reservado por si regresaba. El señor Faux estaba de acuerdo con su esposa y había redactado un codicilo a su testamento poco antes de morir, por lo que pudo marcharse al otro mundo con buena conciencia. Sin embargo, durante algún tiempo su familia creyó que lo más probable era que David nunca volviera a aparecer; y el hijo mayor, que era quien se ocupaba actualmente de Jacob, a menudo pensaba que era un poco injusto que, aun estando David muerto y por falta de certidumbre en este punto, el legado familiar no pudiera ser entregado a su legítimo heredero. No obstante, fue en esta situación cuando el testimonio de un vecino sugirió justo lo contrario al afirmar que, durante un reciente viaje a Cattelton, le había parecido ver a David sentado en la parte delantera de una calesa, al lado de un hombre robusto que la conducía. Habría «jurado que era David», dijo. Mas no fue capaz de «argumentar el porqué, pues ninguna señal en especial lo delataba. Aunque tampoco las tiene un perro blanco y eso no impide que la gente lo distinga de otro perro del mismo color». Fue este incidente lo que alentó a la familia a publicar el anuncio.

La herencia, por supuesto, se hizo efectiva después de que David revelara ciertos detalles acerca de su actual situación. Rogó que le permitieran escribirle una carta a su madre para decirle que la quería y que esperaba poder visitarla pronto, aunque por el momento el negocio y sus inminentes nupcias le impedían abandonar su casa. Su hermano le respondió con rotunda franqueza: «Madre es libre de decidir si quiere recibirte. En cuanto a mí, no quiero volver a verte nunca por allí. Cuando alguien se cambia de nombre, lo mejor es que se limite a frecuentar a sus nuevas amistades».

David se guardó el insulto en el bolsillo junto con las ochenta y dos libras con tres chelines y regresó a casa con una ligera sensación de triunfo, dada la facilidad de una transacción que le había hecho bastante más rico. No tenía intención de ofender a su hermano, apelando en el futuro a su amor fraternal, de modo que, satisfecho, volvió a meterse en el papel del señor Edward Freely, el huérfano, vástago de una familia pequeña pero de gran categoría y con un excéntrico tío en las

Indias Occidentales. (Como ya se ha dado a entender, nuestro protagonista había leído no pocas novelas y, siendo un hombre de carácter eminentemente práctico, había aplicado, como pueden ver, dicha forma de conocimiento a propósitos más convenientes).

Poco más de una semana después de su regreso de tan fructífero viaje y habiéndose fijado el día de su boda con Penny, la familia decidió que la señora Palfrey tendría que superar su reticencia a salir de casa para que ella y su marido, junto a sus dos hijas, tuvieran ocasión de inspeccionar la futura residencia de Penny para organizar la recepción de la novia. El señor Freely tenía intención de ofrecerle a su futura esposa una casa tan bonita y confortable que nada tuviera que envidiar a la de la mujer de un comerciante de lanas. Por supuesto, la habitación que estaba sobre la tienda sería la mejor opción para convertirse en el salón, pero también la sala de la parte trasera del negocio sería un agradable cenador para la bella Penny —si bien es cierto que el señor Freely había manifestado abiertamente su firme decisión de que ella jamás trabajaría en la tienda—. Decidieron dejar para el final la elección de los muebles del salón, pues la fiesta se celebraría en esa habitación, y alrededor de las cinco de la tarde estaban todos allí sentados, ante una mesa decorada con los mejores pastelitos y bollos de mantequilla, mientras la pequeña Penny sonreía ruborizada, con el cabello recogido en un rodete excepcional y luciendo un vestido azul que dejaba al aire sus delicados y blancos hombros, escuchando toda clase de preguntas que nunca respondía. En secreto deseaba tener ciertos adornos para la chimenea, aunque no fue capaz de reunir el coraje necesario para decirlo en voz alta. Sentada junto a su cetrino y algo envejecido amante, que aún no había cumplido los treinta y ya tenía patas de gallo alrededor de los ojos, la muchacha temblaba al pensar en la suerte que había tenido al poder casarse con un hombre que había viajado tanto... ¡y antes que su hermana Letty! La hermosa Letitia se mostraba orgullosa y despectiva, pues consideraba a su futuro cuñado una persona odiosa y estaba indignada con su padre y su madre por permitir que Penny se casara con él. ¡Pobre Penny! Parecía una cereza sin madurar a punto de ser arrancada de su rama por aquella boca sin labios. ¿Acaso no iba a aparecer ningún libertador que en el último momento salvara a aquella cereza de que la mordiera semejante boca?

—El parecido entre usted y el almirante es evidente, señor Freely —comentó la señora Palfrey al contemplar por primera vez el retrato—. ¡Es sorprendente! Y eso que solo es su tío abuelo. ¿Se parece usted tanto al resto de su familia? ¿Al menos a los que conoce?

—No podría decírselo —dijo el señor Freely, con un suspiro—. La mayor parte de mi familia siempre se ha considerado demasiado buena para mí.

En ese momento se escuchó un terrible alboroto procedente de la tienda, como si un animal de gran tamaño acabara de entrar gruñendo y pateando, y entonces un jarrón de cristal cayó al suelo haciéndose añicos, al tiempo que se oía gritar al aprendiz muy alarmado.

—¡Patrón!

El señor Freely se levantó, nervioso y estupefacto, y corrió hacia la tienda seguido por los cuatro Palfrey, que se detuvieron de repente en la puerta del salón, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, al toparse con un hombre alto y corpulento vestido únicamente con una larga camisola y con una horca en la mano, que se abalanzaba sobre el señor Freely y lo abrazaba gritando: «¡Zavi, Zavi! ¡Mano, Zavi!».

Era Jacob y durante un instante David estuvo a punto de venirse abajo, pues creyó que venían a detenerle por el robo de las guineas de su madre. Entre los brazos de su hermano, se puso lívido y comenzó a temblar.

—Pero ¿qué sucede? —dijo el señor Palfrey, acercándose a la puerta—. ¿Quién es ese hombre?

Jacob respondió a la pregunta, diciendo una y otra vez:

—Es Zacob, mano Zacob. Viene a ve Zavi.

Hasta que un súbito apetito lo hizo aflojar su presa para coger una gran empanada que se llevó con avidez a la boca.

David empezaba a recuperar la compostura, aunque se vio obligado a sacar fuerzas de flaqueza para controlar su furia y su odio contra el pobre Jacob.

—No sé quién es. Debe de estar borracho —dijo en voz baja, dirigiéndose al señor Palfrey—. Pero con esa horca es peligroso. No parece dispuesto a soltarla. —Y, acto seguido, logrando controlarse antes de que lo traicionara la excesiva familiaridad con las costumbres de Jacob, añadió—: Usted vigílelo mientras yo voy a buscar al alguacil.

Y salió de la tienda a toda prisa.

—Está bien, hombre, ¿de dónde has salido? —dijo el señor Palfrey, dirigiéndose a Jacob en tono conciliador.

Jacob comía la empanada a grandes bocados y miraba a su alrededor en busca de otros manjares sin soltar ni un momento la horca, que sujetaba fuertemente en el hueco del brazo izquierdo al tiempo que posaba la misma manaza sobre varios bollos con pasas. Se hallaba en la extraña situación de una persona que se reencuentra con un amigo que ha estado ausente durante mucho tiempo y descubre que es más rico que nunca, y precisamente en aquello que le había ayudado a ganarse su corazón.

—Es Zacob... mano Zacob. Ya no casa... Quiere Zavi... mano Zavi —dijo en cuanto se dio cuenta de que el señor Palfrey se dirigía a él—. Zavi vuelve de Indas... Tiene zineas de madre. ¿Dónde Zavi? —añadió, mirando a su alrededor y volviéndose hacia los demás con aire inquisitivo, desconcertado por la abrupta desaparición de David.

—Es muy extraño —comentó el señor Palfrey a su esposa e hijas—. He creído entender que Freely es su hermano que ha vuelto de las Indias.

—¡Qué extraordinario pariente! —exclamó Letitia con sarcasmo—. Se parece bastante al señor Freely. Tienen la misma nariz y el mismo color de ojos.

La pobre Penny estaba a punto de llorar.

Pero entonces el señor Freely volvió a entrar en la tienda sin el alguacil. Durante los escasos metros que había caminado había tenido ocasión de calmarse lo suficiente para prever las posibles consecuencias de sus actos y se dio cuenta de que encerrar a Jacob en el asilo para pobres o en la cárcel como si fuera un criminal podría depararle imprevisibles consecuencias si su familia se tomaba la molestia de hacer preguntas acerca de lo sucedido. Debía resignarse, pues, y tomar medidas menos extremas.

—Pensándolo bien —dijo, acercándose al señor Palfrey y susurrándole al oído mientras Jacob estaba de espaldas—, es un pobre retrasado. Quizá sus amigos vengán a buscarlo. No tengo inconveniente en darle algo de comer y dejar que pase aquí la noche. Se le ha metido en la cabeza que me conoce. No es raro que a los idiotas les dé por estas cosas. Quizá se marche por su propia voluntad dentro de un par de horas, sin más escándalos. Soy un hombre de buen corazón y no me gustaría que al pobre tipo le sucediera nada malo.

—¡Vaya! Pues, si no tiene cuidado, en un abrir y cerrar de ojos se comerá mercancías por

valor de un soberano —dijo el señor Palfrey, pensando que el señor Freely se pasaba de generoso.

—¡Ah! ¡Zavi vuelve! —exclamó Jacob abrazando de nuevo a su hermano al tiempo que le aplastaba la cara contra los dientes de la horca.

—Está bien, está bien —dijo el señor Freely sin dejar de sonreír y sopesando todo tipo de opciones para asesinar a su hermano, aun a sabiendas de que carecía del coraje necesario para hacerlo. ¡Ojalá los bollos estuvieran bañados en arsénico!

—¿Zineas mamá? —dijo Jacob, señalando un tarro de cristal con caramelos amarillos que había en el escaparate—. Dame.

David no tuvo más opción que coger el tarro y darle un puñado, que Jacob enseguida recogió en su camisola, estirando los faldones a la espera de más.

«Al menos así se estará callado un rato», pensó David, mientras volcaba el frasco. Jacob sonrió mientras masticaba encantado.

—Es usted muy bueno con este desconocido, señor Freely —dijo Letitia. Y después, cuando David se acercó a la familia, que seguía junto a la puerta del salón, añadió maliciosamente—: No creo que pudiera tratarlo mejor si de verdad fuera su hermano.

—Siempre he pensado que tenemos el deber de ser buenos con estos inocentes —dijo el señor Freely, tratando de enfocar la cuestión desde el punto de vista moral—. Nosotros podríamos haber nacido idiotas en lugar de tener todos los sentidos. Puede pasarle a cualquiera.

—Pues entonces no sé dónde habría comida suficiente para todos —dijo la señora Palfrey, abordando el asunto desde el punto de vista de un ama de casa.

—Bueno, volvamos a sentarnos y acabemos de tomar el té —dijo el señor Freely—. Dejemos a su aire a la pobre criatura.

Entraron otra vez en el salón. Pero Jacob, que no pareció apreciar la cortesía de que lo dejaran a solas, siguió inmediatamente a su hermano y, dejando la horca en el suelo, se sentó a la mesa.

—Bueno —dijo la señorita Letitia, levantándose—. No sé si tiene usted intención de quedarse, madre, pero yo me voy a casa.

—Oh, yo también —dijo Penny, mortalmente asustada a causa de Jacob, que no dejaba de sonreírle moviendo la cabeza.

—Bien, creo que lo mejor será que nos marchemos, señor Palfrey —dijo la madre, poniéndose de pie más despacio.

El señor Freely, cuyo semblante se había vuelto claramente más amarillo durante la última media hora, no se opuso a la propuesta y manifestó su deseo de volverse a ver pronto «en circunstancias más propicias».

—Creo que ese hombre es su hermano —dijo Letitia, de camino a casa.

—¡Qué disparate! —dijo el señor Palfrey—. Freely no tiene hermanos... Lo ha dicho por activa y por pasiva. Es huérfano y no tiene más familia que sus tíos, por lo menos uno. ¿Qué importa lo que diga un pobre idiota? ¿Qué motivo iba a tener Freely para mentir?

Letitia se limitó a inclinar levemente la cabeza y guardó silencio.

El señor Freely, por fin a solas con su afectuoso hermano, sopesaba con aire lúgubre la posibilidad de sacarlo del pueblo a primera hora de la mañana siguiente mediante algún engaño para llevarlo a Gilsbrook lo antes posible. Pero no iba a resultar fácil. Era consciente de que, si él

mismo llevaba a Jacob, enseguida relacionarían su ausencia con la desaparición del forastero; lo que probablemente los convencería de que Jacob realmente era un pariente suyo, o le obligaría a correr el riesgo de inventarse una historia para justificar dicha desaparición y su propio mutis. David gruñó de pura impotencia. Algunas veces la mentira tiene consecuencias de lo más inoportunas. Quizá le habría resultado más útil a largo plazo el no haber contado aquellos ingeniosos embustes —grandes o pequeños— acerca de sus tíos. Después de todo, los Palfrey eran gente sencilla que a buen seguro compartía los populares prejuicios contra la mentira. Aunque consiguiera deshacerse de Jacob esta vez, ¿quién le aseguraba que no volvería a aparecer, puesto que ya sabía dónde encontrarle? ¡Oh, guineas! ¡Oh, caramelos! ¡Afortunados aquellos que nunca han robado a sus madres ni han contado mentiras! David no pegó ojo en toda la noche mientras Jacob roncaba a su lado. ¿Era esta la recompensa final de su viaje a las Indias, de las experiencias vividas, de todo su bagaje?

Se levantó al despuntar el día, como ya había hecho en una ocasión por temor a Jacob, y trató de despertar por todos los medios a su funesto hermano, que dormía como un tronco. No se atrevió a levantar la voz, pues el aprendiz estaba en casa y, de enterarse, lo largaría todo. Pero Jacob no se despertó, sino que se limitó a apartar con un puño la desconocida causa de aquel incordio, se dio la vuelta y siguió roncando. Se despertaría cuando quisiera. Con un frío sudor cubriendo su frente, David se resignó a la idea de que no iba a poder librarse de Jacob ese día.

El señor Palfrey llegó a Grimworth antes del mediodía con la natural curiosidad por averiguar cómo se las había apañado su futuro yerno con aquel forastero al que con tanta benevolencia trataba. Al llegar a la plaza se encontró con una multitud que se apiñaba delante de la tienda. A esas horas todo Grimworth se había enterado ya de cómo a Freely se la había jugado un idiota que lo llamaba «hermano Zavi», y los más jóvenes del pueblo parecían considerar al singular forastero una inagotable fuente de fascinación, mientras los padres de familia pasaban por allí uno detrás de otro para preguntar por el incidente.

—¿Por qué no lo envía al asilo para pobres? —propuso el señor Prettyman—. De un momento a otro tendrá usted una trifulca con él delante de los niños y le hará pedazos. El asilo es el lugar indicado para alguien en su situación. Deje que su familia se ocupe de él, si es que la tiene.

—Esa será su opinión, señor Prettyman —dijo David, algo distraído por el tormento que pesaba sobre él.

—¡Vaya! ¿Acaso es su hermano, entonces? —respondió el señor Prettyman, mirando con severidad a su vecino Freely.

—Todos los hombres son nuestros hermanos, en especial los idiotas —dijo el señor Freely, que como tantos hombres que han viajado mucho ya no estaba especialmente ducho en lo tocante a su lengua materna.

—Vamos, vamos, hombre. Si es su hermano diga la verdad —replicó el señor Prettyman, con creciente desconfianza—. No se avergonzará usted de los de su propia sangre.

El señor Palfrey estaba presente y también observaba a Freely. A un hombre le resulta difícil creer en las virtudes de decir la verdad si lo que está en juego es quedar como un mentiroso. En ese momento crítico David se acobardó, temiendo caer en desgracia delante de su futuro suegro.

—Señor Prettyman —dijo—, considero un insulto sus observaciones. Estoy orgulloso de los de mi sangre. Si este pobre hombre fuera mi hermano en mayor medida que el resto de los hombres, lo diría.

Una alta figura oscureció en ese momento la entrada de la tienda, y al mirar en esa dirección

David vio a su hermano mayor, Jonathan, en el umbral de la puerta.

—Me queo co Zavi —gritó Jacob, al ver también a su hermano mayor. Y corrió hacia el mostrador para agarrarse fuertemente a David.

—Vaya, ¿está aquí? —dijo Jonathan, adelantándose—. Madre no dice nada, aunque pase tanto tiempo fuera, pero decidí venir a buscarle de todos modos. Sospechaba que habría venido a verte, pues últimamente hemos estado hablando mucho de ti y del lugar donde vivías.

David se dio cuenta de que no tenía escapatoria y una espantosa sonrisa crispó su rostro.

—¿Qué es esto! ¿Es pariente suyo este hombre? —dijo el señor Palfrey dirigiéndose a Jonathan.

—Por supuesto; es mi hermano retrasado —respondió el honesto Jonathan—. Siempre ha sido una fuente de problemas y de gastos... con todo lo que come y demás. Pero hemos de soportar la carga que nos ha sido asignada.

—Y su apellido es Freely, ¿no es así? —dijo el señor Prettyman.

—Qué va; es Faux. No sé nada de ningún Freely —respondió Jonathan, bruscamente—. Bueno —añadió, volviéndose hacia David—, tengo que contarle a madre que he encontrado a Jacob. ¿Me lo llevo ahora o te encargas tú de hacerlo?

—Llévatelo, si consigues que me suelte —dijo David, lánguidamente.

—Entonces, señor, ¿es este caballero que se dedica al negocio de la confitería hermano suyo? —preguntó el señor Prettyman, pensando que la ocasión requería de un lenguaje formal.

—No tengo el menor interés en que así sea —dijo Jonathan, incapaz de contener una indignación a la que nunca había podido dar rienda suelta—. Huyó de casa hace años con un buen puñado de razones en los bolsillos. Y, si no me equivoco, él tampoco ha tenido el menor interés en restablecer los lazos con su familia.

El señor Palfrey salió de la tienda. Su orgullo estaba demasiado herido por la convicción de que había sido engañado para querer saber más detalles. Ahora lo más urgente era volver a casa para decirle a su hija que Freely no era más que un pobre estafador, posiblemente un bandido, y que el compromiso estaba roto.

El señor Prettyman se quedó, satisfecho por no haberse fiado nunca de Freely y porque ahora el señor Chaloner vería por fin qué clase de hombre era aquel al que había antepuesto al resto de sus antiguos parroquianos. Consideró (el señor Prettyman) que, en interés de la parroquia, era su deber encargarse de que todo el mundo supiera lo que había hecho aquel «intruso». Si permitían que las cosas siguieran por ese camino, no tardaría en instalarse en Grimworth gente recién llegada de Botany Bay[30].

Pronto quedó claro que Jacob no iba a abandonar a su querido hermano David salvo por la fuerza. Comprendía, con la misma claridad con que lo habría hecho la mente más lúcida, que Jonathan lo llevaría de vuelta a la leche descremada, las albondiguillas de manzana, las alubias y el cerdo. Ahora que había encontrado el paraíso en la tienda de su hermano, no sería tarea fácil emplear la fuerza con Jacob, pues llevaba botas de clavos y, si le hubieran arrebatado la horca, sin dudarle se habría defendido a patadas. Solo engatusándolo ambas partes estarían seguras.

—Deja que se quede —dijo David, con desesperada resignación, asustado sobremanera por la posibilidad de que tuvieran lugar más incidentes en su tienda que pudieran ponerle aún más en evidencia—. Vuelve a casa y quizá mañana yo pueda llevarle personalmente a Gilsbrook. Me atrevería a decir que me seguirá sin dudarle —añadió, dejando escapar una especie de gruñido.

—Muy bien —accedió Jonathan, hoscamente—. No veo por qué no habrías de tomarte tú alguna molestia por él, igual que lo hacemos los demás. Pero tráelo pronto sano y salvo. De lo contrario, madre no dormiré tranquila.

Una vez que se pusieron de acuerdo, el señor Prettyman le rogó al señor Jonathan Faux que le acompañara para tomarse un refrigerio; una invitación más que aceptable dadas las circunstancias. Y, puesto que el honesto Jonathan no tenía nada de qué avergonzarse, es probable que hablara por los codos con el cívico pañero, que, por el bien de su parroquia, se apresuró a sonsacarle todo lo que pudo acerca de Freely. Como podrán imaginar, la reunión de aquella noche en el bar del Woolpack fue inusualmente animada. Todos los socios estaban ansiosos por demostrar que nunca les había gustado Freely, como decía llamarse. Faux, se llamaba en realidad, ¿no es así? Fox[31] habría sido más adecuado. La mayoría de los presentes expresaron su deseo de expulsarlo del pueblo.

El señor Freely no se atrevió a salir a la calle en todo el día, pues sabía que Jacob no se despegaría de su lado y lo más probable era que toda la chiquillada comenzara a seguirlos allá donde fueran. Envió a su aprendiz a reservar el coche del Woolpack para primera hora de la mañana siguiente; pero el propietario no mantuvo su recado en secreto durante mucho tiempo. El señor Freely fue informado de que no podría disponer del coche hasta las siete. Los habitantes de Grimworth eran gente madrugadora, aunque quizá aquella mañana estaban más despiertos que de costumbre. Pues, mientras David convencía a Jacob, que llevaba una bolsa de caramelos en la mano, para que subiera al coche, los residentes de la plaza del mercado ya estaban asomados a las puertas y ventanas de sus casas; y cuando ya se alejaban calle arriba se cruzaron con una patulea de aprendices y escolares que les gritaron al pasar, en lo que a Jacob le pareció un tono alegre y amigable al que él respondió sonriendo y asintiendo con la cabeza.

—¡Huuda, David Faux! ¿Cómo está tu tío? —gritaba la comitiva a modo de saludo matinal.

Como cualquier sarcasmo, no era del todo improvisado.

Pero ni siquiera aquel escarnio público fue tan devastador para David como la terrible sospecha de que, aunque lograra dejar con éxito a Jacob en casa, jamás tendría la seguridad de que no volvería a su lado, como una avispa al cuenco de miel. Mientras siguiera viviendo en Grimworth, la amenaza del posible regreso de Jacob se cerniría sobre él. De todas formas, ¿podía seguir viviendo en Grimworth —siendo objeto de constantes burlas, repudiado por los Palfrey— después de haber llegado a ser un envidiado y próspero confitero? A David le gustaba ser objeto de la envidia de sus semejantes, mas no le preocupaba tanto ser el objeto de su amor.

Sus dudas en este punto pronto quedaron resueltas. El pueblo de Grimworth mostró abiertamente su más profundo rechazo hacia él y sus viandas, y, siendo inminente el fin de las obras de la nueva escuela, el comedor se cerró. De no haber existido ninguna otra razón, la mera solidaridad para con los Palfrey, esa respetable familia que había vivido en la parroquia desde tiempos inmemoriales, habría sido suficiente para que la gente de bien rechazara los productos de Freely. Además, el tipo había huido de casa con los ahorros de su madre. ¿Quién sabe qué más habría hecho, en Jamaica o donde fuera, antes de instalarse en Grimworth para colarse como una serpiente en las casas de las mejores familias? Solo de pensarlo, las mujeres se echaban a temblar. Su mera presencia en el pueblo suscitaba las más terribles sospechas: sus ojos verdes y sus piernas arqueadas le daban el inconfundible aspecto de un criminal. El vicario se ponía enfermo al ver a aquel hombre que se había aprovechado de su confianza, y todos los chiquillos que no podían permitirse entrar a comprar en la tienda chillaban «¡David Faux!» cada vez que

pasaban por delante. Ciertamente, nadie estaba dispuesto a dar ni un real por el traspaso del negocio del señor Freely, por lo que se vería obligado a cerrarlo renunciando al deseable peculio que tan bien le vendría para sufragar los gastos de su inevitable traslado.

Pocos meses después, el local de la plaza del mercado volvía a estar disponible y el señor David Faux, alias Edward Freely, se había marchado, aunque nadie en Grimworth supo nunca dónde recaló. De esta manera, la incipiente corrupción de las mujeres de Grimworth llegó a su fin. La joven señora Steene dedicó renovados esfuerzos a elaborar masas de empanada más ligeras y, cuando por fin consiguió preparar una hornada tan excelente que el señor Steene la miró complacido mientras daba buena cuenta de todas e incluso afirmó que eran las mejores empanadas que había comido en toda su vida, ella dejó de pensar casi por completo en bulbules y corsarios. Los secretos de la buena cocina revivieron en el seno de las maternas esposas del pueblo, y sus hijas estaban ansiosas por ser iniciadas en ellos.

Asimismo, espero les alegrará saber que algunas de las telas que la bella Penny había comprado para preparar sus nupcias con el señor Freely le vinieron como anillo al dedo para su boda con el joven Towers. Tanto como si hubieran sido expresamente confeccionadas para tal ocasión, pues la tez de Penny no se había echado a perder, y el azul es un color que siempre sienta bien.

Aquí finaliza la historia del señor David Faux, pastelero, y de su hermano Jacob. Que puede servir como ejemplo, creo yo, de las inesperadas formas bajo las que la gran Némesis se puede ocultar.

LOUISA MAY ALCOTT

(1832-1888)

EL CAPRICHIO DE ANNA[32]

(1888)

«¿Por qué los hombres no me tratan como a un ser racional? ¿Por qué no me dicen cosas con sentido, ni comparten conmigo sus mejores ideas? ¿Por qué no me cuentan sus planes y ambiciones, ni me dejan disfrutar del auténtico hombre que hay en ellos o conocer quiénes son en realidad?».».

—¡Ah, pero mira eso! —gritó una joven dama, deteniendo de repente sus inquietos pasos mientras merodeaba por una de las amplias *piazzas* de un hotel junto al mar.

—¿A qué te refieres? —preguntó su acompañante, que se mecía plácidamente en una hamaca.

—La diferencia entre esos dos saludos. ¡Es una auténtica vergüenza! —fue la petulante respuesta.

—No he visto nada. Cuéntame lo que ha ocurrido —dijo Clara, abriendo sus ojos soñolientos con repentino interés.

—Bien, pues el joven Barlow caminaba por el paseo y se encontró con la hermosa señorita Ellery. Se quitó el sombrero, hizo una elegante reverencia, le sonrió cortésmente, sin duda le dedicó alguna anticuada galantería y siguió su camino. Un minuto después apareció Joe King. Al instante Barlow despertó y se echó a reír como un chiquillo entusiasmado, le dio un caluroso apretón de manos y le dijo cordialmente: «¿Cómo estás, viejo amigo? ¡No te imaginas cómo me alegro de verte!». Después, cogidos del brazo, los dos siguieron caminando juntos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Pero, chica, King es el mejor amigo de Barlow! Kitty Ellery no es más que una conocida. Además, no se puede saludar a una mujer igual que a un hombre.

—Pues sí, y más aún en este caso. Barlow adora a Kate y al menos podría ofrecerle algo mejor que todas esas estúpidas galanterías que dedica a las demás chicas. Pero no, claro, lo adecuado es sonreír como un bobo y hacer cumplidos. Y seguirá haciéndolo hasta que encuentre a la mujer adecuada y se vuelva serio y sincero.

—¿Es otra de esas extravagancias tuyas? Estoy segura de que no te gustaría que ningún hombre te saludara diciendo «¿Qué tal estás, Anna?», te diera una palmadita en la espalda y te estrechara la mano como Barlow acaba de hacer con King —dijo Clara, riéndose de su amiga.

—Pues sí, me gustaría —respondió Anna, con aire perverso—, si lo hiciera para expresar afecto o alegría. Un buen apretón de manos y palabras sencillas me agradarían infinitamente más que cualquier servil reverencia o absurda gentileza que me han dedicado últimamente. No soy tonta. ¿Por qué, entonces, han de tratarme como si lo fuera? —continuó, frunciendo sus bonitas cejas y paseando de un lado a otro como una leoparda enfadada—. ¿Por qué los hombres no me tratan como a un ser racional? ¿Por qué no me dicen cosas con sentido, ni comparten conmigo sus mejores ideas? ¿Por qué no me cuentan sus planes y ambiciones, ni me dejan disfrutar del auténtico hombre que hay en ellos o conocer quiénes son en realidad? No quiero ser una diosa subida en lo alto de un pedestal. Quiero ser una mujer que esté abajo, entre ellos, para apoyarles y dejar que me ayuden, igual que a una amiga.

—No funcionaría, créeme. A ellos no les gustaría y te dirían que te quedaras con las de tu sexo.

—Pero mi propio sexo no me interesa ni me sirve de nada. Las mujeres solo aspiran a casarse, tal como les dicen desde pequeñas. Solo piensan en la ropa y en exhibirse, y ya estoy harta de las dos cosas. No tienen más ambición que eclipsar a sus vecinas, algo que desprecio.

—Gracias, mi amor —murmuró Clara, con desgana.

—Es verdad, y lo sabes. Claro que hay mujeres sensatas, pero no entre las de mi clase. Y parece que nunca podré encontrarlas. Ya he probado el tipo de vida que se supone han de vivir las chicas como yo. Lo he hecho durante tres años y he disfrutado, pero ya estoy cansada. Quiero algo mejor y estoy decidida a conseguirlo. Los hombres me seguirán, me admirarán, me halagarán y me amarán, porque les gusta y disfrutan de mi compañía. Muy bien. Entonces lo justo es que también yo pueda disfrutar de la suya. Y lo haría si me lo permitieran. Es totalmente desquiciante estar rodeada de jóvenes bravos e inteligentes, que rebosan atractivo, fuerza y amabilidad, y no poder disfrutar de su compañía únicamente porque la sociedad nos impone todo tipo de bobadas, en lugar de permitirnos conversar de forma sensata y sincera.

—¿Y qué podemos hacer al respecto, cariño? —preguntó Clara, disfrutando de la rabieta de su amiga.

—Tú te someterás y padecerás dispepsia mental, igual que todas las demás jovencitas elegantes. Yo no lo haré, si puedo evitarlo, aunque la señora Grundy se escandalice al comprobar que prefiero el pan con jamón antes que los pasteles.

Anna siguió caminando en silencio unos instantes antes de volver a estallar, más enérgicamente que antes.

—¡Ah! Ojalá conociera a un hombre sensato, que me tratara igual que a sus amigos varones..., aunque lo hiciera con rudeza, siempre que fuera honesto y sincero. ¿Quién me consideraría lo bastante digna de su confianza como para pedirme consejo, para permitirme compartir con él todo aquello que considero juicioso y acertado, y para ser mi amigo de buena fe?

—¡Ejem! —exclamó Clara, dejando escapar una elocuente risotada, lo que enfureció a Anna.

—No trates de ridiculizarme con tus burlas. Sé bien de qué hablo y defenderé mi posición a pesar de todos tus «ejems». No quiero admiradores. Los he tenido a docenas y estoy harta de ellos. No me casaré con ningún hombre hasta que no le haya conocido en profundidad. Y ¿cómo podría hacerlo con este velo que se interpone entre ellos y nosotras? No pueden imaginar cómo soy en realidad, y yo necesito demostrarles a ellos y a mí misma que tengo un cerebro y un corazón, además de «un par de ojos angelicales», «una regia figura» y «unos labios hechos para besar».

El tono de soberbia con que Anna pronunció esas últimas palabras divirtió inmensamente a su amiga, pues la bella petulante nunca le había parecido tan bonita como en aquel momento.

—Si algún hombre pudiera verte ahora mismo, te prometería lo que le pidieras, por absurdo que fuese. Pero no te excites, niña querida. Hace demasiado calor para heroísmos.

Anna se apoyó un momento en la ancha balaustrada y contempló el océano con aire pensativo. Mientras miraba, ensimismada, una nueva expresión apareció en su encantador rostro, convirtiendo el acalorado desdén en una ligera pesadumbre.

—Esto no es ninguna extravagancia. Sé lo que deseo porque lo tuve en una ocasión —dijo ella, dejando escapar un suspiro—. Cuando era niña tuve un amigo y durante varios años fuimos como hermanos. ¡Ah, qué momentos tan felices pasamos juntos Frank y yo! Jugábamos y estudiábamos; nos peleábamos y luego hacíamos las paces; nos dejábamos llevar por sueños espléndidos, y nos queríamos con la sencillez con que se aman los niños; sin pensar nunca en que éramos de distinto sexo, sin rivalidades y sin dejarnos llevar por ninguna de esas locuras que arruinan de manera irremediable las amistades adultas.

—¿Qué fue de él? ¿Tuvo una muerte angelical por haber florecido demasiado pronto, o echó a perder vuestro amor platónico a causa de su mal gusto para la ropa? —preguntó Clara.

—Él se fue a la universidad. Yo me marché al extranjero para «completar mi educación». Y, cuando volvimos a vernos hace un año, todo el encanto se había desvanecido, pues estábamos «en sociedad» y ambos llevábamos puestas nuestras máscaras.

—¿De modo que la amistad entre el niño y la niña no maduró para convertirse en amor, rematando el romance como es debido?

—¡No, gracias al cielo ningún flirteo llegó a arruinar nuestra bonita historia! Frank era demasiado listo, y yo estaba demasiado ocupada. Pero recuerdo lo mucho que me alegré al verle, aunque lo disimulé debidamente y fingí no darme cuenta de que me había convertido en una belleza. De cualquier manera, pagué bien caro mi engaño; pues, a pesar de su admiración, me di cuenta de que se decepcionó al volver a verme. No me habría importado llevarme también una decepción, pero me di cuenta enseguida de que él se estaba convirtiendo en uno de esos hombres fuertes y superiores que imponen respeto. Sentí la necesidad de conservar al menos su estima, aunque en aquel momento yo no parecía tener otra cosa que ofrecerle aparte de mi belleza. Creo que nunca en mi vida me sentí tan herida como al darme cuenta, dos semanas más tarde, de que no iba a venir a visitarme, al oír cómo le decía a un amigo una noche, cuando yo creía estar más espléndida que nunca: «Se ha echado a perder, como todas las demás».

—¡Creo que le amabas y que ese es el motivo de que no quieras a nadie más! —exclamó Clara, que ya había visto a su amiga en aquel estado en otras ocasiones sin entender el porqué y ahora creía haber encontrado la clave.

—No —dijo Anna, negando suavemente con la cabeza—. No, yo solo quería recuperar a mi amigo y no pude encontrarle. La barrera que se interponía entre nosotros era demasiado alta, y yo ya no pude saltarla, como solía hacer cuando trepaba por el muro del jardín para sentarme en la rama de un árbol y ayudar a Frank con sus deberes.

—¿Y nunca ha vuelto a aparecer el miserable grosero? —preguntó Clara, con interés.

—Nunca. Está demasiado ocupado labrándose un futuro con éxito y valentía para malgastar su tiempo con una frívola mariposa como Anna West.

Un elocuente y delicado gesto de humildad consiguió que sus palabras resultaran casi patéticas. La bondadosa Clara no pudo reprimir la emoción al ver lágrimas en tan «angelicales ojos» y, bajándose bruscamente de la hamaca, estrechó entre sus brazos la «regia figura» y posó suavemente sus labios en aquella boca «hecha para besar», atrayendo de paso las miradas de varios caballeros que en aquellos momentos pasaban por allí.

—Bueno, no te pongas dramática, cariño. Estoy segura de que no hay motivos para que llores. Eres joven, bonita y rica y te adoran. ¿Qué más puede desear una chica? —dijo Clara efusivamente.

—Hay más cosas por las que vivir aparte de la admiración —respondió Anna. Y, encogiéndose de hombros, al ver cómo varios hombres alzaban sus sombreros y sonreían al encontrarse con ella, añadió—: De todas formas, ya no tiene importancia. Se me ha pasado el ataque. Vamos a vestirnos para el té.

La señorita West solía salir a remar un ratito en su propio bote todos los días antes de desayunar; un hábito que sacaba de la cama a horas intempestivas a muchos jóvenes indolentes, con la esperanza de tener el honor de remojarse las piernas para ayudarla a embarcar, el privilegio de desearle *Bon voyage* o el inefable placer de acompañarla.

La mañana después de su «ataque», como ella se refería al descontento de una naturaleza

demasiado refinada para la vacía existencia que llevaba, se levantó y salió inusualmente temprano, pues había estado encerrada toda la noche en su habitación con dolor de cabeza, y ahora ansiaba un poco de aire fresco y ejercicio.

Mientras preparaba a su Gaviota para salir, se preguntaba frívolamente qué pájaro madrugador, ávido por asegurarse el ansiado bocado, aparecería esa mañana, cuando escuchó una voz fuerte y alegre que la llamaba:

—¡Hola, Anna!

Un caballero vestido con atuendo marinero apareció ante sus ojos, agitando su gorra mientras la saludaba.

Ella se levantó de un salto al escuchar aquel saludo tan poco ceremonioso y se dio la vuelta. Entonces su rostro se iluminó en todo su esplendor y empezó a caminar por la orilla embargada por una agradable sensación, mezcla de duda y placer, diciendo:

—¡Vaya, Frank! ¿Eres tú?

—¿Lo dudas?

Y el recién llegado le estrechó ambas manos, sacudiéndolas con tanto vigor que ella dio un pequeño respingo de dolor mientras decía riendo:

—No, no lo dudo. Este es tu apretón de manos de siempre con un extra de fuerza.

—¿Cómo estás? ¿Sales a remar un rato? Llévame contigo y enséñame los leones. Sé un alma caritativa.

—Será un placer. ¿Cuándo has llegado? —preguntó Anna, colocándose el lazo negro bajo el cuello marinero de tal modo que resaltaba encantadoramente su blanca garganta.

—La otra noche te vi de refilón a la hora del té —dijo Frank—, pero estabas rodeada de gente y después desapareciste sin más. Así que, cuando te he visto saltando sobre las rocas hace un momento, empecé a seguirte y aquí estoy. —Y después, cuando ella le indicó que subiera al bote, añadió—: ¿Me encargo de un remo?

—No, gracias. Prefiero remar sola y no necesito ayuda —respondió ella con un imperioso gesto de la mano, pues estaba encantada de poder demostrarle que sabía hacer algo más que bailar, llevar bonitos vestidos y flirtear.

—Está bien. Entonces haré el papel de ocioso y me limitaré a disfrutar.

Y, sin ofrecerse a ayudarla, Frank se sentó, se cruzó de brazos, estiró sus largas piernas y dijo plácidamente:

—¡Partamos, pues, capitán!

Satisfecha con la franca y afable bienvenida de su amigo, y sintiendo que los viejos tiempos habían vuelto, embarcó de un salto y se dispuso a dejarlo boquiabierto con sus habilidades.

—¿Puedo sugerirte que...? —empezó a decir Frank mientras ella empujaba.

—No se admiten sugerencias ni consejos a bordo de este barco. Sé lo que hago, aunque sea una mujer —respondió con severidad, mientras el bote se deslizaba lejos de la orilla.

—¡Ay, ay! ¡Sí, señor!

Frank cedió sumiso y, con un divertido brillo en la mirada, contempló con aprobación la esbelta figura vestida con traje náutico de color azul y el rostro encantador bajo el sombrero de marinero.

Con ayuda de un remo, Anna dirigió hábilmente el bote entre las embarcaciones ancladas en la pequeña bahía; después se sentó, ajustó el remo en uno de los escálamos y miró a su alrededor en

busca del otro escálamó. No lo vio por ningún lado y, después de haberlo buscado en silencio, se dignó a preguntar.

—¿Has visto esa cosa por algún lado?

—Lo vi en la orilla.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo intenté, pero me hicieron callar. De modo que me limité a obedecer las órdenes.

—No has olvidado cómo pincharme —dijo Anna, con aire petulante.

—Y tú sigues siendo igual de tozuda.

Ella le dedicó una mirada que habría conseguido afligir a muchos hombres, pero Frank se limitó a sonreír con expresión afable mientras ella remaba voluntariosamente de regreso a la orilla, donde recuperó el escálamó y, de paso, su buen humor, antes de poner de nuevo rumbo al mar haciendo un gran alarde de fuerza.

Al alcanzar la corriente, dejó que el bote flotara a la deriva y pronto se olvidó del tiempo y el espacio durante la apabullante conversación que a continuación mantuvieron.

—¿Qué has estado haciendo desde la última vez que te vi? —preguntó ella, con las mejillas sonrojadas como las de una campesina, dejando los remos y recogiendo el pelo agitado por el viento.

—Trabajando como una hormiga. Ya ves.

Y entonces, para sorpresa de la joven, Frank se zambulló en una enrevesada crónica de sus negocios, como si ella fuera capaz de comprenderlo todo y su opinión fuera importante. A Anna todo aquello le sonaba a chino, pero se sintió inmensamente agradecida; pues él solía compartir con ella sus más nimias preocupaciones cuando eran niños, y aquello era la prueba de que ambos todavía confiaban ciegamente en la sabiduría del otro. Ella trató de aparentar que comprendía toda la jerga de Frank acerca de «inversiones, porcentajes y créditos a largo plazo», pero cinco minutos después estaba completamente perdida y no se atrevió a decir ni una palabra para no delatar su lamentable ignorancia en cuestión de negocios, hasta que por fin logró salir del apuro dirigiendo hábilmente la conversación hacia los viejos tiempos, y los recuerdos de la infancia pronto los absorbieron por completo.

El distante y débil tañido de un gong le recordó que el desayuno ya estaría casi listo; sin embargo, al hacer virar el bote, se sintió consternada al ver lo mucho que se habían alejado de la costa. Dejó de hablar y se dispuso a remar lo mejor que pudo, pero tenía el viento y la marea en contra, se sentía débil y hambrienta, y su leal pasajero no le facilitaba precisamente la tarea. Tampoco ahora este se ofreció a ayudarla, sino que se limitó a disfrutar del momento, tumbado hacia atrás con la cabeza descubierta y metiendo de cuando en cuando las manos en el agua, complicando aún más el avance de la embarcación.

El orgullo obligó a Anna a permanecer callada mientras la cara se le iba poniendo colorada, le salían vejigas en las manos y se quedaba casi sin aliento. Fue entonces, y solo entonces, cuando se dignó a decir, mientras disimulaba un jadeo con una agradable sonrisa:

—¿Te importa remar un poco? Debí pedírtelo antes.

—Estoy muy cómodo, gracias —respondió Frank. Entonces, al ver la expresión desesperada que apareció fugazmente en el rostro de Anna, añadió sin rodeos—: La verdad es que me muero de hambre, así que no veo ningún inconveniente en acelerar un poco el viaje de vuelta.

Dejando escapar un suspiro de alivio, Anna se levantó para intercambiar asientos con el joven

y, creyendo que él la iba a ayudarla, extendió de forma involuntaria las manos al pasar. Pero Frank estaba ocupado subiéndose las mangas de la camisa y no movió ni un dedo, de tal modo que ella perdió el equilibrio y se habría caído al agua de no haberse agarrado al brazo de Frank.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó él, aguantando el inesperado apretón con la firmeza de un mástil.

—¿Por qué no me has sujetado? ¡Tienes menos modales que una tortuga! —gritó Anna, dejándose caer en el asiento y frunciendo el ceño como una niña mimada, acostumbrada a que la sirvan con galantería y la ayuden a cada paso.

Frank echó más sal en la herida soltando una carcajada y diciendo con despreocupación:

—Parecías tan independiente que no quise interferir.

—Así que supongo que, de haberme caído al agua, no me habrías ayudado a subir al bote a menos que te lo hubiera pedido...

—En ese caso me temo que no habría esperado órdenes. Es muy pronto para dejarte ir con los tritones.

Algo en su mirada logró aplacar el resentimiento de Anna, que se sentó y contempló en silencio los fuertes y ágiles golpes de remo que llevaron de vuelta a la Gaviota hacia la orilla deslizándose sobre el agua.

—Aún no es tarde para desayunar, al fin y al cabo —dijo ella más animada al llegar a la orilla, desde donde varios paseantes madrugadores observaban la escena.

—¡Pobrecilla! Parecía que necesitabas un poco de ayuda —fue la respuesta de Frank, que, escandalizando a los señores Barlow, King y Compañía, tampoco le ofreció su mano para bajar del bote.

Mientras ella amarraba la pequeña embarcación, Frank se limitó a observarla ajustando la cinta de su sombrero con la exasperante actitud de alguien que vive ajeno a sus deberes.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —preguntó ella, mientras caminaba por el pedregoso sendero sin un brazo en el que poder apoyarse.

—Iré a pescar. ¿Quieres venir?

—No, gracias. No quiero quemarme. Me tumbaré en mi hamaca a la sombra de un pino. —Fue la amable y sugerente respuesta de la joven dama, que gustaba de tener siempre cerca a un esclavo que la abanicara y meciera y siempre contaba con varios voluntarios.

—Entonces te veré en la cena. Mi habitación está en el chalé, así que hasta la vista.

Después de guiñarle un ojo, Frank se marchó, dejando que la hermosa señorita West subiera los escalones y cruzara el vestíbulo sin escolta.

«El muchacho necesita pulir sus modales. Tendré que ocuparme yo, está claro. Y, a pesar de su brusquedad, es muy amable», pensó Anna, indulgentemente. En más de una ocasión durante aquella mañana, meciéndose con languidez en su hamaca mientras un devoto admirador leía suavemente a Tennyson para sus distraídos oídos, recordó el espontáneo «¡Hola, Anna!» del joven.

A la hora de la cena, la joven apareció insólitamente animada, y enseguida animó el extremo de la mesa donde estaba sentada con sus ingeniosas y satíricas ocurrencias, con la secreta esperanza de que su vecino de enfrente se diera cuenta de que sabía expresarse más que bien cuando quería. Pero Frank estaba inmerso en una discusión sobre política, y debatía acerca de alguna nueva medida con tal seriedad y elocuencia que Anna, haciendo una pausa para escuchar lo

que decía, se olvidó de sus brillantes chismorreos sobre uno de los grandes temas del momento.

Seguía escuchando en silencio y con interés, cuando de repente Frank se dirigió a ella para que confirmara un comentario que acababa de hacer, por lo que se vio ignominiosamente obligada a confesar que sabía muy poco sobre el tema para dar su opinión. Sin embargo, no podía imaginar un cumplido más halagador que aquella manera de dirigirse a ella de cuando en cuando para incluirla en la conversación —aunque, al mismo tiempo, se sentía profundamente avergonzada por su ignorancia en una cuestión que cualquier hombre o mujer debería comprender y defender—.

Hizo todo lo que pudo para parecer inteligente, se devanó los sesos tratando de recordar detalles sobre los que hubiera oído hablar semanas antes sin prestar la más mínima atención y, finalmente, gracias a su natural ingenio y a su comprensión femenina, logró salvar la situación, hablando poco y aparentando mucho.

En cuanto terminó la cena, decidió enviar a un camarero a la sala de lectura a buscar unos cuantos periódicos recientes; después se sentó en un rincón apartado del salón y leyó con tanta atención que, no solo se hizo una idea bastante clara sobre el tema, sino que también llegó a desesperarse al darse cuenta de todo lo que desconocía.

«Tengo que empezar a leer en serio», se dijo. «Creo que es lo que necesito, y le preguntaré a Frank por dónde debo empezar. Siempre fue un chico inteligente, aunque he de reconocer que me sorprendió ver lo bien que se expresaba esta noche. Me sentí muy orgullosa de él. Por cierto, me pregunto dónde estará. Clara quiere que se lo presente, y yo siento curiosidad por ver qué le parece a ella».

Anna salió de su escondrijo y fue en busca de sus amigos con un aire especialmente luminoso y bello, pues sus estudios secretos la habían despertado, prestándole a su rostro la nota de encanto extra que necesitaba. Clara fue la primera en aparecer. Por lo visto, el recién llegado ya se le había presentado, y ella reconoció estar «totalmente fascinada».

—¡Qué hombre tan simpático! ¡Qué distinción y qué modales tan elegantes! Es afectuoso, educado y absolutamente encantador.

—Te gustan sus modales, ¿verdad? —dijo Anna, sonriendo ante el entusiasmo de Clara.

—Por supuesto que sí. Tienen la distinción propia de quien ha viajado por el extranjero y ese algo inefable que caracteriza incluso el más insignificante acto o palabra de las personalidades refinadas.

—Frank nunca ha viajado al extranjero y, si yo juzgara su carácter por sus modales, diría que es bastante rudo —dijo Anna, algo ofendida por las alabanzas de Clara.

—Eres tan puntillosa, cariño. Nada te convence. No creí que este viejo amigo tuyo pudiera gustarme, pero he de confesar que me ha gustado inmensamente, así que, si te has cansado de él, yo te lo quitaré de las manos.

—Gracias, mi amor. El pobre Frank es todo tuyo si consigues conquistarlo. Los hombres suelen ser más fieles que las mujeres en la amistad. Y estoy casi convencida, por lo que he podido comprobar esta mañana, de que no tiene demasiada prisa por cambiar a sus viejos amigos por otros nuevos.

Anna hablaba con dulzura, pero en el fondo no le hacía ninguna gracia la admiración de Clara por algo que consideraba suyo, es decir, «el pobre Frank», por lo que en ese momento decidió que no permitiría que ningún furtivo cazara en su territorio.

Fue entonces cuando apareció el caballero en cuestión y, con su brusquedad habitual, le dijo a

Anna:

—Todo el mundo se ha ido a cabalgar, así que no he podido conseguir los mejores caballos. De todas formas, he reservado dos y necesito compañía. ¿Te apetece salir a galopar como en los viejos tiempos?

Anna pensó en las vejigas de sus manos y dudó, hasta que una mirada al rostro esperanzado de Clara hizo que se decidiera a aceptar. Lo hizo y cabalgó durante horas como una amazona, a pesar del calor, el polvo y el durísimo bocado de su caballo, que por poco le descoyunta los brazos.

Deseaba encontrar la oportunidad de pedirle opinión a Frank sobre su curso de lecturas edificantes, pero él parecía intensamente concentrado en «galopar como en los viejos tiempos», de modo que ella aguantó hasta el final y después se retiró a su habitación, agotada, aunque insistiendo con una heroica sonrisa en que se lo había pasado deliciosamente bien.

A la hora del té Anna no apareció. Pero más tarde, por la noche, se presentó en el baile del brazo de un distinguido y anciano caballero, «evidentemente preparada para soplarle algunos miles», dijo el joven Barlow, al observar el inusual brillo de sus ojos y con cuánto cuidado se había arreglado la muchacha.

—Esta noche viene dispuesta a hacer travesuras. Me pregunto quién será la víctima —dijo otro hombre, colocándose el monóculo para examinar a la encantadora dama.

—No será el que llegó la otra noche. Es solo un viejo amigo, según ella.

—Podría ser su hermano o su marido, a juzgar por la caballerosidad con que la trata. Esta mañana le habría dado un puñetazo al ver cómo la dejaba remar sola en ese bote —chilló un joven admirador, mirando airadamente al culpable, que estaba sentado junto a una de las entradas del salón.

—Si ella dijo que era un viejo amigo, puedes estar seguro de que se trata de su amante. Todas estas hermosas criaturas mienten en esa clase de asuntos, así que apostaré a que todo ese esplendor es en honor de su dueño y señor, y no el arma de nuestra destrucción —respondió Barlow, que sabía mucho sobre el comportamiento femenino y se mostraba precavido, como una polilla que se ha quemado las alas con la misma vela en más de una ocasión.

Quiso la casualidad que Clara estuviera escuchando tan agradables comentarios, por lo que cinco minutos después se los susurraba tiernamente al oído a su amiga Anna. Una desdeñosa sonrisa fue lo único que recibió como respuesta, aunque la joven belleza estaba tan complacida como enojada y deseó, más ansiosamente si cabe, que se le acercara de una vez su viejo amigo, a quien todos veían como un victorioso amante. Sin embargo, él no parecía tener prisa por reclamar sus privilegios, y los bailes pasaban, uno tras otro, mientras él seguía sentado, charlando con el viejo general y contemplando de cuando en cuando con desinterés las peonzas humanas que giraban ante sus ojos.

«¡No puedo soportarlo ni un minuto más!», se dijo Anna finalmente, y decidió reclamar con un imperioso gesto la atención del cobarde caballero para que se acercara.

—¿Por qué no baila, señor?

—He olvidado cómo se hace, señora.

—¿Después de las molestias que me tomé contigo con todas aquellas lecciones hace años?

—He estado demasiado ocupado para preocuparme por ese tipo de naderías.

—Los talentos elegantes no son naderías, y nadie a quien le importe ser agradable debería descuidarlos.

—Bueno, en general no estoy seguro de que eso me importe.

—Pues debería importarte. Y, como penitencia por tan rudas palabras, tendrás que bailar esta pieza conmigo. No puedo permitir que, por culpa de los negocios, olvides todo lo que aprendiste. Así que cumpliré con mi deber de amiga y yo misma te dirigiré —dijo Anna con severidad.

—Eres muy amable. Pero ¿crees que merece la pena el esfuerzo?

—Vamos, Frank, no seas fanfarrón y desagradecido. Sabes que te gusta agradar y que se preocupen por ti, y no te cuesta reconocer el mérito de tus amigos. Así que pule tus modales un poquito y demuestra que eres un hombre tan bien educado como valiente, sensato y bueno.

—Gracias, lo intentaré. ¿Me concede el honor, señorita West? —dijo haciendo una profunda reverencia con una sonrisa en los labios que a Anna le resultó tan grata como desconcertante.

Bailaron la pieza y Frank salió bastante bien parado. Sin embargo, en cuanto la prueba concluyó, retomó sus reprobables modales; pues lo primero que dijo, con un suspiro de alivio, fue:

—Salgamos a charlar. Por mi vida que no soporto seguir ni un minuto más en este horno.

Anna lo siguió obedientemente y se sentó en un rincón fresco, dispuesta a disfrutar del entretenimiento. Sin embargo, Frank parecía haber olvidado que distraerla era otro de sus deberes, pues, apoyándose en la ancha balaustrada de la *piazza*, no solo procedió a encender un cigarrillo sin tan siquiera decir «Si me lo permites», sino que le ofreció otro a ella como si tal cosa.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Anna, muy ofendida por su proceder—. No soy de esas chicas fáciles que hacen cosas como esa. Además, es un hábito extremadamente desagradable.

—Solías fumar helecho dulce en una pipa de maíz, ¿recuerdas? Y estos no son mucho más fuertes —dijo él, volviendo a guardarse la rechazada ofrenda en el bolsillo.

—Antes yo hacía muchas tonterías que ahora querría olvidar.

—Y también hacías muchas cosas dulces y sensatas. ¡Ah, en fin, supongo que es inevitable!

Anna permaneció en silencio un instante, preguntándose a qué se refería. Y, cuando alzó la mirada, vio que él la observaba con aire pensativo a través de una nube de fragante humo de tabaco.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, al ver que los ojos de él parecían seguir buscando algo.

—Estaba intentando encontrar algún rastro de la pequeña Anna que conocí. Creí haberlo encontrado esta mañana al ver a la joven del sombrero, pero ya no la veo por ninguna parte.

—Lo cierto, Frank, es que no he cambiado tanto como parece. Al menos contigo soy la misma, o lo intento. Créeme y seamos amigos, porque lo necesito, ¡y mucho! —chilló Anna, olvidándose de todo, salvo de su deseo de conseguir que volviera a pensar bien de ella.

Mientras hablaba, volvió el rostro hacia la luz y extendió un poco la mano, como si quisiera retener la antigua mirada que estaba a punto de apartarse de ella.

Frank se inclinó levemente hacia ella y escrutó con atención aquel rostro vuelto hacia él, que se ruborizó visiblemente a la luz de la luna. Sus labios temblaron como los de una niña ansiosa, mas sus ojos le contemplaban con expresión orgullosa y melancólica al tiempo que cándida y dulce —una expresión que pocos habían visto en aquella bonita mirada, o, si la habían visto, había sido de forma fugaz—. Frank asintió con la cabeza, como si se diera por satisfecho, y, con esa desconcertante sonrisa suya, dijo:

—La mayoría de la gente solo es capaz de ver a la preciosa señorita West con un delicioso

vestido, pero yo creo que puedo ver a la pequeña Anna y me alegro por ello. ¿Quieres un amigo? Muy bien. Lo haré lo mejor que pueda. Pero has de aceptarme tal como soy, con espinas y todo.

—Lo haré, y sin importarme si me pinchan de vez en cuando. Crie rosas hasta que me cansé de ellas, a pesar de su dulzor.

Mientras hablaba, Frank había tomado entre sus manos la que ella le ofrecía y, después de habérsela estrechado con gesto grave, sostuvo aún un instante la «blanca maravilla» y examinó las pequeñas vejigas de la delicada palma y los anillos que brillaban en varios dedos.

—¿Me estás leyendo la mano? —preguntó Anna, que por un momento creyó que él iba a ponerse sentimental y se la iba a besar.

—En cierto modo. Pues quería averiguar si había algún diamante sospechoso. ¿No debería haberlo ya?

—Eso no es de tu incumbencia —dijo Ana, apartando la mano como si acabara de pincharse con una de esas espinas de las que él habló.

—¿Por qué no? Solíamos contárnoslo todo. Y, si vamos a ser amigos, como antes, debemos confiar el uno en el otro y sentirnos cómodos, ¿no te parece?

—Entonces, puedes empezar tú mismo, y así veré si me gusta —dijo Anna, con repentino interés, a pesar de los virginales escrúpulos que el nuevo acuerdo le inspiraba.

—Lo haré de todo corazón. Para serte sincero, hay algo que te quería contar; aunque no estoy seguro de que te interese... —empezó a decir Frank, mientras masticaba unas hojas de rosa, presa de una curiosa turbación.

—Ya imagino de qué se trata —lo interrumpió Anna abruptamente, mientras su corazón comenzaba a palpar con más rapidez, sin duda excitado ante las inminentes confidencias—. Has encontrado tu destino y te mueres por contarle al mundo entero lo feliz que eres.

—Creo que lo he encontrado, así es. Pero aún no estoy satisfecho. Estoy desesperadamente ansioso con todo esto, pues no soy capaz de decidir si merece la pena o si es una estupidez.

—¿Quién es?

—Su nombre no tiene importancia. Todavía no le he dicho nada y quizá no lo haga nunca. Así que lo mejor es que siga siendo un secreto, al menos de momento.

—Entonces dime qué es lo que te gusta y no haré más preguntas —dijo Anna con frialdad, pues aquella discreción masculina lograba sacarla de quicio.

—Bueno, verás, esta encantadora muchacha es hermosa, rica, tiene talento y todos la adoran. Lo cierto es que está un poco consentida, pero, a pesar de todo, es muy cautivadora. Ahora bien, mi duda reside en si es inteligente casarse con una mujer así; pues si de algo estoy seguro es de querer una compañera para todas las cosas, no únicamente un bonito maniquí o una elegante ama de llaves para mi casa.

—Yo diría que inteligente no es —arrancó Anna con decisión, y después se apresuró a añadir, en tono más tranquilo—: Aunque quizá solo eres capaz de ver una parte de la personalidad de la muchacha. Es posible que, bajo esos modales alegres y ligeros, posea gran fuerza y dulzura que están esperando a que el hombre adecuado las haga salir.

—A menudo pienso lo mismo y deseo saber si yo soy ese hombre. Pero a veces ella actúa de forma frívola, habla sin pensar y se deja llevar por las extravagancias del mundo elegante. Entonces mi pasión se enfría y siento que quizá debería buscar lo que deseo en otra parte antes de que sea demasiado tarde.

—Entonces, ¿no estás locamente enamorado de ella?

—Todavía no, pero llegaría a estarlo si la viera más a menudo; pues cuando lo hago pierdo la cabeza y siento la tentación de arrodillarme a sus pies, sin importar el momento, el lugar, ni las consecuencias.

De repente había amor en sus palabras, amor y deseo, y extendió los brazos de forma tan insinuante que Anna se sobresaltó. Sin embargo, él logró contenerse y se limitó a arrancar una de las rosas que caían a su alrededor, mientras Anna espantaba a un imaginario mosquito con tanto ímpetu como si se tratara de la desconocida dama, por la que sentía una repentina e inexplicable antipatía.

—¿De modo que crees que no debo decirle a mi amor, como aquel loco caballero a la señora Nickleby, «¡Sea mía, sea mía!»? —preguntó Frank a continuación, mientras se sentaba y enterraba la nariz en el fragante corazón de la rosa.

—Desde luego que no. Estoy segura, por cómo hablas de ella, de que no te merece. Y, además, tu pasión no ha de ser muy profunda, si te sientes con ánimo para citar ese disparate de Dickens en semejante momento —dijo Ana, más contenta.

—Crece con rapidez mi pasión, me parece. Y te doy mi palabra de que, si pasara una semana en compañía de tan bella mariposa, estaría acabado antes del sábado por la noche.

—Entonces no lo hagas, no pases tanto tiempo con ella.

—¡Ah, pero estoy desesperado por hacerlo! Dime que puedo, solo una última vez, antes de seguir tu consejo y volver a mi vida de soltero —imploró con actitud suplicante.

—No vuelvas a eso, sino simplemente ama a otra y sé feliz. Hay muchas mujeres excelentes en el mundo que podrían ser adecuadas para ti. Estoy segura de que vas a ser un hombre importante y debes tener una buena esposa, no una estúpida criatura que se convertiría en una carga para ti durante toda la vida. Así que sigue mi consejo y deja que te ayude, si es que puedo.

Anna hablaba con gravedad, y su rostro refulgía de amistoso fervor, mientras sus ojos rebosaban admiración y respeto por su amigo, que parecía tambalearse al borde de un precipicio. Ella esperaba de él una respuesta igualmente seria, como agradecimiento, al menos, por su interés. Mas cuál fue su sorpresa cuando Frank volvió a apoyarse en la columna cubierta de enredaderas que había a sus espaldas y se echó a reír hasta que una lluvia de hojas y pétalos cayó ondeando suavemente sobre sus cabezas.

—No veo motivo para que te reías de forma tan inapropiada. —Fue la severa reprimenda ante aquella nueva descortesía.

—Te ruego que me perdones. No he podido evitarlo al fijarme de repente en el cómico contraste entre tus sabios consejos y la expresión de tu rostro radiante. Tu actitud era de lo más maternal e impresionante hasta que te vi ahí vestida con tu modelito francés y no tuve más remedio que rendirme —dijo Frank, con aire penitente, aunque todavía tenía los ojos húmedos de tanto reír.

El cumplido apaciguó la furia de Anna, que, apoyándose con los brazos cruzados sobre la barandilla, lo miró a los ojos riendo con la misma despreocupación que él.

—Reconozco que me estaba poniendo ridículamente formal y ceremoniosa, pero es que hacía tanto tiempo que no me paraba a pensar sobre algo serio ni me preocupaba por otra cosa que no fueran mis asuntos que he exagerado un poco todo esto. Si no te interesa mi consejo, lo retiraré para que puedas correr a casarte con tu mariposa lo antes posible.

—Creo que debería hacerlo —respondió Frank, pausadamente—. Pues tengo la sensación de que, como bien has dicho, bajo la superficie se oculta algo y me gustaría descubrirlo. Solemos juzgar a la gente por su apariencia y no es justo. Como tú, por ejemplo, si no te importa que te lo diga, que ocultas la mitad de tus cualidades; de manera que cualquiera que no te conozca pensaría que no eres más que una mujer elegante y bonita, pero superficial.

—Como te sucedió a ti la última vez que nos vimos —repuso Anna, con mordacidad.

Si esperaba que él lo negara, estaba equivocada, pues se limitó a responder con provocadora franqueza:

—Exactamente. Y no sabes cuánto me dolió, pues quería mucho a mi pequeña compañera de juegos y estaba convencido de que se convertiría en una gran mujer. Por eso me ha alegrado tanto volver a verte, porque creo que fui injusto al juzgarte de ese modo en aquella ocasión, y este descubrimiento me ha hecho pensar que quizá también me haya equivocado con mi..., bueno, digamos, amada. Es una palabra bastante anticuada y me gusta.

«¡Si él pudiera olvidarse de esa criatura durante un minuto para hablar de algo interesante!», suspiró Anna para sus adentros. Mas respondió, mansamente:

—Sé que te decepcioné entonces, y la verdad es que no me extraña, porque gracias a mi estúpida educación y a la vida que he llevado durante los últimos años no valgo para gran cosa. Sin embargo, deseo sinceramente convertirme en otro tipo de mujer. El problema es que no tengo a nadie que me ayude a conseguirlo. Todos me adulan...

—¡Yo no! —se apresuró a decir Frank.

—Eso es cierto —admitió Anna. Y no pudo evitar reírse en mitad de su confesión al percibir el tono de virtuosa satisfacción con que él rechazó la acusación—. No —continuó—, tú eres más sincero que nadie que conozca y eso me gusta, aunque a veces me asuste, pues es algo nuevo para mí.

—Espero no pecar de irrespetuoso —dijo Frank, concentrado en arrancar las espinas del tallo de su flor.

—¡Oh, no! No exactamente. Pero me tratas como si fuera tu hermana o... o uno de tus amigos.

Anna pensó en citar la frase que Clara había mencionado, pero, por alguna razón, la palabra «esposa» le resultaba difícil de pronunciar y terminó la oración de forma distinta.

—¿Y eso no te gusta? —preguntó Frank, alzando ligeramente la rosa para ocultar la pícaro sonrisa que se le había dibujado en la cara.

—Sí, me gusta. Infinitamente más, en cualquier caso, que los sentimentales homenajes que me prodigan otros hombres y las trilladas tonterías que acostumbran a decir. Me sienta bien que me ignoren de vez en cuando. Y en tu caso no me importa, pues lo expías sobradamente al hablarme como si fuera capaz de comprender la mente de un hombre y además poseyera una propia.

—Entonces, ¿no me detestas por mis modales rudos y mis confesiones egotistas? —preguntó Frank, como si de repente se arrepintiera de los pecados cometidos ese día.

—No. La verdad es que me gusta, porque me recuerda a los viejos tiempos, cuando jugábamos juntos tú y yo. La diferencia es que entonces yo podía ayudarte de muchas formas, igual que lo hacías tú. Pero ahora tengo la sensación de no saber nada, de no serle útil a nadie y de no servir para nada. Me gustaría que eso cambiara y creo que, si tú tuvieras la amabilidad de decirme qué libros puedo leer, a qué personas frecuentar y qué aficiones cultivar, podría llegar a ser algo más que «una mujer elegante y bonita, pero superficial».

La voz de Anna tembló ligeramente al pronunciar las últimas palabras, lo que su perspicaz oyente no pasó por alto. No obstante, él se limitó a sonreír con sincera satisfacción sin apartar la mirada de la rosa que aún sostenía en la mano y respondió con sobriedad:

—Esa me parece una gran idea y estaré encantado de ayudarte. A menudo me he preguntado cómo es posible que las chicas inteligentes como tú se conformen con vidas tan vacías. Nosotros, los hombres, somos igual de idiotas durante un tiempo, lo sé. Y aún peores en el mundo en que nos hemos criado. Sin embargo, con el tiempo nos vemos obligados a levantar el vuelo y ponernos a trabajar y al final eso es lo que nos convierte en hombres. Supongo que el matrimonio debería cumplir esa misma función en el caso de la mujer. Sin embargo, hoy en día no parece ser así, lo que me hace sentir una gran lástima por vosotras, pobrecitas, en el fondo de mi corazón.

—Estoy dispuesta a «levantar el vuelo y ponerme a trabajar». Enséñame cómo, Frank, y conseguiré que esa lástima se convierta en respeto —dijo Anna, quitándose el chal de encaje de los hombros, irritada por su tono de superioridad masculina, como si estuviera lista para pasar a la acción en ese mismo instante.

—Vamos, te haré una oferta. Te daré algo fuerte y sólido sobre lo que cimentar tu intelecto y, a cambio, tú pulirás mis modales, revisarás mis costumbres e impedirás que mi corazón se eche a perder adorando a falsos ídolos. ¿Podremos hacer esto el uno por el otro, Anna?

—Sí, Frank —respondió ella, efusivamente. Y, al darse cuenta de repente de que Clara se dirigía hacia ellos, añadió en tono juguetón—: Por supuesto, como comprenderás, todo esto es confidencial.

Él le dio la flor sin decir nada, como si aquel emblema de su silencio fuera el mejor ejemplo de lo que podía ofrecer. Aquella belleza había recibido muchas flores, mas ninguna había sido sostenida durante tanto tiempo ni con más cuidado que aquella rosa sin espinas que su antiguo amigo acababa de entregarle con una cordial sonrisa que la emocionó.

En una semana pueden suceder muchas cosas y los siete días que siguieron a aquel encuentro bajo la luz de la luna le parecieron a Anna los más plenos y felices que había vivido jamás. Nunca en su vida se había esforzado tanto, pues su nuevo tutor le daba mucho trabajo, y ella estudiaba en secreto para suplir todo tipo de carencias, carencias que su excesivo orgullo le impedía reconocer abiertamente. Se acabaron las novelas; nada de poesía sentimental tumbada en la hamaca. Ahora se sentaba muy erguida sobre una dura piedra y leía a Buckle, a Mill y la *Revista de Ciencias Sociales* con tal diligencia y concentración que llegó a consternar a los entonces proscritos haraganes que hasta hacía poco la ayudaban a matar el tiempo. Temprano, por las mañanas, salía a remar; a continuación, una vigorosa cabalgada y largos paseos por colinas y cañadas, de los que regresaba cubierta de polvo, bronceada y agotada, pero tan feliz como si hubiera contemplado algo mucho más bello y grandioso que las flores silvestres o el océano, con su voluble temperamento. Por las tardes asistían a conciertos en aireados salones mientras otros disfrutaban de sus siestas[33], y Anna cantaba para su único oyente como nunca lo había hecho antes. No obstante, lo mejor de todo eran las veladas a la luz de la luna entre los rosales, pues era entonces cuando intercambiaban interesantes confidencias y se atrevían a abordar esos peligrosos, aunque placenteros temas que necesitan la magia de una noche de verano para que el encanto sea perfecto.

Anna pretendía cumplir honorablemente su parte del trato, mas pronto se olvidó de corregir los modales de su pupilo. ¡Tan atareada estaba ocupándose de su corazón! Pronto se dio cuenta de que él trataba a otras mujeres del modo habitual y al principio le molestó pensar que ella era la única a la que le permitía coger su propio abanico, caminar sin tomarla del brazo, remar, cabalgar

y ocuparse de sí misma como si fuera un hombre. No obstante, también descubrió que era ella la única mujer a la que él se dirigía como a un igual; alguien en quien parecía encontrar afinidad, inspiración y ayuda y por quien no solo mostraba admiración, sino también respeto, confianza y afecto.

Todo esto convertía esa falta de cortesía en algo demasiado insignificante como para inducir la a quejarse o hacer reproches —al contrario, la estimulaba y le parecía algo encantador—. Y, al esforzarse para merecer y asegurar dicho trato, se olvidaba de todo lo demás, más orgullosa de ser la amiga verdadera de un solo hombre que un ídolo para decenas de amantes.

Los efectos de esta nueva relación en «la otra parte» resultaban menos evidentes; pues, como ejemplar del sexo poco efusivo, él solía guardarse sus opiniones, hallazgos y satisfacciones para sí mismo, sin dar señal alguna de especial interés, con excepción de alguna esporádica y extasiada alusión a su amada, alusión que parecía dar a entender que la ausencia de la joven era el combustible que alimentaba su pasión.

Anna intentaba sofocar semejante ardor, pues estaba segura —solía decir— de que era un error prodigar tanto amor hacia una persona que no lo merecía en absoluto. Sin embargo, Frank parecía vivir ajeno a esa cuestión, y Anna sufría por ello, ya que día tras día descubría una nueva virtud, una nueva gracia o talento en aquel hombre perverso que parecía empeñado en desperdiciar de la peor manera todas sus cualidades. Ella se desvivía por olvidar el asunto, evitaba el tema en lo posible y trataba de ignorar por completo la existencia de aquel molesto ser al que ni siquiera conocía. Pero cuando la semana se acercaba a su fin algo empezó a inquietarla en secreto, una silenciosa turbación la poseyó por completo y cada momento —rebotante ahora de un agrisulce deleite que nunca había conocido— le parecía más precioso a medida que pasaba.

—Debo marcharme mañana —dijo Frank el sábado al anochecer cuando paseaban por la playa mientras un sol esplendoroso se ponía y grandes olas rompían musicalmente en la arena.

—¡Qué vacaciones tan cortas después de todos esos meses de trabajo! —respondió Anna, apartando la mirada para que él no pudiera ver la melancolía que inundaba su delatora mirada.

—Disfrutaría de unas vacaciones más largas, las más felices que un hombre pueda tener, si alguien viniera conmigo. Anna —añadió impetuosamente—, he decidido poner a prueba mi destino.

—Ya te he advertido —dijo ella—. No puedo hacer nada más.

Lo cual era cierto, pues al oír sus palabras el corazón de la pobre muchacha se encogió y, por un instante, el oro que teñía el cielo perdió el brillo ante sus ojos.

—Las advertencias no sirven ya de nada, pues estoy seguro de que la amo. Nada como la ausencia para aclarar ese punto. Lo he intentado y no puedo seguir adelante sin ella, de modo que voy «a apostar toda mi fortuna para ganar o perderlo todo».

—Si de verdad la quieres, espero que ganes y que sea la esposa que mereces. Pero piénsalo bien antes de poner tu felicidad en manos de cualquier mujer —dijo Anna, intentando no pensar en sí misma.

—¡Bendita seas! ¡Apenas he pensado en otra cosa durante toda esta semana! Aunque he disfrutado, eso es cierto, y te estoy agradecido por hacer que mi estancia fuera tan agradable —añadió Frank, afectuosamente.

—¿Lo he hecho? ¡Cómo me alegro! —dijo Anna, con la misma sencillez de una niña satisfecha; pues el verdadero amor había desterrado todas sus pequeñas frivolidades, su vanidad y afectación, del mismo modo que el sol absorbe la niebla que oculta un hermoso paisaje.

—¡Claro que lo has hecho! Te aseguro que no he sido yo el profesor... ¡y no soy tan orgulloso como para no reconocer mi deuda con una mujer! Los hombres solitarios que no tenemos madre, hermana ni esposa necesitamos que algún alma bondadosa nos impida volvernos egoístas, duros y demasiado mundanos. Y pocos son tan afortunados como yo por haber tenido una amiga como la pequeña Anna.

—¡Oh, Frank!, ¿qué he hecho yo por ti? No hay nada que haya podido enseñarle yo a alguien más listo y fuerte que yo. Tan solo lo he intentado y he sufrido por ello al ser tan ignorante, débil y tonta —exclamó Anna, con el rostro resplandeciente de sorpresa y placer ante tan inesperada revelación.

—Tu humildad te ha cegado, mas en esa inconsciencia residía la mitad del encanto. Yo te diré lo que has hecho, querida. La moral de un hombre se erosiona sin remedio en este mundo violento y frenético cuya máxima favorita es «sálvese quien pueda y que el diablo se lleve al último». Lo mismo me sucede a mí. Y durante muchas de nuestras conversaciones acerca de tantos temas, mientras parecía que era yo quien te enseñaba, tu inocente integridad echaba por tierra mi materialista visión del mundo, tus sutiles instintos apuntaban al bien que está por encima de toda norma, tu caridad femenina suavizaba mis categóricas opiniones, y tu sencilla fe en lo bueno, lo bello y lo verdaderamente valioso despertaban sin remedio las nobles y alegres creencias que yacían, no muertas, sino dormidas, en mi alma. Todo esto es lo que has hecho por mí, Anna, y mucho más. Pues, al mostrarme el lado oculto de tu naturaleza, me permitiste descubrir que era tan dulce, profundo y digno de alabanza que me devolvió la fe en el género femenino y me mostró todas las hermosas posibilidades que pueden habitar bajo la frívola apariencia de una mujer elegante.

Anna estaba tan emocionada que por un instante fue incapaz de hablar. Después, como si fuera un chorro de agua fría, la abordó una idea. «Y, con todo lo que he hecho, lo único que he conseguido es alejarlo de mí, dándole valor para amar a esa mujer y confiar en ella». Intentó mostrarse agradecida por los elogios de Frank, pero por más que lo intentó no fue capaz de contener cierta acritud en su tono de voz al responder:

—Eres demasiado amable, Frank, pero no creo poseer tantas virtudes. Aunque, si las tuviera y, como las tuyas, hubieran estado dormidas, recuerda que fuiste tú quien las despertó. Así que no me debes nada. Reserva tus dulces discursos para esa dama a la que quieres cortejar. En cuanto a mí, me conformo con la sinceridad. No necesito halagos.

—Pero los mereces —respondió Frank, sin poder contener una sonrisa, como si supiera qué espina se le había clavado a su amiga y el descubrimiento no le disgustara—. Aunque, si llegase a perder a mi amada, quiero pensar que mi vieja amiga no me abandonaría —añadió con una visible preocupación que logró aliviar el herido corazón de Anna.

Ella no dijo nada, pero le ofreció la mano con una mirada más que elocuente. Él la tomó en silencio y, estrechándola con cariño y firmeza, guio a su amiga hasta un pequeño declive entre las rocas, donde solían sentarse a menudo para contemplar las grandes olas que rompían atronadoras al llegar a la costa. Cuando ella se sentó, él le puso su chaqueta sobre los hombros con tanta ternura como si la hubiera estrechado entre sus brazos para protegerla del frío viento marino. Este tipo de atenciones no eran frecuentes en él, y que actuara así entonces la afectó de un modo tan extraño que, cuando él se sentó a su lado, ella sintió el fuerte deseo de apoyar la cabeza en su hombro y gritar entre sollozos: «¡No te vayas, no me dejes! ¡Nadie te quiere la mitad que yo, ni te necesita tanto!».

Por supuesto, no hizo nada semejante, sino que comenzó a canturrear tratando de contener una lágrima rebelde. Sin embargo, Frank la interrumpió dejando escapar un profundo suspiro y retomó su confesión con un trágico anuncio.

—Anna, tengo que decirte algo terrible.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, con la resignación de quien ya ha escuchado lo peor.

—Es tan terrible que no creo que pueda mirarte a la cara mientras lo cuento. Escúchame con calma hasta que termine y después puedes tirarme al mar si quieres, pues me lo merezco. —Fue su alegre comienzo.

—Continúa —dijo Anna. Y se preparó para recibir el golpe con masculina firmeza.

Frank se inclinó el sombrero sobre los ojos y, evitando la mirada de ella, dijo rápidamente con un extraño tono de voz:

—La noche que llegué me dieron una habitación con vistas a la *piazza* interior del hotel. Después de deshacer el equipaje decidí tumbarme para descansar y recuperarme después del viaje. Fue entonces cuando escuché a dos damas que hablaban junto a mi ventana. Me quité bruscamente las botas para hacerles saber que estaba allí, pero no se dieron cuenta, de modo que seguí escuchando. Por lo general, el parloteo femenino me habría dado sueño y en cinco minutos me habría dormido. Sin embargo, su conversación era original y despertó mi interés; especialmente cuando reconocí uno de los nombres que mencionaron. Toda esta semana ha sido un experimento para mí, Anna. ¿Qué te parece?

Absorta mientras trataba de recordar, en un principio no respondió. Después se sujetó el sombrero por el ala y, con una expresión que resultaba al mismo tiempo airada y dolida, curiosa, agradecida y algo avergonzada, respondió lentamente sosteniendo su mirada sonriente:

—Mejor de lo que esperaba.

—Eso está bien. Entonces, ¿me perdonas por escuchar a escondidas, por mi grosería y por mis muchas vilezas? Fue algo abominable, lo sé. Pero no pude resistir la tentación de poner a prueba tu sinceridad. Fue muy divertido, aunque sé que no merezco nada bueno —dijo Frank, con repentina seriedad.

—Me gastabas tantas bromas en los viejos tiempos que no me cuesta perdonarte ahora. Aunque me parece una mezquindad que me engañaras. De todas formas, puesto que he disfrutado mucho con todo esto, no me quejaré ni te arrojaré al agua de momento —repuso Anna con magnanimidad.

—Siempre fuiste un ángel compasivo —afirmó Frank, colocando de nuevo la chaqueta sobre los hombros de Anna con más ternura aún si cabe.

—¿Por eso eras tan brusco solo conmigo y te comportabas de un modo tan extraño y desconsiderado? No era capaz de entenderlo y al principio me dolía, pero luego pensé que sería porque nos conocíamos desde niños, y pronto lo olvidé. Te mostrabas tan cariñoso y cercano, tan servicial y sincero. Fue «muy divertido» porque siempre sabía que hablabas en serio, lo cual es reconfortante en este mundo en el que todo es mezquindad y falsos halagos. Sí, Frank, es posible que te rieras de mí y que vuelvas a abandonarme. Podré soportarlo porque ahora sé que mi capricho no era algo descabellado. Ahora sé lo que tengo que hacer y podré seguir adelante sola y vivir una vida más feliz que la que tenía cuando me encontraste.

Hablaba con valentía, sin apartar la mirada de la arena de la playa y de las agitadas olas; como si hubiera descubierto algo por lo que merecía la pena vivir y ya no tuviera miedo del

futuro. Frank la miró fijamente un instante, pues nunca había visto una expresión tan noble en su rostro. En sus hermosas facciones había tristeza y valor, dolor y también una serenidad que las dotaba de una inusitada belleza. También la cara de él se transformó mientras contemplaba a la muchacha, como si hubiera dejado escapar un profundo y dulce sentimiento que llevaba mucho tiempo reteniendo y ahora ese sentimiento al fin estuviera listo para salir, reclamando su lugar.

—Anna —dijo él con aire arrepentido—. Tengo que hacerte otra terrible confesión para que mi conciencia se quede tranquila. Quiero decirte quién es la persona a la que amo. Aquí está su imagen. ¿Quieres verla?

Ella sintió un pequeño escalofrío, se dio la vuelta lentamente y miró hacia donde él le indicaba. Pero lo único que vio fue su rostro atónito reflejado en un pequeño charco detrás de ellos. Al mirar a Frank supo que no necesitaba ninguna explicación. De hecho, no tuvo ocasión de decir nada, pues algo más acogedor que la chaqueta envolvió entonces sus hombros, algo más cálido que las lágrimas rozó su mejilla y una voz más dulce que el viento y las olas le susurró tiernamente al oído:

—Durante toda esta semana he estudiado y disfrutado mucho más que tú, pues tuve ocasión de leer el corazón de una mujer y aprendí a honrar y a confiar en aquello que he amado desde que era un chiquillo. Tu ausencia me lo demostró, de modo que vine a buscar a la pequeña Anna y descubrí que era mejor y más adorable que nunca. ¿Puedo pedirle que siga siendo mi maestra? ¿Querrá compartir conmigo tanto su trabajo como su tiempo libre y ser la mejor amiga que un hombre pueda tener?

Y Anna respondió enseguida:

—Sí.

MARY E. BRADLEY LANE

(1844-1930)

MIZORA. UN MUNDO DE MUJERES[34]

(1890)

«Las organizaciones crecieron, se unieron y se desarrollaron hasta transformarse en un nuevo poder militar. Utilizaron el poder con sabiduría, discreción y eficacia hasta tomar finalmente en sus manos las riendas del Gobierno con consumada habilidad y energía».

Temblé ante lo que mis propios pensamientos sugerían. ¿Era aquel un país encantado? ¿Eran hadas aquellas hermosas mujeres rubias, humanas tan solo exteriormente? ¿Seres extraños de una especie diferente? ¿O acaso yo estaba soñando?

—Creo que no te entiendo —dije—. Nunca he oído hablar de un país donde no hubiera hombres. En el lugar de donde yo vengo son muy, muy importantes.

—Es posible —fue la plácida respuesta que recibí.

—¿Y realmente sois una nación de mujeres?

—Sí —dijo ella—. Y así ha sido durante los últimos tres mil años.

—¿Quieres contarme cómo tuvo lugar este maravilloso cambio?

—Por supuesto. Pero para poder hacerlo he de retroceder hasta los tiempos de nuestros más remotos ancestros. La civilización a la que he de referirme para comenzar debe de parecerse a las actuales condiciones de tu país, por como lo has descrito. Prisiones y castigos eran frecuentes entonces por todo el territorio.

Le pregunté cuándo habían sido abolidas las prisiones y los lugares de castigo en Mizora.

—Hace más de dos mil años —respondió ella—. Yo no he conocido personalmente el crimen en ninguna de sus formas. Cuando hablo de ello, lo hago desde un punto de vista estrictamente histórico. Hace muchos siglos que en esta tierra no se ha cometido un solo robo. Y los delitos menores, como la envidia, los celos, la malicia y la falsedad, desaparecieron hace mucho tiempo. No encontrarás ni rastro de ellos en una sola ciudadana de Mizora.

—¿Existieron en tiempos pasados?

—Sí. Nuestra historia más antigua no es sino una sucesión de dramas cuyos actores se enfrentaban en continuas luchas por el poder, dejándose arrastrar por todas esas antiguas cualidades con tal de obtenerlo. Conspiraciones, intrigas, asesinatos y guerras eran las armas de los más antiguos gobernantes de nuestra tierra. En cuanto la muerte ponía fin al dominio de uno de esos gobernantes, otro ocupaba su lugar. Y así habría continuado, de modo que aún hoy seguiríamos repitiendo la antigua tragedia, de no haber tenido lugar un singular acontecimiento. Sin duda, habrás sido testigo, en la historia de tu propio pueblo, de cómo una intriga similar conducía a la ruina a los conspiradores. Apremiarás lo mismo en la historia que estoy a punto de contarte.

»Hace muchos años, este país estaba poblado por dos razas, la masculina y la femenina. Los hombres eran quienes gobernaban la vida pública y la doméstica. Su supremacía procedía de los tiempos prehistóricos, cuando la fuerza física era la única ley. La mujer era una bestia de carga y era considerada un ser inferior al hombre, tanto mental como físicamente. Esta idea prevaleció durante siglos en nuestra temprana civilización, incluso después de que la Ilustración le concediera un caballeroso respeto por parte del varón. No obstante, dicho respeto era profesado únicamente hacia las mujeres de su propio hogar, por los ricos y poderosos. Las mujeres que no habían tenido la buena suerte de nacer en ese ámbito de la vida se veían obligadas a trabajar de la mañana a la noche, hambrientas y agotadas, a cambio de una miseria apenas suficiente para mantener viva la llama de la vida. Su trabajo era más duro que el de los hombres, y su salario,

mucho menor. El Gobierno pertenecía a la clase aristocrática, integrada por unos pocos privilegiados que estaban constantemente enfrentados entre sí para obtener más poder y conquistar territorios. Guerras, escasez y pestilencia eran moneda corriente. En cuanto a los súbditos, hombres y mujeres, unos lo tenían todo para disfrutar una vida de placeres, mientras los otros no tenían nada. Pobreza, opresión y desdicha constituían el pan de cada día de la mayoría. Poder, prosperidad y lujos eran el privilegio de unos pocos.

»Niños y niñas venían al mundo sin ser deseados ni siquiera por aquellos que podían criarlos, y a menudo nacían a pesar de que sus progenitores hubieran intentado impedirlo. En consecuencia, muchos de ellos nacían deformes, no solo física, sino también mentalmente. En semejantes condiciones, la vida era desgraciada para la mayor parte de la raza humana, por lo que su religión consideraba un crimen condenable con el eterno tormento de un fuego inextinguible el ponerle fin de forma deliberada mediante cualquier acto de autodestrucción.

»Pero la revolución era inminente. Los injustamente explotados se alzaron, armados y furiosos, contra los opulentos opresores. La lucha fue larga y trágica, y con tal rencor y desesperada persistencia fue librada por los insurrectos que las mujeres y niñas tuvieron que ocupar el lugar de los padres, maridos y hermanos caídos. Finalmente, consiguieron la victoria. Exigieron entonces una forma de gobierno que fuera patrimonio de todos y les fue concedida, pero limitando sus privilegios a los ciudadanos adultos y varones.

»El primer Gobierno representativo duró un siglo. Durante ese periodo, la civilización alcanzó mayores logros que en los trescientos años anteriores. Pues es un hecho que la mente ansía la libertad para alcanzar su perfecto desarrollo. El anhelo de libertad ennoblece la naturaleza humana, y ninguna nación puede llegar a ser universalmente moral sin antes ser libre.

»Sin embargo, esta primera República estaba enferma desde su nacimiento. La esclavitud existía en ciertos distritos de la nación. Esto no eran sino los vestigios de la antigua y decadente sociedad que el nuevo Gobierno, exultante y orgulloso por su reciente triunfo, no había sabido remediar por falta de interés o de sabiduría. Una parte del país se negaba a permitir la esclavitud dentro de su territorio, mas había prometido no intervenir en la parte que sí la permitía. No obstante, la enemistad fue creciendo entre ambas partes y, tras años de represión e inútiles reconciliaciones, dicha enemistad culminó en otra guerra civil. Los esclavistas estaban decididos a absorber más territorios, y los que se oponían a dicho régimen no iban a permitirlo. La guerra que tuvo lugar como consecuencia de este conflicto rompió para siempre los grilletes de la esclavitud y fue la principal causa de la extinción de la raza masculina.

»El inevitable efecto de la esclavitud es enervante y desmoralizador. Es una gangrena que devora lentamente la vitalidad de toda nación que la permita, sin importar la forma que adopte. El territorio libre disfrutaba de todo el vigor, la bonanza y la capacidad de resistencia propias de un territorio autosuficiente. En todos los sentidos, estaba preparado para una lucha larga e intensa. Sus fuerzas se agruparon en nombre de un Gobierno unido.

»Teniendo en cuenta la notable desigualdad de los bandos enfrentados, la guerra debería haber durado muy poco. Sin embargo, la corrupción había logrado infiltrarse de forma furtiva en ámbitos clave del Gobierno, y políticos sin escrúpulos, ansiosos por ascender en el escalafón, vieron en el conflicto la oportunidad idónea para lucrarse si la guerra continuaba. Les interesaba prolongarla y eso hicieron. Colocaron en puestos de alta responsabilidad dentro del Ejército a hombres cuya ineptitud les era de sobra conocida, y allí los mantuvieron mientras el país lloraba a sus hijos heridos y agonizantes.

»El bando esclavista envió al frente a sus mejores hombres y habrían vencido de no ser porque los recursos de su enemigo eran prácticamente ilimitados. Literalmente exhausto, después de haber consumido hasta el último recurso para abastecer la lucha, se hundió a causa de su inherente debilidad.

»Dispuesto a prolongar de forma indefinida la guerra y al tiempo que intentaba satisfacer las exigencias de un pueblo impaciente y angustiado cuyos vástagos estaban siendo sacrificados mientras veían incrementados sus impuestos, el Gobierno siguió sustituyendo de manera periódica a sus mandos militares, que de un modo u otro siempre revelaban ineptitud.

»Quiso el azar que un hombre de intelecto mediocre e infinita soberbia ocupara el puesto de comandante en jefe del Ejército gubernamental cuando el conflicto llegaba a su fin. Los políticos, cuyas viles maquinaciones habían alargado la guerra, vieron la oportunidad de seguir favoreciendo sus intereses si aseguraban su popularidad, de modo que lo convirtieron en el mayor genio militar que el mundo hubiera conocido —algo que a todas luces evidenciaba el éxito que había alcanzado donde tantos otros habían fracasado—. Era bien sabido que no se había arriesgado a entrar en batalla hasta estar seguro de que sus soldados estaban mejor equipados y superaban en número al Ejército enemigo. Pero los políticos que abogaban por él afirmaron que tan solo esa precaución habría bastado para señalarlo como el extraordinario genio militar que era. El pueblo engañado lo aceptó como héroe.

»Los políticos agotaron su ingenio inventando todo tipo de distinciones para él. Crearon un nuevo ministerio en honor a su eminencia militar —dotado, por supuesto, con un generoso sueldo— y fue homenajeado con todo tipo de condecoraciones y emolumentos. La nación, siguiendo el ejemplo de sus líderes políticos, se unió a tales agasajos. Nadie parecía capaz de percibir que la nación se adentraba en el peligroso camino que conduce sin remedio a la anarquía y el despotismo: el camino del culto a un solo hombre. Por desgracia, habían escogido a uno demasiado cauto y discreto y que, por si fuera poco, había llegado a convencerse de que realmente era el mayor prodigio que el mundo había alumbrado jamás.

»Fue nombrado presidente, y solo entonces su egotismo y su ambición salieron a la luz. Asumió todos los privilegios propios de la realeza que tal posición le podía procurar y designó a un gran número de parientes, por completo desconocidos, para el desempeño de cargos políticos de responsabilidad por los que también cobraban generosos salarios, a pesar de que eran otros funcionarios del Gobierno quienes en realidad llevaban a cabo sus deberes oficiales.

»La corrupción se extendió por todos los ministerios, mas la nación vivía ajena al peligro. Los pocos ciudadanos capaces de percibir las debilidades y la arrogancia del héroe fueron silenciados por la opinión pública.

»Transcurrido el primer ejercicio de su cargo, le fue concedido un segundo mandato, y fue entonces cuando el verdadero carácter del sujeto comenzó a manifestarse ante el pueblo. Era un hombre de naturaleza testaruda y egoísta, y su cualidad mental más reseñable era sin duda la astucia.

»Su larga estancia en el poder, sumada a la continua adulación por parte de sus beneficiarios políticos y a su propia soberbia, llegaron a convencerlo de que en verdad había prestado un servicio impagable a su patria. Designaba a amigos íntimos para los cargos más inverosímiles —una camarilla de personajes que con el tiempo llegarían a formar una suerte de nueva aristocracia que contrajo lazos matrimoniales con las familias más eminentes y antiguas de la nación—.

»Viajaba por el país en compañía de toda su familia a expensas del Gobierno, con el fin de

preparar al pueblo para una ostentación propia de la realeza. Las ciudades y pueblos que visitaba organizaban fiestas y desfiles con costosas iluminaciones y todas las diversiones imaginables para su entretenimiento y glorificación. En previsión de que dichos desfiles no resultaran suficientemente grandiosos o entusiastas, él mismo enviaba a agentes secretos para que prepararan el programa y la magnitud de los eventos; por supuesto, a expensas de la ciudad a la que tenía intención de honrar con su presencia.

»Manifestaba cada vez más intensamente un poderoso deseo de someter la voluntad del pueblo a la suya. Cuando era informado de que una medida propuesta por él era inconstitucional, sugería que la Constitución fuese modificada y protegía a sus amigos íntimos en cargos de privilegio con todo el poder de su propio ministerio cuando la situación lo requería.

»El pueblo soportaba todo tipo de excesos carentes de gusto y que en un Gobierno libre habrían estado prohibidos por la ley, al tiempo que, de manera lenta pero inexorable, la nación iba perdiendo sus libertades. Y cuando este hombre presionó al Gobierno para que le doblara su salario de presidente, el Gobierno obedeció.

»Desde hacía mucho tiempo existía una clase política que anhelaba en secreto convertir la república en un imperio que les asegurara un mayor poder y opulencia. Habían soslayado, en el ilusorio entusiasmo que el pueblo sentía por un solo hombre, la oportunidad que durante tanto tiempo habían esperado y que con tanto celo habían urdido. El gobernante era ambicioso y carecía de escrúpulos, y el poder se había convertido para él en una necesidad que alimentaba los caprichos de su vanidad.

»La Constitución del país prohibía de manera explícita que un solo hombre ocupara el cargo de presidente durante más de dos mandatos, pero el grupo partidario del imperio propuso enmendar dicha ley para que el pueblo pudiera escoger a su presidente cuantas veces quisiera o incluso de forma vitalicia si así lo deseaba. Trató de convencer al pueblo de que la nación le debía semejante honor al general más grande de todos los tiempos; argumentando incluso que tal medida era necesaria para la protección del Gobierno y que, llegado el caso, su popularidad le permitiría abanderar un ejército que lo mantuviera en su cargo.

»Sin embargo, el pueblo empezaba ya a vislumbrar las intenciones del héroe y condenó su resolución de optar a un tercer mandato. La vergonzosa corrupción que él había llegado a proteger abiertamente dejó en evidencia que no era el hombre adecuado para el cargo. ¡Sin embargo, por desgracia, el pueblo había tardado demasiado en darse cuenta! Habían introducido a un pequeño elefante en palacio. Lo habían cuidado y alimentado y se habían limitado a admirar cómo crecía y crecía, pero ahora serían incapaces de sacarlo sin echar abajo el edificio.

»Los políticos que habían dirigido el Gobierno durante tanto tiempo demostraron poseer más poder que el pueblo; y, mediante ciertas prácticas habituales en los mandatarios de aquella época, lograron que el líder fuera designado para un tercer mandato. El pueblo, ahora profundamente alarmado, empezó a tomar conciencia de su necedad y su ceguera y llevó a cabo grandes esfuerzos para tumbar su elección, pero dichos esfuerzos no sirvieron de nada. Los políticos habían amañado las urnas y, cuando los recuentos se hicieron públicos, el héroe fue nombrado presidente de por vida. El pueblo descubrió, cuando ya era demasiado tarde, que había ayudado a cavar la fosa donde serían enterradas las libertades civiles de toda la nación, y aquellos que eran leales y se habían dejado engañar contemplaron su entierro embargados por un inútil arrepentimiento. La innmerecida popularidad con que habían obsequiado a un hombre de naturaleza egoísta y mezquina había supuesto su ruina. En su discurso de toma de posesión, el presidente declaró que nada, salvo

la voluntad del pueblo, habría de guiar sus pasos durante el nuevo Gobierno. Él ni siquiera deseaba ocupar de nuevo el cargo, y la vida pública de veras le desagradaba, mas estaba dispuesto a sacrificarse por el bien de la patria.

»Quizá si el pueblo hubiera estado sumido todavía en la ignorancia, hubiera cedido sin quejarse; pero los ciudadanos habían disfrutado durante demasiado tiempo de los privilegios de un Gobierno libre como para permitir que les usurparan dichos privilegios sin oponer resistencia. El desorden y los tumultos se extendieron por todo el país y el Ejército ocupó las calles para proteger al nuevo Gobierno, aunque muchos soldados se negaron a obedecer. Las dos facciones del Ejército se enfrentaron y, como consecuencia, el Gobierno se disolvió. El general al que habían aclamado fracasó de forma estrepitosa a la hora de imponer orden en mitad del caos, y los conspiradores que lo habían encumbrado al poder ahora se volvían en su contra con la furia de un depredador cuando le arrebatan a su presa. Innumerables facciones enfrentadas surgieron por todo el territorio del país; cada una de ellas con su propio líder ávido de poder y ansioso por someter al resto. Lucharon hasta que el exterminio de una raza pareció inminente. Y fue entonces cuando un nuevo e insospechado poder se alzó entre las ruinas y pudo gobernar.

»Las mujeres de la nación nunca habían formado parte de ningún Gobierno. Sus únicos privilegios dependían de la caballería o la gentileza de los hombres. Ante la ley sus derechos eran muy inferiores, de modo que los males de la anarquía imperante habían caído directamente sobre ellas con la mayor dureza. Al principio se organizaron para protegerse mutuamente del desorden generalizado. Las organizaciones crecieron, se unieron y se desarrollaron hasta transformarse en un nuevo poder militar. Utilizaron el poder con sabiduría, discreción y eficacia hasta tomar finalmente en sus manos las riendas del Gobierno con consumada habilidad y energía.

»Al principio su única intención era imponer la paz en el país. La anarquía reinante había desmoralizado a la sociedad, y ellas habían sufrido más que nadie. Durante mucho tiempo habían implorado tener los mismos derechos que sus conciudadanos, los hombres; pero había sido en vano. En vista de lo que siempre había sucedido, decidieron conservar el Gobierno que con su sabiduría y su fuerza habían restaurado. Su educación se había visto obstaculizada. Las universidades y todos los caminos que conducen hacia un desarrollo intelectual más elevado habían permanecido siempre cerrados para ellas, de la misma manera que se les había negado sistemáticamente la posibilidad de encontrarse a sí mismas mediante el desempeño de cualquier profesión. Y, sin embargo, gracias a su sublime coraje y energía, unas pocas habían logrado abrirse paso por la fuerza hacia su destino a pesar de la oposición de los hombres y las injurias de las de su propio sexo. Fue ese espíritu valiente, que les permitió adquirir una educación, el mismo que organizó y dirigió el nuevo poder. Generosamente se ofrecieron a formar un Gobierno que perteneciera a todos los ciudadanos inteligentes y adultos, fieles a la ley.

»Pero estas mujeres sabias constituían una pequeña minoría. La mayor parte de ellas vivían aún bajo el peso del recuerdo de injusticias pasadas, por lo que ahora que ostentaban el poder declararon su intención de controlar el Gobierno durante un siglo.

»Reformaron la república, poniendo remedio a los numerosos defectos que habían echado a perder el anterior régimen de los hombres. Hicieron de la nación una unidad que nunca podría desintegrarse recurriendo a ideas como los derechos o la soberanía de los estados.

»Propusieron un código de leyes para el Gobierno central que cada uno de los estados miembros de la Unión ratificó como su propia Constitución estatal, consiguiendo de ese modo una uniformidad y una fuerza que la república de los hombres no había conocido ni tan siquiera

sospechado que se podía alcanzar.

»Según la ley, cualquier criminal podía ser arrestado sin importar el estado al que hubiera huido tras delinquir y sin más autoridad legal que la que hubiera llevado a cabo inicialmente la denuncia de dicho delito. Formularon una ley según la cual los criminales juzgados y declarados culpables de un crimen no podían ser perdonados sin el acuerdo de setenta y cinco ciudadanos educados y neutrales elegidos entre cien, que valorarían los testimonios y tomarían su decisión bajo juramento. Huelga decir que muy pocos criminales obtenían el perdón. Esto impedía que la responsabilidad del indulto recayera de forma directa sobre la justicia estatal, al tiempo que prevenía que dichos indultos pudieran ser obtenidos gracias a cualquier clase de privilegio personal. Se abolió así el poder de los criminales ricos que recurrían sistemáticamente al soborno para escapar de la justicia; una práctica muy extendida en secreto durante la antigua república.

»Al formar el nuevo Gobierno, las mujeres, que eran sus fundadoras, se beneficiaron enormemente de los errores y aciertos del anterior Gobierno de los hombres. Ni el Gobierno general ni los Gobiernos estatales podían ser mutuamente independientes. Una ley de la Unión no podía llegar a serlo sin haber sido antes ratificada por las legislaturas de cada uno de los estados miembros. Una ley estatal no podía ser declarada constitucional hasta haber sido ratificada en el Congreso.

»Para elaborar las constituciones estatales, las leyes fueron seleccionadas entre las diferentes constituciones de los estados de la Unión, que habían resultado ser más útiles para el Gobierno estatal durante la antigua república. En la república de los hombres, cada estado había elaborado y ratificado sus propias leyes, que eran independientes del Gobierno general. Por tanto, no había dos estados que poseyeran dos leyes iguales.

»Garantizar la fuerza y evitar la confusión constituía el principal objetivo de las fundadoras del nuevo Gobierno. La Constitución del Gobierno Nacional estipuló la exclusión del sexo masculino de todas las cuestiones de Estado, al tiempo que le arrebató todos sus privilegios durante un periodo de cien años.

»Al final de dicho periodo no existía ni un solo representante gubernamental de ese sexo.

Manifesté mi asombro ante tales revelaciones. Su vida social se desarrollaba bajo condiciones que a mí me resultaban increíbles. ¿Sería una impertinencia por mi parte pedir una explicación que me permitiera comprenderla? ¿Se trataba de algún secreto que protegían, un misterio que debía permanecer eternamente envuelto en un velo de dudas y que sugería la existencia de algún misterioso poder? Hablé con la mayor humildad posible y la preceptora me dirigió una tranquila pero penetrante mirada.

—¿Te parecemos un pueblo misterioso? —me preguntó.

—¡Así es! ¡Mucho! —exclamé—. Algunas veces me he sentido abrumada.

—Nunca lo has mencionado hasta ahora —dijo ella, cordialmente.

—No encontraba el momento de hacerlo —dije yo.

—Es costumbre en Mizora, como sin duda ya habrás notado, no hablar sobre asuntos domésticos fuera de la familia, pues son sus miembros los únicos interesados a ese respecto; y ha sido esta discreción lo que te ha impedido conocer más profundamente nuestro sistema social. No veo ningún inconveniente en satisfacer tu deseo de comprenderlo. La mejor manera de hacerlo es dejar que sea la historia quien te guíe, si eres paciente y deseas escuchar.

Le aseguré que estaba ansiosa por oír cuanto tuviera a bien contarme. Resumió así:

—La prosperidad del país aumentó rápidamente bajo la presidencia de las mujeres. La mayoría de ellas estaban a favor de una estricta moralidad que hicieron valer mediante la ley y la práctica. Las artes y las ciencias fueron fomentadas y evolucionaron con rapidez. Los colegios y universidades prosperaron vigorosamente y todas las ramas de la educación estaban ahora al alcance de las mujeres.

»Durante la república de los hombres el Gobierno había fundado y mantenido en funcionamiento una academia militar y otra naval, donde un número limitado de jóvenes del país eran educados a expensas del Estado. El Gobierno femenino llevó a cabo la reorganización de ambas instituciones, sustituyendo a los jóvenes por muchachas. También fundaron una academia de ciencias que fue equipada con todos los recursos necesarios para la investigación y el progreso. Solamente aquellas estudiantes con una marcada predilección por la investigación científica eran admitidas, previa demostración de sus capacidades. De este modo, la escuela atraía sistemáticamente a los mayores talentos de todo el país. El número de aspirantes no estaba limitado *a priori*.

»Salvo en escasas excepciones, la ciencia había sido hasta entonces un terreno vedado a las mujeres. Sin embargo, el apoyo y los recursos que ahora se ofrecían pronto sacaron a la luz talentos latentes que se desarrollaron con rapidez. Apenas transcurrido medio siglo, las alumnas de la academia habían llevado a cabo descubrimientos que propiciaron importantes cambios en el modo de vida, especialmente en la prevención y la cura de enfermedades.

»No obstante, por más que la prosperidad del país hubiera aumentado, la seguridad a nivel político no sería posible mientras siguiera habiendo personas privadas de derechos. Los hombres, por supuesto, estaban decididos a recuperar su antiguo poder y urdían constantemente todo tipo de intrigas y conspiraciones contra el Gobierno. Con el fin de evitar una nueva guerra civil, se decidió finalmente reformar la Constitución y concederles igualdad de derechos en los comicios. Tan pronto los obtuvieron, pusieron de nuevo en práctica las antiguas costumbres de la república para asegurar su supremacía en los asuntos gubernamentales. Las mujeres se dieron cuenta de que era cuestión de tiempo que volvieran a estar sometidas y se reprochaban amargamente su incapacidad para evitarlo. Sin embargo, en plena crisis una eminente mujer de ciencia propuso dejar que la raza se extinguiera. La ciencia había desvelado el secreto de la vida.

En ese momento dejó de hablar, como si diera por hecho que yo la había comprendido perfectamente.

—Estoy más desconcertada que nunca —exclamé—. No soy capaz de comprenderte.

—Ven conmigo —dijo ella.

Seguí sus pasos hasta el laboratorio de química, donde me invitó a mirar por un microscopio y después me preguntó qué había visto.

—Una célula exquisitamente diminuta moviéndose con gran violencia —respondí.

—Hija mía —dijo ella, con solemnidad—, lo que estás viendo no es otra cosa que el germen de toda vida. Ya sea animal o vegetal, una flor o un ser humano, este tiene siempre un principio común. Hemos avanzado mucho científicamente a la hora de controlar dicho desarrollo. Has de saber que la Madre es la única parte importante en todo tipo de vida. En los organismos más elementales ningún otro sexo es visible.

Me senté y observé a mi interlocutora en un estado de ánimo difícil de describir. Había en su semblante y en su mirada una apabullante grandeza intelectual. La verdad reposaba en su frente

como una corona. La revelación que durante tanto tiempo había anhelado ahora me llenaba de pesar, pues me separaba irremisiblemente de aquellos seres hermosos y sociables.

—La ciencia os ha enseñado a suplantar a la naturaleza —dije finalmente.

—En absoluto. Tan solo nos ha enseñado a conseguir que nos obedezca. No podemos crear vida. No podemos desarrollarla. Pero sí somos capaces de controlar sus procesos evolutivos a voluntad. ¿Eres capaz de desdeñar semejante poder? ¿No sería feliz tu patria sin idiotas, sin lunáticos, sin deformidad ni enfermedades?

—Poca esperanza tendría yo de ver algún cambio radical en lo que me queda de vida si te dijera que la deformidad, por extraordinaria que sea, se convierte en una fuente de beneficios para quien la padece.

—Todos los cambios son lentos —respondió ella—. La vida moral es el culmen evolutivo de la naturaleza y se ha visto obligada a evolucionar con la misma lentitud que cualquier otro proceso; y, como sucede con cualquier forma de vida inferior, las formas sucesivas resultan ser siempre las mejores. Su perfección definitiva se alcanzará algún día y entonces se logrará la felicidad, el placer será satisfecho, y el deseo encontrará su éxtasis.

»Cada generación tiene el deber de preparar el camino para un mayor desarrollo de la siguiente, como hemos visto ejemplificado en la naturaleza gracias a los restos fosilizados de formas de vida extintas hace largo tiempo; una condición necesaria para la aparición de otra más elevada en el próximo estadio evolutivo. Que no puedas disfrutar en vida del fruto de tu trabajo no impedirá que la siguiente generación se beneficie igualmente de dichos resultados. No seas tan egoísta como para pensar únicamente en tu limitado ciclo vital.

—¿Y qué medios habéis utilizado para alcanzar semejantes logros? —pregunté.

—Estudiando cuidadosamente las leyes de la naturaleza al tiempo que nos ceñíamos a ellas. Han sido necesarios muchos años, siglos en realidad, para que la influencia de la burda naturaleza del hombre pudiera ser eliminada de la raza actual.

»Dedicamos las más cuidadosas atenciones a las madres de nuestra raza. No permitimos que ninguna influencia perniciosa, ni intelectual ni moral, la contamine. Por el contrario, las más agradables manifestaciones de la naturaleza —todo aquello capaz de ennoblecer y deleitar, como el arte y la música— la arropan y son objeto de interés y ternura para todo aquel que entre en contacto con ella. Protegida de cualquier insana turbación, alimentada con la dieta más nutritiva y apropiada (tanto mental como física), la hija de una madre de Mizora siempre supone una mejora con respecto a esta. Con nosotras, las niñas no conocen el sufrimiento. Creemos, y la presente condición de nuestra raza así lo demuestra, que cualquier criatura rodeada de influencias edificantes desde su nacimiento crecerá hasta convertirse en un ser afable e inteligente, a pesar de haber heredado tendencias poco favorables.

»Apoyándonos en este principio, hemos ennoblecido nuestra raza y descubierto los medios para prolongar la vida y la belleza de la juventud mucho más allá de los límites conocidos por nuestros ancestros.

»La tentación y la necesidad a menudo degradarán una naturaleza deseosa de ser noble y predispuesta a hacer el bien. Pronto tomamos conciencia de este hecho, así como de que cualquier naturaleza, una vez degradada por el crimen, transmitirá dicho mal a sus descendientes. Por este motivo nunca hemos permitido que un convicto se reproduzca.

—Pero ¿cómo habéis llegado a ser tan bellas? —pregunté—. Pues jamás en todos mis viajes he visto un solo rostro que no fuera agraciado. Al contrario, todas las mujeres de Mizora poseen

cuerpos perfectos y los rasgos más hermosos.

—Seguimos el gentil ejemplo de nuestra madre, la naturaleza. Aire saludable y ejercicio con moderación durante generaciones y generaciones nos han ayudado. Nuestros ancestros conocían también la influencia del arte, la escultura, la pintura y la música, y habían sido educados para apreciarlo.

—Pero ¿no crees que la naturaleza ha sido especialmente generosa con vosotras? —inquirí.

—No más con nosotras que con cualquier otro pueblo que siga sus leyes. Cuando llegaste aquí por primera vez, pensabas que serías capaz de mejorar la naturaleza comprimiendo tus pulmones y órganos digestivos en un espacio más reducido del que su hacedora había previsto para ellos.

»Si construyes un motor y lo introduces por la fuerza en un receptáculo tan pequeño y exiguo que no puede moverse y accionas su fuerza motriz, ¿qué crees que sucederá?

»Mi pueblo, como bien dices, es hermoso. Mas, si desoyéramos las leyes de la naturaleza o decidiéramos frustrar sus intenciones, dentro de pocas generaciones, o quizá en la próxima, de nuevo tendríamos cutis y rasgos vulgares, hombros caídos y deformidad.

»Ha requerido paciencia, dotes de observación y esmero por parte de nuestras antepasadas poder garantizar el impagable legado de salud y cuerpos perfectos que nos han dejado. Tu pueblo podría llegar a tenerlos haciendo uso de los mismos medios.

En cuanto a las causas físicas, me inclino a dudar en general de su implicación en este particular; y tampoco creo que el hombre le deba nada de su temperamento o su genio al aire, la comida o el clima.

FRANCIS BACON

Escuché con suma atención tan curiosa e instructiva historia y, cuando la preceptora dejó de hablar, le manifesté mi gratitud por su amabilidad. Había muchas cosas sobre las que deseaba obtener más información, pero especialmente acerca de su método para erradicar la enfermedad y el crimen. Estos dos males eran las aflicciones predominantes en todas las naciones civilizadas que yo conocía, por lo que esperaba llegar a comprender lo suficiente su método de extirpación para beneficiar a mi propio país. Le pregunté si tendría a bien explicármelo.

—Me referiré, en primer lugar, a la enfermedad —dijo ella—, pues es pariente cercana del crimen. Pareces sorprendida. Seguramente hayas conocido enfermos de por vida e inválidos irrecuperables que no eran criminales. Sin embargo, si visitas alguno de los barrios más desfavorecidos de cualquiera de vuestras grandes ciudades, comprobarás que la pobreza y la enfermedad van siempre de la mano, y que los niños reciben la vida y el alimento que los nutre de madres consumidas y desdichadas. Morir de hambre es, día tras día, su principal temor. Jamás han conocido la ternura que puede convertir cualquier hogar en un refugio para el corazón. Mal alimentadas, mal vestidas y carentes de amor, todo lo que podría haber de excelso y refinado en la naturaleza de estas mujeres, en el caso de que fuera debidamente cultivado, termina siendo asfixiado y consumido por un único enemigo: la necesidad.

»Si de veras posees algún conocimiento sobre la naturaleza, pregúntate a ti misma si es posible producir un ser humano noble y sano viviendo en semejantes condiciones desde su nacimiento. ¿Acaso esperarían los expertos en agricultura de tu tierra que un árbol achaparrado y desatendido llegase a producir una fruta excepcional y deliciosa?

Me había sorprendido la gráfica descripción de la preceptora al hablar de la miseria, tan

familiar en todas las naciones civilizadas que yo conocía, de modo que le pregunté:

—¿Alguna vez conoció este país miseria semejante?

—Hace muchos años era tan común en esta tierra como actualmente lo es en la tuya. El primer gran paso hacia la erradicación de la enfermedad fue proveer a las masas de alimentos saludables y en buen estado. Fue necesario el más estricto rigor de la ley para destruir la perniciosa práctica de la adulteración. El siguiente esfuerzo consistió en desterrar la pobreza de esta tierra. Para conseguirlo se abordó, en primer lugar, la cuestión del trabajo; y el resultado de dicha discusión fue la creación de una Junta de Arbitraje en todos los estados que establecía el salario en un porcentaje fijo de los beneficios que reportaba cada actividad. Se prohibió por ley la beneficencia, pública y privada, debido a su influencia inmoral sobre la sociedad. Las organizaciones caritativas eran numerosas y habían estado de moda durante mucho tiempo, por lo que muchas personas se implicaban en ellas tanto por su propio beneficio como por el de los pobres. Los tesoreros no siempre eran honestos y benevolentes, ni los fondos se repartían entre los necesitados e indigentes o entre aquellos para quienes se recaudaban. La ley puso fin a la posibilidad de ese tipo de fraudes, así como a la actividad de impostores profesionales buscadores de almas. A quien necesitaba ayuda, la ciudad o el pueblo donde residía le proporcionaba trabajo (un trabajo respetable e independiente). El amor por la industria, por su dignidad e independencia, fue cuidadosamente inculcado en la mente de las generaciones más jóvenes. No hay país que pueda considerarse tal si no es capaz de proporcionar a cada uno de sus ciudadanos un hogar confortable (que no lujoso) mediante una legislación humanitaria en cuestiones laborales.

»Las penitenciarías fueron reconstruidas por el Gobierno femenino. La mitad del tiempo antiguamente asignado al trabajo era dedicada ahora a la educación obligatoria. En todos los estados se crearon escuelas industriales donde se enseñaban trabajos mecánicos de forma gratuita. Los antiguos beneficiarios de fondos caritativos eran enviados a estos liceos y alentados a convertirse en personas autosuficientes. Estas escuelas industriales se convirtieron finalmente en colegios estatales en los que se formaba al alumnado, de manera gratuita, en todas las ramas del conocimiento, tanto intelectual como técnico.

»La pobreza desapareció gracias a la influencia de estas escuelas, mas el bienestar general aún no se había alcanzado. Y no existiría mientras la educación no fuera un bien universal.

»Con este objetivo en mente, el Gobierno prohibió trabajar a todo ciudadano menor de veintiún años, edad esta hasta la cual los jóvenes tendrían que seguir formándose en las escuelas estatales. Al mismo tiempo, fue aprobada una ley que autorizaba la plena financiación de las aulas escolares con fondos públicos. Si el objetivo a alcanzar era una educación superior, las escuelas estatales la impartirían de manera completamente gratuita.

»Todas estas medidas tuvieron gran relevancia a la hora de mejorar las condiciones de la sociedad, pero aún quedaban muchas cosas por hacer. La necesidad de unas leyes sanitarias rigurosas se hizo evidente. Se recorrieron exhaustivamente ciudades y pueblos e incluso granjas con el fin de erradicar todo aquello que pudiera generar enfermedades como la malaria o empobrecer la calidad del aire. La higiene personal y doméstica por fin se convirtió en una cuestión de interés público y, por ende, se creó un cuerpo de inspectores que se encargaban de visitar a las familias con el fin de informar al Estado sobre las condiciones higiénicas de los hogares. Se fomentó toda clase de deportes al aire libre y ejercicios atléticos, y pronto se pusieron de moda.

»La combinación de todos estos elementos derivó en una notable mejora de la salud y el vigor de nuestra raza, aunque las enfermedades hereditarias persistieron.

»Había muchas personas tan debilitadas por trastornos adquiridos genéticamente que carecían de la energía necesaria para lograr recuperarse, de modo que fallecían dejando en las más deplorables condiciones a su descendencia, que, al llegar a la edad adulta, sin duda seguiría el ejemplo de sus padres.

»Se recopilaron estadísticas y se distribuyeron informes médicos hasta que se aprobó una ley que prohibía la perpetuación de progenes enfermas. No obstante, aunque la enfermedad disminuyó, no desapareció por completo. La ley solo podía actuar en lo tocante a las afecciones más graves, por lo que finalmente fue derogada.

»A medida que la ciencia terapéutica avanzaba, se descubrió que todas las enfermedades fisiológicas —ya fueran hereditarias o adquiridas— estaban asociadas con alteraciones de la sangre. Un examen microscópico de una gota de sangre permitía a los científicos determinar el carácter e intensidad de cualquier enfermedad y, finalmente, su eliminación del sistema.

»La sangre es el elemento primordial del organismo. Irriga la carne, los nervios, los músculos y el cerebro. La enfermedad no puede existir en un medio limpio. Gracias a incontables experimentos fue posible determinar las propiedades exactas de la sangre sana, así como el modo de producirla. Mediante el uso de este conocimiento, conseguimos eliminar las enfermedades hereditarias y llegamos a convertirnos en un pueblo sano y moral. Pues un pueblo universalmente sano, sin duda, ha de ser moral. La necesidad engendra el crimen y son los deseos de los ignorantes y desclasados los que incitan al robo. Es un capricho enfermizo o una mente que vive ajena a las leyes que gobiernan la evolución de la naturaleza humana lo que puede inducir a odiar a la propia progenie antes de su nacimiento y, por tanto, a desatender a recién nacidos e infantes, a no alimentarlos debidamente, y a malcriarlos echando a perder su carácter y su buena disposición para convertirse en futuros miembros de la sociedad, amables y humanos. La regresión en semejante coyuntura es prácticamente inevitable. La naturaleza humana retrocede hacia los más bajos e innobles instintos de su más temprana existencia cuando sus vástagos son desatendidos, maltratados o mantenidos en la ignorancia. Todos esos hermosos rasgos de carácter capaces de suscitar entusiasmo, como la gratitud, el honor o la caridad, son únicamente consecuencia de la educación. No son los instintos naturales de la mente humana, sino que son cultivados.

»Se aprobaron las leyes más estrictas con el fin de favorecer la práctica médica. Ningún médico podía ejercer hasta haber sido examinado y autorizado para hacerlo por el Colegio Estatal de Medicina. Para evitar favoritismos e impedir la entrega de diplomas a aspirantes incompetentes, se impusieron terribles penas a todo aquel colegiado que los firmara. Hace mucho tiempo que la profesión desapareció. Toda madre ejerce como médico en el ámbito de su familia. Esto es, obedece las leyes de la naturaleza en lo que a ella y a sus hijas respecta, por lo que nunca necesitará a un doctor.

»Tan pronto como el pueblo se volvió sano y dejó de depender de la caridad, el crimen comenzó a descender de manera natural. Las condiciones que alimentaban y promovían el crimen a pequeña escala han dejado de existir. Y los individuos que habían heredado dicha tendencia consiguieron liberarse de ese lastre en el curso de pocas generaciones, dejando tras de sí una honorable descendencia.

»Sin embargo, el crimen en su forma más aberrante es un rasgo hereditario imposible de erradicar. Generación tras generación puede aparecer y desaparecer en una familia una vez

infectada por él —sin necesidad de que se manifieste—, para surgir después del modo más inesperado en algún descendiente violento e indomable.

»Hemos intentado eliminarlo tal como hicimos con la enfermedad, pero fracasamos. Se trata de una estructura molecular cerebral heredada que la ciencia no fue capaz de reconstruir. El único remedio era la aniquilación. De ahí que los criminales no pudieran tener descendencia.

—Me sorprende —la interrumpí— que, poseyendo el control sobre el desarrollo del cuerpo, no hayáis podido hacerlo también con la mente.

—De haber podido, habríamos creado genios capaces de descubrir la fuente de la que mana toda vida. Somos capaces de controlar causa y efecto, mas no podemos crear dicha causa. Ni siquiera conocemos su origen. El intelecto es al cuerpo lo que el perfume a la flor: un secreto que la naturaleza se reserva exclusivamente para sí misma. Durante mil años nuestras mentes más privilegiadas han intentado descubrir ese manantial, pero hoy estamos tan lejos de descubrirlo como hace un milenio.

—Entonces, ¿cómo habéis conseguido vuestro intelecto superior?

—Asegurándole a nuestra descendencia una perfecta salud física y mental. La ciencia nos ha enseñado el modo de desarrollar el intelecto siguiendo una serie de leyes de validez demostrada. Si entierro una semilla en el suelo y poco después crece un pequeño brote de color verde que con el tiempo se convertirá en un árbol, al plantar la semilla en la tierra fértil y regar y atender el brote, he ayudado a la naturaleza. Sin embargo, yo no he creado la semilla ni aportado la fuerza necesaria para que se convirtiera en un árbol; ni tan siquiera puedo definir dicha fuerza.

—¿Y qué es lo que ha propiciado el exquisito refinamiento de tu pueblo?

—Como todo lo demás, es el resultado de un desarrollo gradual dirigido a alcanzar un mayor progreso. Siguiendo las estrictas leyes que gobiernan la evolución de la vida, conseguimos controlar la formación del cuerpo y del cerebro. Existen marcados rasgos intelectuales que se pueden intensificar mediante su cuidado generación tras generación hasta que finalmente culminan en un glorioso estallido de poder llamado «genio». Sin embargo, la mente tiene una peculiaridad: se parece a esa maravillosa planta centenaria que, tras décadas de crecimiento, florece y muere. El genio es esa flor de la mente que tarda en abrirse y desaparece sin dejar descendencia. Nos preparamos celosamente para el futuro desarrollo del genio. Sabemos que nuestras hijas nunca serán deformes ni tontas, pero contemplamos el florecimiento de sus mentes con el interés de una inédita revelación. Y entretanto las guiamos con el mayor de los cuidados.

»Podría acoger a un niño de tu pueblo aquejado de algún tipo de debilidad física o mental; y después lo criaría a base de alimentos adecuados y ejercicio (tanto físico como mental), de tal modo que al madurar ya se podría observar en él una marcada superioridad con respecto a sus padres. No es lo que la naturaleza ha hecho por nosotras, sino lo que nosotras hemos hecho por ella lo que nos convierte en un pueblo superior.

—Las cualidades intelectuales propias de tu pueblo —observé— son, sin duda, superiores, tanto que superan con creces las de aquellos que nosotros consideramos genios. ¿Cómo habéis llegado a eso?

—Mediante los procedimientos que ya te he explicado. El genio es siempre un líder. Cualquiera de nuestros genios está dotado de una sutileza intelectual y perceptiva que desborda tu capacidad para apreciarla. Y todo cuerpo social organizado se ha de mover intelectualmente en masa, con su líder justo a la cabeza.

—He visitado como invitada a varias de vuestras familias y me ha llamado la atención que sus

hogares estaban decorados con pinturas y esculturas que despertarían curiosidad y admiración en mi tierra como insólitas obras de arte. Aquí, sin embargo, no son más que una forma de expresar los gustos y costumbres familiares. ¿Es esta otra manifestación de un intelecto evolucionado, o es tan solo un talento natural de vuestra raza?

—No es algo natural, sino el resultado del mismo proceso de cuidadoso cultivo del que ya te he hablado. ¿Ves los llamativos colores de esos retratos antiguos? No hay nada en ellos que sugiera armonía. Al contrario, lo que los caracteriza son esos violentos contrastes de color. Quienes sirvieron de modelo pisaron esta tierra hace miles de años. Sabemos que muchos de esos colores les eran desconocidos entonces. El color es una facultad mental producto de la cultura. En estadios iniciales de la sociedad tal como la conocemos, tan solo se conocían las tonalidades más toscas y brillantes. La concepción de armonías de color más delicadas, así como la capacidad para apreciarlas son manifestaciones de una mentalidad refinada y superior. Si te fijas, los analfabetos de tu tierra no saben apreciar o distinguir la armonía de los colores. Y lo mismo sucede con los sonidos. Cuanto más evolucionada está una cultura, más difícil es complacernos musicalmente. Nos volvemos más críticos.

Yo había estado reflexionando sobre algunas cosas mientras la preceptora hablaba, y solo entonces me aventuré a expresarlas.

—Dices que han de pasar muchas generaciones antes de que pueda percibirse un cambio en un pueblo. ¿De qué me serviría entonces a mí o a los míos estudiar y esforzarnos e investigar o enseñarles a los míos cómo mejorar? No son capaces de comprender el progreso. Ellos no han aprendido a apreciarlo entrando en contacto con él, como yo he hecho en Mizora. Malgastaría mi vida y mi felicidad intentando convencerlos para que salgan de las roderas por las que han viajado durante tanto tiempo. Ni siquiera saben que existen otros caminos. Me cubrirían de injurias, quizá incluso me perseguirían. Mis doctrinas serían consideradas visionarias e impracticables. Creo que sería mejor utilizar mis conocimientos con mi propia progenie y dejar que el resto del mundo lo descubra como buenamente pueda.

La preceptora me miró con cierta severidad. Nunca había visto en sus grandes ojos algo tan parecido a un reproche.

—¡Qué idea tan atroz, qué barbaridad! —exclamó—. Tu pueblo jamás podrá escapar de la ignorancia y la degradación hasta que, una vez liberado de su agonía mental, logre evolucionar hacia una naturaleza alentada por una ambición cuya luz brillará en honor de la humanidad y no del individuo. Esa será la chispa que encienda el fuego que ningún caudal podrá extinguir y que arderá por la libertad de pensamiento. Deja que la humanidad perciba el calor de esos faros ardientes, pues solo entonces marchará hacia adelante desafiando todos los obstáculos y haciendo frente a todos los peligros hasta lograr el triunfo. La naturaleza humana siempre intentará atrapar lo inalcanzable. Es esa pequeña chispa en nuestro interior lo que mantiene encendido el fuego eterno. Y, cuando ya no podamos utilizarlo, buscará un nuevo lugar donde seguir ardiendo.

CHARLOTTE PERKINS GILMAN

(1860-1935)

EL EMPAPELADO AMARILLO[35]

(1892)

«Ya llega la hermana de John. Es una chica encantadora ¡y se preocupa tanto por mí! Será mejor que no me vea escribiendo. Es un ama de casa perfecta y entusiasta. Y lo cierto es que no tiene ninguna otra ambición. ¡Estoy convencida de que piensa que escribir es lo que me ha hecho enfermar!».

No es habitual que la gente corriente como John y yo podamos pasar el verano en una antigua casa solariega.

Una mansión colonial, una heredad..., una casa encantada sería el cenit de la felicidad romántica. ¡Pero eso es pedirle demasiado al destino!

Y, con todo, diré con orgullo que hay algo extraño en ella.

De no ser así, ¿por qué iban a alquilarla tan barata? ¿Y por qué ha estado tiempo deshabitada?

John se ríe de mí, por supuesto, pero eso es típico del matrimonio.

John es un hombre extremadamente práctico. No tiene paciencia en cuestiones de fe, le horrorizan las supersticiones y se burla abiertamente de cualquier cosa que no se pueda ver o palpar y expresar con cifras.

John es médico y quizá —esto no se lo diría a nadie, claro está, y además solo escribo porque me supone un gran alivio—, quizá sea ese precisamente el motivo por el que estoy tardando más en mejorar.

¡Es que no se cree que esté enferma! ¿Y qué se le va a hacer?

Si un médico respetado, que además es tu marido, les asegura a sus amigos y parientes que lo que tienes realmente no es grave y solo sufres una pasajera depresión nerviosa —fruto de una ligera tendencia a la histeria—, ¿qué se le va a hacer?

Mi hermano también es doctor, y también muy respetado, y dice exactamente lo mismo.

Así que me limito a tomar fosfatos y fosfitos —o lo que quiera que sean— y también tónicos; salgo a pasear y disfruto del aire libre; hago ejercicio y tengo rigurosamente prohibido «trabajar» hasta que me haya recuperado.

Personalmente no comparto el punto de vista de ambos.

Personalmente creo que una ocupación agradable, algo de actividad y algunas novedades me sentarían bien.

Pero ¿qué se le va a hacer?

Hace un tiempo que escribo a pesar de que ellos se opongan. Aunque lo cierto es que me agota tener que ocultarlo; de lo contrario, tendría que enfrentarme a sus reproches.

A veces me parece que, en mi estado, si tuviera menos oposición y más compañía y estímulo... Pero, según John, lo peor que puedo hacer es pensar en mi estado, y he de confesar que hacerlo siempre hace que me sienta peor.

De modo que dejaré el tema y hablaré de la casa.

¡Qué lugar tan bonito! Es bastante solitario, apartado de la carretera y situado a unos cinco kilómetros del pueblo. Me recuerda a una de esas mansiones inglesas que salen en las novelas, pues tiene grandes setos, muros y verjas de hierro cerradas con candado; y varias casitas desperdigadas por la finca, seguramente para uso de los jardineros y del resto del servicio.

¡Y el jardín es precioso! Nunca he visto un jardín así. Grande y con buenas sombras, surcado por senderos bordeados con setos de boj y pérgolas con bancos bajo emparrados cargados de uvas.

También había invernaderos, pero en la actualidad están todos destrozados.

Al parecer hubo algún problema legal; algo relacionado con los herederos y coherederos. En cualquier caso, la casa lleva años vacía.

Mucho me temo que eso elimina cualquier posibilidad de que haya un fantasma. Pero no me importa; hay algo extraño aquí. Lo noto.

Incluso se lo comenté a John una noche de luna llena. Aunque él se limitó a decir que solo era una corriente y cerró la ventana.

A veces me enfado con John sin motivo. Estoy segura de que nunca he estado tan sensible. Creo que es debido a mi afección nerviosa.

John, sin embargo, me dice que, si pienso de esta forma, no seré capaz de controlarme como es debido. Así que me esfuerzo en hacerlo —al menos cuando estoy con él— y eso me deja agotada.

No me gusta nada nuestra habitación. Yo quería instalarme en una de la planta baja que tiene vistas a la plazoleta, con rosas que crecían cubriendo el marco de la ventana y unas colgaduras de cretona pasadas de moda que eran una preciosidad. Pero John no quiso ni hablar del asunto.

Dijo que solo tenía una ventana, que no tenía espacio suficiente para dos camas y que no había ningún otro dormitorio cerca por si él necesitaba instalarse.

Él es muy atento y cariñoso, y apenas me deja mover un dedo sin decirme cómo he de hacerlo.

Me ha organizado cada hora del día. Él se ocupa de todo, y yo me siento como una vil desagradecida por no saber valorar lo que hace.

Dice que hemos venido aquí solo por mí, y que necesito reposo absoluto y respirar todo el aire puro que pueda.

—De tus fuerzas depende que hagas o no ejercicio, amor mío —me dijo—, y de tu apetito, que comas; pero no tienes excusa para no respirar.

De modo que ocupamos el cuarto de los niños en el piso superior de la casa.

Es una habitación grande y espaciosa que ocupa casi toda la planta, con ventanas en todas las direcciones, bien ventilada y muy luminosa. Tengo la sensación de que primero se utilizó como guardería y más tarde como cuarto de juegos y gimnasio, pues hay rejas en las ventanas —sin duda como protección para los niños— y hay anillas y otras cosas en las paredes.

Parece que una clase entera de chiquillos hubiera utilizado como pizarra la pintura y el papel pintado. Sobre el cabecero de mi cama, a una altura hasta la que llegaría mi brazo, hay grandes trozos —de papel— que han sido arrancados; y también cerca del suelo, en el otro extremo de la habitación. Nunca he visto un papel tan espantoso.

Es uno de esos extravagantes diseños que aglutinan todos los pecados artísticos imaginables. Lo bastante soso para que la mirada se pierda al contemplar dichos diseños, y lo bastante llamativo para resultar irritante e incitar al observador a mirarlo con más atención; y, cuando una se dispone a seguir los trazos pobres e inseguros, estos de repente se suicidan, retorciéndose en ángulos imprevisibles y destruyéndose en insospechadas contradicciones.

El color es repelente, casi repulsivo; un amarillo sucio y estridente, extrañamente desvaído por la luz del sol.

En algunas partes parece un naranja chillón, y en otras adquiere un tono verde enfermizo.

¡No me extraña que los chiquillos lo aborrecieran! Yo misma lo odiaría si me viera obligada a vivir aquí mucho tiempo.

Ya vuelve John; debo esconder el cuaderno. A él no le gusta nada que escriba.

Hace dos semanas que estamos aquí y desde el primer día no he vuelto a tener ganas de escribir.

Estoy sentada junto a la ventana en este horrible cuarto infantil y nada me impide escribir cuanto quiera, excepto esta debilidad.

John está fuera todo el día e incluso algunas noches si tiene casos graves.

¡Me alegro de que mi caso no sea grave!

Sin embargo, estos trastornos nerviosos resultan de lo más deprimentes.

John no tiene ni idea de lo que sufro en realidad. Sabe que no tengo motivos para hacerlo y con eso le basta.

Por supuesto, solo son nervios. ¡Pero me afectan de tal manera que no me permiten cumplir con mis responsabilidades!

Yo pretendía ayudar a John, servirle de consuelo y descanso... ¡y aquí estoy, convertida en una carga!

Nadie se imagina el esfuerzo que me supone lo poco que hago... (vestirme, entretener a las visitas y ocuparme de los encargos).

¡Suerte que Mary se las apañe tan bien con el bebé! ¡Qué encanto de cosita!

Pero no puedo estar con él, porque me pongo aún peor.

Supongo que John no ha estado nervioso en toda su vida. ¡Cada vez que le hablo de este papel se echa a reír!

Al principio tenía intención de cambiar el empapelado, pero después dijo que me estaba obsesionando y que no hay cosa peor para una enferma de los nervios que dejarse llevar por esas fantasías.

Dijo que, en cuanto cambiara el papel de la pared, empezaría a preocuparme aquella cama tan pesada; después serían los barrotes de las ventanas, luego la verja que había en lo alto de la escalera y así sucesivamente.

—Sabes que te sienta bien estar aquí, cariño —me dijo—, y la verdad es que no tengo intención de reformar la casa solo para un alquiler de tres meses.

—Pues trasladémonos al piso de abajo —dije yo—. Hay habitaciones muy bonitas.

Entonces me estrechó entre sus brazos y me llamó su dulce gallinita y me dijo que se instalaría hasta en el sótano si yo quisiera e incluso lo haría encalar.

Sin embargo, no le falta razón en lo de la cama, las ventanas y todo lo demás.

La habitación es tan espaciosa y confortable como cualquiera podría desear; y, por supuesto, no seré yo quien lo moleste por un simple capricho.

Me está empezando a gustar de veras la habitación grande; todo excepto ese horrible papel.

Por una de las ventanas se ve el jardín con esas misteriosas pérgolas a la sombra de los emparrados, los exuberantes lechos de flores pasadas de moda, los arbustos y los nudosos árboles.

Desde otra tengo una hermosa vista de la bahía y de un pequeño embarcadero que forma parte de la finca. Hay una bonita senda arbolada que conduce hasta allí desde la casa. Siempre me imagino a gente paseando por todos esos senderos bordeados de setos, pero John me ha advertido que no me deje llevar por ese tipo de ensoñaciones. Dice que, con la imaginación que tengo y con mi costumbre de inventar historias, un trastorno nervioso como el mío puede desembocar en todo tipo de fantasías difíciles de controlar, por lo que debería poner todo mi empeño y mi fuerza de

voluntad en controlar esa tendencia. Así que intento hacerle caso.

A veces me digo que, si al menos pudiera escribir un poco, eso me aliviaría de la presión de todas esas ideas descabelladas y podría descansar.

Sin embargo, cada vez que lo intento me canso enseguida.

Es tan desalentador no poder contar con nadie que me aconseje y me apoye en lo que hago. Dice John que cuando me sienta bien de verdad invitará a Julia y al primo Henry para que vengan a visitarnos varios días; pero que por el momento preferiría poner petardos bajo mi almohada antes que tener en casa a gente tan estimulante.

Ojalá mejorase más deprisa.

Pero no debo pensar en eso. ¡Ese papel me mira como si fuera consciente de la perniciosa influencia que tiene sobre mí!

Hay un motivo recurrente en el dibujo donde las figuras se doblan como si tuvieran el cuello roto y sus ojos saltones te miran del revés.

Resulta tan insolente y repetitivo que me saca de quicio. Las extrañas formas se arrastran de arriba abajo y de un lado a otro, y esos ojos absurdos están por todas partes y me miran sin pestañear. Hay un punto del empapelado en el que dos pliegues no encajan, y los ojos que suben y bajan por ambos lados no están alineados.

Nunca había visto tal capacidad expresiva en una cosa inanimada, ¡y todo el mundo sabe lo expresivas que pueden llegar a ser! Cuando era niña y no podía dormir, me resultaban más divertidos y terroríficos los muebles y las paredes vacías de mi cuarto que todos los juguetes del mundo.

Recuerdo los alegres guiños que me hacían los tiradores de la antigua cómoda, y había una silla a la que siempre consideré una buena amiga. Solía pensar que, si alguna de las demás cosas de mi cuarto se volvía demasiado feroz, podía subirme a la silla para ponerme a salvo.

No es que estos muebles tengan nada de malo. En el peor de los casos les falta armonía, pues tuvimos que subirlos de la planta baja. Supongo que, cuando esta habitación empezó a utilizarse como sala de juegos, también tuvieron que sacar todas las cosas de los niños. Y no me extraña... ¡Nunca he visto destrozos como los que hicieron aquí esos chiquillos!

Como ya he dicho, el papel pintado está arrancado en algunas partes. Y eso que estaba bien pegado. Además de odiarlo, sin duda, debían de ser perseverantes.

También el suelo de madera está arañado, astillado y lleno de surcos. La escayola está agujereada. Y esta cama enorme y pesada, que era lo único que había cuando llegamos, es tan vieja que parece haber sobrevivido a varias guerras.

Pero nada de eso me molesta. Solo el papel.

Ya llega la hermana de John. Es una chica encantadora, ¡y se preocupa tanto por mí! Será mejor que no me vea escribiendo.

Es un ama de casa perfecta y entusiasta. Y lo cierto es que no tiene ninguna otra ambición. ¡Estoy convencida de que piensa que escribir es lo que me ha hecho enfermar!

Ya seguiré escribiendo cuando vuelva a marcharse. Y además puedo verla venir desde muy lejos por las ventanas.

Una de ellas está orientada hacia el camino, un bonito y sinuoso camino que discurre a la sombra de la arboleda. Y desde la otra únicamente se ve la campiña, de prados aterciopelados y salpicada de frondosos olmos.

En el papel pintado hay otro dibujo, en un segundo plano y en distinto color, y es especialmente irritante, pues solo puede verse con cierta luz y ni siquiera entonces es fácil distinguirlo con claridad.

Sin embargo, en las partes menos descoloridas y cuando la luz del sol es la adecuada, puedo ver una especie de figura amorfa, extraña y provocadora, que parece acechar tras el estúpido y obvio diseño principal.

¡Ya sube la hermana!

¡Bueno, por fin ha pasado el 4 de julio! La gente se ha ido y estoy cansada. John pensaba que me haría bien tener un poco de compañía, así que madre, Nellie y los niños han estado aquí durante una semana.

Por supuesto, yo no he movido un dedo. Ahora es Jennie quien se ocupa de todo.

Pero de todas formas me he cansado.

John dice que si no empiezo a mejorar más rápido me pondrá en manos de Weir Mitchell en cuanto llegue el otoño.

Pero yo no quiero ir allí. Hace un tiempo trató a una de mis amigas y según ella es exactamente igual que John y mi hermano, ¡pero peor!

Además, un viaje tan largo sería demasiado.

Siento que no vale la pena preocuparse por nada y me estoy volviendo cada vez más gruñona e impaciente.

Lloro por cualquier cosa y casi todo el tiempo.

Por supuesto, no lo hago delante de John ni de nadie más, sino cuando estoy sola.

Y últimamente paso mucho tiempo sola. John se ve obligado a quedarse a menudo en el pueblo por la gravedad de algunos casos, y Jennie es buena chica y me deja a solas cuando se lo pido.

Así que me dedico a pasear por el jardín o por la hermosa senda, me siento en el porche bajo los rosales y me acuesto aquí arriba durante largas horas.

La habitación ha llegado a gustarme a pesar del empapelado. O quizá precisamente por él.

¡No puedo sacármelo de la cabeza!

Estoy aquí tumbada en esta enorme cama imposible de mover —creo que está clavada al suelo— y me dedico a contemplar ese dibujo durante horas. Es un ejercicio tan bueno como hacer gimnasia, te lo aseguro. Empiezo, por ejemplo, por la parte de abajo, allí en la esquina, donde todavía está intacto; y decido por enésima vez seguir ese absurdo diseño, tratando de llegar a alguna conclusión.

Sé algo acerca de los principios del diseño y tengo la seguridad de que esta cosa no sigue ninguna ley de radiación, alternancia, repetición o simetría, ni ningún otro principio del que yo haya oído hablar.

Por supuesto, se repite en cada pliego, pero nada más.

Mirado desde cierta perspectiva, cada rollo de papel parece independiente. Las exageradas curvas y las rebuscadas florituras —una especie de «románico decadente» con *delirium tremens*— se tambalean arriba y abajo en columnas independientes que son pura fatuidad.

Desde otro lado, sin embargo, se unen en diagonal y las líneas parecen huir en grandes oleadas oblicuas de horror óptico, como una mata de algas agitadas por la corriente.

El conjunto también se extiende horizontalmente, o, al menos, eso parece, y me agoto tratando

de averiguar si dicha extensión sigue algún tipo de orden.

A modo de friso también hay una serie de pliegues horizontales, lo que remata la obra de un modo espléndido y aún más desconcertante.

En un extremo de la habitación el empapelado está prácticamente intacto, y allí, cuando al ponerse el sol la luz es más uniforme y cae de plano sobre la pared, por un instante creo hallar cierta armonía a pesar de todo, y el interminable disparate parece ordenarse en torno a un eje unificador, antes de que sus elementos vuelvan a dispersarse enloquecidos en todas direcciones.

Seguirlos de un lado a otro me deja exhausta. Creo que echaré una cabezadita.

No sé por qué escribo esto.

No quiero hacerlo.

No me veo capaz.

Y sé que a John le parecería absurdo. Sin embargo, debo expresar lo que siento y reflexionar sobre ello de alguna manera. ¡Me supone un gran alivio!

No obstante, parece que el esfuerzo siempre acaba siendo mayor que el alivio.

La pereza me domina durante gran parte del día y estoy demasiado tiempo acostada.

John me dice que no puedo permitirme perder fuerzas y me obliga a tomar aceite de hígado de bacalao, muchos tónicos y ese tipo de cosas, además de cerveza, vino y carne poco hecha.

¡Ay, mi querido John! Me quiere mucho y sufre al verme así. El otro día intenté conversar con él de forma razonable y decirle que me haría la mujer más feliz si me dejara visitar a Julia y al primo Henry. Pero él me respondió que no estaba en condiciones de viajar y una vez allí no lo aguantaría. La verdad es que no le di muy buenos argumentos, pues antes de terminar ya estaba llorando.

Cada vez me cuesta más pensar con claridad. Supongo que es culpa de esta debilidad nerviosa.

El bueno de John me cogió en brazos, me llevó al piso de arriba y me acostó en la cama. Después se sentó a mi lado y leyó para mí hasta que me calmé.

Me dijo que yo era su amorcito, su mayor apoyo y todo lo que tenía, y que, por su bien, yo debía cuidarme mucho y estar sana.

Dice que nadie salvo yo puede ayudarme a salir de esta, que debo hacer acopio de fuerzas con toda mi voluntad y autocontrol y no permitir que ninguna absurda fantasía me domine.

Lo único que me consuela es saber que mi pequeño está bien y es feliz. ¡Y, además, no tiene que estar en esta guardería con ese espantoso papel pintado!

¡Si no la hubiéramos ocupado nosotros, lo habría hecho el pobre chiquillo! ¡De buena se ha librado! Por nada del mundo habría permitido yo que un hijo mío, una cosita tan impresionable, viviera en una habitación así.

Nunca lo había pensado, pero es una suerte que John me haya traído aquí, después de todo. La verdad es que yo puedo soportarlo mucho mejor que el bebé.

Por supuesto, ya no comento estas cosas con nadie —soy prudente—, pero aun así sigo alerta.

Hay cosas en ese papel pintado que no ha visto nadie más que yo, y que nadie verá.

Detrás de ese dibujo en primer plano, las formas difusas se hacen más nítidas cada día.

Siempre es la misma forma, pero repetida muchas veces.

Y se parece a una mujer inclinada hacia delante que se mueve sigilosamente detrás del dibujo.

No me gusta nada. Me pregunto si... Se me ha ocurrido que... ¡Ojalá John me sacara de aquí!

Es tan difícil hablar con John sobre mi situación..., porque él es tan inteligente y me quiere tanto.

Sin embargo, anoche lo intenté.

La luna brillaba en el cielo, iluminándolo todo como si fuera el sol. A veces la aborrezco. Aparece lentamente y se arrastra por alguna de las ventanas hasta llegar al último rincón de la habitación.

Como John estaba dormido, yo no quise despertarle, de modo que me quedé muy quieta a su lado, contemplando la luz de la luna que caía sobre el ondulante papel pintado, hasta que me asusté.

Me pareció que la imprecisa figura agitaba el dibujo, como si quisiera salir desde detrás.

Me levanté lentamente y me acerqué a la pared para tocar el papel y comprobar si se movía, y cuando volví a la cama, John se había despertado.

—¿Qué sucede, pequeña? —dijo—. No te pasees por ahí de esa manera. Te vas a resfriar.

Pensé que era buen momento para hablar, así que le dije que no estaba mejorando y que me gustaría irme a otro lugar.

—¡Pero, cariño!, ¿por qué? —preguntó—. Aún nos quedan tres semanas de alquiler y no creo que pueda marcharme antes. Las reformas de la casa aún no han terminado y no puedo abandonar el pueblo de un día para otro. Por supuesto, si corriera algún peligro, lo haría sin dudar; pero lo cierto es que estás mejor, querida, aunque no te des cuenta de ello. Soy médico, amor mío, y lo sé. Has ganado peso y has recuperado el color; incluso tu apetito ha mejorado. Estoy mucho más tranquilo al verte así.

—No he cogido ni un solo gramo más de peso —repliqué—. Todo lo contrario. Y puede que mi apetito haya mejorado por las noches, cuando tú estás aquí; pero, por las mañanas, cuando te vas, es peor.

—¡Bendita seas, palomita mía! —exclamó él, abrazándome con fuerza—. ¡Puedes estar tan enferma como quieras! Pero ahora durmamos un poco y recuperemos fuerzas. Hablaremos de esto por la mañana.

—¿Y no te marcharás? —pregunté yo, desanimada.

—¿Cómo voy a marcharme, amor mío? Solo tres semanas más y haremos un bonito viaje de unos pocos días mientras Jennie prepara la casa. ¡De veras, cariño, estás mejor!

—Puede que mi cuerpo esté mejor... —comencé a decir. Pero me quedé callada, pues él se incorporó y me miró con tal expresión de severidad y reproche que no pude decir ni una palabra más.

—Cariño mío —dijo—, te ruego, por mi bien y el de nuestro hijo, tanto como por el tuyo, que nunca permitas ni por un instante que esa idea entre en tu cabeza. No hay nada tan peligroso y fascinante para un temperamento como el tuyo. No es más que una fantasía tonta y absurda. Te lo digo como médico. ¿Es que no confías en mí?

Así que, por supuesto, no dije nada más sobre el asunto y poco después volvimos a acostarnos. Él creyó que yo me había quedado dormida antes que él, pero no fue así. Permanecí acostada durante horas tratando de decidir si el dibujo principal y el de detrás realmente se movían al mismo tiempo o por separado.

A la luz del día, en un dibujo como este es fácil percibir la falta de continuidad, ese desafío a la norma que resulta exasperante para cualquier mente normal.

El color ya es de por sí bastante espantoso, irreal y enervante, pero el dibujo es, sin duda, una tortura.

Creas que lo tienes dominado, pero, justo cuando empiezas a avanzar, da una voltereta y ya lo has perdido. Te da una bofetada, te tira al suelo y te pisotea. Es como una pesadilla.

El dibujo exterior es un rebuscado arabesco que recuerda a algún tipo de hongo. Imagina una seta venenosa dividida en secciones, una interminable guirnalda de setas venenosas que germinan y brotan, dando lugar a infinitas protuberancias, pues bien, algo así es.

¡Al menos algunas veces!

Este papel tiene una peculiaridad muy especial, algo de lo que no parece haberse percatado nadie más que yo, y es que cambia con la luz.

Cuando el sol entra violentamente por la ventana que da al este —siempre espero ansiosa ese primer rayo largo y recto—, cambia tan rápido que nunca me lo acabo de creer.

Por eso siempre lo observo.

Y a la luz de la luna —la luna brilla dentro de la habitación durante toda la noche cada vez que sale— ni siquiera podría decir con seguridad que se trate del mismo empapelado.

Por las noches, con cualquier clase de luz, la del crepúsculo, la de una vela, la de una lámpara y, la peor de todas, la de la luna, ¡aparecen barrotes! Me refiero al dibujo principal. Y entonces la mujer que hay detrás se puede distinguir con total claridad.

Durante mucho tiempo no estaba segura de qué era lo que había detrás —ese diseño en segundo término—, pero ahora estoy segura de que se trata de una mujer.

Con la luz del día está borrosa, parece tranquila. Me da la sensación de que es el dibujo lo que la mantiene así. Es tan desconcertante. Puedo contemplarla durante horas.

Cada vez paso más tiempo acostada. John dice que es bueno para mí y que duerma todo lo que pueda.

Lo cierto es que ha cogido la costumbre de hacer que me eche una siesta de una hora después de cada comida.

Estoy segura de que no es bueno para mí, porque la verdad es que no consigo dormirme.

Y, además induce al engaño, pues no les digo que estoy despierta. ¡Oh, no!

La verdad es que empiezo a tenerle algo de miedo a John.

A veces actúa de un modo extraño, e incluso Jennie tiene esa inexplicable mirada.

De cuando en cuando, quizá únicamente a modo de hipótesis científica, ¡tengo la sensación de que es por culpa del papel!

He observado a John sin que se dé cuenta, cuando entra en la habitación con las excusas más banales, y lo he pillado varias veces mirando el papel pintado. Y también a Jennie. A Jennie incluso la he visto tocarlo en una ocasión.

Ella no sabía que yo estaba en el cuarto y, cuando le pregunté, con voz tranquila, muy tranquila, y con la mayor contención posible, qué estaba haciendo con el papel, se dio la vuelta como si la hubiera sorprendido robando y, muy enfadada, me preguntó por qué la asustaba de esa manera.

Después dijo que el papel lo manchaba todo, que había encontrado manchas amarillas en mi ropa y en la de John y me pidió que tuviéramos más cuidado.

¿No es de lo más inocente? Sin embargo, no me cabe duda de que estaba examinando el dibujo. ¡Pero me aseguraré de que nadie resuelva el misterio antes que yo!

La vida se ha vuelto de repente mucho más emocionante. Ahora tengo algo parecido a una ilusión, algo que esperar, algo que vigilar. De veras como mejor y estoy más tranquila.

¡John está encantado con mi mejoría! El otro día incluso se rio un poco y me dijo que yo tenía mejor aspecto, a pesar del papel pintado.

Para no entrar en el tema me eché a reír. No tenía intención de decirle que era gracias al papel pintado. Se habría burlado de mí. Puede que incluso hubiera querido sacarme de la casa.

Ahora no quiero marcharme hasta haber descubierto de qué se trata. Como todavía queda una semana, creo que me dará tiempo a averiguarlo.

¡Me siento mucho mejor! No duermo demasiado por las noches. ¡Es tan interesante observar todo lo que sucede! Ya duermo bastante durante el día...

Por el día todo es desconcertante y agotador.

Siempre aparecen nuevos brotes de hongos, y nuevas tonalidades de amarillo los cubren. No puedo llevar la cuenta, y eso que lo he intentado a conciencia.

¡Qué extraño amarillo el de este papel! Me hace pensar en todo lo amarillo que he visto a lo largo de mi vida. No cosas bonitas como los botones de oro, sino cosas amarillas viejas, pérfidas y fétidas.

Y hay otra cosa en el papel: ¡el olor! Lo noté la primera vez que entramos, pero, con tanta luz y estando la habitación recién ventilada, no me resultó desagradable. Esta semana, sin embargo, ha llovido mucho y el ambiente está muy húmedo y da igual que las ventanas estén abiertas o cerradas porque el olor no se va.

Se extiende por toda la casa.

Lo noto flotando en el comedor, escondido en el salón, agazapado en el pasillo, acurrucado, esperándome, en la escalera.

Se me mete en el pelo.

Incluso cuando salgo a cabalgar, si vuelvo la cabeza de repente y lo sorprendo..., ¡ahí está el olor!

Es un olor muy peculiar. Me he pasado horas tratando de analizarlo, de descubrir a qué me recuerda.

Al principio, al menos, no es malo, y es suave. Aunque es el olor más sutil y duradero que conozco.

En cambio, con esta humedad que tenemos, se ha vuelto terrible. Me despierto en mitad de la noche y lo noto flotando sobre mí.

En un primer momento, me molestó. Llegué a pensar seriamente en quemar la casa, solo para poner fin al olor.

Ahora, en cambio, me he acostumbrado a él. La única cosa que se me ocurre es que me recuerda al color del papel. ¡Es un olor amarillo!

Hay una marca muy curiosa en la pared. En la parte baja, cerca del zócalo. Se trata de un trazo que recorre la habitación, por detrás de todos los muebles, excepto la cama; una línea larga y recta, algo borrosa, como si alguien la hubiera estado frotando sin descanso durante años.

Me preguntó cómo y quién la hizo, y con qué motivo. Vueltas y vueltas, vueltas y vueltas y más

vueltas. ¡Me mareo solo de pensarlo!

Al fin he descubierto algo.

Después de mucho observar por las noches, mientras cambia incesantemente de forma, por fin lo he descubierto.

El dibujo principal se mueve. ¡Y no me extraña, porque es la mujer de detrás quien lo sacude!

A veces tengo la sensación de que hay muchas mujeres detrás, y otras veces, solamente una que se arrastra rápidamente, sacudiéndolo todo.

Entonces, en los puntos más iluminados, se queda inmóvil, y en los más oscuros, sujeta los barrotes y tira de ellos con fuerza.

Intenta salir constantemente. Pero nadie podría atravesar ese dibujo. Es tan opresivo. Creo que por eso hay tantas cabezas.

Cada vez que salen ¡el dibujo las estrangula, girándolas brutalmente y poniéndoles los ojos en blanco!

Si las cabezas estuvieran tapadas o arrancadas, el espectáculo no sería tan desagradable.

¡Creo que la mujer sale durante el día!

Y diré por qué, pero que no se entere nadie más. ¡La he visto!

¡Puedo verla desde todas mis ventanas!

Es la misma mujer. Lo sé porque siempre se arrastra, y la mayoría de las mujeres no se arrastran de ese modo durante el día.

La veo gateando arriba y abajo por el sendero sombreado. La veo bajo los emparrados, merodeando por el jardín.

La veo en la larga carretera que discurre bajo los árboles, avanzando lentamente, y, cuando se acerca algún carruaje, ella se esconde entre los arbustos cargados de moras.

No la culpo lo más mínimo. ¡Debe de ser muy humillante que a una la sorprendan arrastrándose a plena luz del día!

Yo siempre cierro la puerta con llave cuando lo hago. Por las noches no puedo, pues sé que John sospecharía enseguida.

Y John está tan raro últimamente que no quiero darle motivos para que se enfade. ¡Ojalá él se fuera a dormir a otro dormitorio! Además, no quiero que nadie más que yo saque a esa mujer de noche.

A menudo me pregunto si podría verla desde todas las ventanas al mismo tiempo.

Pero, por muy rápido que yo dé vueltas, solo consigo verla desde una cada vez.

¡Y, aunque siempre la veo, ella es más rápida arrastrándose que yo dando vueltas!

A veces la he visto muy lejos de casa, a campo raso; arrastrándose tan rápido como la sombra de una nube a merced del viento.

¡Ay, si se pudiera separar el dibujo principal del de debajo! Tengo intención de hacerlo yo misma, aunque sea poco a poco.

He descubierto otra cosa curiosa, ¡aunque esta vez no pienso decir nada! No conviene confiar demasiado en la gente.

Solo me quedan dos días para quitar el papel, y creo que John empieza a darse cuenta. No me

gusta esa mirada suya.

Además, he oído cómo le hacía a Jennie una serie de preguntas muy concretas y profesionales sobre mí. Su informe fue de lo más detallado.

Le dije que yo dormía mucho durante el día.

John sabe que me cuesta bastante hacerlo por las noches, ¡y eso que apenas me muevo!

También a mí me hizo toda clase de preguntas, mostrándose muy afectuoso y amable.

¡Como si no supiera yo perfectamente lo que pretende!

De todas maneras, no me extraña que actúe de forma rara después de tres meses durmiendo rodeado de este papel.

Solo me interesa a mí, pero estoy segura de que a John y a Jennie les ha afectado, aunque no digan nada.

¡Hurra! Hoy es el último día, pero me dará tiempo. John tiene que pasar la noche en el pueblo, aunque no saldrá de casa hasta última hora.

Jennie quería dormir conmigo, ¡la muy ladina! Pero le he dicho que yo dormiría mejor sola.

Muy astuto, ¿verdad? Pues lo cierto es que de sola nada. En cuanto salió la luna y esa pobre criatura empezó a arrastrarse y a sacudir el dibujo, me levanté para ayudarla.

Yo tiraba y ella sacudía, yo sacudía y ella daba tirones y, antes del amanecer, habíamos conseguido arrancar varios metros de papel.

Una franja tan alta como yo y que abarcaba media habitación.

Entonces, cuando salió el sol y ese horrible dibujo empezó a reírse de mí, exclamé en voz alta que iba a acabar con él ese mismo día.

Nos marchamos mañana y están trasladando todos mis muebles a la planta baja para dejar la casa tal como estaba.

Jennie se quedó muy sorprendida al ver la pared, pero me limité a decirle alegremente que lo había hecho yo solo para desquitarme con aquella cosa odiosa.

Ella se echó a reír y dijo que no le habría importado hacerlo ella misma, pero que no debía fatigarme.

¡Vaya! ¡De qué manera se delató!

Pero aquí estoy y nadie salvo yo tocará ese papel. ¡No mientras viva!

Ella intentaba sacarme de la habitación. ¡Era tan evidente! Pero yo le dije que, justo ahora que la habitación se había quedado tan silenciosa, limpia y vacía, me gustaría volver a acostarme y dormir todo lo que pudiera. Y, de paso, le ordené que no me molestara hasta la hora de la cena. Yo misma la avisaría cuando me despertara.

De ese modo, ahora se ha marchado, los sirvientes se han ido, los muebles ya no están y no ha quedado nada en la habitación salvo la enorme cama clavada al suelo y el colchón con forro de lona que había cuando llegamos.

Se supone que esta noche dormimos abajo y mañana volveremos a casa en barco.

Me gusta la habitación ahora que vuelve a estar vacía.

¡Dios mío, los destrozos que hicieron esos críos!

¡La base de la cama está mordisqueada!

Pero he de ponerme a trabajar.

He cerrado la puerta y arrojado la llave al sendero delantero de la casa.
No quiero salir y no tampoco quiero que nadie entre hasta que llegue John.
Quiero dejarlo boquiabierto.

Tengo aquí arriba una cuerda que ni siquiera Jennie sería capaz de encontrar. ¡Si esa mujer sale e intenta zafarse, podré atarla!

Pero olvidé que no iba a poder llegar muy arriba sin nada a lo que subirme.
¡Y esta cama no hay quien la mueva!

Intenté levantarla y empujarla hasta que me quedé sin fuerzas. Entonces me puse tan furiosa que arranqué de un mordisco un trozo en una esquina y me hice un daño terrible en los dientes.

Después me puse a despegar todo el papel desde el suelo hasta donde pude alcanzar. ¡Está pegadísimo y el dibujo disfruta riéndose de mí! ¡Todas esas cabezas estranguladas, esos ojos que se salen de las órbitas, y esos hongos que brotan por doquier me chillan y se mofan!

Me estoy poniendo tan furiosa que temo cometer alguna locura. Saltar por la ventana sería un ejercicio admirable, pero los barrotes son demasiado fuertes para intentarlo.

De todas formas, no lo haría. Claro que no. Sé muy bien que actuar de ese modo es impropio y sería malinterpretado.

Ni siquiera me gusta mirar por las ventanas. ¡Hay tantas mujeres arrastrándose! ¡Y cada vez más rápido!

Me pregunto si habrán salido todas del empapelado como yo.

En cualquier caso, ahora estoy bien atada con la cuerda que tan convenientemente escondí. ¡Y a mí no me sacan a esa carretera ni en sueños!

Supongo que tendré que volver a la pared en cuanto anochezca, ¡y me resulta tan difícil!

¡Me encanta estar en esta habitación tan espaciosa, arrastrándome a mi antojo de un lado para otro!

No quiero salir y no lo haré, aunque Jennie me lo pida.

Es que afuera hay que arrastrarse por la tierra, y todo es verde en vez de amarillo.

Aquí, sin embargo, puedo deslizarme suavemente por el suelo, y mi hombro se ajusta perfectamente a esa mancha larga y borrosa que recorre toda la pared. ¡Así no me pierdo!

¡Ay, pero John está en la puerta!

No te servirá de nada, jovencito, no vas a poder abrirla.

¡Pero, qué manera de chillar y aporrear!

Ahora grita pidiendo un hacha.

Sería una pena echar abajo una puerta tan bonita.

—¡John, querido! —dije con la voz más dulce—. ¡La llave está abajo, junto a los escalones de la entrada principal, bajo unas hojas del plátano!

Eso hizo que se callara un momento.

Entonces, con una voz tan tranquila que me sorprendió, dijo:

—Abre la puerta, cariño mío.

—No puedo —respondí—. ¡La llave está abajo, junto a los escalones de la entrada principal, bajo unas hojas del plátano!

Y después volví a decirlo varias veces más, muy suave y dulcemente. Tantas veces lo dije que bajó a comprobarlo y, por supuesto, la encontró y volvió a subir. Al abrir se detuvo de repente en

el umbral.

—Pero ¿qué sucede? —gritó—. Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

Yo seguía arrastrándome como si nada, pero le miré por encima del hombro.

—¡Por fin he conseguido salir —dije—, por más que Jane y tú trataseis de impedírmelo! ¡Y ya he arrancado casi todo el papel de la pared para que no podáis volver a encerrarme!

¿Por qué se habrá desmayado ese hombre? El caso es que lo ha hecho y se ha caído justo en mi camino, pegado a la pared. ¡Así que ahora, cada vez que doy una vuelta, tengo que pasar arrastrándome por encima de él!

OLIVE SCHREINER

(1855-1920)

VIDA SOÑADA Y VIDA REAL. UN BREVE CUENTO AFRICANO[36]

(1893)

«Cuando entró en casa, el ama le dio un pastel de carne para ella sola, pastel que la hija había decorado con una rosa; y el yerno del ama le dijo «¡Gracias!» cuando ella le quitó las botas, sin darle una patada. Fue un sueño bonito».

La pequeña Jannita estaba sola, sentada junto a un arbusto de leche[37]. Delante y detrás de ella se extendía la llanura cubierta de arena rojiza y espinosos aromos del Karoo[38], salpicada aquí y allá por arbustos de leche, que parecían haces de palitroques verdes unidos por cordeles.

No había ni un solo árbol a la vista, excepto en las orillas del río —que estaba muy lejos—, y el sol golpeaba su cabeza sin piedad. A su alrededor pastaba el rebaño de cabras de angora que estaba a su cargo. Eran unas criaturas preciosas, especialmente las pequeñas, con sus sedosos rizos de color blanco que caían dibujando ondas hasta tocar el suelo. Sin embargo, Jannita estaba sentada llorando. Si los ángeles se encargaran de recoger todas las lágrimas que se han derramado en esta tierra, creo que las más amargas serían las de los niños.

Poco después se sintió tan cansada y el sol calentaba de tal manera que apoyó la cabeza en el arbusto de leche y se quedó dormida.

Tuvo un hermoso sueño en el que, al regresar a la granja al anochecer, los muros estaban cubiertos de vides y rosales, y las chozas del *kraal*[39] no estaban hechas con ladrillos de arcilla roja, sino con macizos de lilas cargados de flores. El gordo y viejo bóer le sonreía, y la vara que siempre sostenía de un lado a otro la puerta, cruzándola, para que las cabras saltaran al entrar, era un tallo de lirio con siete flores en la punta. Cuando entró en casa, el ama le dio un pastel de carne para ella sola, pastel que la hija había decorado con una rosa; y el yerno del ama le dijo «¡Gracias!» cuando ella le quitó las botas, sin darle una patada.

Fue un sueño bonito.

Mientras así soñaba, una de las cabritas se acercó a ella y le lamió la mejilla para chupar la sal de las lágrimas secas. Además, en el sueño ella ya no era una sirvienta que vivía con los bóeres, y era su padre quien la besaba y le decía que aquel día, cuando se acostó bajo el espino, no había muerto de verdad, sino que solo estaba dormido. Él le tocó el cabello y le dijo que lo tenía más largo y sedoso y que ya podían regresar a Dinamarca. Le preguntó por qué iba descalza y qué eran aquellas marcas en su espalda. Después apoyó la cabeza de ella en su hombro, la cogió en brazos y se la llevó lejos, ¡muy lejos! La niña se reía. Podía sentir el roce de la barba castaña en su cara. Y los brazos de su padre eran fuertes.

Seguía soñando allí tumbada, las hormigas correteaban sobre sus pies descalzos y sus rizos castaños reposaban en la arena, cuando se le acercó un hotentote. Iba vestido con unos andrajosos pantalones amarillos, una camisa sucia y una chaqueta muy gastada. Llevaba un pañuelo rojo atado alrededor de la frente y un sombrero de fieltro justo encima. Tenía la nariz muy chata, los ojos eran meras rendijas en su cara, y su lanuda mata de pelo le formaba pequeños nudos por toda la cabeza. Se detuvo junto al arbusto de leche y miró a la niñita tendida bajo el sol ardiente. Después echó a andar y cogió una de las cabritas de angora, le apretó fuertemente el morro y se la llevó bajo el brazo. Mientras caminaba giró la cabeza para asegurarse de que la niña seguía dormida y saltó dentro de una zanja[40]. Luego siguió avanzando por el estrecho cauce seco hasta llegar a un saledizo de roca bajo el cual, sentados sobre la arena roja, había dos hombres. Uno de ellos era un pequeño bosquimano viejo y harapiento, de no más de un metro veinte de estatura; el otro era un peón inglés que llevaba una camisa de color azul oscuro. Le cortaron la garganta a la cabrita con el largó cuchillo del inglés, y la arena se cubrió de sangre. Enterraron las entrañas y el

pellejo. Luego hablaron y discutieron un poco y más tarde siguieron hablando con tranquilidad.

El hotentote se guardó una pata de cabra bajo el gabán y dejó el resto de la carne para los dos hombres de la zanja antes de marcharse.

Cuando la pequeña Jannita se despertó, el sol casi se había puesto. Se incorporó muy asustada, pero enseguida se dio cuenta de que las cabras seguían a su alrededor y las llevó de regreso a casa.

—No creo que se haya perdido ninguna —se dijo.

Dirk, el hotentote, ya había vuelto a casa con su propio rebaño y estaba apoyado en la entrada del *kraal* con sus ajados pantalones amarillos. El viejo y orondo bóer colocó su vara de un lado a otro de la puerta y dejó que las cabras de Jannita fueran saltando una por una mientras él las contaba. Cuando pasó la última se dirigió a la niña:

—¿Te has quedado dormida hoy? —dijo—. Falta una.

Y la pequeña Jannita, que sabía lo que le esperaba, respondió con voz casi inaudible:

—No.

Pero entonces sintió esa punzada en el corazón que te atraviesa el pecho cuando mientes y rectificó:

—Sí —dijo.

—¿Crees que tendrás algo para cenar esta noche? —dijo el bóer.

—No —contestó Jannita.

—¿Qué crees que tendrás?

—No lo sé —repuso Jannita.

—Dame tu látigo —le dijo el bóer a Dirk, el hotentote.

La luna estaba casi llena aquella noche. ¡Ah, pero qué luz tan preciosa!

La niña se arrastró lentamente hasta la puerta del cobertizo donde dormía y la contempló unos instantes. Cuando tienes hambre y estás muy muy dolorida no lloras. Apoyó la barbilla en una mano y observó con sus grandes ojos de paloma —en la otra mano tenía una gran llaga, que se cubrió con el delantal—. Contempló la llanura con su arena roja y sus aromos enanos bajo la luz de la luna.

Enseguida vio aparecer una gacela salvaje. El animal se aproximó con cautela a la casa y la miró extrañada mientras la cornamenta y los grandes ojos de la gacela brillaban a la luz de la luna. Permaneció inmóvil unos instantes contemplando las paredes de ladrillo rojo, y la niña la observaba. Entonces, como si acabara de decidir que aquello no merecía la pena, la gacela arqueó su hermoso lomo, se dio la vuelta y echó a correr sobre los arbustos y la arena, como un fulgurante relámpago blanco. La niña se puso de pie para ver cómo se alejaba. ¡Libre, tan libre! ¡Cada vez más lejos! Siguió con la mirada clavada en el horizonte hasta que ya no vio nada en la vasta llanura.

Su corazón henchido, crecía y crecía; entonces dejó escapar un débil grito y, sin esperar, sin detenerse a pensar, siguió al animal. ¡Lejos, lejos, lejos!

—¡Yo también! —dijo—. ¡Yo también!

Cuando por fin sus piernas empezaron a temblar y apenas podían sostenerla, se detuvo para recuperar el resuello y vio que la casa no era más que una mota a sus espaldas. Se dejó caer en la tierra y se agarró ambos costados sin dejar de jadear.

Entonces se puso a pensar.

Si seguía por la llanura, darían con su rastro por la mañana y la atraparían. Pero si vadeaba el río no serían capaces de encontrar sus huellas y después podría esconderse entre los *kopjes*[41] y las rocas.

Por ello, se levantó y caminó hacia el río. El caudal llevaba poca agua; era tan solo un hilillo de plata en el amplio lecho de arena, que de cuando en cuando se ensanchaba formando una poza. Se metió dentro y se mojó los pies en la deliciosa agua fría. Caminó y caminó corriente arriba, donde el rumor del agua sobre los guijarros era distinto, alejándose cada vez más de la granja. Cuando las rocas eran grandes, saltaba de unas a otras y el viento nocturno en su cara le daba fuerzas. Se echó a reír. Nunca había sentido un viento como aquel. ¡De modo que era así como olía la noche para las gacelas salvajes, porque son libres! Las criaturas que viven encadenadas nunca podrán sentirse como se sienten los seres libres.

Por fin llegó a un lugar donde los sauces crecían a ambos lados del río y cuyas largas ramas caían hasta posarse sobre la arena. No supo decir por qué, no entendió el motivo, pero sintió miedo.

En la orilla izquierda se alzaba una cadena de *kopjes* y un promontorio de piedra. Entre el promontorio y la orilla del río discurría un estrecho sendero cubierto por fragmentos de rocas caídas. Y en lo alto del collado crecía un *kippersol*[42] cuyas hojas, parecidas a las de una palmera, se recortaban con nitidez contra el cielo nocturno. Las rocas proyectaban su ominosa sombra, igual que los sauces a ambos lados del río. Se detuvo, miró hacia arriba y a su alrededor, y después echó a correr atemorizada.

—¿De qué tenía miedo? ¡Qué tonta he sido! —dijo al llegar a una zona donde los árboles no crecían tan juntos.

Permaneció muy quieta unos instantes, miró hacia atrás y sintió un escalofrío.

Sus pasos eran cada vez más cautelosos. Tenía mucho sueño y apenas era capaz de levantar los pies. Salió del cauce del río. Ahora solo podía ver aquellas rocas de aspecto salvaje —parecía que alguien hubiera hecho añicos muchos pequeños *kopjes* antes de desperdigarlos por el suelo—, de modo que se tumbó al pie de un aloe y se quedó dormida.

Por la mañana, sin embargo, pudo contemplar el glorioso lugar donde se encontraba. Las rocas se apilaban unas sobre otras dando lugar a las formas más extrañas. Entre ellas crecían las chumberas y por lo menos había seis *kippersoles* que se alzaban desperdigados entre los *kopjes* partidos. En las rocas había cientos de madrigueras de conejos, y de las grietas colgaban los tallos de espárragos silvestres. La niña corrió hacia el río y se bañó en las aguas claras y frías, mojándose primero la cabeza. Entonces empezó a cantar a voz en grito. Sin embargo, todas las canciones que conocía eran tristes y no podía cantarlas en un momento así. Pero ahora eso no tenía importancia porque era libre; de modo que siguió tarareando la melodía sin letra, como hacen los bubús silbones. Cantando y saltando de regreso al promontorio, recogió del suelo una piedra afilada, hizo un corte en la raíz de un *kippersol* y arrancó un gran pedazo tan largo como su brazo. Después se sentó y comenzó a mordisquearlo. Dos conejos se asomaron en lo alto de una roca, sobre su cabeza, y la miraron con curiosidad. Ella les ofreció un pedazo, pero no lo quisieron y salieron corriendo.

Estaba delicioso. El *kippersol* tiene un sabor parecido al del membrillo crudo cuando está muy verde, pero a ella le gustaba. Cuando la gente te arroja la comida, aunque suene raro, esta

siempre tiene un sabor amargo. ¡Sin embargo, cualquier cosa que encuentres por tus propios medios sabe tan dulce...!

Cuando terminó, arrancó otro trozo de raíz y se fue a buscar un lugar que le sirviera de despensa donde guardarlo. En lo alto de un risco al que había trepado, encontró varias rocas de gran tamaño separadas a ras de suelo, que se unían en lo alto formando una especie de habitáculo.

—¡Ah, esta será mi casita! —exclamó ella.

El pequeño túmulo estaba cerrado por arriba y por todo su perímetro, con excepción de una estrecha abertura en la parte delantera. Había un fabuloso estante en la pared donde dejó el *kippersol* y volvió a bajar con cuidado entre las rocas. Enseguida regresó con varios trozos de chumbera que colocó en una grieta junto a la puerta, y después la cubrió con tallos de espárrago silvestre, de tal modo que parecía que hubieran crecido allí. Nadie podría ver su refugio, pues cubrió la entrada casi por completo con una exuberante rama de espárrago silvestre. Después entró a gatas para ver cómo había quedado. En el interior había una gloriosa luz verde. Entonces volvió a salir y recogió algunas de esas florecillas violetas de tallo corto —ya sabes cuáles son—, de esas que tienen la cara muy cerca del suelo, ¡pero cuando las levantas y las miras son como grandes ojos azules que te observan fijamente! Las cogió con un poco de tierra y las plantó en las grietas entre las rocas; de modo que su habitación quedó bastante bien decorada. Más tarde bajó hasta el río, regresó con un brazado de ramas de sauce y se hizo una bonita cama. Como hacía mucho calor, decidió tumbarse y descansar.

Pronto cayó rendida y durmió durante mucho tiempo, pues estaba muy débil, y a última hora de la tarde la despertó el frescor de varias gotas frías que le caían en la cara. Se incorporó. Había caído una fuerte tormenta, y las gotas de lluvia se habían colado por alguna grieta entre las rocas. Empujó a un lado la rama de espárrago y se asomó a la entrada con sus pequeñas manos apoyadas en las rodillas. Escuchó el estruendo de un trueno y vio los rojos torrentes de agua que corrían entre las piedras en dirección al río. El río bramaba, furioso y del color de la grana, y sus aguas revueltas y fangosas arrastraban tocones de árboles y grandes ramas. La niña escuchaba y sonreía y se arrimó un poco más a la roca que la protegía, apretando la palma de la mano contra la misma. Cuando no tienes a nadie que te quiera, empiezas a sentir afecto por las cosas más tontas. Al ponerse el sol, por fin escampó. A ella le pareció que no podía haber nada más agradable que dormir. Además, cuando durante dos días no has comido nada más que jugo de *kippersol*, no te quedan muchas fuerzas.

«Qué bien se está aquí», pensó mientras se dormía. «Me quedaré para siempre».

Más tarde salió la luna. El cielo estaba muy despejado y claro. No había una sola nube, y los rayos de luna se colaban entre las ramas de la entrada dibujando una celosía de luz sobre la cara de la niña. Estaba soñando algo muy bonito. Los mejores sueños se tienen estando hambriento. Caminaba por un hermoso lugar cogida de la mano de su padre y ambos llevaban coronas en la cabeza, coronas hechas con hojas de espárrago silvestre. La gente que pasaba a su lado les sonreía y a ella la besaban. Algunos le daban flores, otros le daban comida, y la luz del sol lo inundaba todo. El mismo sueño se repetía una y otra vez, y se volvía cada vez más bonito, hasta que de repente le pareció que estaba sola. Cuando levantó la vista, a un lado estaba el precipicio y al otro el río, con los sauces cuyas ramas caían lánguidas desde lo alto hasta sumergirse en el agua. La luna lo iluminaba todo. Encima de su cabeza, las hojas puntiagudas del *kippersol* se recortaban con nitidez sobre el cielo nocturno, y las rocas y los sauces proyectaban oscuras sombras.

Aún en sueños, sintió un escalofrío y se despertó aturdida.

—¡Ah! No estoy allí; estoy aquí —dijo. Y se acercó un poco más a la roca, la besó y volvió a dormirse.

Serían las tres de la madrugada, pues la luna ya había empezado a ocultarse por el oeste, cuando se despertó muy sobresaltada. Se sentó y se puso la mano en el corazón.

—¿Qué ha pasado? ¡Seguro que un conejo ha pasado sobre mis pies y me he asustado! —dijo.

De nuevo se acostó y se dio la vuelta para seguir durmiendo, pero enseguida volvió a incorporarse. Afuera oyó con claridad el crepitar de unos espinos quemándose.

Gateó hasta la puerta y apartó un poco las ramas con los dedos.

Un gran fuego ardía en la oscuridad, al pie de las rocas. Un bosquimano asaba carne sobre algunas brasas ardientes que había sacado de la hoguera. Había un inglés vestido con una camisola, tumbado en el suelo con expresión sombría. A su lado, sentado en una piedra, estaba Dirk, el hotentote, afilando un cuchillo con filo de sierra.

La niña contuvo la respiración. Ni un conejo se habría quedado más quieto entre aquellas rocas.

—Nunca me encontrarán aquí arriba —se dijo.

Y se arrodilló para escuchar lo que decían. Lo oía todo.

—Podéis quedaros con todo el dinero —dijo el bosquimano—, pero yo quiero el barril de brandi. Prenderé fuego al tejado por seis partes, pues así fue como un holandés quemó viva a madre en una cabaña con tres de sus hijos.

—¿Estás seguro de que no hay nadie más en la granja? —preguntó el peón.

—No; te lo he dicho mil veces —replicó Dirk—. Los dos cafires[43] se han marchado con el hijo al pueblo, y las sirvientas se han ido a bailar. Solo está el viejo con las dos mujeres.

—Pero imagina —dijo el peón— que ha dejado su escopeta junto a la cama, ¡y cargada!

—Nunca lo hace —aseguró Dirk—. La tiene colgada en el pasillo junto a los cartuchos. ¡No sabe ni para qué la compró! Ojalá la chiquilla también estuviera allí —añadió—, pero se ha ahogado. Encontramos su rastro y seguimos sus huellas hasta la gran poza sin fondo.

La niña oía todo lo que decían, y ellos siguieron hablando.

Poco después, el bosquimano, que estaba acucillado sobre el fuego, se levantó de repente y escuchó con atención.

—¡Ah!, ¿qué es eso? —dijo.

Un bosquimano es como un perro: tiene un oído tan fino que es capaz de diferenciar los pasos de un chacal de los de un perro salvaje.

—No he oído nada —respondió el peón.

—Yo sí —intervino el hotentote—, pero no ha sido más que un conejo correteando entre las rocas.

—No conejo, no conejo —replicó el bosquimano—. Mira, ¿qué es eso que se mueve en oscuridad allí detrás?

—¡Nada, idiota! —exclamó el peón—. Acábate la carne, tenemos que ponernos en marcha.

Había dos caminos que llevaban a la granja. Uno atravesaba la llanura y era, con diferencia, el más corto, pero, yendo por ahí, se te podía ver desde un kilómetro de distancia. El otro seguía el curso del río, donde había rocas, agujeros y sauces en los que te podías esconder. Por su orilla corría una pequeña figura.

El río estaba muy crecido después de la tormenta, y las ramas de los sauces se hundían en su

cauce hasta la mitad en ambas orillas. Y entre ellas corría el agua imparabile, roja y fangosa, arrastrando leños y tocones de árboles. Pero la grácil silueta seguía corriendo y corriendo —sin mirar, sin pensar—, jadeando, jadeando! Por las rocas más grandes y escarpadas; donde la luna brillaba a campo raso; donde las chumberas se enmarañaban y los pedruscos proyectaban sus sombras, por allí corría. Sus pequeñas manos se aferraban a lo que encontraban, su corazoncito latía desbocado, y sus ojos miraban siempre hacia delante.

Ya no estaba muy lejos. Solo tenía que atravesar el estrecho pasaje que discurría entre las altas rocas y el río.

Por fin llegó a la salida y entonces se detuvo un instante. Ante ella se extendía la llanura y allí estaba la casa de ladrillo rojo de la granja; tan cerca que de haber estado alguien despierto dándose un paseo habría podido verla bajo la luz de la luna desde donde se encontraba. Juntó ambas manos y se dijo: «¡Sí, se lo diré, se lo diré! ¡Ya casi he llegado!». Empezó a correr otra vez y después dudó. Se protegió los ojos de la luz y oteó el horizonte. Entre ella y la granja atisbó tres figuras que se movían entre los matorrales.

Era fácil ver cómo avanzaban bajo la resplandeciente luz de la luna, lenta y furtivamente. El más bajo, el de la ropa clara y el que iba de oscuro.

—¡Ya no puedo ayudarlos! —gritó y se agachó de repente, con los puños apretados.

—¡Despierta, despierta! —dijo la mujer del granjero—. He oído un ruido extraño. ¡Como si alguien estuviera llamando una y otra vez!

El hombre se levantó y se acercó a la ventana.

—Yo también lo he oído —dijo él—. Será algún chacal acechando a las ovejas. Cargaré la escopeta e iré a ver.

—A mí no me ha parecido el aullido de ningún chacal —objetó la mujer.

En cuanto el marido salió, despertó a su hija.

—Vamos, ven conmigo y encenderemos el fuego. No puedo dormir —dijo—. ¡He oído algo raro esta noche! Tu padre dice que es un chacal, pero los chacales no gritan. Era la voz de un niño que chillaba: «¡Amo, amo, despierta!».

Las dos mujeres se miraron sin decir nada más. Después fueron a la cocina, encendieron un buen fuego y se pusieron a rezar.

Por fin regresó el granjero y enseguida le preguntaron:

—¿Has visto algo?

—Nada —respondió él—. Pero las ovejas están dormidas en el corral y todavía hay mucha luz. De todas formas —añadió—, junto al *krantz*[44], cerca del río, me pareció ver a lo lejos tres figuras que se movían entre los arbustos. Y entonces, aunque puede que sean imaginaciones mías, creí escuchar de nuevo el grito. Pero después no se oyó nada más.

Al día siguiente el peón volvió a su trabajo, en las vías del ferrocarril.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —le preguntaron sus colegas.

—No deja de mirar hacia atrás —observó otro—, como si esperara ver aparecer a alguien.

—Antes, cuando estaba bebiendo su grog, se le escurrió el cuenco de las manos y también miró a su alrededor.

Un día más tarde, un viejo bosquimano y un hotentote vestido con unos raídos pantalones

amarillos estaban en una cantina al borde de la carretera. Cuando el bosquimano terminó de tomarse su brandi, empezó a contar que alguien (no dijo si se trataba de un hombre, una mujer o un niño) había levantado las manos pidiendo clemencia, había besado las manos de un hombre blanco y había llorado rogándole al hombre blanco que le ayudara. Entonces el hotentote agarró del cuello al bosquimano y lo sacó de allí a rastras.

La noche siguiente salió la luna y se alzó silenciosa en el cielo. Ya estaba llena e iluminaba el pequeño refugio, las flores moradas dispersas por la estancia y el *kippersol* que reposaba en el improvisado estante. Su luz bañaba los sauces y las rocas del promontorio, así como un pequeño montón de tierra y piedras redondeadas hecho recientemente. Tres hombres sabían lo que aquel montón ocultaba y nadie más lo sabría.

KATE CHOPIN

(1850-1904)

LA HISTORIA DE UNA HORA[45]

(1894)

«Algo se estaba aproximando y ella aguardaba, temerosa, su llegada. ¿Qué era? No lo sabía. Era demasiado vago y sutil para ponerle nombre. No obstante, lo sentía; descendía lentamente desde el cielo tratando de alcanzarla con sus sonidos, sus aromas y los colores que llenaban el aire».

A sabiendas de que la señora Mallard padecía del corazón, intentaron comunicarle con la mayor delicadeza posible la noticia de la muerte de su marido.

Se lo dijo su hermana, con la voz entrecortada e indicios velados, que revelaban a medias lo sucedido. Richards, el amigo de su marido, también estaba allí, a su lado. Era él quien estaba en la sede del periódico cuando se recibió la noticia sobre el desastre ferroviario, con el nombre de Brently Mallard encabezando la lista de «fallecidos». Únicamente había esperado el tiempo suficiente hasta confirmar que la noticia era cierta, con la llegada de un segundo telegrama, y solo entonces se apresuró para informar de lo sucedido a la familia antes de que cualquier otro amigo, menos escrupuloso y delicado, tuviera ocasión de entregar el mensaje.

Al escuchar la historia, ella no reaccionó del mismo modo en que habrían reaccionado tantas mujeres en su situación, dando muestras de una incapacitante parálisis emocional a la hora de aceptar lo sucedido. Rompió a llorar de inmediato, con súbito y salvaje abandono, en brazos de su hermana. Cuando aquel torbellino de dolor se consumió, ella fue a encerrarse a solas en su habitación. No quiso que nadie la siguiera.

Nada más entrar, se dejó caer en una amplia y confortable butaca ante la ventana abierta, presa de un agotamiento físico que atormentaba su cuerpo y parecía extenderse hasta su misma alma.

Desde donde estaba sentada podía ver las copas de los árboles exultantes de vida con la recién llegada primavera, en la gran plaza situada frente a la fachada principal de su casa. Había en el aire un delicioso olor a lluvia. Abajo, en la calle, un vendedor ambulante anunciaba a gritos su mercancía. Las notas de una canción que alguien cantaba a lo lejos llegaron débilmente hasta sus oídos, mientras innumerables gorriones trinaban en los aleros de los tejados. Retazos de cielo azul aparecían aquí y allá entre las nubes que se habían acumulado al oeste de su ventana.

Estaba sentada con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, prácticamente inmóvil; excepto cuando algún sollozo le subía por la garganta y la hacía temblar, como a un chiquillo que se ha dormido llorando y continúa gimiendo en sueños.

Era joven, de rostro bonito y sereno cuyos rasgos daban indicios de un carácter reservado e incluso fuerte. Ahora, sin embargo, sus ojos tenían una expresión apagada y miraban fijamente a algún punto del cielo, más allá de uno de aquellos pequeños parches azules entre las nubes. No se trataba de una mirada reflexiva, sino que más bien indicaba la suspensión momentánea de cualquier pensamiento racional.

Algo se estaba aproximando y ella aguardaba, temerosa, su llegada. ¿Qué era? No lo sabía. Era demasiado vago y sutil para ponerle nombre. No obstante, lo sentía; descendía lentamente desde el cielo tratando de alcanzarla con sus sonidos, sus aromas y los colores que llenaban el aire.

Su pecho subía y bajaba ahora presa de una gran agitación. Empezaba a reconocer aquello que la acechaba con intención de poseerla y estaba ansiosa por rechazarlo haciendo uso únicamente de su voluntad, por débiles que pudieran parecer sus pálidas y gráciles manos. Cuando logró dejarse ir, una breve palabra susurrada escapó de sus labios entreabiertos. La dijo una y otra vez a media

voz: «¡Libre, libre, libre!». La mirada vacía y la expresión de terror que la habían precedido desaparecieron de sus ojos, ahora despiertos y brillantes. Su pulso se aceleró y la sangre que bullía por sus venas templaba y calmaba cada centímetro de su cuerpo. No se paró a pensar si la alegría que la embargaba era o no algo monstruoso. Una repentina y sublime lucidez le permitió rechazar en el acto lo trivial de aquella idea.

Sabía que volvería a llorar en cuanto viera las manos gentiles y cariñosas cruzadas sobre el pecho de él, dentro del ataúd; el rostro que siempre la había mirado con amor, ahora inmóvil, gris y muerto. Sin embargo, más allá de aquel amargo momento, fue capaz de ver la larga sucesión de años por llegar que le pertenecerían exclusivamente a ella y abrió los brazos de par en par para recibirlos. Durante los próximos años no tendría que rendirle cuentas en su vida a nadie más que a sí misma. Ninguna voluntad poderosa doblegaría la suya con esa ciega insistencia con que los hombres y mujeres creen tener el derecho de imponerse a sus semejantes. El que las intenciones fueran buenas o crueles no hacía de dicha conducta algo menos condenable para ella en aquel momento de lucidez.

Y, aun así, le había amado... a veces. Muchas otras no. ¡Pero qué importaba! ¡El amor, ese misterio irresoluble, no era nada comparado con aquella necesidad de autoafirmación que ahora se le revelaba como el impulso más fuerte de su ser!

—¡Soy libre! ¡Libre en cuerpo y alma! —seguía susurrando.

Josephine estaba arrodillada ante la puerta cerrada, con los labios junto a la cerradura, implorando que le permitiera entrar.

—¡Louise, abre la puerta! ¡Por el amor de Dios, abre la puerta!

—¡Vete! Me encuentro bien.

¡No! ¡Estaba paladeando el mismísimo elixir de la vida ante aquella ventana abierta! Su fantasía corría desbocada por aquellos días futuros que se desplegaban ante ella. Días de primavera, días de verano y todos los que ahora le pertenecerían. Rezó una brevísima oración pidiendo una vida larga, cuando tan solo ayer se habría estremecido ante semejante posibilidad.

Finalmente, se levantó y abrió la puerta ante la insistencia de su hermana. Había un febril brillo de triunfo en su mirada y, sin darse cuenta, salió de la habitación con la digna pose de una diosa de la Victoria. Rodeó con un brazo la cintura de su Josephine y bajaron juntas. Richards las esperaba al pie de las escaleras.

En ese momento, alguien abrió la puerta principal con una llave. Y no era otro que Brently Mallard quien entró, un poco sucio y cansado después del viaje, sosteniendo su maleta y su paraguas con aire flemático. Se encontraba lejos del lugar del accidente en el momento en que ocurrió y ni siquiera se había enterado del suceso. Se detuvo sorprendido por el agudo chillido de Josephine y el rápido movimiento de Richards, que intentó que su esposa no le viera.

Pero ya era demasiado tarde.

Cuando llegaron los médicos dijeron que ella había muerto de un fallo cardíaco... por esa alegría que mata.

BEGUM ROKEYA SAKHAWAT HOSSAIN

(1880-1932)

EL SUEÑO DE SULTANA[46]

(1905)

«Los hombres, que causan todo tipo de daños (o, al menos, son capaces de causarlos), viven libres mientras las inocentes mujeres están encerradas en la zenana. ¿Cómo podéis permitir que esos hombres inútiles salgan como si tal cosa?».

Una noche estaba yo acostada en el diván de mi habitación pensando ociosamente sobre la situación de las mujeres de la India. No estoy del todo segura de si me quedé dormida o no, aunque por lo que recuerdo estaba despierta, pues vi claramente el cielo iluminado por la luna, cielo que resplandecía con millares de estrellas diamantinas.

De repente vi a una mujer de pie, delante de mí. No sé cómo entró, pero la tomé por mi amiga, Hermana Sara.

—Buenos días —dijo Hermana Sara.

Yo le sonreí sin decir nada. Sabía que no era de día, pues aún brillaban las estrellas, pero de todos modos respondí diciendo:

—¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, gracias. ¿Serías tan amable de salir conmigo a contemplar nuestro jardín?

Volví a mirar la luna por la ventana abierta y pensé que no había nada malo en salir a esa hora. Los sirvientes estarían dormidos y podría disfrutar de un agradable paseo con Hermana Sara.

Cuando estábamos en Darjeeling, solíamos salir las dos a pasear. Cuántas veces caminamos cogidas de la mano mientras conversábamos despreocupadamente por los jardines botánicos. Me dije que probablemente Hermana Sara había venido para llevarme a uno de esos jardines, de modo que enseguida acepté su ofrecimiento y salí con ella.

Mientras caminábamos cogidas de la mano, descubrí con sorpresa que hacía una agradable mañana. El pueblo entero estaba despierto, y las calles bullían de vida, repletas de gente. Me sentí muy cohibida al pensar que estaba caminando a plena luz del día, pero enseguida me di cuenta de que no había ni un solo hombre a la vista.

Algunas transeúntes me hacían comentarios al pasar y, aunque no comprendía su idioma, estaba segura de que estaban bromeando. Le pregunté a mi amiga:

—¿Qué están diciendo?

—Las mujeres dicen que tienes un aire muy masculino.

—¿Masculino? —dije yo—. ¿Qué quieren decir con eso?

—Tímida y apocada como los hombres.

—¿Tímida y apocada como los hombres?

Sin duda era alguna broma. Entones me puse muy nerviosa al darme cuenta, de repente, de que mi acompañante no era Hermana Sara, sino una desconocida. Oh, qué tonta había sido al confundir a aquella mujer con mi buena amiga.

Se percató de que mis dedos temblaban en su mano mientras caminábamos.

—¿Qué sucede, querida? —me preguntó, afectuosamente.

—Me siento incómoda —contesté en tono de disculpa—. Como mujer que vive según el *pardah*[47], no estoy acostumbrada a salir a pasear sin el velo.

—No temas encontrarte aquí con ningún hombre. Estás en la Tierra de las Mujeres, donde no existen el pecado ni el dolor. Aquí reina la virtud.

Poco a poco conseguí disfrutar del paisaje, que era realmente hermoso. Confundí una franja de

hierba verde con un cojín de terciopelo y, de repente, tuve la sensación de que caminábamos sobre una mullida alfombra, mas al bajar la vista descubrí que se trataba de un sendero cubierto de musgo y flores.

—Qué bonito es —dije.

—¿Te gusta? —me preguntó Hermana Sara.

Yo seguí llamándola Hermana Sara, y ella continuó dirigiéndose a mí por mi nombre.

—Sí, mucho. Pero no quiero pisar estas flores tan bonitas.

—No tiene importancia, mi querida Sultana. Tus pasos no las dañarán. Son flores callejeras.

—Todo este lugar parece un jardín —dije con admiración—. Habéis arreglado cada planta tan primorosamente.

—Tu Calcuta podría convertirse en un jardín más bonito que este si tus compatriotas quisieran.

—Les parecería inútil prestar tanta atención a la horticultura, teniendo tantas otras cosas que hacer.

—No podrían encontrar otra excusa mejor —dijo ella sonriendo.

Sentía una curiosidad cada vez mayor por saber dónde estaban los hombres. Nos habíamos cruzado con un centenar de mujeres mientras paseábamos, pero ni rastro de hombres.

—¿Dónde están los hombres? —le pregunté.

—En el lugar adecuado. Donde deben estar.

—¿Y qué quieres decir con «el lugar adecuado»?

—Ah, ya entiendo. No conoces nuestras costumbres, pues nunca habías estado aquí. Mantenemos a nuestros hombres encerrados en casa.

—¿Igual que nosotras en la zenana[48]?

—Exacto.

—Qué divertido —dije, echándome a reír.

Hermana Sara también se rio.

—Pero, querida Sultana, es injusto encerrar a las inofensivas mujeres mientras los hombres campan a sus anchas.

—No lo comprendo. No es seguro para nosotras salir de la zenana, pues somos débiles por naturaleza.

—Así es. No es seguro mientras haya hombres por las calles, igual que cuando un animal salvaje aparece por sorpresa en la plaza del mercado.

—Desde luego.

—Imagina que varios lunáticos se escapan del manicomio y causan todo tipo de daños a hombres, caballos y otras criaturas. En ese caso, ¿qué harían tus compatriotas?

—Intentarían capturarlos y devolverlos a su manicomio.

—¿Gracias! ¿Y te parece correcto encerrar en el manicomio a la gente cuerda, dejando libres a los locos?

—¡Claro que no! —exclamé, riendo ligeramente.

—Pues lo cierto es que ¡eso es exactamente lo que hacen en tu país! Los hombres, que causan todo tipo de daños (o, al menos, son capaces de causarlos), viven libres mientras las inocentes mujeres están encerradas en la zenana. ¿Cómo podéis permitir que esos hombres inútiles salgan como si tal cosa?

—No tenemos voz ni voto en cuestiones sociales. En la India, el hombre es el dueño y señor. Se ha reservado para sí mismo todo el poder y los privilegios, y ha encerrado a las mujeres en la zenana.

—¿Y por qué permitís que os encierren?

—Es inevitable porque los hombres son más fuertes que las mujeres.

—Un león es más fuerte que un hombre, pero no por ello se le permite dominar a la raza humana. Habéis desatendido vuestros deberes y renunciado a vuestros derechos naturales al ignorar vuestros propios intereses.

—Pero, mi querida Hermana Sara, si lo hacemos todo nosotras, entonces, ¿qué harán los hombres?

—Discúlpame, pero no deberían hacer nada, pues para nada están cualificados. Lo único que hay que hacer es atraparlos y meterlos en la zenana.

—Pero ¿tan fácil sería cazarlos y encerrarlos entre cuatro paredes? —dije yo—. E incluso, si eso pudiera hacerse, ¿irían también con ellos a la zenana todos sus asuntos, comerciales y políticos?

Hermana Sara no respondió. Se limitó a sonreír con dulzura. Quizá pensó que era inútil discutir con alguien tan ignorante como una rana atrapada en un pozo.

Entretanto habíamos llegado a la casa de Hermana Sara, que se alzaba en mitad de un hermoso jardín con forma de corazón. Era un bungalow con tejado de metal ondulado, más fresco y bonito que cualquiera de nuestras lujosas construcciones. No soy capaz de describir lo ordenado y elegantemente decorado que estaba.

Nos sentamos juntas y descansamos. Poco después ella se levantó para coger un aro de bordado en el cuarto de al lado y, volviendo a sentarse a mi lado, comenzó un nuevo diseño.

—¿Sabes tejer y manejar la aguja?

—Sí. No tenemos nada más que hacer en nuestra zenana.

—¡Pues nosotras no confiamos el bordado a los miembros de la nuestra! —exclamó ella riendo—. ¡Los hombres no tienen paciencia ni para enhebrar la aguja!

—¿Has hecho todo este trabajo tú sola? —le pregunté señalando los tapetes bordados que acompañaban el juego de té.

—Sí.

—¿Y cómo encuentras tiempo para hacer todo esto? También tienes trabajo de oficina, ¿no es así?

—Sí, pero no estoy todo el día en el laboratorio. Concluyo mis tareas en dos horas.

—¡En dos horas! ¿Cómo lo consigues? En nuestra tierra los funcionarios... (los magistrados, por ejemplo) trabajan siete horas diarias.

—He tenido ocasión de ver cómo trabajan algunos de ellos. ¿Crees que se pasan las siete horas trabajando?

—¡Por supuesto que sí!

—No, mi querida Sultana; no lo hacen. Malgastan su tiempo fumando. Algunos se fuman dos o tres cigarros durante el horario de oficina. Hablan mucho sobre su trabajo, pero no hacen gran cosa. Supón que cada cigarro tarda media hora en consumirse y un hombre fuma doce al día. ¡Dedica seis horas al día solo a fumar!

Conversamos sobre diversos asuntos y así averigüé que en su país no padecían ninguna enfermedad epidémica ni sufrían las picaduras de mosquitos como nosotros. Me quedé maravillada al enterarme de que en la Tierra de las Mujeres nadie moría siendo joven, excepto a causa de algún raro accidente.

—¿Quieres ver nuestra cocina? —me preguntó ella.

—Será un placer —dije yo, y allí nos dirigimos.

Sin duda, los hombres habían recibido indicaciones de recogerlo todo a mi llegada. La cocina estaba emplazada en un bonito huerto. Cada vid, cada tomatera era en sí misma un ornamento. No había humo en la cocina y tampoco había chimenea. Todo estaba limpio y brillante y las ventanas estaban decoradas con flores. Ni rastro de carbón o lumbre.

—¿Cómo cocináis? —le pregunté.

—Con el calor del sol —respondió ella, al tiempo que me mostraba el tubo a través del cual pasaban la luz y el calor del sol. Después cocinó algo para mostrarme el procedimiento.

—¿Cómo habéis conseguido recoger y almacenar el calor solar? —le pregunté, asombrada.

—Lo mejor será que te hable un poquito acerca de nuestro pasado reciente. Hace treinta años, cuando nuestra reina tenía precisamente esa edad, heredó el trono. Por aquel entonces ella ostentaba el título de reina, mas era el primer ministro quien gobernaba el país en realidad.

»Nuestra noble reina adoraba la ciencia, de modo que firmó un mandato según el cual todas las mujeres debían ser instruidas. Como consecuencia, el Gobierno fundó varias escuelas femeninas que contaban con su apoyo. La educación femenina se extendió por todo el país. Se impidió el matrimonio a edades tempranas, por lo que ninguna mujer podía casarse antes de cumplir veintidós años. He de aclarar que, antes de esta reforma, todas vivíamos en el más estricto *pardah*.

—¿Cómo han cambiado las cosas! —la interrumpí riendo.

—Sin embargo, el aislamiento es el mismo —dijo ella—. Pocos años después teníamos universidades separadas que no permitían el acceso de ningún hombre.

»En la capital, donde vive nuestra reina, hay dos universidades. En una de ellas se inventó un maravilloso globo al que conectaron cierto número de tubos. Este globo, controlado desde tierra, flota sobre las nubes, obteniendo agua de la atmósfera a placer. Los expertos de la universidad extraían agua constantemente, por lo que con el tiempo dejaron de formarse nubes, y la ingeniosa Dama Directora logró que dejara de llover, evitando así las destructivas tormentas.

—¿De veras? ¡Por eso no he visto barro por ninguna parte! —exclamé.

Sin embargo, yo no fui capaz de entender cómo era posible recoger agua en esos tubos. Ella me explicó el procedimiento, pero yo seguía sin comprenderlo, pues mis conocimientos científicos son muy limitados. No obstante, ella continuó:

—Cuando la noticia del descubrimiento llegó a la otra universidad, sus científicas se pusieron terriblemente celosas y se propusieron llevar a cabo un descubrimiento aún más extraordinario. Inventaron un artilugio que les permitía hacer acopio de tanta energía solar como quisieran con el fin de almacenarla y distribuirla después entre los ciudadanos según sus necesidades.

»Mientras las mujeres se dedicaban a la investigación científica, los hombres del país estaban muy ocupados incrementando su poder militar. Cuando llegó a sus oídos que las universidades femeninas habían logrado extraer agua de la atmósfera, y calor del sol, se burlaron de sus científicas diciendo que aquello no era más que “una pesadilla sentimental”.

—¡Sin duda vuestros descubrimientos son maravillosos! Pero explícame cómo conseguisteis encerrar en la zenana a todos los hombres de vuestro país. ¿Fue gracias a algún tipo de trampa?

—No.

—¡No me parece probable que renunciaran de modo voluntario a su vida de libertad al aire libre para encerrarse entre las cuatro paredes de la zenana! Deben de haber sido dominados de algún modo.

—¡Así fue!

—¿Por quién? ¿Por alguna clase de mujeres guerreras, quizá?

—No, no fue mediante las armas.

—Claro, no pudo ser así. Los hombres son más fuertes que las mujeres. ¿Y entonces?

—Usando el cerebro.

—También su cerebro es más grande y pesado que el de las mujeres. ¿No es cierto?

—Sí, pero ¿eso qué importa? También el elefante tiene un cerebro más grande y pesado que el hombre, y aun así el hombre puede ponerle cadenas y utilizar su fuerza en su propio beneficio.

—Bien dicho. Pero, por favor, cuéntame cómo sucedió en realidad. ¡Me muero por saberlo!

—El cerebro de la mujer es más rápido que el del hombre. Hace diez años, cuando los oficiales del Ejército se burlaron de nuestros descubrimientos científicos refiriéndose a ellos como «una pesadilla sentimental», algunas jóvenes damas estudiantes quisieron responder a sus comentarios. Sin embargo, las directoras de ambas universidades las disuadieron diciendo que no debían responder con palabras, sino con hechos, si alguna vez se presentaba la oportunidad.

—¡Maravilloso! —exclamé, aplaudiendo efusivamente—. ¡Y ahora son esos orgullosos caballeros quienes tienen sueños sentimentales!

—Poco tiempo después, llegaron ciertas personas del país vecino y recibieron asilo aquí. Tenían problemas por haber cometido delitos políticos. Su rey, al que le importaba más el poder que ser un buen gobernante, le pidió a nuestra noble reina que entregara a dichas personas a sus oficiales. Ella se negó, pues entregar de ese modo a unos refugiados iba en contra de sus principios. A causa de su negativa, el rey declaró la guerra contra nuestro país.

»Los mandos de nuestro ejército se prepararon inmediatamente y se pusieron en marcha para hacerle frente al enemigo. No obstante, el adversario era demasiado fuerte para ellos. Sin duda nuestros soldados lucharon con valor, mas, a pesar de su bravura, el ejército enemigo avanzaba de manera inexorable hacia nuestras fronteras.

»Casi todos los hombres habían ido al frente. Ni siquiera los chiquillos de dieciséis años pudieron permanecer en sus hogares. La mayoría de nuestros guerreros murieron, y el resto se vio obligado a retirarse, por lo que el enemigo logró seguir avanzando hasta ocupar posiciones a unos cuarenta kilómetros de la capital.

»Un consejo de mujeres sabias se reunió entonces en el palacio de la reina con el fin de decidir qué medidas tomar para salvar nuestra tierra. Algunas propusieron luchar como soldados. Otras se mostraron en desacuerdo, argumentando que las mujeres no estaban preparadas para combatir con espadas y fusiles, ni con arma alguna. Un tercer grupo comentó con amargura que nuestros cuerpos son irremediabilmente débiles.

»“Si no puedes servir a tu patria por falta de fuerza física”, dijo la reina, “intenta hacerlo con la fuerza de tu cerebro”.

»Durante algunos minutos reinó el silencio. Después, su alteza real volvió a hablar: “Si la

patria y mi honor caen, tendré que suicidarme”.

»Fue entonces cuando la directora de la segunda universidad (la que había conseguido recoger y almacenar el calor del sol), que había permanecido en silencio hasta entonces, comentó que todo parecía perdido y que apenas quedaban esperanzas. No obstante, añadió, había un plan que le gustaría poner a prueba. Ese sería su primer y último intento. Si fracasaba en eso, no le quedaría otra opción que el suicidio. Todas las presentes juraron solemnemente que jamás, pasara lo que pasara, se convertirían en esclavas.

»La reina les dio las gracias efusivamente y le pidió a la directora que pusiera en marcha su plan. La directora volvió a levantarse y dijo: “Antes de comenzar, es necesario que los hombres entren en las zenanas. Hago esta plegaria por el bien del *pardah*”. Y su alteza real respondió: “Que así sea”.

»Al día siguiente la reina pidió a todos los varones que se retiraran al interior de las zenanas en pro del honor y la libertad de la patria. Heridos y exhaustos como estaban, acataron la orden como si se tratara de una bendición. Hicieron una profunda reverencia y entraron en las zenanas sin una sola palabra de protesta, pues estaban seguros de que su país ya no tenía la más mínima esperanza.

»Entonces la directora marchó junto a sus dos mil estudiantes hacia el campo de batalla, y al llegar dirigió todos los rayos de calor y energía solar concentrados contra el enemigo.

»El calor y la luz eran tales que no pudieron soportarlos y, desconcertados, huyeron presa del pánico sin saber cómo combatir tan ardiente calor. Mientras huían, dejando atrás sus armas y municiones, resultaron abrasados por el calor solar. Desde entonces nadie ha intentado invadir nuestro país.

—¿Y tus compatriotas no intentaron salir nunca más de las zenanas?

—Sí, quisieron recuperar su libertad. Varios comisarios de policía y magistrados de distrito enviaron a la reina un comunicado en el que reconocían que, efectivamente, los oficiales del Ejército merecían ser encarcelados por su fracaso, mas en ningún caso habían faltado a su deber, por lo que no debían ser castigados y rogaban ahora que les devolvieran sus antiguos puestos.

»Su alteza real les envió una circular dando a entender que, si alguna vez sus servicios volvían a ser requeridos, acudirían a ellos, pero entretanto permanecerían donde estaban. Ahora que se han acostumbrado a los dictados del *pardah* y que han dejado de refunfuñar a causa de su aislamiento, nos referimos al sistema como mardana[49] en lugar de zenana.

—Pero ¿cómo os arregláis —le pregunté a Hermana Sara— sin policía ni magistrados en los casos de robo o asesinato?

—Desde que el sistema de mardanas fue establecido, no ha habido crímenes ni pecado. Por tanto, no necesitamos policías que busquen a los culpables, ni magistrados que los juzguen.

—Eso está muy bien, en efecto. Supongo que si hubiera alguna persona deshonesto sería fácil castigarla. Puesto que obtuvisteis una victoria decisiva sin derramar ni una sola gota de sangre, tampoco os resultó muy difícil acabar con el crimen y con los criminales.

—Ahora, mi querida Sultana, ¿te gustaría seguir aquí sentada, o prefieres conocer mi salón? —me preguntó.

—¡Tu cocina nada tiene que envidiar a la alcoba de una reina! —respondí con una sonrisa de satisfacción—. Mas ahora he de irme, pues seguramente los caballeros estarán despotricando de mí por impedirles llevar a cabo sus tareas en la cocina. —Las dos nos reímos con gusto—. Mis

amigos se quedarán pasmados cuando vuelva a casa y les cuente que en la lejana Tierra de las Mujeres las damas gobiernan el país y controlan todas las cuestiones sociales, mientras los hombres viven encerrados en las mardanas ocupándose de los bebés, cocinando y desempeñando todo tipo de tareas domésticas, ¡y donde la cocina es algo tan fácil y sencillo que guisar es un placer!

—Sí, háblales de todo lo que ves aquí.

—Por favor, cuéntame cómo cultiváis la tierra, cómo aráis y cómo lleváis a cabo otros trabajos manuales especialmente arduos.

—Nuestros campos se aran mediante el uso de electricidad, que aporta la fuerza motriz necesaria para otros trabajos pesados y que también empleamos para nuestros medios de transporte aéreos. Aquí no hay ferrocarril ni calles pavimentadas.

—Por tanto, tampoco habrá accidentes urbanos ni ferroviarios —dije yo. Y después pregunté —: ¿Nunca tenéis problemas de abastecimiento de agua?

—No, desde que fletamos el «globo de agua». Puedes ver el globo y los tubos que lleva acoplados. Tampoco sufrimos los efectos de inundaciones ni tormentas. Lo cierto es que estamos muy ocupadas tratando de conseguir que la naturaleza rinda todo lo posible en nuestro beneficio. No tenemos tiempo para discusiones personales, pues nunca estamos ociosas. Nuestra noble reina adora la botánica, y su gran ambición es llegar a convertir todo el país en un vasto jardín.

—Es una idea excelente. ¿Cuál es vuestro principal alimento?

—La fruta.

—¿Cómo lográis refrescar la tierra en épocas muy cálidas? Nosotros aguardamos las lluvias en verano como un don del cielo.

—Cuando el calor se vuelve insoportable, regamos el suelo en abundancia con agua extraída de las montañas artificiales. Y cuando hace frío calentamos nuestras habitaciones con energía solar.

Me mostró su cuarto de baño, cuya techumbre era desmontable. Podía disfrutar de una ducha siempre que así lo deseaba, simplemente retirando el techo (que era como la tapa de una caja) y abriendo el grifo de la tubería de la ducha.

—Sois un pueblo afortunado —exclamé—, pues no conocéis la necesidad. ¿Cuál es vuestra religión, si puedo preguntártelo?

—Nuestra religión está basada en el Amor y la Verdad. Es nuestro deber religioso amarnos unos a otros y ser absolutamente sinceros. Si una persona miente, ella o él es...

—¿Castigado con la muerte?

—No, no con la muerte. No disfrutamos matando a ninguna criatura de Dios, y menos aún a un ser humano. Al mentiroso se le pide que abandone esta tierra para siempre y no vuelva jamás.

—¿Y el infractor nunca es perdonado?

—Sí, si dicha persona se arrepiente de forma sincera.

—¿No tenéis permitido ver a ningún hombre con el que no tengáis algún parentesco?

—A ninguno, excepto a nuestros parientes sagrados.

—Nuestro círculo de parientes sagrados es muy limitado. Ni siquiera los primos carnales lo son.

—El nuestro es muy amplio. Un primo lejano es tan sagrado como un hermano.

—Eso está muy bien. Veo que la pureza reina en vuestra tierra. Me gustaría conocer a la noble

soberana que ha sido tan sagaz y visionaria como para elaborar todas estas reglas.

—Está bien —dijo Hermana Sara.

Entonces atornilló dos asientos a una especie de tablón con forma cuadrada y a continuación le acopló dos esferas lisas y bien pulidas. Cuando le pregunté para qué servían las esferas, ella me explicó que eran bolas de hidrógeno que se utilizaban para vencer la fuerza de gravedad. La potencia de las esferas se podía regular, dependiendo de los diversos niveles de resistencia que fuera necesario vencer. Luego ajustó en ambos lados del vehículo aéreo sendas palas con forma de alas que, según me explicó, funcionaban con electricidad. Después de sentarnos cómodamente, ella accionó un tirador y las palas empezaron a girar, moviéndose cada vez más rápido. Al principio nos elevamos hasta una altura de unos dos metros y acto seguido nos marchamos de allí volando. Apenas había tenido ocasión de percatarme de que habíamos comenzado a movernos cuando ya estábamos en el jardín de la reina.

Mi amiga hizo descender el vehículo aéreo revirtiendo la acción de la maquinaria y, en cuanto el vehículo tocó tierra, el artilugio se detuvo y ambas nos bajamos.

Desde la máquina voladora yo había tenido ocasión de ver a la reina caminando por un sendero del jardín con su hija pequeña (que tenía cuatro años) y sus damas de honor.

—¡Hola! ¡Aquí estás! —gritó la reina dirigiéndose a mi amiga.

Cuando Hermana Sara me presentó a Su Alteza Real, esta me recibió cordialmente y sin la menor ceremonia.

Fue un gran placer conocerla. Durante nuestra conversación, la reina me explicó que no veía motivos para impedir a sus súbditos el comercio con otras naciones.

—Sin embargo —continuó—, no está permitido comerciar con países donde las mujeres viven cautivas en las zenanas y no se les permite salir a negociar directamente con nosotras. Desde nuestro punto de vista, la moralidad de los hombres no está a la altura, por lo que no nos gusta tratar con ellos. No codiciamos los territorios de otros pueblos; no luchamos por piedras preciosas, aunque sean diamantes mil veces más brillantes que el Koh-i-Noor[50]; y tampoco envidiamos el Trono del Pavo Real[51] de ningún monarca. Nos sumergimos en las profundidades del océano del conocimiento en busca de gemas mucho más preciosas que la naturaleza ha reservado para nosotras y disfrutamos en la medida de lo posible de todos sus dones.

Tras despedirme de la reina, visité las dos famosas universidades y también algunas de sus fábricas, laboratorios y observatorios.

Después de conocer los mencionados lugares de interés, volvimos a embarcar en el vehículo aéreo. Pero, en cuanto comenzamos a movernos, de algún modo resbalé, y el vértigo de la caída me sacó de forma abrupta de mi sueño. Al abrir los ojos, ¡me encontré aún en mi dormitorio, tumbada en el diván!

EDITH WHARTON

(1862-1937)

EL ERMITAÑO Y LA MUJER SALVAJE [52]

(1908)

«Aquella visión le resultó aterradora, pues recordó que a menudo los demonios que tentaban a los Padres del desierto adoptaban forma de mujer para quebrar su voluntad».

I

El ermitaño vivía en una cueva en la ladera de una colina. Debajo había una cañada por la que discurría un arroyo que se abría paso por un bosquecillo de robles y alisos, y en el extremo más distante del valle, a medio día de viaje, había otra colina abrupta y escarpada en cuyas laderas se alzaba un pueblecito amurallado con almenas gibelinas de cola de golondrina que se recortaban contra el cielo.

Cuando el ermitaño era un muchacho y vivía en el pueblo, las almenas de las murallas aún tenían forma cuadrada, y un caudillo güelfo había colocado su estandarte en lo alto del torreón. Un día una larga hilera de soldados de color acero atravesó el valle al galope, ascendió la colina y atacó la fortaleza. Piedras y fuego griego llovieron desde las murallas, los escudos chocaban en las calles, el metal de las espadas resonaba en callejones y escalinatas, lanzas y picas goteaban empapadas de sangre sobre la carne hacinada, y aquel escenario tan familiar y otrora tranquilo quedó cubierto de cuerpos agonizantes. El muchacho huyó de allí horrorizado. Había visto a su padre salir a luchar y no regresar, su madre había caído muerta por el disparo de un arcabuz al asomarse desde lo alto de la torre, su hermana pequeña se había desplomado tras ser degollada en los escalones del altar de la capilla; y él había huido, había corrido por su vida a través de las calles resbaladizas, sobre los cuerpos que se retorcían, entre las piernas de los soldados que daban rienda suelta a sus más bajos instintos; había atravesado las puertas y dejado atrás granjas incendiadas, campos de trigo pisoteados, huertos asaltados y destruidos, hasta que los silenciosos bosques lo acogieron y cayó de bruces sobre la tierra indemne.

Nunca había sentido deseo alguno de regresar. Su único anhelo era vivir a escondidas del mundo. Al ascender por la colina había encontrado una oquedad en la roca, en cuya entrada había construido un pórtico hecho con arbustos atados con flexibles ramas de sauce. Se alimentaba a base de nueces, raíces y truchas que pescaba con las manos bajo las piedras del arroyo. Siempre había sido un niño silencioso al que le gustaba sentarse a los pies de su madre y contemplar cómo crecían las flores sobre la tela de su bastidor de bordado, mientras el capellán leía en voz alta historias sobre los Padres del desierto de un gran libro encuadernado en plata. Habría preferido ser escribano o erudito antes que el hijo de un caballero, y nunca era tan feliz como cuando hacía de monaguillo para el capellán por la mañana temprano y su corazón aleteaba como una alondra que ascendía y ascendía hasta perderse en el espacio infinito y brillante. Casi tan felices habían sido las horas pasadas en compañía de un pintor extranjero que había llegado a través de las montañas para pintar la capilla y bajo cuyos pinceles se materializaban rostros celestiales en los toscos muros, igual que si el artista hubiera plantado en ellos alguna mágica semilla capaz de germinar mientras uno la observaba. Con la aparición de cada rostro dorado, el niño sentía que había ganado un nuevo amigo, un amigo que se inclinaría sobre su lecho al caer la noche para espantar de su lado las horribles visiones que lo atormentaban en sueños —visiones de los monstruos que se retorcían en el pórtico de la iglesia, murciélagos y dragones de rostros malvados, gusanos gigantes y puercos alados, un demoniaco rebaño que descendía reptando cada noche desde la piedra tallada para perseguir las almas pecadoras de los niños del pueblo—. A

medida que la pintura iba creciendo, hubo tal cantidad de ángeles de doradas armaduras alrededor de la cama del niño que entre sus alas enlazadas jamás podrían abrirse paso el morro ni las garras de aquellos monstruos, y él se daba la vuelta suspirando sobre su almohada, que era tan suave y cálida como si alguien la hubiera rellenado con las plumas protectoras de los ángeles.

Todos esos recuerdos volvían a su mente ahora en su cueva de la ladera de la colina. El silencio parecía envolverlo con sus alas, alejándolo de la vida y apartando todo mal. Nunca se sentía inquieto ni disgustado. Amaba el largo silencio de los días vacíos, tan parecidos entre sí como las perlas de un collar. Por encima de todo, le gustaba tener tiempo para salvar su alma. Había estado muy preocupado por su alma desde que un grupo de flagelantes atravesara el pueblo exhibiendo sus cuerpos enjutos y llagados a causa de los latigazos y exhortando a la gente a renunciar a sus suaves vestiduras y sus sustanciosas comidas, al matrimonio y al dinero, a los bailes y a los juegos y a pensar únicamente en cómo escapar de las garras del diablo y de las grandes y rojas llamaradas del infierno. Durante días, las rojas llamaradas asediaron los pensamientos del muchacho como las luces de una ciudad consumida por el fuego a lo lejos. Había tantos escollos que evitar, tantas cosas malvadas que parecían inofensivas. ¿Cómo iba a saberlo un niño de su edad? No se atrevía a pensar en otra cosa ni por un minuto. Años después, la escena de saqueo y matanza de la que había conseguido huir tan solo contribuía a dar forma y nitidez a aquella visión roja como la sangre. El infierno era así, pero un millón de veces peor. Ahora sabía qué aspecto tenía la carne cuando las tenazas de los demonios la desgarraban, cómo sonaban los gritos de las almas condenadas y cómo olían los cuerpos carbonizados. ¿Cómo podía un cristiano dejar de emplear un solo momento siquiera de sus días y sus noches de la larguísima lucha por ponerse a salvo de la ira que algún día caería sobre la humanidad?

Poco a poco ese horror fue remitiendo, dejándole tan solo el calmo placer de la minuciosa ejecución de sus deberes religiosos. Su mente no estaba dotada para la contemplación del mal, y en la bendita soledad de su nueva vida sus pensamientos se centraban, cada vez más, casi de manera exclusiva, en la belleza de la santidad. Deseaba alcanzar la perfección en la bondad y vivir en el amor y la caridad hacia sus semejantes, mas ¿cómo conseguirlo sino alejándose de ellos?

Al principio, la vida fue difícil, pues en la estación invernal le resultaba muy complicado encontrar alimento. Algunas noches, el cielo era como una bóveda de hierro, el viento salvaje azotaba el robledal del valle y un intenso miedo, mucho peor que el frío más gélido, lo atenazaba. Sin embargo, con el paso del tiempo, los paisanos de su pueblo y los campesinos de los valles cercanos supieron que se había retirado a la naturaleza para llevar una vida de santidad y desde entonces las cosas fueron más fáciles; pues las gentes piadosas le regalaban aceite y frutos secos; una buena mujer le llevó semillas de su propio jardín, otra le dio un ropón de lana, y muchos más le habrían llevado toda clase de comida y ropas de no haberse negado él a aceptar lo que no fuera indispensable para sobrevivir. La buena mujer que le había dado las semillas también le enseñó a hacer un pequeño huerto en el lado sur del farallón donde estaba su cueva y durante el verano el ermitaño fue llevando tierra recogida a orillas del arroyo y agua para mantener verde su vergel. Desde entonces, el miedo a la soledad pesaba menos sobre sus hombros, pues estaba tan ocupado durante el día que al llegar la noche, por el cansancio, tenía muchas dificultades para ahuyentar al demonio del sueño, que según san Arsenio el Abad era el peor enemigo de los ermitaños. Recordaba muchas plegarias y letanías, además de largos pasajes de la misa y otros oficios, y celebraba actos de devoción a diversas horas del día. Los domingos y festivos, cuando el viento

soplaba a favor, podía escuchar las campanas de la iglesia de su pueblo natal, y su tañido le ayudaba a seguir el culto de los fieles y a tener presentes las estaciones del año litúrgico; y entre subir agua del río y labrar el huerto, buscar leña para el fuego, cumplir escrupulosamente con sus deberes religiosos y pensar en todo momento en la salvación de su alma, el ermitaño no tenía tiempo para la ociosidad.

Al principio, durante sus vigiliias nocturnas, había sentido un profundo miedo de las estrellas, que parecían vigilarlo con crueldad como si pudieran ver la fragilidad de su corazón, haciendo aún más evidente su insignificancia. No obstante, en una ocasión un escribano errante al que ofreció refugio en su cueva para pasar la noche le explicó que, según los más sabios doctores en teología, las estrellas estaban habitadas por los espíritus de los bienaventurados, lo que supuso un gran consuelo para el ermitaño. Ni siquiera durante las noches de invierno —cuando las alas del águila batían sobre los picos de las montañas y se escuchaba el largo aullido de los lobos que merodeaban por los rediles del valle— sentía ya miedo; aunque, acurrucado en la soledad de su cueva, sabía que esos sonidos representaban las voces malvadas del mundo del que se había alejado. A veces, para mantenerse despierto, componía pequeñas loas de alabanza a Cristo y a los santos. Le parecían tan bonitas que temía olvidarlas; de modo que, tras un largo debate interior, decidió pedirle a un amable sacerdote del valle, que de cuando en cuando le visitaba, que las transcribiera; y el sacerdote las escribió en una bonita piel de carnero que el ermitaño había secado y preparado con sus propias manos. Cuando el eremita las vio escritas, le parecieron tan hermosas que temió llegar a pecar de vanidad si las contemplaba demasiado a menudo, de modo que las ocultó entre dos rocas de su cueva y se prometió sacarlas solo una vez al año, en Pascua, cuando nuestro Señor ha resucitado y los cristianos lo celebran con regocijo. Y cumplió su promesa, mas, cuando la Pascua se aproximaba, se dio cuenta de que aguardaba la bendita festividad no tanto por la resurrección de nuestro Señor como por que al fin podría volver a leer sus deliciosas loas escritas en la hermosa piel de carnero; y en ese momento decidió que no volvería a mirarlas hasta que estuviera yaciendo en su lecho de muerte.

Y así vivió el ermitaño, durante muchos años, para mayor gloria de Dios y con gran paz de espíritu.

II

Un día decidió visitar al Santo de la Roca, que vivía al otro lado de las montañas. Los viajeros le habían contado historias acerca de este ermitaño que vivía con gran santidad y austeridad en un enclave aislado, rodeado de cerros, cubierto por la nieve durante el invierno y cruelmente castigado por el sol en verano. Al parecer, el santo había jurado retirarse del mundo a un lugar donde no hubiera agua que beber ni sombra donde guarecerse para no caer en la tentación de lo fácil, dedicándole menos tiempo a su Hacedor. Sin embargo, allá donde fuera, encontraba un árbol en flor o un caudaloso manantial, hasta que finalmente decidió trepar hasta las inhóspitas alturas donde nada crece y solo hay agua cuando las nieves se derriten en primavera. Allí encontró un promontorio que se alzaba a gran altura del suelo y en él excavó un agujero en la roca con sus propias manos, trabajando durante cinco años y excoriando hasta el hueso la carne de sus dedos. Después se sentó en la cavidad mirando hacia el oeste, de tal modo que en invierno recibiría muy poco calor del sol, y en verano se achicharraría. Y allí había estado sentado sin moverse durante incontables años.

El ermitaño se sintió profundamente atraído por el relato de semejante austeridad; algo que en

su humildad ni siquiera habría soñado con emular, mas sí deseó contemplar y alabar por el bien de su alma; de modo que un día se calzó las sandalias, cortó una vara de aliso cerca del arroyo y decidió visitar al Santo de la Roca.

Era una preciosa primavera. Las semillas germinaban en la tierra y los capullos florecían en los árboles y al ermitaño le preocupaba que sus plantas se secaran si nadie las regaba. Sin embargo, durante el invierno no podía viajar a causa de la nieve y temía que en verano su pequeño vergel sufriera incluso más en su ausencia. Por tanto, se puso en marcha, rezando para que lloviera mientras él no estaba y con la esperanza de estar de regreso cinco días más tarde. Los campesinos que laboraban en los campos dejaban por unos instantes su trabajo para pedirle su bendición, y muchos le habrían seguido de no haberles explicado que iba en peregrinación a visitar al Santo de la Roca y que debía hacerlo solo, como un solitario que busca a su igual. Los campesinos respetaron su deseo, y él siguió adelante hasta adentrarse en el bosque. Caminó y durmió durante dos días con sus noches por la espesura del bosque. Oía a los lobos aullar y a los zorros corretear entre los matorrales. En una ocasión, al anochecer, vio a un hombre peludo y moreno observándole entre el follaje. Al darse cuenta de que el ermitaño lo había visto, el hombre se alejó a toda prisa con el galope del almohadillado de unas pezuñas. Pero el ermitaño no temía a las bestias salvajes ni a los malhechores, ni siquiera a los faunos y sátiros que moraban en las ignominiosas profundidades de los bosques, donde no se alzaba ninguna cruz; pues se había dicho: «Si muero, será para mayor gloria de Dios, y, si he de vivir, lo haré con el mismo fin». Solo sintió una secreta punzada de remordimiento al pensar que podía morir sin volver a ver sus poemas. No obstante, al tercer día, salió del bosque por otro valle, y sin haber sufrido contratiempo alguno.

Después comenzó a ascender la montaña, primero cruzando ocres bosques de hayas y robles, luego entre pinos y retama, y, más adelante, trepando entre cornisas de piedra rojiza donde solo crecían pequeñas matas de lentisco y brezo. Aunque en ese momento creyó haber alcanzado su destino, tuvo que continuar caminando dos días más por el mismo escenario, con el cielo muy cerca de su cabeza y los verdes valles extendiéndose a lo lejos a sus pies. A veces lo único que veía durante horas eran las resplandecientes laderas rojizas salpicadas de pequeños arbustos y el implacable azul del cielo, tan cerca que por momentos creía poder tocarlo con los dedos. Mas, en una ocasión, en una curva del sendero, las rocas se separaban de repente y su mirada cayó en picado siguiendo un desfiladero moteado de pinos, más allá del cual se extendía el bosque en grandiosas ondulaciones que morían en una deslumbrante llanura salpicada de pueblos y ciudades, tras la cual, a muchos días de camino, se alzaba otra cordillera montañosa. Para algunos esto podría haber constituido un terrible espectáculo, un recordatorio de la honda soledad del caminante, de los peligros que acechan en tierras baldías y de la debilidad del hombre ante la inmensidad de las mismas. El ermitaño, sin embargo, estaba tan acostumbrado al aislamiento y sentía tanto amor por todas las cosas creadas que para él incluso aquel yermo rocoso cantaba las alabanzas de su Hacedor y la vasta distancia que le separaba de su destino no era sino un testimonio más de su grandeza. De ese modo, su siervo siguió viajando sin miedo.

Una mañana, tras una larga ascensión por difíciles y empinadas rampas, el caminante se detuvo de repente en una curva del camino, al darse cuenta de que más allá del desfiladero no había llanura alguna, ni pueblos, ni ciudades, sino una enorme superficie trémula plateada que se extendía hasta el confín del mundo; y al ermitaño no le cupo la menor duda de que se trataba del mar. El miedo se apoderó de él entonces, pues era terrible ver aquella gran llanura moviéndose como el pecho de un hombre al agitado compás de su respiración, y, mientras lo contemplaba, le

pareció que también la tierra se movía bajo sus pies. Sin embargo, entonces recordó cómo Cristo había caminado sobre las aguas y cómo santa María de Egipto[53], que había sido una gran pecadora, atravesó las aguas del Jordán sin mojarse los pies para recibir el sacramento de manos del abad san Zósimo de Palestina, y al ermitaño se le calmó el corazón y comenzó a cantar, mientras descendía la montaña, «El mar te bendecirá, ¡oh, Señor!».

Durante todo el día siguió contemplándolo y perdiéndolo de vista y, al caer la noche, llegó hasta una vaguada entre colinas y se tumbó a dormir en un pinar. Llevaba ya seis días de viaje y de cuando en cuando se inquietaba al acordarse de sus plantas. Sin embargo, se decía: «¿Qué importa si se muere mi jardín, si consigo ver al santo cara a cara y alabar con él a Dios?». De esa manera, su angustia nunca duraba demasiado.

Antes del amanecer ya se había puesto en marcha y caminaba bajo las estrellas. Al salir del bosque donde había pasado la noche, comenzó a trepar por la ladera de un gran precipicio. Durante el ascenso se veía obligado a agarrarse a los cortantes saledizos y cada poco una gran roca se interponía en su camino haciéndole retroceder. Así, con los pies doloridos y sangrantes, llegó a un pedregoso llano cuando el sol se ponía tras el mar, y bajo aquella luz rojiza vio el promontorio de piedra y al santo sentado en el hueco que había excavado con sus propias manos.

El ermitaño cayó de rodillas alabando a Dios. Después se levantó y cruzó el llano corriendo hacia la roca. Al acercarse, vio que el santo era un hombre muy viejo de larga barba blanca y vestido con pieles de cabra. Estaba sentado inmóvil, con las manos apoyadas sobre las rodillas, y con los ojos enrojecidos y hundidos en sus cuencas contemplaba el ocaso. A su lado había un muchacho muy joven, semidesnudo, que apartaba las moscas de la cara del anciano, pero estas volvían al instante y se posaban en las legañas de sus ojos.

El hombre no pareció ver ni oír al recién llegado y permaneció impertérrito cuando el chiquillo le dijo:

—Padre, ha llegado un peregrino.

Entonces el viejo levantó la voz y preguntó enfadado quién era y qué buscaba.

—Padre —respondió el ermitaño—, cuando tuve noticia de sus santas costumbres, decidí venir desde muy lejos. Y, siendo yo un ermitaño, si bien no merezco vuestra condición de santo, me pareció oportuno cruzar las montañas para visitaros y así poder sentarnos juntos a alabar la soledad.

Y el santo respondió:

—¡Ah, estúpido!, ¿cómo van a sentarse juntos dos hombres para alabar la soledad si por el mero hecho de hacerlo están poniendo fin a aquello que pretenden elogiar?

Al escuchar aquellas palabras, el ermitaño se sintió profundamente avergonzado, pues durante su viaje había preparado el discurso que pronunciaría y lo había repetido en numerosas ocasiones y ahora le parecía tan banal como el crepitar de los espinos que arden bajo una olla.

Sin embargo, se armó de valor y volvió a hablar.

—Es cierto, padre —dijo—. Pero ¿acaso no pueden dos pecadores sentarse y elogiar a Cristo, que fue quien les mostró las bondades de la soledad?

Pero el otro se limitó a responder:

—Si de verdad conocieras las bondades de la soledad, no las malgastarías vagabundeando ociosamente —y, al ver que el ermitaño no respondía, insistió—: Lo mejor que pueden hacer dos pecadores para alabar a Cristo cuando se encuentran es seguir cada uno su propio camino en

silencio.

Después cerró la boca y continuó inmóvil mientras el chiquillo espantaba las moscas de sus ojos hundidos. El ermitaño sintió que su corazón se encogía y, por primera vez desde que emprendiera el viaje, su cuerpo acusó todo el cansancio del camino recorrido y fue consciente de la gran distancia que le separaba de su hogar.

Había pensado pedirle consejo al santo en lo concerniente a sus loas y preguntarle si debía o no destruirlas, pero en esos momentos no tuvo ánimo para seguir hablando. Por consiguiente, se dio la vuelta y empezó a descender la montaña. Enseguida escuchó los pasos de alguien que corría tras él. Era el muchacho, que se le acercó y le regaló un panal de miel.

—Has recorrido un largo camino y debes de tener hambre —le dijo.

Pero antes de que el ermitaño pudiera darle las gracias el chiquillo se marchó a toda prisa para retomar su tarea. De esta manera, el eremita siguió descendiendo apesadumbrado por la ladera de la montaña hasta que llegó al bosque en el que ya había dormido en una ocasión. Allí volvió a preparar su lecho, pero no tuvo ánimos para comer nada antes de dormir, pues su corazón estaba más hambriento que su cuerpo, y sus saladas lágrimas echaron a perder la miel.

III

El decimocuarto día llegó al valle que se extiende a los pies de su colina y vio las murallas de su pueblo natal recortadas contra el cielo. Tenía los pies heridos y el corazón abatido, pues su largo peregrinaje solo le había traído cansancio y humillación y, puesto que no había caído una sola gota de lluvia, tuvo la certeza de que su jardín habría perecido. Subió lentamente la colina y llegó a su cueva a la hora del ángelus.

Pero allí le aguardaba una gran sorpresa, pues, aunque la escasa tierra de la ladera estaba seca y agrietada, el pequeño terruño de su jardín estaba húmedo y fragante, y sus plantas habían crecido frescas y brillantes hasta alcanzar una altura nunca vista. Más se sorprendió aún al ver que los zarcillos de la calabaza habían crecido alrededor de la entrada, y al arrodillarse comprobó que alguien había removido la tierra recientemente en los surcos de los que brotaban los vegetales, cuyas hojas estaban mojadas como si acabara de llover. El ermitaño creyó que estaba presenciando un milagro; pero, dudando de sus propios sentidos, se negó a creer que fuera digno de semejante gracia y decidió entrar en la cueva para reflexionar sobre lo que había sucedido. Fue entonces cuando vio sobre su lecho de juncos a una joven dormida, vestida del modo más estrafalario y con extraños amuletos alrededor del cuello.

Aquella visión le resultó aterradora, pues recordó que a menudo los demonios que tentaban a los Padres del desierto adoptaban forma de mujer para quebrar su voluntad. No obstante, pensó, puesto que nada le resultaba agradable en aquella muchacha flaca y morena como una nuez, no podía correr un gran peligro. Al principio la tomó por una nómada egipcia, pero al observarla con más atención se dio cuenta de que entre los amuletos paganos que colgaban de su cuello había un *agnus Dei*[54]. Tal fue su sorpresa que se inclinó sobre ella y la increpó para que se despertara.

Ella se incorporó sobresaltada, pero, al ver la toga y el cayado del ermitaño y su rostro sobre ella, se tumbó tranquila y dijo:

—He regado tu huerto como compensación por las judías y el aceite que cogí de tu alacena.

—¿Quién eres y cómo has llegado hasta aquí? —preguntó el ermitaño.

—Soy una mujer salvaje y vivo en los bosques —respondió ella.

Y, cuando de nuevo insistió para que le dijera por qué había buscado refugio en su cueva, ella le contó que las tierras del sur, de donde ella venía, estaban repletas de compañías armadas y bandas de malhechores, y que allí imperaban el crimen y el derramamiento de sangre. El ermitaño sabía que aquello era verdad, pues había oído hablar de ello durante su viaje de regreso a casa. La mujer salvaje siguió contando que la había perseguido —igual que a un animal, a través del bosque— una banda de borrachos armados —lansquenets[55] procedentes del norte, a juzgar por su bárbara vestimenta y su modo de hablar—, hasta que al final, hambrienta y agotada, había llegado a su cueva y se había escondido de sus perseguidores.

—Pues no temo a las bestias salvajes —dijo— ni a la gente del bosque; ni a los carboneros ni a los egipcios, ni tampoco a los juglares vagabundos ni a los vendedores ambulantes. Ni siquiera los asaltantes de caminos han llegado a tocarme, pues soy pobre y de piel morena. Pero esos mercenarios que actúan alentados por la sangre y el vino son más terribles que los lobos y los tigres.

El corazón del ermitaño se ablandó al escuchar su historia, pues se acordó de su hermana pequeña degollada y tendida en los escalones del altar y las escenas de rapiña y derramamiento de sangre que lo habían empujado a huir a los bosques. Entonces le dijo a la desconocida que, puesto que no era correcto que le diera cobijo en su cueva, enviaría a un mensajero al pueblo del otro lado del valle para pedirle a una mujer muy piadosa a la que conocía que le diera alojamiento y trabajo en su casa.

—Pues me he dado cuenta, por esa imagen sagrada que llevas en tu cuello —dijo—, de que no eres una salvaje pagana, sino una hija de Cristo, aunque te hayas alejado de él para adentrarte en el desierto.

—Sí —respondió ella—. Soy cristiana y conozco tantas oraciones como puedas conocer tú. Pero jamás volveré a poner los pies en una ciudad y menos aún permitiré que vuelvan a encerrarme en el convento.

—¡Cómo! —gritó el ermitaño anonadado—. ¿Eres una monja evadida?

Y se santiguó, mientras volvía a pensar en el demonio.

—Es cierto —dijo sonriendo—. Es cierto que una vez llevé el hábito, pero nunca volveré a hacerlo voluntariamente. Ahora puedes echarme de aquí si quieres; pero no llegaré muy lejos, pues me hice una herida en el pie mientras subía agua para tu jardín por esos peñascos.

Al escucharla, a pesar de su miedo, el ermitaño no pudo evitar apiadarse de ella y lavó su herida y se la vendó. Mientras lo hacía se le ocurrió que quizá aquella extraña visitante le había sido enviada, no para propiciar la perdición del alma de él, sino para la salvación de dicha mujer. Y desde ese momento anheló salvarla de todo corazón.

Sin embargo, no le pareció correcto que ella permaneciera en la cueva; de modo que, después de darle agua para beber y una pequeña ración de lentejas, hizo que se levantara y, ofreciéndole su cayado, la guio hasta una abertura en la roca no muy lejos de la suya, en lo alto del precipicio. Mientras lo hacía escuchó el tañido de las campanas del ocaso que resonaban por el valle y comenzó a recitar el *Angelus domini nuntiavit Mariae*[56]. La muchacha se unió a él con gran devoción, uniendo las manos y sin saltarse ni un verso.

A pesar de todo, el ermitaño no dejaba de pensar que había algo malvado en ella y al día siguiente, cuando fue a llevarle comida, le pidió que le explicara cómo había caído en las garras de su abominable pecado. Y esta es la historia que le contó.

IV

Nací (dijo ella) en las tierras del norte, donde los inviernos son largos y fríos, donde la nieve a veces llega hasta los valles, y las cumbres de las montañas están teñidas de blanco durante gran parte del año. El castillo de mi padre está situado en lo alto de una ladera rodeada de verdes bosques, donde siempre sopla el viento y heladas corrientes fluyen desde las gargantas heladas de las montañas. A los pies de nuestro hogar se extiende una vasta llanura abrasada por el sol, mas sobre nosotros se alzaban desfiladeros de roca donde las águilas construyen sus nidos y aúllan las tormentas. Durante el invierno vigorosos fuegos ardían en las chimeneas de nuestro hogar e incluso en verano fríos vientos soplaban desde las cañadas. Sin embargo, cuando yo era niña mi madre se trasladó al sur con el séquito de la emperatriz y yo la acompañé. Viajamos durante muchos días, atravesando llanuras y montañas, y conocí Roma —donde el papa vive en su dorado palacio— y muchas otras ciudades hasta llegar a la corte del gran emperador. Allí, durante más de dos años, vivimos rodeadas de lujo y algarabía, pues era una corte maravillosa llena de mimos y magos, filósofos y poetas, y las damas de la emperatriz pasaban los días rodeadas de júbilo y música, vestidas con ligeras sedas, paseando por jardines de rosas y bañándose en un fresco tanque de mármol mientras los eunucos del emperador vigilaban el acceso a los jardines. ¡Ah, padre, aquellos baños en el tanque de mármol! Solía pasarme despierta las cálidas noches del sur pensando en cómo me zambulliría al amanecer bajo las últimas estrellas, pues nos encontrábamos en una región muy calurosa y yo echaba mucho de menos los frondosos y verdes bosques y los fríos arroyos del valle de mi padre. Después de refrescarme en el tanque, me pasaba el día a la exigua sombra de los cipreses, soñando con el siguiente baño.

Mi madre anheló el frío hasta el día de su muerte. Después la emperatriz me recluyó en un convento, y nadie más volvió a acordarse de mí. El convento estaba situado en la ladera de una colina pelada y amarilla donde las abejas zumbaban con desenfreno entre las matas de tomillo. Al pie de la colina estaba el mar deslumbrante, salpicado por un millón de destellos de luz y bajo un cielo cegador, inundado igualmente por el brillo del sol, como un inmenso tahalí de acero. El edificio que albergaba el convento había sido antiguamente la casa de recreo que una princesa santa había donado a nuestra orden, y aún seguía en pie un ala completa de aquella antigua casa con su patio y sus jardines. Las monjas habían hecho cambios en la zona ajardinada, pero habían respetado los cipreses que se alzaban en el centro y el largo tanque de mármol donde solían bañarse la princesa y sus damas de compañía. El tanque, no obstante, como podréis imaginar, ya no se utilizaba para el baño, pues lavarse el cuerpo se consideraba una licencia prohibida a las vírgenes de la clausura. Y nuestra abadesa, que era conocida por el rigor y austeridad de sus preceptos, alardeaba —como santa Silvia— de no tocar jamás el agua salvo cuando se mojaba las puntas de los dedos para santiguarse antes de recibir el sacramento. Con semejante ejemplo a la cabeza del convento, las monjas se veían obligadas a seguir a pies juntillas tan piadosa regla, y muchas de ellas, habiéndose criado allí desde muy pequeñas, contemplaban con horror cualquier tipo de ablución y no sentían la menor tentación de limpiar la mugre que cubría sus cuerpos. Yo, en cambio, que hasta que entré en el convento me aseaba a diario, llevaba en las venas la frescura del agua limpia y me consumía lentamente de necesidad, igual que lo harían las plantas de vuestro huerto durante una sequía.

Mi celda no tenía vistas al jardín, sino al empinado camino de mulas que ascendía por la colina calcinada por el sol, donde día tras día veía trajinar a los campesinos sudorosos detrás de sus burros sedientos y a los pordioseros tumbados a la intemperie, gimiendo y rascándose las

costras de sus heridas. ¡Oh, cómo aborrecía mirar por los barrotes aquel mundo ardiente! Solía darle la espalda, asqueada, y, tendida en mi camastro, observaba durante horas el techo de la celda. Pero las moscas se arrastraban a cientos por el techo y su frenético zumbido era aún peor que las vistas. Algunas veces, cuando estaba segura de que nadie me observaba, me arrancaba el asfixiante hábito y lo colgaba delante de la ventana enrejada para dejar de ver el tórrido rayo de sol que se abría paso por el suelo mientras el polvo danzaba dentro de la celda como la grasa en el fuego. Sin embargo, la oscuridad me resultaba angustiosa, y me costaba respirar, como si estuviera atrapada en el fondo de un pozo; así que al final me levantaba y retiraba el vestido de la ventana, me arrodillaba delante del crucifijo y le rogaba al Señor que me concediera el don de la santidad y me permitiera escapar del fuego eterno del infierno, del que aquel tórrido calor no era sino un terrible anticipo. Pues, si no era capaz de aguantar el bochorno de un día de verano, ¿cómo iba a poder imaginar siquiera las llamas inextinguibles?

Este anhelo de huir del calor del infierno hizo que me planteara adoptar un modo de vida más devoto, y pensé que, si era capaz de aliviar de algún modo el sufrimiento que padecía mi cuerpo, quizá podría abrazar con más celo la práctica de la vigilia y la austeridad. Finalmente, tras explicarle a la abadesa que el aire bochornoso de mi celda me inducía cada noche a un fatigoso y pesado sueño, la convencí para que me alojara en el lado del edificio con vistas al jardín.

Durante algunos días fui bastante feliz, pues en lugar de ver la polvorienta ladera de la montaña y a los sudorosos campesinos trajinando detrás de sus burros de carga ahora podía contemplar los cimbreantes cipreses y las hileras de vegetales que brotaban de la tierra. Pero pronto me di cuenta de que mi situación no había mejorado, pues, a medida que avanzaba el verano, el huerto y el jardín, rodeados por edificios, se fueron volviendo tan asfixiantes como mi celda. Todo el verdor se marchitó y se secó, y únicamente quedaron los surcos de tierra rojiza y yerma sobre los que los cipreses proyectaban una sombra demasiado débil y exigua como para refrescar las afligidas cabezas de las monjas que allí buscaban refugio. De ese modo, empecé a añorar dolorosamente mi antigua celda, en la que, de cuando en cuando, se percibía la brisa marina, caliente y lánguida pero viva, y al menos podía ver el mar. No obstante, esto no fue lo peor, pues cuando llegó la canícula descubrí que a cierta hora el sol proyectaba sobre el techo de mi celda el reflejo de las ondulaciones del agua de la pileta del jardín, y aún hoy soy incapaz de expresar con palabras cómo me hacía sufrir aquella visión. Era una auténtica agonía contemplar las ondas del agua cristalina sobre mi cabeza sin poder sentir en mi cuerpo su alivio y su frescor, mientras cada centímetro de mi piel palpitaba de sed y cada vena de mi cuerpo era como la boca de Dives^[57] suplicando una gota de agua. Oh, padre, ¿cómo podría explicarle los terribles sufrimientos que padecí? A veces, la visión de las burlonas ondulaciones en el techo me asustaba de tal modo que tenía que cerrar los ojos y tumbarme bocabajo en el sofocante camastro hasta que estaba segura de que habían desaparecido. Y, sin embargo, los días nublados, en que no aparecían, el calor era aún más difícil de soportar.

Durante el día raras veces me atrevía a salir al jardín, pues las monjas se paseaban a menudo por allí y en una ocasión me descubrieron merodeando tan cerca de la pileta que me sacaron de allí a rastras gritando que había intentado matarme. El escándalo llegó a oídos de la abadesa, por lo que enseguida me convocó para averiguar qué clase de demonio me había poseído; y, al contarle yo entre lágrimas que tan solo anhelaba refrescar en el agua mi cuerpo ardiente, ella se puso furiosa y gritó: «¿Acaso no sabes que ese es un pecado casi tan grande como cualquier otro, condenado por casi todos los grandes santos? Pues una monja puede llegar a sentir la tentación de

quitarse la vida a fuerza de mirar en su interior, mas este deseo de ceder a las viles exigencias del cuerpo no es más que otro de los pecados de la carne, junto a la concupiscencia y el adulterio». Y acto seguido me ordenó dormir todas las noches durante un mes con mi pesado hábito y el velo cubriendo mi rostro.

En mi opinión, padre, fue esta penitencia la que me empujó a pecar. Estábamos en plena canícula y aquello era más de lo que cualquier cuerpo podía soportar. Así pues, la tercera noche, después de que la portera hiciera su ronda y se apagaran las luces, me levanté, me quité el velo y el hábito y me arrodillé frente a la ventana, a punto de desmayarme. No había luna, pero el cielo estaba cubierto de estrellas. Al principio el jardín estaba sumido en la más absoluta oscuridad, pero enseguida atisbé un débil brillo entre los troncos de los cipreses y me di cuenta de que se trataba del reflejo de las estrellas sobre el agua del tanque. ¡El agua! ¡El agua! Estaba tan cerca de mí... Tan solo unos cerrojos y unos barrotes nos separaban.

La hermana portera tenía un sueño muy pesado y yo sabía dónde guardaba las llaves (colgadas de un clavo en el lado interior de su puerta). Me acerqué sigilosamente a su celda, abrí el cerrojo, cogí el manojo de llaves y seguí caminando descalza por el pasillo. Los cerrojos de la puerta del claustro eran muy duros y pesados y tiré de ellos hasta que se me hincharon las venas de las muñecas como si estuvieran a punto de estallar. Después, al girar la llave en la cerradura esta emitió un agudo chirrido que se escuchó en todo el pabellón. Me quedé muy quieta, temblando de miedo de pies a cabeza ante la posibilidad de que los goznes también tuvieran voz. Pero no fue así, de modo que empujé la puerta y salí. El aire del jardín era tan bochornoso y estaba viciado como el de un pozo, pero al menos allí podía estirar los brazos. ¡Ah, padre! ¡Y qué estrellas tan hermosas había aquella noche! Al correr por el sendero, las piedras me hicieron heridas en los pies, pero la mera idea de que pronto los sumergiría en el agua me alivió... Padre mío, he oído hablar de las tentaciones que en tiempos pasados hostigaban a los santos que hacían penitencia en el desierto apelando a su carne reticente hasta vencer toda resistencia; pero dudo que ninguno de ellos haya experimentado mayor éxtasis que el que yo sentí cuando mis miembros tocaron el agua por primera vez. Para prolongar el goce me deslicé muy lentamente, apoyando las manos en el borde del tanque y sonriendo al ver cómo mi cuerpo, a medida que me iba sumergiendo, rasgaba la reluciente y negra superficie deshaciendo en pequeños fragmentos la luz de las estrellas que en ella se reflejaban. Y el agua, padre mío..., parecía ansiar mi cuerpo tanto como yo su frescura. Sus ondas se alzaron a mi alrededor, acariciándome primero de manera furtiva y acogéndome acto seguido en un largo abrazo que me arrastró hacia el fondo rozando mis labios como si fueran besos. Aquellas aguas no eran el honesto camarada de los estanques de montaña en los que me bañaba de niña, sino un secreto compañero de juegos que se compadecía de mi sufrimiento y lo aliviaba con sus manos mudas. Desde el principio las consideré un cómplice cuyo rumor parecía prometer que iba a guardar mi secreto si yo le prometía mi amor, de modo que volví, padre mío, volví a bañarme una y otra vez; y durante el día no pensaba en otra cosa, y cada noche regresaba con ansia renovada...

Sin embargo, tiempo después la portera murió y una hermana más joven ocupó su puesto. Tenía el sueño ligero y buen oído, de modo que desde el principio supe el riesgo que corría al colarme en su celda. Era consciente del peligro, pero tan pronto oscurecía sentía yo la llamada del agua. La primera noche luché con todas mis fuerzas para no levantarme del camastro y lo conseguí. Mas la segunda me rendí y caminé con sigilo hasta su celda. Cuando entré, la hermana no hizo ningún movimiento, mas se levantó con mucho cuidado en cuanto me vio salir y me siguió. La segunda

noche, después de informar a la abadesa, las dos aparecieron de repente a mis espaldas cuando yo estaba junto al tanque.

Fui castigada con terribles penitencias (ayuno, azotes, reclusión y privación de agua potable); pues la abadesa seguía sorprendida por la terquedad de mi pecado y estaba decidida a dar ejemplo a las demás novicias con mi caso. Durante un mes entero soporté todos los suplicios del infierno; mas, entonces, una noche unos piratas sarracenos asaltaron el convento. De repente la oscuridad se tiñó de sangre y llamas. Pero, mientras las otras monjas corrían aterradas de un lado para otro, aferrándose a los pies de la abadesa y chillando en los escalones del altar, yo salí sigilosamente por una de las poternas sin vigilar y hui hacia las colinas. Al día siguiente, los soldados del emperador cayeron sobre los paganos cuando aún dormían, los masacraron y quemaron sus naves en la playa. Rescataron a la madre abadesa y a las monjas, los muros del convento fueron reconstruidos y la paz volvió a los recintos sagrados. Supe de todo esto gracias a una pastora de las colinas que me encontró en mi escondrijo y me llevó agua y miel. En su ingenuidad, se ofreció a llevarme de regreso al convento, pero cuando se quedó dormida me quité la toca y el escapulario y, tras robarle su capa, decidí huir antes de que ella pudiera delatarme. Desde entonces he vagabundado sola por el mundo viviendo en bosques y parajes desiertos; con frecuencia hambrienta, padeciendo el frío y el rigor de los elementos y atemorizada en numerosas ocasiones; mas resignada a la miseria y decidida a enfrentarme a cualquier peligro, siempre y cuando pueda dormir en un refugio seguro y quitarme el polvo del camino al final del día con un poco de agua fresca.

V

El ermitaño, como es de suponer, quedó muy turbado al escuchar la historia de la joven y sintió una gran consternación al tener que enfrentarse a tamaña inmoralidad. Su primer impulso fue expulsar a la mujer de su casa, pues había leído sobre esa atroz ansia de agua y sabía que san Jerónimo, san Agustín y otros santos doctores habían predicado que quienes anhelan purificar su alma no deben dejarse distraer por vanas preocupaciones como el aseo corporal. Sin embargo, al recordar la lujuria que en él mismo habían llegado a despertar sus loas no se atrevió a juzgar con excesiva dureza las faltas de su hermana.

Es más, estaba conmovido por las penurias sufridas por la mujer salvaje y por las impías compañías que se había visto obligada a frecuentar (egipcios, juglares, forajidos e incluso hechiceros que difunden las tradiciones paganas de Oriente y cuyos oscuros rituales aún practica la gente sencilla de las colinas). No obstante, las experiencias de la joven no dejaban en mal lugar a esas gentes, que a menudo le habían ofrecido alimento y cobijo. El peor peligro al que se había enfrentado, como el ermitaño pudo averiguar para su profunda vergüenza, habían sido los *girovaghi* o monjes vagabundos[58], que son el flagelo y la deshonra de la cristiandad y arrastran su procaz desidia de un monasterio a otro, dejando a su paso una ponzoñosa estela de robo, alborotos y cosas peores. En un par de ocasiones la mujer salvaje había estado a punto de caer en sus redes, mas se había salvado gracias a su ingenio y a su habilidad para moverse por el bosque. Una vez, según le contó al ermitaño, un fauno y su hembra le habían ofrecido refugio en su cueva, donde había pasado la noche durmiendo sobre un lecho de hojas junto a sus crías lactantes. En el interior de la cueva había visto una especie de tótem o ídolo de madera, extremadamente gastado y antiguo, ante el cual las criaturas del bosque colocaron panales de miel y flores a modo de ofrenda en cuanto la creyeron dormida.

La muchacha le habló también de un pueblo de tejedores en lo alto de una colina, donde vivió durante varias semanas y aprendió los rudimentos de su oficio a cambio de alojamiento, y conoció a hombres errantes —zapateros, carboneros y cabreros— que visitaban el lugar y a medianoche predicaban extrañas doctrinas a los vecinos en sus humildes cabañas. Qué predicaban exactamente no podía ella asegurarlo a ciencia cierta, excepto que creían que cada alma podía comulgar de forma directa con su Creador sin necesidad de sacerdotes ni intercesores de ninguna clase. También escuchó de boca de algunos de sus discípulos que hay dos dioses —el del bien y el del mal— y que el dios del mal tiene su trono en el palacio del papa de Roma. No obstante, a pesar de sus oscuras enseñanzas, eran personas apacibles y misericordiosas llenas de bondad amorosa hacia los pobres y que no escatimaban en gestos amables hacia todo aquel que se detuviese ante las puertas de sus casas. Por eso su corazón sufrió por ellos el día en que un monje dominico se presentó en el pueblo con una compañía de soldados y a algunos de los tejedores los detuvieron y los llevaron a prisión, mientras otros huían con sus esposas e hijos hacia los bosques en pleno invierno. La muchacha escapó con estos últimos, temiendo que también la acusaran a ella de herejía. Durante meses permanecieron escondidos en lugares recónditos, mientras los más viejos y débiles iban enfermado a causa de las necesidades que pasaban y la vida a la intemperie, y sus hermanos los honraban con gran devoción cuando morían sin haber perdido la fe en el paraíso.

La joven relataba sus desventuras con sencillez y modestia, no como quien se regodea de una vida impía, sino como alguien que se ha visto arrastrado a la adversidad. Le contó al ermitaño que cada vez que escuchaba el tañido de las campanas de una iglesia aprovechaba la oportunidad para rezar un avemaría o un padrenuestro. Y a menudo, tendida a medianoche en un lecho de hojas en mitad del bosque, acallaba sus miedos recitando los versículos de la oración nocturna:

*Guárdame, Señor, como a la niña de tus ojos.
Protégeme bajo la sombra de tus alas.*

La herida del pie se iba curando despacio y, entretanto, el eremita visitaba a diario a la muchacha en su cueva para hablarle acerca del amor y la caridad, y exhortándola a regresar al convento. Sin embargo, ella se negaba a volver de forma obstinada. Y, finalmente, por miedo a que ella huyera antes de que se le hubiera curado el pie, con lo que se habría expuesto de nuevo al hambre y la desgracia, le prometió que no le revelaría a nadie su presencia allí ni tomaría medida alguna para devolverla a la orden.

Lo cierto es que el ermitaño había empezado a dudar que ella tuviera algún tipo de vocación para la clausura, si bien su gentileza e inocencia, de algún modo, le hacían pensar que la joven podía volver a la vida sacramental, si ella tuviera alguna garantía de que no iba a perder su libertad. Por tanto, tras un largo debate consigo mismo (puesto que su promesa le impedía pedir consejo a terceras personas en lo concerniente a ella), decidió permitirle permanecer en la cueva hasta que a él se le ocurriese alguna idea. Y un día, al ir a visitarla cuando se aproximaba la hora nona (pues había adquirido la piadosa costumbre de rezar con ella la oración vespertina), se encontró a la muchacha atendiendo a un pequeño cabrero que, tras sufrir un repentino desmayo, se había caído desde una roca sobre la entrada de la cueva y yacía inconsciente y cubierto de sangre a sus pies. El ermitaño observó maravillado con qué habilidad ella vendaba las heridas del pastorcillo y lo ayudaba a recobrar el sentido dándole de beber un licor que ella misma había destilado a partir de varias hierbas medicinales recogidas en la montaña; tras lo cual el chiquillo abrió los ojos y alabó a Dios, como si su alma acabara de regresar del cielo. El niño era conocido

en la región por haber sido objeto de varias posesiones y en más de una ocasión había caído inerte mientras cuidaba de su rebaño. El ermitaño, que sabía que únicamente los grandes santos o los nigromantes impíos eran capaces de expulsar a los demonios, temió que la mujer salvaje hubiera exorcizado a los malos espíritus mediante algún oscuro sortilegio. No obstante, ella le explicó que el desmayo del pastorcillo había sido provocado tan solo por el calor del sol y que, dado que ese tipo de mareos eran comunes en climas cálidos como el lugar del que ella había huido, una mujer sabia le había enseñado a tratarlos con una tisana de *Carduus benedictus* elaborada la tercera noche de luna creciente, pero sin ayuda de ningún tipo de magia.

—Sin embargo —continuó ella—, no debes temer escándalo alguno en tu sagrado retiro, pues, gracias a las artes de la misma mujer sabia, mi herida ya casi está curada, y esta noche, cuando se ponga el sol, continuaré mi viaje.

El ermitaño se sintió profundamente abatido al escuchar sus palabras y tuvo la sensación de que también ella estaba triste. Entonces todas sus dudas se desvanecieron de repente al ver con claridad cuáles eran los designios de Dios para la mujer salvaje.

—¿Por qué has de abandonar este lugar —dijo él— donde estás a salvo de cualquier abuso y puedes dedicarte a salvar tu alma? ¿Acaso tus pies están ansiosos por volver a caminar, y tu alma anhela escuchar conversaciones más mundanas?

La joven respondió que no sentía el menor deseo de viajar y que la soledad no la asustaba.

—A pesar de ello —añadió—, he de seguir adelante para mendigar mi pan, pues en este lugar salvaje no hay nadie más que tú para alimentarme. Además, cuando la gente se entere de que he curado al cabrero, es posible que los fisgones y chismosos me busquen y, al descubrir de dónde vengo, me lleven de vuelta al convento a rastras.

A esto, el ermitaño respondió:

—En los primeros tiempos, cuando la fe en Cristo se empezaba a predicar, había mujeres santas que huían al desierto y allí vivían en soledad para mayor gloria de Dios y para dar ejemplo a las de su mismo sexo. Si estás dispuesta a llevar una vida de austeridad y a contentarte con el sustento que la naturaleza pueda ofrecerte, a pasar los días orando y haciendo vigilia, es posible que de ese modo llegue el día en que te redimas del gran pecado que has cometido y vivas y mueras así en paz con el Señor Jesús.

Así habló el eremita a sabiendas de que, si ella se marchaba y volvía a vagabundear, el hambre y el miedo la incitarían a pecar de nuevo; mientras que una vida de penitencia y reclusión le permitirían ver sin ambages su propia vileza, salvando así su alma de una ruina segura.

Se dio cuenta de que sus palabras la habían conmovido y parecía dispuesta a transigir, abrazando una vida de santidad. Mas, de repente, se quedó callada y contempló el valle a sus pies.

—Hay un arroyo que fluye por la cañada, bajo tu cueva —dijo ella—. ¿Me prohibirás que me bañe en él cuando llegue el calor del verano?

—No soy yo quien te lo prohíbe, hija mía —respondió el ermitaño—, sino la ley de Dios. De todos modos, fijate en cuán milagrosamente el cielo te protege; pues en la estación cálida, cuando la lujuria te asalte, el arroyo estará seco y la tentación se alejará de ti. Es más, a esta altitud no hay temperaturas excesivas que hagan enloquecer al cuerpo; y siempre, tanto al amanecer como a la hora del ángelus, sopla una agradable brisa que alivia como el agua fresca.

Después de haber pensado mucho en ello, y habiéndole prometido de nuevo el ermitaño que no revelaría a nadie quién era ella, la mujer salvaje decidió llevar una vida de reclusión. Entonces el otro cayó de rodillas bendiciendo a Dios y regocijándose al pensar que, si había logrado salvar a

su hermana del pecado, quizá su propio periodo de prueba también se acortaría.

VI

Desde aquel momento y durante dos años el ermitaño y la mujer salvaje vivieron hombro con hombro, reuniéndose para rezar en las festividades importantes, aunque moraban cada uno en su cueva, y concentrados por separado en sus prácticas piadosas el resto del año.

Al principio, el ermitaño, consciente de las debilidades de la mujer y de la escasa aptitud de esta para la vida en soledad, temió que la cercanía de la penitente pudiera alterar sus propias costumbres. Sin embargo, ella seguía fielmente sus preceptos evitando cualquier encuentro con él salvo en los días santos y, cada vez que se veían, tan modesto y devoto era el comportamiento de la muchacha que él sentía que su alma se exaltaba presa de una nueva emoción. Con el paso del tiempo, llegó a agradecerle la idea de que muy cerca de él, y aunque no pudiera verla, había otra persona que llevaba a cabo las mismas tareas a las mismas horas; de tal modo que, cuando él atendía su huerto y rezaba el rosario, o al levantarse bajo las estrellas para el oficio de medianoche, tenía una compañera que lo acompañaba en sus fatigas y en sus oraciones.

Entretanto, se había extendido la noticia de que una mujer santa capaz de expulsar a los demonios se había instalado en la colina del ermitaño, por lo que muchas personas del valle acudían en su busca y se marchaban curados por ella. Esos pobres peregrinos le llevaban aceite y harina, y, con el tiempo, ella hizo con sus propias manos un jardín como el del ermitaño en el que plantó maíz y lentejas. Sin embargo, nunca pescó truchas en el arroyo ni aceptó como regalo aves silvestres que hubieran sido cazadas, pues decía que durante su vida errante las criaturas salvajes de los bosques habían sido sus amigas y habían dormido a su lado, por lo que no soportaba verlas sufrir.

El tercer año llegó la peste, la muerte recorrió las ciudades y muchos campesinos se dirigieron a las colinas huyendo de ella. El ermitaño y la penitente los atendieron devotamente, y tan diestras fueron las atenciones de la mujer salvaje que la noticia pronto se extendió por todo el valle y un grupo de burgueses acudió a visitarlos con ricos presentes para pedir que la mujer descendiera de la montaña para consolar a los enfermos. Al verla partir en tan peligrosa misión, el eremita sintió el impulso de acompañarla, pero ella le pidió que se quedara para atender a todos aquellos que huyeran a las colinas. Durante muchos días su corazón se consumió orando por ella y a todas horas temía que algún fugitivo de la peste apareciera para comunicarle la muerte de la joven.

A pesar de ello, finalmente ella regresó, exhausta pero indemne, y arropada por las bendiciones de los lugareños. Desde entonces para todo el mundo estuvo clara su santidad igual que antes había sucedido con el ermitaño.

Al comprobar él la constancia de la joven en la vida que había elegido y cuánto había avanzado en su camino de perfección, el ermitaño creyó necesario volver a exhortarla para que regresara al convento. En más de una ocasión resolvió hablar con ella, mas su corazón se lo impedía. Al final, llegó a la conclusión de que, al no cumplir con su deber, estaba poniendo en peligro su propia alma. Por tanto, cuando se encontraron el siguiente día de guardar, le recordó que, a pesar de sus buenas obras, todavía vivía en pecado y excomulgada y que, ahora que había probado una vez más las mieles de la santidad, tenía el deber de confesar su falta y entregarse a sus superiores.

La mujer estuvo escuchándole con aire sumiso, pero cuando el eremita terminó su discurso ella guardó silencio y las lágrimas mojaron sus mejillas. Al verla, también él lloró y no dijo nada más. Juntos oraron y después cada uno regresó a su cueva.

La peste no empezó a remitir hasta el invierno; y la primavera y el verano siguientes trajeron fuertes lluvias y un calor abrasador. Cuando el ermitaño visitó a la penitente con motivo de la festividad de Pentecostés, la encontró tan débil y cansada que, habiendo rezado juntos el *Veni, Sancte Spiritus* y los salmos correspondientes, él le recriminó el excesivo rigor de sus prácticas piadosas, a lo que ella respondió que su debilitamiento físico no era debido al exceso de disciplina, sino que los cuidados a los enfermos la habían dejado exhausta y los rigores de la estación, sin duda, habían empeorado su malestar. Las perniciosas lluvias continuaban, sobre todo por las noches, mientras que por el día la tierra hedía a causa del calor y la humedad. Por consiguiente, la debilidad se apoderó también del ermitaño, que apenas era capaz de arrastrarse colina abajo hasta el manantial donde recogía agua para beber. Fue así como adquirió la costumbre de bajar al arroyo antes del canto del gallo y después de haber recitado sus maitines, pues a esa hora solía dejar de llover y se levantaba una débil y agradable brisa. Como, a causa de las fuertes lluvias, el cauce no se había secado aquel año, en lugar de rellenar el cántaro lentamente bajo el chorro de agua del manantial, el ermitaño descendió hasta la orilla del arroyo para hacerlo. Una mañana, mientras bajaba por la empinada pendiente de la cañada, escuchó un crujido entre la maleza y vio que las hojas se agitaban como si algo se moviera tras ellas. Cuando miró, tanto el ruido como el movimiento de las hojas habían cesado; mas el latido de su corazón se aceleró, pues creyó ver en la penumbra una silueta humana, ataviada como las gentes que habitan el bosque. Y no pudo evitar pensar que tan ignominiosas criaturas frecuentaban ahora el arroyo.

Pasaron varios días y de nuevo, cuando bajó al río, vio una figura que huía entre la maleza; y en esta ocasión un miedo todavía mayor se apoderó de él. No obstante, espantó aquella idea de su mente y rezó con fervor por todas las almas hostigadas por la tentación. Cuando volvió a hablar con la mujer salvaje con motivo de la festividad de los Siete Macabeos[59], que coincide con el primer día de agosto, se asustó muchísimo al comprobar que ella había empeorado aún más, por lo que le rogó que dejara de trabajar y que le permitiera a él ocuparse de sus tareas en tanto siguiera enferma. Ella, sin embargo, rehusó con amabilidad y se limitó a pedirle que siguiera rezando por su alma.

Las lluvias cesaron antes de la fiesta de la Asunción, y la plaga, que empezaba a resurgir, por fin remitió. Sin embargo, la quemazón del sol era cada vez mayor, y el promontorio del ermitaño se convirtió en un horno ardiente. Nunca se había conocido semejante calor en esas regiones, mas la gente no se quejaba, pues el fin de las lluvias había supuesto la salvación de sus cosechas y el fin definitivo de la pestilencia; dones estos que todos atribuían, en gran medida, a las plegarias y mortificaciones de los dos santos anacoretas. Por ese motivo, en la víspera de la Asunción, recibieron la visita de un mensajero que les comunicó que al amanecer del día siguiente los habitantes de la ciudad y moradores de todo el valle saldrían en procesión hacia la colina encabezados por el obispo, que portaba la bendición papal para los dos ermitaños y deseaba celebrar la misa en honor a la Virgen de la Asunción en la cueva del ermitaño, situada en la ladera de la montaña. Al escuchar aquellas palabras, el ermitaño se sintió inmensamente feliz, pues pensó que aquello era señal de que sus plegarias habían sido atendidas en el cielo y al fin había obtenido la gracia de Dios tanto para la mujer salvaje como para él. Se pasó toda la noche

rezando para que ella confesara su falta y pudiera recibir el sacramento con él.

Antes del amanecer recitó los salmos correspondientes del oficio nocturno; después se puso el hábito, se calzó las sandalias y fue al valle, al encuentro del obispo.

Mientras descendía por la ladera, la luz del día bañaba las montañas y pensó que jamás había contemplado un amanecer más hermoso. El cielo entero brillaba y los primeros rayos de sol se aventuraban a colarse incluso por las leñosas grietas de la cañada, al igual que la gracia de Dios se había abierto paso hasta los más oscuros rincones de su corazón. La brisa de la mañana soplaba casi inaudible y lo único que se escuchaba era el sonido de sus pasos y el murmullo del arroyo, cuyo caudal, a pesar de haber disminuido, se abría paso con brío entre las rocas. Sin embargo, al llegar al pie de la cañada, oyó voces y cánticos que se aproximaban y tuvo la certeza de que los peregrinos ya estaban cerca. Su corazón dio un brinco y se apresuró a seguir adelante. Mas enseguida se detuvo junto a la orilla, pues, en un remanso del arroyo, donde las aguas aún eran profundas, vio el cuerpo de una mujer que refulgía débilmente iluminado por los primeros rayos de sol, y sobre una piedra, no muy lejos, el hábito y las sandalias de la mujer salvaje.

El miedo y la ira poseyeron el corazón del ermitaño y permaneció mudo e inmóvil donde estaba, tapándose los ojos de pura vergüenza. Pero los cánticos de los peregrinos se escuchaban cada vez más cerca y finalmente, con un hilo de voz, logró exhortar a la mujer para que saliera del agua y se escondiera de la gente.

Ella no respondió, pero en la penumbra creyó ver que sus miembros oscilaban suavemente en la corriente y que sus ojos lo miraban con expresión burlona. Entonces una furia ciega lo dominó y, saltando sobre las rocas hasta llegar al borde del remanso, se inclinó sobre ella y la agarró por el hombro. En aquel instante podría haberla estrangulado con sus propias manos, ¡tan aberrante le resultó el tacto de su piel! Sin embargo, mientras le gritaba todo tipo de insultos, notó que sus ojos le devolvían la mirada con preternatural fijeza y de repente se dio cuenta de que estaba muerta. Entonces, a pesar de toda su furia y su miedo, se vio asaltado por la certeza de que su obra había fracasado y aquella a quien tanto había amado en Cristo había cedido a la tentación a pesar de todos los esfuerzos de él.

La ira dio paso a la compasión, mas enseguida se percató de que, de un momento a otro, toda aquella gente le descubriría allí agachado sobre el cadáver de una mujer desnuda; una mujer que él mismo les había presentado como una santa y a la que todos verían ahora como el silencioso artífice de su ruina. El edificio entero de su santidad, que tanto le había costado levantar, se había derrumbado con el mero contacto con el cuerpo de la joven. Y, al darse cuenta de que su alma corría un peligro mortal, sintió que la tierra empezaba a girar a su alrededor y todo se volvió rojo.

La cabeza de la procesión ya había llegado a la cañada, y los clamorosos compases del *Salve Regina* rompieron la quietud del lugar. Cuando el eremita volvió a abrir los ojos quedó deslumbrado por las temblorosas llamas de cientos de velas cuya luz refulgía sobre los hilos de oro de las vestiduras sacerdotales y la imagen de la Virgen bajo el palio. Inclinado sobre él, el obispo le miraba fijamente.

El ermitaño intentó ponerse de rodillas con gran esfuerzo.

—Míreme, padre —gritó—, pues a causa de mis pecados un demonio ha venido a visitarme...

No obstante, mientras hablaba, se dio cuenta de que los que le rodeaban ya no le prestaban atención, y el obispo y sus sacerdotes habían caído de rodillas junto a la orilla. Entonces, siguiendo su mirada, el ermitaño vio que las ocres aguas del arroyo cubrían los miembros desnudos de la mujer salvaje como las telas de un vestido y en torno a su cabeza flameaba

intensamente una aureola de luz. Un clamor de alabanza cada vez mayor se fue elevando entonces entre la multitud, pues muchos de los allí presentes habían sido sanados y consolados por la mujer salvaje, y contemplaron ahora aquel prodigio como una prueba de la misericordia divina. Mas el miedo se apoderó de nuevo del ermitaño, pues acababa de maldecir en voz alta a una santa moribunda delante de toda aquella gente. Esta angustia, sumada a todo lo anterior, golpeó su cuerpo desfallecido de tal modo que sus miembros no pudieron sostenerle y cayó al suelo una vez más.

De nuevo la tierra giraba alrededor suyo y los rostros que le observaban estaban cada vez más lejos. Sin embargo, al tratar de alzar nuevamente su voz débil y quebradiza para confesar sus pecados, sintió en la frente el bendito roce de la absolución, y, en sus ojos y sus labios, los santos óleos previos al último viaje. Sintió entonces que la paz regresaba y con ella un desesperado anhelo de ver por última vez sus loas, como siempre había soñado hacer en su hora postrera. Pero estaba demasiado débil para manifestar deseo alguno, de modo que trató de expulsarlo de su mente. Mas, a pesar de su debilidad, el deseo seguía aferrándose a él, y las lágrimas le bañaron el rostro.

Entonces, allí tendido, sintió que ya no era la tierra la que lo acogía, sino el abrazo del Padre eterno, y oyó un gran coro de voces que parecían descender del cielo, mezclándose con los cánticos de la multitud; y los versos que escuchaba eran los de las loas que él había escrito, durante tanto tiempo atesoradas en lo más profundo de su corazón, que ahora resonaban sobre él a través de las esferas. Su alma se sumó a la canción y ascendió con ella hasta ocupar su lugar junto al Señor misericordioso.

VIRGINIA WOOLF

(1882-1941)

UNA SOCIEDAD[60]

(1921)

«Nos hemos pasado todos estos años dando por hecho que los hombres se esmeraban tanto como nosotras y que sus ocupaciones tenían el mismo mérito. Suponíamos que, mientras nosotras criábamos a los hijos, ellos escribían libros y pintaban cuadros. Nosotras hemos poblado el mundo, y ellos lo han civilizado. Sin embargo, ahora que sabemos leer, ¿qué nos impide juzgar los resultados?».

Así fue como sucedió. Estábamos seis o siete de nosotras reunidas un día después de tomar el té. Algunas observaban el escaparate de la sombrerería de la acera de enfrente, donde la luz aún brillaba con fuerza sobre las plumas rojas y pantuflas doradas, y otras mataban el tiempo construyendo diminutas torres de azucarillos en el borde de la bandeja del té. Pasado un rato, si mal no recuerdo, nos agrupamos alrededor del fuego y, como de costumbre, comenzamos a elogiar a los hombres —qué fuertes, qué nobles e inteligentes, qué valientes y hermosos eran y cómo envidiábamos a aquellas que, por las buenas o por las malas, conseguían unirse a uno para toda la vida— hasta que Poll, que no había dicho nada hasta aquel momento, rompió a llorar. Poll, es necesario aclararlo, siempre ha sido algo rara. Para empezar, su padre fue un hombre peculiar. Le dejó en herencia una fortuna, pero a condición de que leyera todos los libros de la Biblioteca de Londres. Nosotras intentábamos consolarla como podíamos, pero en el fondo sabíamos que era en vano. Pues, aunque todas la queremos, Poll no es ninguna belleza y, además, es algo descuidada, y al oír cómo alabábamos a los hombres debió de pensar que ninguno querría casarse con ella. Por fin dejó de llorar y durante unos minutos no entendimos nada de lo que decía —era bastante extraño, sinceramente—. Nos contó que, como ya sabíamos, se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en la Biblioteca de Londres. Según explicó, había empezado por la literatura inglesa en el piso de arriba y desde allí pensaba seguir descendiendo poco a poco hasta terminar con el *Times*, en la planta baja. Y ahora que tan solo le quedaba la mitad —o quizá una cuarta parte— del camino, algo terrible había sucedido. Ya no podía seguir leyendo. Los libros no eran como nosotras creíamos.

—¡La mayoría de los libros —dijo poniéndose de pie con tal desolación que jamás podré olvidar su tono de voz— son terriblemente malos!

Por supuesto, las demás respondimos que Shakespeare había escrito libros, y también Milton y Shelley.

—¡Oh, sí! —nos interrumpió—. Ya veo que os han educado bien. Pero no sois socias de la Biblioteca de Londres.

Entonces volvió a sollozar. Poco después, recuperando ligeramente la compostura, abrió uno de los libros de la pila que siempre llevaba consigo —*Desde la ventana* o *En un jardín* o algún título por el estilo, escrito por un hombre llamado Benton o Henson o algo así. Leyó las primeras páginas en voz alta mientras las demás escuchábamos en silencio.

—Pero eso no es un libro —dijo alguien.

De modo que eligió otro. Esta vez uno de historia, aunque he olvidado el nombre de su autor. Nuestro nerviosismo aumentaba a medida que iba leyendo. No parecía haber en él una sola palabra de verdad, y el estilo en que estaba escrito era francamente deplorable.

—¡Poesía, poesía! —gritamos con impaciencia—. ¡Léenos poesía!

No soy capaz de describir la desolación que nos embargó cuando, tras abrir un pequeño volumen, empezó a recitar los ampulosos y estúpidamente sentimentales versos que contenía.

—Tiene que haberlo escrito una mujer —comentó una de nosotras.

Pero no. Ella nos explicó que su autor era un joven caballero, uno de los poetas más famosos

del momento. Podrán ustedes imaginar nuestra sorpresa ante semejante revelación. Aunque todas lloramos y le rogamos que no leyera más, ella insistió en hacerlo y siguió con varios fragmentos de *Las vidas de los cancilleres*[61]. Cuando la lectora dio por terminada la sesión, Jane, la mayor y más inteligente de todas nosotras, se levantó del sofá y dijo que estaba, cuando menos, desconcertada.

—¿Acaso nuestras madres han desperdiciado su juventud —dijo— trayendo hombres al mundo para que escriban semejante basura?

Todas permanecemos calladas. Y en aquel silencio lo único que se oía eran los sollozos de la pobre Poll mientras decía: «¿Por qué, por qué mi padre tuvo que enseñarme a leer?».

Clorinda fue la primera en recuperar la compostura.

—Todo es culpa nuestra —dijo—. Todas sabemos leer. Pero ninguna, excepto Poll, se ha tomado la molestia de leer. Yo misma daba por sentado que el deber de una mujer era pasarse la juventud trayendo niños al mundo. Veneraba a mi madre por haber dado a luz a diez; aún más a mi abuela por criar a quince; y confieso que yo ambicionaba tener nada menos que veinte. Nos hemos pasado todos estos años dando por hecho que los hombres se esmeraban tanto como nosotras y que sus ocupaciones tenían el mismo mérito. Suponíamos que, mientras nosotras criábamos a los hijos, ellos escribían libros y pintaban cuadros. Nosotras hemos poblado el mundo, y ellos lo han civilizado. Sin embargo, ahora que sabemos leer, ¿qué nos impide juzgar los resultados? Antes de traer un solo niño más al mundo hemos de jurar que descubriremos cómo funciona.

Por consiguiente, decidimos formar una sociedad con el fin de plantear preguntas. Una de nosotras visitaría a un oficial del Ejército; otra debía esconderse en el estudio de un erudito; otra asistiría a una reunión de hombres de negocios; y entretanto todas debíamos leer libros, contemplar cuadros, ir a conciertos, mantener los ojos bien abiertos al pasear por las calles y hacer preguntas constantemente. Éramos muy jóvenes. Podrán hacerse una idea de nuestra ingenuidad si les digo que, antes de dar por concluida la reunión de aquella noche, decidimos por unanimidad que los principales objetivos de la vida no eran otros que producir buena gente y buenos libros. Nuestras cuestiones estarían dirigidas a descubrir en qué medida los hombres habían logrado alcanzar dichos objetivos. Y prometimos solemnemente no tener un solo hijo hasta estar satisfechas.

Y así salimos a la calle. Algunas se dirigieron al Museo Británico, otras hacia la Oficina del Almirantazgo y Asuntos de la Marina Real; algunas a Oxford y otras a Cambridge. Visitamos la Royal Academy[62] y el Tate; escuchamos música moderna en salas de conciertos; fuimos a los Tribunales de Justicia y asistimos a obras de teatro. Nadie salía a cenar sin hacerle a su pareja ciertas preguntas, ni sin anotar con gran esmero sus respuestas. Nos reuníamos de manera periódica y comparábamos nuestras observaciones. ¡Ah, qué encuentros tan alegres! Nunca me he reído tanto como en aquella ocasión en que Rose se puso a leer sus notas acerca del «honor» y contó cómo se había disfrazado de príncipe etíope antes de subir a bordo de uno de los barcos de Su Majestad. Al descubrir el embuste, el capitán fue a visitarla (en aquella ocasión la encontró vestida de paisano) para exigirle una satisfacción tras la grave afrenta a su honor. «Pero ¿cómo?», preguntó ella. «¿Cómo?, dice!», bramó él. «¡Con la vara, por supuesto!».

Al ver que el hombre estaba completamente fuera de sí y creyendo que su hora había llegado, ella se inclinó hacia delante y, para su sorpresa, recibió únicamente seis ligeros golpecitos en el trasero. «¡El honor de la Armada británica ha sido vengado!», gritó el oficial; y al incorporarse ella pudo ver su rostro empapado de sudor y su mano derecha aún extendida y temblorosa. «¡Aléjese!», exclamó ella,

adoptando una actitud desafiante e imitando la ferocidad de su expresión. «¡Pues mi honor aún no ha sido satisfecho!». «¡Así habla un caballero!», respondió el otro, adoptando al instante una actitud pensativa. «Si seis golpes vengan el honor de un oficial de la Armada de Su Majestad», reflexionó él, «¿cuántos hacen falta para satisfacer a un caballero?». Entonces, levantando nuevamente la voz, concluyó que preferiría dejar el caso en manos de sus camaradas de armas, a lo que ella respondió con arrogancia que no podía esperar. Él elogió entonces su sensibilidad. «Déjeme pensar», chilló de repente. «¿Tenía su padre carruaje?». «No», respondió ella. «¿Un caballo de monta, quizá?». «Teníamos un burro», dijo al acordarse de repente, «que tiraba de la segadora». Al oírla, el rostro del hombre se iluminó. «Mi madre se llamaba...», empezó a decir ella. «¡Por el amor de Dios, hombre, no mencione a su madre!», chilló él, temblando como un álamo, y se le enrojeció hasta el cuero cabelludo. Sin embargo, aún pasaron diez minutos antes de que nuestra amiga consiguiera hacerle reaccionar. Por fin sentenció que, si ella le daba cuatro azotes y medio a la altura de los riñones, en el lugar exacto por él indicado (el «medio», explicó, en reconocimiento del hecho de que el tío de la bisabuela de ella había muerto en Trafalgar), a su modo de ver el honor de ambos quedaría como nuevo. Y eso hicieron. Después se fueron a un restaurante, bebieron dos botellas de vino —que él insistió en pagar— y se despidieron después de haberse jurado amistad eterna.

Después fue Fanny quien nos relató su experiencia en el Tribunal de Justicia. Tras su primera visita había llegado a la conclusión de que o los jueces estaban hechos de madera o eran sistemáticamente suplantados por animales de gran tamaño con aspecto humano y entrenados únicamente para comportarse con suma dignidad, murmurar y asentir con la cabeza. Para poner a prueba su teoría había destapado un tarro de moscas en el momento crítico del juicio, aunque finalmente había sido incapaz de comprobar si aquellas criaturas daban o no alguna muestra de humanidad, pues el zumbido de las moscas le había dado tal sueño que solo se había despertado a tiempo para ver cómo se llevaban a los prisioneros de vuelta a sus celdas. No obstante, remitiéndonos a las pruebas por ella aportadas, todas estuvimos de acuerdo en que no existe justificación para suponer que los jueces son seres humanos.

Helen visitó la Royal Academy, pero, cuando le pedimos que nos presentara su informe sobre las obras de arte que había visto, ella empezó a recitar de un librito encuadernado en azul claro: «¡Oh, por el tacto de una mano esquiva y el sonido de una voz que enmudece! De vuelta en casa está el cazador, de vuelta del monte. Tiró con fuerza de las riendas de su corcel. El amor es dulce, el amor es breve. La primavera, la hermosa primavera es la afable reina de las estaciones. ¡Ah, estar en Inglaterra en abril! Los hombres deben trabajar, y las mujeres, llorar. La senda del deber es el camino hacia la gloria...». No pudimos seguir escuchando ni una palabra más de aquel galimatías.

—¡No queremos más poesía! —gritamos.

—¡Hijas de Inglaterra! —empezó a decir, pero la hicimos callar y un vaso de agua se derramó sobre ella en plena refriega.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, sacudiéndose como si fuera un perro—. ¡Ahora me echaré a rodar por la alfombra para ver si puedo quitarme de encima los restos de la Union Jack! Quizá entonces... —dijo dando vueltas por el suelo enérgicamente.

Y mientras se ponía de pie comenzó a explicarnos cómo era la pintura moderna, cuando Castalia la interrumpió.

—¿Cuál es el tamaño medio de un cuadro? —preguntó.

—Quizá unos sesenta por setenta y cinco centímetros —respondió la otra.

Castalia tomaba notas mientras Helen hablaba, y, cuando esta terminó y todas evitábamos mirarnos a los ojos, se levantó y dijo:

—A petición vuestra pasé la anterior semana en Oxbridge[63] disfrazada de mujer de la limpieza. De esa manera tuve acceso a las habitaciones de varios profesores, así que ahora trataré de explicaros... El problema es —se interrumpió— que ahora no me siento capaz de hacerlo. Es todo tan extraño... Esos profesores —continuó— viven en grandes casas rodeadas de jardines, cada uno de ellos encerrado en una especie de celda privada. Sin embargo, disfrutaban de todas las comodidades imaginables. Lo único que deben hacer es apretar un botón o encender una lamparita. Sus documentos están cuidadosamente archivados y a su alrededor abundan los libros. No hay niños ni animales allí, a excepción de una docena de gatos callejeros y un viejo camachuelo... un gallo. Recuerdo —añadió de repente— que una tía mía que vivía en Dulwich criaba cactus. Al invernadero se accedía desde el salón principal y allí, junto a los tubos calientes de la calefacción, había docenas de ellos, esas plantitas feas, achaparradas y cubiertas de pinchos. Una vez cada cien años florecía el aloe, o eso decía mi tía. Aunque ella se murió sin verlo...

Le dijimos que fuese al grano.

—Bien —continuó—, mientras el profesor Hobkin estaba ausente, tuve ocasión de examinar el trabajo de su vida, una edición comentada de la obra de Safo. Es un libro de aspecto cuando menos curioso, de unos quince o dieciocho centímetros de grosor, y huelga decir que no todo su contenido es obra de Safo. ¡Ah, no! La mayor parte es una defensa de la castidad de la poetisa — que algún alemán había puesto en duda—, y os puedo asegurar que la pasión con que estos dos caballeros discutían, la sabiduría de que hacían gala, el prodigioso ingenio con que debatían sobre el uso de algún instrumento que a mi modo de ver no era más que una horquilla me dejó anonadada; especialmente en una ocasión en que la puerta se abrió de repente y apareció el mismísimo profesor Hobkin, un anciano caballero muy simpático y afable, pero ¿qué podía saber él sobre la castidad?

No comprendimos a qué se refería.

—No, no —protestó ella—, él es un hombre de honor, estoy segura. No se parece en absoluto al capitán de barcos de Rose. Estaba pensando en los cactus de mi tía. ¿Qué pueden saber sobre la castidad?

De nuevo le dijimos que no divagara. ¿Producían los profesores de Oxbridge buena gente y buenos libros, los dos principales objetivos de la vida?

—¡Vaya! —exclamó—. Pues nunca se me ocurrió preguntar. Lo cierto es que no me pareció que fueran capaces de producir nada.

—Yo creo —intervino Sue— que estás equivocada. Posiblemente el profesor Hobkin fuera ginecólogo. Un erudito es un hombre muy especial. Un erudito derrocha humor y creatividad (quizá los eruditos sean demasiado aficionados al vino, pero ¿qué más da?) y constituye una compañía deliciosa; es generoso, sutil e imaginativo (dentro de lo razonable), pues se pasa la vida rodeado de los seres humanos más exquisitos que hayan existido.

—Mmm —dijo Castalia—. Quizá habría que regresar e intentarlo de nuevo.

Unos tres meses más tarde yo estaba sentada a solas en el salón cuando entró Castalia. No sé qué vi en ella que tanto me emocionó, pero no pude contenerme y corrí hasta la puerta y la abracé. No solo estaba muy hermosa, sino que también parecía de muy buen humor.

—¡Qué feliz pareces! —exclamé mientras se sentaba.

—He estado en Oxbridge —dijo.

—¿Haciendo preguntas?

—Respondiéndolas —replicó.

—¿No habrás roto nuestro juramento? —dije nerviosa, al percibir algo en su figura.

—Oh, el juramento —dijo ella de manera despreocupada—. Voy a tener un bebé, si es eso a lo que te refieres. ¡No te imaginas —exclamó de repente— lo excitante, bonito y gratificante que es!

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—A... a responder preguntas —respondió algo confundida.

Entonces se dispuso a contarme toda la historia. Pero, en mitad de lo que me pareció el relato más interesante y conmovedor que yo había oído nunca, de repente soltó el más extraño grito, una mezcla de chillido y gemido...

—¡Castidad! ¡Castidad! ¿Dónde está mi castidad? —gritó—. ¡Socorro! ¡El frasco de perfume!

En el salón no había nada excepto un tarrito de cristal con un poco de mostaza, que se me ocurrió administrarle en cuanto recuperase la compostura.

—Eso deberías haberlo pensado hace tres meses —la amonesté con severidad.

—Es verdad —respondió—. No sirve de mucho pensar en ello ahora. En cierto modo, fue una desgracia que mi madre me llamase Castalia[64].

—Oh, Castalia, tu madre... —empecé a decir, cuando ella alargó la mano para coger la mostaza.

—No, no, no —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. De haber sido tú una mujer casta, te habrías puesto a gritar nada más verme... Pero en lugar de eso viniste corriendo hacia mí para abrazarme. No, Cassandra. Ninguna de las dos somos castas.

Y siguió hablando.

Entretanto, el salón se fue llenando, pues era el día señalado para discutir los resultados de nuestras observaciones. Me pareció que todas pensaban lo mismo que yo al ver a Castalia. La besaban y le decían cuánto se alegraban de volver a verla. Y finalmente, cuando estuvimos todas reunidas, Jane se levantó y dijo que ya era hora de comenzar la sesión. Empezó diciendo que habían transcurrido cinco años desde el comienzo de nuestras investigaciones y que, en su opinión, los resultados no iban a ser concluyentes. Entonces Castalia me dio un codazo y me susurró al oído que ella no estaba tan segura de eso. Acto seguido se levantó e, interrumpiendo a Jane en medio de una frase, dijo:

—Antes de que sigas hablando, quiero saber si puedo continuar en esta habitación, porque —añadió— he de confesar que soy una mujer impura.

Todas la miraron asombradas.

—¿Estás embarazada? —preguntó Jane.

Ella asintió con la cabeza.

Era extraordinario observar las diferentes expresiones de sus caras. Recorría la habitación una especie de zumbido, del que me pareció entender palabras como «impura», «bebé», «Castalia», etc. Jane, que parecía profundamente conmovida, se dirigió a las demás preguntando:

—¿Podemos continuar? ¿Es impura?

La habitación resonó con tal estruendo que debió de escucharse en la calle.

—¡No, no, no! ¡Que se quede! ¡Impura? ¡Qué disparate!

Y, sin embargo, tuve la sensación de que algunas de las más jóvenes, muchachas de diecinueve o veinte años, se contenían a causa de su timidez. Entonces, todas nos sentamos alrededor de Castalia y comenzamos a hacerle preguntas, hasta que, por fin, una de las jóvenes, que había permanecido hasta entonces en un segundo plano, se acercó tímidamente y le dijo:

—Entonces, ¿qué es la castidad? Quiero decir, ¿es algo bueno, es malo o no es nada en absoluto?

La interpelada respondió en un tono tan bajo que no pude entender lo que decía.

—Pues yo me quedé conmocionada —confesó otra— por lo menos durante diez minutos.

—En mi opinión —dijo Poll, que, a fuerza de estar siempre leyendo en la Biblioteca de Londres, se había vuelto cada vez más gruñona—, la castidad no es más que una forma de ignorancia, el más indecoroso estado mental. Solo deberíamos admitir en nuestra sociedad a las impuras. Voto por que Castalia sea nuestra presidenta.

La propuesta fue violentamente cuestionada.

—Es injusto etiquetar a las mujeres como castas o incastas —sentenció Poll—. Algunas de nosotras ni siquiera hemos tenido oportunidad... Es más, no creo que Cassy haya actuado como lo hizo por puro amor al conocimiento.

—Él solo tiene veintiún años y es divinamente bello —respondió Cassy, con un gesto encantador.

—Propongo —dijo Helen— que nadie pueda hablar de castidad o de falta de castidad salvo aquellas que estén enamoradas.

—¡Ay, señor! —exclamó Judith, que se había ocupado de investigar temas científicos—. Yo no me he enamorado y estoy ansiosa por explicar las medidas que se me han ocurrido para controlar la prostitución y fertilizar a las vírgenes por orden parlamentaria.

Y continuó explicándonos un invento suyo que podría instalarse en estaciones de metro y otros lugares públicos y que, previo pago de una pequeña tarifa, supondría la salvaguarda de la salud de la nación, pues sería del agrado de sus hijos al tiempo que liberaba a sus hijas. También había ideado un método para conservar en tubos sellados los gérmenes de futuros cancilleres «o poetas, pintores o músicos», siguió diciendo. «En fin, en el supuesto de que estas razas no se extingan y las mujeres sigan deseando tener hijos».

—¡Por supuesto que queremos tener hijos! —gritó Castalia, con impaciencia.

Jane empezó a dar golpecitos en la mesa.

—Esa es exactamente la cuestión que tenemos que considerar —empezó a decir—. Durante cinco años hemos intentado averiguar si hay motivos para que la raza humana se perpetúe. Castalia ha pronosticado nuestra decisión. Ahora somos las demás las que hemos de decidir.

Nuestras corresponsales se fueron levantando entonces, una por una, para exponer sus respectivos informes. Las maravillas de la civilización superaron con creces nuestras expectativas y, a medida que fuimos descubriendo que el hombre puede surcar los cielos y hablar a través del espacio, que es capaz de penetrar el corazón del átomo y que sus especulaciones abarcan incluso la inmensidad del universo, un murmullo de admiración se fue extendiendo por todo el salón.

—¡Nos sentimos orgullosas —gritamos— de que nuestras madres sacrificaran su juventud por semejante causa!

Castalia, que había estado escuchando con mucha atención, parecía más orgullosa que el resto. Entonces Jane nos recordó que aún teníamos mucho que aprender, y Castalia nos suplicó que nos

diéramos prisa. Por tanto, seguimos adelante presentando un amplio abanico de estadísticas. Descubrimos que Inglaterra tenía muchos millones de habitantes y que cierta proporción de dicha población vivía siempre hambrienta o recluida en prisión; supimos cuál era el tamaño medio de una familia de la clase obrera y que un gran porcentaje de mujeres muere al dar a luz a causa de diversas enfermedades. Se leyeron informes que detallaban visitas a fábricas y grandes almacenes, suburbios y astilleros. Se expusieron descripciones del funcionamiento de la bolsa y de algunos grandes negocios de la City, así como de cierto ministerio del Gobierno. Se debatió acerca de las colonias británicas y se relataron algunas crónicas sobre nuestros gobiernos en la India, África e Irlanda. Al estar sentada al lado de Castalia, pude percibir su nerviosismo.

—A este paso nunca llegaremos a ninguna conclusión —dijo de repente—. Dado que parece que la civilización es mucho más compleja de lo que habíamos imaginado, ¿no sería mejor ceñirnos a la investigación original? Acordamos que el objeto principal de la vida era producir buenas personas y buenos libros. Llevamos horas hablando de aeroplanos, fábricas y dinero. Hablemos de los hombres y sus artes, pues esa es la esencia de la cuestión.

Así pues, las que habían salido a investigar se adelantaron para exponer los documentos con las respuestas a sus preguntas, respuestas que habían sido elaboradas con sumo cuidado. Un buen hombre, acordamos, debía ser en todo momento honesto, apasionado y espiritual. Mas el que un hombre en particular poseyera o no dichas cualidades únicamente se podía averiguar planteando las preguntas adecuadas y comenzando, en lo posible, por lo menos importante. ¿Es Kensington un lugar agradable para vivir? ¿Dónde estudia su hijo? ¿Y su hija? Ahora, por favor, dígame: ¿cuánto paga por sus cigarros? Por cierto, ¿es *sir* Joseph un baronet, u ostenta tan solo el título de caballero? A menudo parecía que aprendíamos más gracias a preguntas triviales como esas que con cuestiones más directas. «Acepté el título de par», había dicho lord Bunkum, «solo porque mi mujer insistió». Ya he olvidado cuántos títulos son aceptados por esa razón. Unos diez mil profesionales empezaban sus frases diciendo: «Trabajando quince horas diarias como yo...».

«No, no, por supuesto que usted no sabe leer ni escribir. Pero ¿para qué trabaja tan duro?». «Mi querida señorita, con una familia numerosa como la mía...». «Pero ¿por qué sigue creciendo su prole?». También sus esposas albergaban el mismo deseo, o quizá fuera el Imperio británico el más interesado en ello. No obstante, más significativa que las respuestas era la actitud de los que se negaban a responder. Muy pocos respondían a cuestiones sobre moralidad y religión y, cuando lo hacían, sus réplicas no eran serias. Las preguntas sobre el poder y el valor del dinero eran sistemáticamente ignoradas, a no ser que la entrevistadora se atreviera a insistir.

—Estoy segura —dijo Jill— de que si *sir* Harley Tightboots no hubiera estado trinchando el cordero cuando empecé a hacerle preguntas sobre el sistema capitalista me habría degollado allí mismo. El único motivo por el que logramos escapar con vida repetidas veces es que la mayoría de los hombres son excesivamente caballerosos y al mismo tiempo tienen un hambre voraz. Nos desprecian demasiado para tener en cuenta lo que decimos.

—Por supuesto que nos desprecian —dijo Eleanor—. Sin embargo, al mismo tiempo, ¿cómo explicas que...? Yo he encuestado a artistas. Pero, bueno, no hay mujeres artistas, ¿no es así, Poll?

—¡Jane Austen, Charlotte Brontë, George Eliot! —gritó Poll, como si fuera un vendedor ambulante despachando pasteles en una callejuela.

—¡Maldita mujer! —exclamó una—. ¡Pero qué aburrida es!

—Desde Safo no ha habido ninguna artista de primera categoría... —empezó a decir Eleanor, citando las palabras exactas de un semanario.

—En la actualidad es bien sabido que Safo no es otra cosa que la obscena invención del profesor Hobkin —la interrumpió Ruth.

—De todas formas, no hay razones para suponer que ninguna mujer haya sido capaz de escribir o pueda llegar a hacerlo —continuó Eleanor—. Y, aun así, siempre que estoy rodeada de escritores lo único que saben hacer es hablar de su obra. «¡Magistral!», digo para salir del paso, o «¡Ni el mismísimo Shakespeare!» (pues algo hay que decir). Y os aseguro que se lo creen.

—Eso no demuestra nada —replicó Jane—. Todos lo hacen. El problema es —añadió suspirando— que eso no parece ayudarnos demasiado. Quizá la próxima vez sea mejor centrarse en la literatura moderna. Liz, es tu turno.

Elizabeth se levantó y explicó que para llevar a cabo su investigación se había disfrazado de hombre y la habían tomado por un crítico.

—He leído libros recientes con bastante regularidad durante los últimos cinco años —dijo—. El señor Wells es el escritor vivo más popular; después estaría el señor Arnold Bennett y, a continuación, el señor Compton Mackenzie. El señor McKenna y el señor Walpole[65] pueden incluirse en la misma categoría.

Y, dicho esto, volvió a sentarse.

—¡Pero no nos has dicho nada! —protestamos—. ¿O pretendes insinuar que esos caballeros han superado con creces a Jane y a Eliot, y que la literatura inglesa está... (¿Cómo decía esa reseña tuya? Ah, sí)... «a salvo en sus manos»?

—A salvo, completamente a salvo —respondió ella, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro, visiblemente nerviosa—. Y estoy segura de que aportan mucho más de lo que reciben.

No nos cabía la menor duda.

—Sin embargo —insistimos—, ¿escriben buenos libros?

—¿Buenos libros? —dijo, mirando al techo—. Debéis recordar —empezó a decir, hablando con excesiva rapidez— que las novelas son un espejo de la vida. Y no podéis negar que una buena educación es de suma importancia y que sería extremadamente molesto no saber cuál es la mejor pensión para pasar la noche si alguna vez la noche os coge por sorpresa paseando a solas por Brighton. O suponed que empieza a llover un domingo por la tarde... ¿No os apetecería ir a ver una película?

—Pero ¿eso qué tiene que ver con lo que estábamos diciendo? —le preguntamos.

—Nada, nada, absolutamente nada —respondió.

—Bueno, pues dinos la verdad —insistimos.

—¿La verdad? Pero ¿no es maravilloso? —saltó ella—. El señor Chitter ha escrito un artículo semanal durante los últimos treinta años, sin importarle lo más mínimo que los artículos trataran sobre el amor o sobre las tostadas con mantequilla, y ha enviado a todos sus hijos a estudiar a Eton...

—¡La verdad! —gritamos.

—Ah, la verdad —balbuceó—. La verdad no tiene nada que ver con la literatura.

Y, después de sentarse, se negó a decir una sola palabra más.

Todo nos parecía muy poco concluyente.

—Señoritas, hemos de intentar al menos recapitular todos los resultados —empezó a decir Jane, cuando un murmullo, que desde hacía un rato entraba por la ventana, ahogó sus palabras.

—¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Se ha declarado la guerra! —gritaban varios hombres abajo, en

la calle.

Nos miramos unas a otras, horrorizadas.

—¿Qué guerra? —gritamos—. ¿Qué guerra?

Recordamos entonces, demasiado tarde, que en todo aquel tiempo no habíamos enviado a nadie a la Cámara de los Comunes. Nos habíamos olvidado de ello por completo. Todas miramos a Poll, que ya había llegado a la Sección de Historia en su recorrido desde la planta superior de la Biblioteca de Londres, y le pedimos que nos instruyera.

—A veces ocurre por unos motivos, a veces por otros —respondió muy tranquila—. En 1760, por ejemplo... —los gritos del exterior nos impedían oír lo que decía—. De nuevo en 1797... Y en 1804... En 1866 fueron los austriacos... En 1870 la guerra franco-prusiana... En 1900, sin embargo...

—¡Pero ahora estamos en 1914! —la interrumpimos.

—¡Ah, no tengo la menor idea de por qué van a la guerra esta vez! —admitió.

La guerra había terminado y la firma del tratado de paz era inminente. Una vez más, estaba con Castalia en el salón donde solíamos celebrar nuestras reuniones, y las dos comenzamos a hojear las páginas de nuestros viejos libros de actas.

—Qué extraño me resulta —murmuré— ver ahora lo que pensábamos hace cinco años.

—Acordamos —dijo Castalia por encima de mi hombro, citando textualmente— que el objetivo principal de la vida es producir buena gente y buenos libros.

No dijimos nada al respecto.

—Un buen hombre ha de ser honesto, apasionado y espiritual en cualquier situación.

—¡Qué lenguaje tan femenino! —comenté.

—¡Oh, querida! —gritó Castalia, apartando el libro de su lado—. ¡Pero qué tontas fuimos! Y todo por culpa del padre de Poll —añadió—. Estoy segura de que lo hizo a propósito, ese hombre ridículo. Quiero decir, obligarla a leer todos los libros de la Biblioteca de Londres. Si no hubiéramos aprendido a leer —siguió diciendo con amargura— quizá aún seguiríamos teniendo hijos en la ignorancia... y, a pesar de todo, creo que seríamos mucho más felices viviendo esa vida. Sé lo que vas a decir sobre la guerra —dijo mirándome— y el horror de traer hijos al mundo para ver cómo los matan; pero nuestras madres lo hicieron, y también nuestras abuelas y sus madres mucho antes. Y no se quejaban. Ellas no sabían leer. Yo misma he hecho todo lo posible por evitar que mi hijita aprendiera a hacerlo, pero ¿de qué me ha servido? El otro día, sin ir más lejos, pillé a Ann con un periódico en la mano y enseguida me preguntó si aquellas cosas eran «ciertas». Lo siguiente que hará será preguntarme si Lloyd George es un buen hombre, después si Arnold Bennett es un buen novelista y para rematar si creo en Dios. ¿Cómo puedo educar a mi hija para que no crea en nada?

—Podrías hacerle creer que el intelecto del hombre es, y siempre será, fundamentalmente superior al de la mujer —le sugerí.

Al oír aquello pareció animarse y volvió a hojear algunos de nuestros viejos cuadernos.

—Sí, piensa en sus descubrimientos, en sus matemáticas, su ciencia, su filosofía, su erudición... —Entonces se echó a reír—. Nunca me olvidaré del viejo Hobkin y su horquilla del pelo —dijo, y siguió leyendo y riendo, lo que por un momento me hizo pensar que era feliz, hasta que de repente apartó el libro y exclamó—: ¡Oh, Cassandra! ¿Por qué me atormentas? ¿No crees

que nuestra fe en el intelecto del hombre es la mayor falacia de todas?

—¡Qué! —exclamé—. Pregúntale a cualquier periodista o profesor de escuela, a cualquier político o posadero del país, y todos ellos te dirán que los hombres son más inteligentes que las mujeres.

—Como si yo lo dudara —respondió con desdén—. ¿Cómo iba a ser de otro modo si los hemos criado, alimentado y protegido desde el principio de los tiempos para que pudieran ser inteligentes, incluso a riesgo de que no fueran nada más? ¡Es todo culpa nuestra! —gritó—. Nos empeñamos en tener intelecto y ahora lo tenemos. Y en el intelecto —continuó— está precisamente la raíz del problema. ¿Puede haber algo más encantador que un chiquillo antes de que haya empezado a cultivar su intelecto? Da gusto mirarlo, todavía no se da aires y es capaz de comprender el sentido del arte y la literatura de forma instintiva; pasa el tiempo disfrutando de la vida y haciendo que los demás disfruten de la suya. Pero entonces le enseñan a cultivar el intelecto y se convierte en abogado, en funcionario público o general, en novelista o profesor. Todos los días se va a la oficina. Cada año escribe un libro. Mantiene a toda su familia con los réditos de su cerebro. ¡Pobre diablo! Muy pronto es incapaz de entrar en una habitación sin hacernos sentir incómodas, se comporta de forma condescendiente con todas las mujeres que conoce y no se atreve a ser sincero ni con su propia esposa. En lugar de alegrarnos la vista, nos vemos obligadas a cerrar los ojos cada vez que tenemos que abrazarle. Es cierto que se consuela con estrellas de todo tipo, con galones de todos los colores e ingresos de toda cuantía. Pero ¿con qué se supone que hemos de consolarnos nosotras? ¿Con la esperanza de que dentro de diez años podremos pasar un fin de semana de asueto en Lahore? ¿O pensando que el insecto más pequeño de Japón tiene un nombre dos veces más largo que su cuerpo? ¡Oh, Cassandra! Por el amor de Dios, hemos de inventar algún método para que los hombres puedan tener hijos. ¡Es nuestra única oportunidad! Pues, a menos que los mantengamos ocupados con algún pasatiempo inocente, nunca tendremos buena gente ni buenos libros. Pereceremos bajo los frutos de su desenfrenada actividad, y ningún ser humano sobrevivirá para saber que en otro tiempo existió un Shakespeare.

—¡Es demasiado tarde! —repliqué yo—. Ni siquiera podemos controlar lo que les sucede a nuestros hijos.

—Y, aun así, me pides que tenga fe en la inteligencia —dijo ella.

Mientras hablábamos se oían las voces roncadas y cascadas de algunos hombres charlando en la calle y, al escuchar un instante, nos enteramos de que ya se había firmado el tratado de paz. Las voces se fueron desvaneciendo. Llovía, lo que sin duda deslució el espectáculo de fuegos artificiales sobre la ciudad.

—Mi cocinera seguramente habrá comprado el *Evening News* —dijo Castalia—, y Ann lo leerá en voz alta a la hora del té. Debo irme a casa.

—No hay nada que puedas hacer, nada de nada —respondí—. En cuanto aprenda a leer, solo hay una cosa en la que puedes enseñarle a creer, y es en sí misma.

—Bueno, eso ya sería mucho —dijo Castalia suspirando.

De este modo, recogimos todos los documentos y, aunque Ann estaba jugando muy felizmente con su muñeca, le entregamos con gran solemnidad el lote completo y le anunciamos que había sido elegida futura presidenta de nuestra sociedad..., ante lo cual la pequeña rompió a llorar. ¡Pobre chiquilla!

A MODO DE POSFACIO

CONTEMPORÁNEAS

*ROSALÍA DE CASTRO,
CECILIA BÖHL DE FABER, ALIAS FERNÁN CABALLERO,
Y EMILIA PARDO BAZÁN*

ROSALÍA DE CASTRO

(1837-1885)

LAS LITERATAS: CARTA A EDUARDA

(1866)

Mi querida Eduarda: ¿Seré demasiado cruel, al empezar esta carta, diciéndote que la tuya me ha puesto triste y malhumorada? ¿Iré a parecerme envidiosa de tus talentos, o brutalmente franca, cuando me atrevo a despojarte, sin rebozo ni compasión, de esas caras ilusiones que tan ardientemente acaricias? Pero tú sabes quién soy, conoces hasta lo íntimo mis sentimientos, las afecciones de mi corazón, y puedo hablarte.

No, mil veces no, Eduarda; aleja de ti tan fatal tentación, no publiques nada y guarda para ti sola tus versos y tu prosa, tus novelas y tus dramas: que ese sea un secreto entre el cielo, tú y yo. ¿No ves que el mundo está lleno de esas cosas? Todos escriben y de todo. Las musas se han desencadenado. Hay más libros que arenas tiene el mar, más genios que estrellas tiene el cielo y más críticos que hierbas hay en los campos. Muchos han dado en tomar esto último por oficio; reciben por ello alabanzas de la patria, y, aunque lo hacen lo peor que hubiera podido esperarse, prosiguen entusiasmados, riéndose, necios felices, de los otros necios, mientras los demás se ríen de ellos. Semejantes a una plaga asoladora, críticos y escritores han invadido la tierra y la devoran como pueden. ¿Qué falta hacemos, pues, tú y yo entre ese tumulto devastador? Ninguna, y lo que sobra siempre está de más. Dirás que trato esta cuestión como la del matrimonio, que hablamos mal de él después de que nos hemos casado; mas puedo asegurarte, amiga mía, que, si el matrimonio es casi para nosotros una necesidad impuesta por la sociedad y la misma naturaleza, las musas son un escollo y nada más. Y, por otra parte, ¿merecen ellas que uno las ame? ¿No se han hecho acaso tan ramplonas y plebeyas que acuden al primero que las invoca, siquiera sea la cabeza más vacía? Juzga por lo que te voy a contar.

Hace algún tiempo, el barbero de mi marido se presentó circunspecto y orgullosamente grave. Habiendo tropezado al entrar con la cocinera, le alargó su mano y la saludó con la mayor cortesía, diciendo: «A los pies de usted, María: ¿qué tal de salud?», «Vamos andando —le contestó muy risueña—, ¿y usted, Guanito?», «Bien, gracias, para servir a usted», «¿Qué fino es usted, amigo

mío! —añadió ella, creyéndose elevada al quinto cielo porque el barberillo le había dado la mano al saludarla y se había puesto a sus pies—. ¡Cómo se conoce que ha pisado usted las calles de La Habana! Por aquí, apenas saben los mozos decir más que buenos días».

—¡Cómo se conoce que vienes de aquella tierra! —exclamé yo para mí—. Tú ya sabes, Eduarda, cuál es aquella tierra..., aquella feliz provincia en donde todos, todos (yo creo que hasta las arañas) descienden en línea recta de cierta antigua, ingeniosa y artística raza que ha dado al mundo lecciones de arte y sabiduría.

—¿Cómo no ha venido usted más antes? —le preguntó mi marido algo serio—. ¿No sabía usted que le esperaba desde las diez?

—Cada cual tiene sus ocupaciones particulares —repuso el barbero con mucho tono y jugando con el bastón—. Tenía que concluir mi libro y llevarlo a casa del impresor, que ya era tiempo.

—¿Qué libro? —repuso mi marido lleno de asombro.

—Una novela moral, instructiva y científica que acabo de escribir, y en la cual demuestro palpablemente que el oficio de barbero es el más interesante entre todos los oficios que se llaman mecánicos, y debe ser elevado al grado de profesión honorífica y titulada, y trascendental por añadidura.

Mi marido se levantó entonces de la silla en que se sentara para ser inmolado, y, cogiendo algunas monedas, se las entregó al barbero, diciendo:

—Hombre que hace tales obras no es digno de afeitar mi cara —y se alejó riendo fuertemente.

Pero no así yo, que, irritada contra los necios y las musas, abrí mi papelera y rompí cuanto allí tenía escrito, con lo cual, a decir verdad, nada se ha perdido.

Porque tal es el mundo, Eduarda: cogerá el libro, o, más bien dicho, el aborto de ese barbero, a quien Dios hizo más estúpido que una marmota, y se atreverá a compararlo con una novela de Jorge Sand. «Yo tengo leídas muchas preciosas obras», me decía un día cierto joven que se tenía por instruido. «*Las tardes de La Granja* y el *Manfredo* de Byron; pero, sobre todo, *Las tardes de La Granja* me han hecho feliz». «Lo creo», le contesté, y mudé de conversación.

Esto es insoportable para una persona que tenga algún orgullo literario y algún sentimiento de poesía en el corazón; pero, sobre todo, amiga mía, tú no sabes lo que es ser escritora. Serlo como Jorge Sand vale algo; pero, de otro modo, ¡qué continuo tormento!; por la calle te señalan constantemente, y no para bien, y en todas partes murmuran de ti. Si vas a la tertulia y hablas de algo de lo que sabes, si te expresas siquiera en un lenguaje algo correcto, te llaman bachillera, dicen que te escuchas a ti misma, que lo quieres saber todo. Si guardas una prudente reserva, ¡qué fatua!, ¡qué orgullosa!; te desdeñas de hablar como no sea con literatos. Si te haces modesta y por no entrar en vanas disputas dejas pasar desapercibidas las cuestiones con que te provocan, ¿en dónde está tu talento?; ni siquiera sabes entretener a la gente con una amena conversación. Si te agrada la sociedad, pretendes lucirte, quieres que se hable de ti, no hay función sin tarasca. Si vives apartada del trato de gentes, es que te haces la interesante, estás loca, tu carácter es atrabiliario e insoportable; pasas el día en delirios poéticos, y la noche, contemplando las estrellas, como don Quijote. Las mujeres ponen de relieve hasta el más escondido de tus defectos, y los hombres no cesan de decirte siempre que pueden que una mujer de talento es una verdadera calamidad, que vale más casarse con la burra de Balaam, y que solo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal varón.

Sobre todo, los que escriben y se tienen por graciosos no dejan pasar nunca la ocasión de decirte que las mujeres deben dejar la pluma y reparar los calcetines de sus maridos, si los tienen,

y si no, aunque sean los del criado. Cosa fácil era para algunas abrir el armario y plantarles delante de las narices los zurcidos pacientemente trabajados, para probarle que el escribir algunas páginas no les hace a todas olvidarse de sus quehaceres domésticos, pudiendo añadir que los que tal murmuran saben olvidarse, en cambio, de que no han nacido más que para tragar el pan de cada día y vivir como los parásitos.

Pero es el caso, Eduarda, que los hombres miran a las literatas peor que mirarían al diablo, y este es un nuevo escollo que debes temer tú, que no tienes dote. Únicamente alguno de verdadero talento pudiera, estimándote en lo que vales, despreciar necias y aun erradas preocupaciones; pero..., ¡ay de ti entonces!, ya nada de cuanto escribes es tuyo, se acabó tu numen, tu marido es el que escribe y tú la que firmas.

Yo, a quien sin duda un mal genio ha querido llevar por el perverso camino de las musas, sé hartamente bien la senda que en tal peregrinación recorreremos. Por lo que a mí respecta, se dice muy corrientemente que mi marido trabaja sin cesar para hacerme inmortal. Versos, prosa, bueno o malo, todo es suyo; pero, sobre todo, lo que les parece menos malo, y no hay principiante de poeta ni hombre sesudo que no lo afirme. ¡De tal modo le cargan pecados que no ha cometido! Enfadosa preocupación, penosa tarea, por cierto, la de mi marido, que, costándole aún trabajo escribir para sí (porque la mayor parte de los poetas son perezosos), tiene que hacer además los libros de su mujer, sin duda con el objeto de que digan que tiene una esposa poetisa (esta palabra ya llegó a hacerme daño) o novelista, es decir, lo peor que puede ser hoy una mujer.

Ello es algo absurdo si bien se reflexiona, y hasta parece oponerse al buen gusto y a la delicadeza de un hombre y de una mujer que no sean absolutamente necios... Pero ¿cómo cree que ella pueda escribir tales cosas? Una mujer a quien ven todos los días, a quien conocen desde la luna, a quien han oído hablar, y no andaluz, sino lisa y llanamente como cualquiera, ¿puede discurrir y escribir cosas que a ellos no se les han pasado nunca por las mientes, y eso que han estudiado y saben filosofía, leyes, retórica y poética, etc.? Imposible; no puede creerse a no ser que viniese Dios a decirlo. ¡Si siquiera hubiese nacido en Francia o en Madrid! Pero ¿aquí mismo?... ¡Oh!...

Todo esto que, por lo general, me importa poco, Eduarda, hay veces, sin embargo, que me ofende y lastima mi amor propio, y he aquí otro nuevo tormento que debes añadir a los ya mencionados.

Pero no creas que para aquí el mal, pues una poetisa o escritora no puede vivir humanamente en paz sobre la tierra, puesto que, además de las agitaciones de su espíritu, tiene las que levantan en torno de ellas cuantos la rodean.

Si te casas con un hombre vulgar, aun cuando él sea el que te atormenta y te oprima día y noche, sin dejarte respirar siquiera, tú eres para el mundo quien le maneja, quien le lleva y trae, tú quien le manda; él dice en la visita la lección que tú le has enseñado en casa, y no se atreve a levantar los ojos por miedo a que le riñas, y todo esto que redundará en menosprecio de tu marido no puede menos de herirte mortalmente si tienes sentimientos y dignidad, porque lo primero que debe cuidar una mujer es de que la honra y la dignidad de su esposo rayen siempre tan alto como sea posible. Toda mancha que llega a caer en él cunde hasta ti y hasta tus hijos: es la columna en que te apoyas y no puede vacilar sin que vaciles, ni ser derribada sin que te arrastre en su caída.

He aquí, bosquejada deprisa y a grandes rasgos, la vida de una mujer literata. Lee y reflexiona; espero con ansia tu respuesta.

Tu amiga,

NICANORA

Paseándome un día por las afueras de la ciudad, hallé una pequeña cartera que contenía esta carta. Pareciome de mi gusto, no por su mérito literario, sino por la intención con que ha sido escrita, y por eso me animé a publicarla. Perdóneme la desconocida autora esta libertad, en virtud de la analogía que existe entre nuestros sentimientos.

CECILIA BÖHL DE FABER, ALIAS FERNÁN CABALLERO

(1796-1877)

LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS

(1874)

Había un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios, a cual más apuesto, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenían su beneplácito, y que preguntaría a su hija a cuál de ellos prefería.

Así lo hizo, y la niña le contestó que a los tres.

—Pero, hija, si eso no puede ser.

—Elijo a los tres —contestó la niña.

—Habla en razón, mujer —volvió a decir el padre—. ¿A cuál de ellos doy el sí?

—A los tres —volvió a contestar la niña, y no hubo quien la sacase de ahí.

El pobre padre se fue mohíno, y les dijo a los tres pretendientes que su hija los quería a los tres; pero que, como eso no era posible, que él había determinado que se fuesen por esos mundos de Dios a buscar y traerles una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara sería el que se casase con su hija.

Pusiéronse en camino, cada cual, por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron a reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie.

Estando en estas tribulaciones, sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que había llegado con un viejecito, que le dijo si le quería comprar un espejito.

Contestó que no, puesto que para nada le podía servir aquel espejo, tan chico y tan feo.

Entonces el vendedor le dijo que tenía aquel espejo una gran virtud, y era que se veían en él las personas que su dueño deseaba ver; y, habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que había llegado el segundo, al pasar por una calle, se encontró al mismo viejecito, que le

preguntó si le quería comprar un botecito con bálsamo.

—¿Para qué me ha de servir ese bálsamo? —preguntó al viejecito.

—Dios sabe —respondió este—; pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar a los muertos.

En aquel momento acertó a pasar por allí un entierro; se fue a la caja, le echó una gota de bálsamo en la boca al difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataúd y se fue a su casa; lo que, visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vio llegar sobre las olas un arca muy grande, y, acercándose a la playa, se abrió, y salieron saltando en tierra infinidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó a él y le dijo si le quería comprar aquella arca.

—¿Para qué la quiero yo —respondió el pretendiente—, si no puede servir sino para hacer una hoguera?

—No, señor —repuso el viejecito—, que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva a su dueño y a los que con él se embarcan adonde apetecen ir y donde deseen. Ello es cierto; puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas horas se hallaban en las playas de España.

Cerciorose el caballero, y compró el arca por lo que le pidió su dueño.

Al día siguiente se reunieron los tres, y cada cual contó muy satisfecho que ya había hallado lo que deseaba, y que iba, pues, a regresar a España.

El primero dijo cómo había comprado un espejo, en el que se veía, con solo desearlo, la persona ausente que se quería ver; y para probarlo presentó su espejo, deseando ver a la niña que todos tres pretendían. ¡Pero cuál sería su asombro cuando la vieron tendida en un ataúd y muerta!

—Yo tengo —exclamó el que había comprado el bote— un bálsamo, que la resucitaría; pero de aquí a que llegemos, ya estará enterrada y comida de gusanos.

—Pues yo tengo —dijo a su vez el que había comprado el arca— un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corrieron entonces a embarcarse en el arca, y a las pocas horas saltaron en tierra, y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron a este en el mayor desconsuelo, por la muerte de su hija, que aún se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase a verla; y, cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenía el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataúd y, volviéndose a su padre, le dijo:

—¿Lo ve usted, padre, como los necesitaba a los tres?

EMILIA PARDO BAZÁN

(1851-1921)

EL ABANICO

(1908)

—Como deseaba escrutar el corazón de mi novia —díjome Sandalio Aguilar, en la terraza del Casino, en la hora propicia a las confidencias, cuando los acordes de la orquesta se desmayan en el aire, aleteando débiles, a manera de fatigadas mariposas—, y en las conversaciones de amor casi todo es mentira, decidí practicar una experiencia que me ilustrase. No había asistido ella nunca a una corrida de toros. ¡Su tía la educaba con tal rigidez...! Compré un palco, y las invité galantemente. La tía transigió, convidando a su vez a unas amigas que la ayudasen a llevar, según ella decía, el peso de la «cesta».

Me senté en el ángulo del palco, al lado de mi Bertina (ya sabe usted: Albertina Laguarda, hoy marquesa de Lucientes). No, no crea usted que me he interrumpido porque me corte el habla ninguna emoción. Es que la noche empieza a refrescar, y yo tengo unos bronquios que todo lo notan enseguida. ¡Ejem!...

Y Sandalio tosió con la precisión y la pulcritud que le caracterizan, aplicando a la boca un fino pañuelo, fragante, de amplísima orla.

—Bien; ya hemos pagado el tributo irremisible a la señora tos... Quedamos en que me instalé a la vera de mi novia, que por cierto estaba guapísima con su mantilla blanca de encaje rancio. Llevaba un traje rosa salmón, o, más bien, rosa carne, escotado, y la juguetona blonda confundía de un modo delicioso los tonos similares de la tez y de la vestidura. Sobre su pelo castaño y fosco, que el sol rafagueaba de oro viejo, un manojo entero de clavelones enormes, de ese matiz indeciso que no es rojo ni rosa y que al remate de las hojas se cambia en gris argentado, se erguía provocativo, dentro del medio canalón de la peinetaza de carey. No llevaba guantes, y su manita, cuajada de sortijas, relucía al manejar el abanico, un gran pericón manileño sembrado de flores extravagantes, imposibles. La aureola de la mantilla, haciendo sombra a frente y sienes, profundizaba sus ojos atrayentes e insondables... En fin, era necesario tener mi calma, mi espíritu analítico, para no olvidar completamente que se trataba de una experiencia de psicología, de que

impresiones fuertes e inesperadas descubriesen algún rincón del alma de una mujer destinada a ser toda la vida mi amante compañera... Me dediqué, solícito, a explicar lo que allí iba a suceder, y desde el primer momento sufrí una decepción: Bertina sabía perfectamente los mínimos detalles de la fiesta nacional. Periódicos y conversaciones la tenían bien enterada. ¡Cualquier enseña nada nuevo a nadie en la época presente! No quedan divinas ignorancias. Me sentí contrariado de veras. ¡Qué iniciación me perdía!... Mi amor propio sufrió involuntariamente. ¡Cuánto placer en el capullo cerrado, cuánta delicia en rasgar el velo...! Para más mortificarme, trocándose los papeles, ella misma, experta por intuición, me iba guiando a mí...

—Ahora es lo más lucido: el despejo de la plaza y salida de la cuadrilla. ¡Qué precioso! Ahí vienen Sombrerito Chico y El Pajel, con unos andares... Los trajes me encantan. Un ascua de oro el de Pajel y una pura filigrana de plata el de Sombrerito. Visten mejor que nosotras... El Pajel es muy elegante, muy esbelto. De cara morena... Es chistosa su cara...

—De cerca, picado de viruelas, con cada agujero así —advertí, porque a ningún novio le hace maldita la gracia que su novia ensalce a otro hombre—. Un tío más bruto que un cerrojo. Si le zamarrean, echa bellotas.

—¡Bah! De cerca creo que no habrá muchas ocasiones de contemplarle —respondió Bertina, riendo coquetamente, penetrando mi intención con agudeza de mujer—, por más que a él y a los de su cuadrilla me los encuentro en la calle vestidos de corto y me echan chicoleos. ¡Ay!... Mira: acaba de entregar el capote de paseo a Félix Nieva... Son muy amigotes.

—Veo que estás informadísima...

—¡Ah, el toro! —exclamó vivamente.

La fiera, que había salido corriendo, se plantó en mitad de la plaza. Era un bicho negro, poderoso, que parecía modelado por Benlliure. Sus astas, finísimas en la punta, curvadas con brío amenazador, contrastaban con la cabeza estúpida, casi dulce, casi pacífica. La ferocidad vendría a su hora, cuando hubiesen acosado a la res, desgarrado su piel, acribillado su carne, inflamado su sangre, excitado su desesperación, hinchando sus pulmones con la queja cavernosa del mugido; pero, en aquel instante, sorprendido y deslumbrado, molestado solo por el picotazo de la divisa, el toro no sentía más que extrañeza y la nostalgia con que el instinto le recordaba los frescores de la dehesa, los aromas de los pastos, el borboteo del agua del arroyo...

Iba a comenzar la faena de caballos. Allí esperaba yo a Bertina. Espiaba, en el lago pérfido de sus pupilas, la agitación de la sensibilidad. Por mucho que se la hubiesen explicado, la suerte de varas tiene siempre lo imprevisto y brutal del espectáculo cruento; la sensación material es nueva necesariamente, aunque la inteligencia la haya razonado de antemano. Rígidos, terciada la pica, los varilargueros esperaban la embestida de la fiera, que, después de recorrer a escape el redondel dos o tres vueltas, distraída y desdeñosa, se fijó, por fin, en aquellas macizas estantiguas ecuestres, en los famélicos bultos que las soportaban, y cuya línea angulosa, desvencijada, se exageraba caricaturesca en la proyección de sombra. Resopló el toro, partió como un rayo, y, mientras la puya se le hincaba en la carne, rasgó él con la aguda cuerna el arca del vientre del caballo... Brotó de la rasgadura larga, humeante, todo el paquete intestinal; fiemo y sangre, en hedionda mezclanza, se emplastaron en la arena; las patas del caballo, al querer arrancar en espantada huida, se enredaron en el revoltijo de tripas colgantes, y lo pisotearon y despedazaron, sacudiendo trozos y piltrafas; el jaco, vacío, titubeó, tembló convulsivo sobre sus cuatro remos, y, en tanto que el picador se zafaba pesadamente, tumbóse desplomado, mascando el aire con bascas de agonía...

Fijamente miraba a Bertina yo. Su perfil, de entre las ondas de la mantilla, salía acentuado, como adelgazado por una contracción nerviosa. Las alas de su nariz delicada, palpitaban, y sus mejillas eran dos hojas de magnolia, recién abierta, tersas y blancas, que jamás ha regado el rocío...

Es indudable que siente —pensé al pronto—. Es el horror lo que hace aletear su corazón y albear su tez. Va a volverse y a decirme que no la traiga más a esta carnicería.

Volvíase Bertina, en efecto. Su rostro, al buscar el mío, sonreía, con travesura deliciosa, con una mezcla de queja y mimo, de resignación y chuscada, que desafiaba el pincel del retratista más expresivo. Y su mano, cual relicario de anillos de pedrería, engaste de la joya más valiosa aún de los deditos ebúrneos y las uñas rosadas, alzaba airoosamente el abierto abanico madrileño, poniéndolo como un biombo ante la vista del cuerpo de la sardina despanzurrada, y dejando, a la parte que el país exornado con extravagantes flores no interceptaba, libre el campo para contemplar ávidamente cómo El Pajel iba a pelear: una galantería al público, un rasgo de condescendencia del diestro...

—De estas cosas feas, lo mejor es defenderse con el abanico —murmuró, traduciendo a su manera la pregunta de mis ojos—. Porque, no viéndolas, ¿verdad?, es lo mismo que si no las hubiese...

—¿Te basta a ti con el abanico? —respondí en el mismo tono confidencial y afable.

—Claro que sí... Ya no se ve ese asco —afirmó, acercando a su nariz el esenciero, que con otros dijes minúsculos colgaba de su cadena de oro.

Me precio de prudente, de hábil, y tardé aún seis meses en retirar de un modo suave e insensible mi candidatura a la mano ensortijada de Bertina. En este tiempo pude cerciorarme de que el sistema del abanico lo aplicaba a todos los casos posibles. Tapar, tapar, que ojos que no ven, corazón que no quiebra... ¡Y yo no quiero un corazón que se regula por la materialidad de los ojos!

—No estaba usted enamorado de Bertina —objeté—. Si lo estuviese, prescindiría de estos tiquismiquis; y, aun sin estarlo, debió usted comprender que su actitud era eminentemente social. Nadie hace otra cosa. No se mira lo que no puede evitarse. La sociedad esgrime un abanico inmenso.

NOTAS

[1] Título original: *Mary, a fiction*. Traducción de Pablo González-Nuevo. *Mary, un relato* es una novela extensa, no un cuento. Incluimos, sin solución de continuidad, como si de un cuento se tratara, la advertencia y el último capítulo. (N. de la E.)

[2] Título original: *Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne*. Traducción de Susana Prieto Mori. No se incluye la declaración completa. Se ha prescindido del postámbulo, tan interesante como el resto del documento, por exceder tanto la extensión como el ámbito de esta antología. (N. de la E.)

[3] *De París a Perú, de Japón hasta Londres, no hay animal más necio, en mi opinión, que el hombre*. (N. de la T.)

[4] Título original: *Love and friendship*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[5] Pueblo del sur de Escocia donde solían casarse las parejas jóvenes que no contaban con el consentimiento de sus padres. (N. del T.)

[6] Thomas Wolsey, capellán del rey durante el reinado de Enrique VIII que llegó a aglutinar gran poder como consejero del monarca y arzobispo de York. (N. del T.)

[7] «Ostentación». (N. del T.)

[8] Título original: *The skeleton Count or the vampire mistress*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[9] Flavio Josefo. (N. del T.)

[10] Título original: *Hopes*. Traducción de Pablo González-Nuevo, que utiliza la versión inglesa realizada por la poeta Mary Howitt (1799-1888) en 1856. (N. de la E.)

[11] Título original: *Hopes*. Traducción de Pablo González-Nuevo, que utiliza la versión inglesa realizada por la poeta Mary Howitt (1799-1888) en 1856. (N. de la E.)

[12] Título original: *Cora*. Traducción de Susana Pietro Mori. (N. de la E.)

[13] Las novelas del escritor alemán August Lafontaine (1758-1831), muy populares en Francia a principios del siglo XIX, tienen la reputación de ser ingenuas y sensibleras. (N. de la T.)

[14] Título original: *The Invisible Girl*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[15] Diosa de la juventud, hija de Zeus y Hera. (N. del T.)

[16] Título original: *Brother Jacob*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[17] En francés, «falso». (N. del T.)

[18] Instituciones pedagógicas creadas con el fin de proporcionar una educación adulta a los

jóvenes en edad de trabajar, especialmente en materias de carácter técnico. La primera de ellas se creó en la ciudad escocesa de Edimburgo en el año 1821. (N. del T.)

[19] *Inkle and Yarico; an Opera, in Three Acts*: ópera cómica de George Colman y Samuel Arnold sobre un comerciante inglés, el señor Inkle, que sobrevive a un naufragio en las Indias Occidentales gracias a la ayuda de una mujer indígena llamada Yarico. (N. del T.)

[20] La mente sin culpa. (N. del T.)

[21] Nombre por el que se conocía en Inglaterra a los partidarios de la Reforma. (N. del T.)

[22] *Yellow Coat*: en inglés, «batas amarillas». Se refiere a los uniformes de la escuela, a los que se alude seguidamente en el texto. (N. del T.)

[23] Alusión a Punch y Judy, los títeres tradicionales ingleses. (N. del T.)

[24] En inglés, «libremente, generosamente». (N. del T.)

[25] Romance en verso de temática oriental, escrito por Thomas Moore. (N. del T.)

[26] Respectivamente, un relato en verso (publicado en 1814) y un poema narrativo trágico (publicado en 1816), obra de lord Byron. (N. del T.)

[27] Pájaro cantor de África y del Asia tropical. (N. del T.)

[28] Richmal Mangnall (1769-1820), maestra y escritora conocida por esta obra que llegó a ser utilizada en las escuelas como libro de texto. (N. del T.)

[29] *K.C.B.* o *Knight Commander of the Order of the Bath* en el original («caballero comandante de la Orden del Baño», orden de caballería británica fundada por el rey Jorge I en el año 1725. (N. del T.)

[30] Penitenciaría situada en la costa sudoriental australiana. (N. del T.)

[31] «Zorro» en inglés. (N. del T.)

[32] Título original: *Anna's whim*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[33] En castellano en el original. (N. del T.)

[34] Título original: *Mizora: a world of women*. Traducción de Pablo González-Nuevo. El fragmento corresponde a los capítulos II y III de la segunda parte de la novela. (N. de la E.)

[35] Título original: *The yellow wallpaper*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[36] Título original: *Dream life and real life: a little African story*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (N. de la E.)

[37] *Milk-bush* en el original. También conocido como arbusto de goma, árbol de los dedos, dedito, palitroque o abá. (N. del T.)

[38] Meseta semidesértica que se extiende entre Namibia y el sur de Sudáfrica. (N. del T.)

[39] Redil. (N. del T.)

[40] *Sluit*, en el original: un profundo surco, generalmente seco, por el que discurren los repentinos torrentes de agua producidos por las tormentas en las llanuras del Karoo. (N. del T.)

[41] En el Karoo hay montículos de roca que se alzan en solitario o formando pequeños grupos, que en ocasiones tienen el aire fantástico de castillos en ruinas o gigantescos túmulos construidos por el hombre. (N. de la A.)

[42] También conocido como árbol kiepersol o árbol de la col. (N. del T.)

[43] *Kaffirs* en el original. Se trata de un término despectivo para referirse a los negros en algunas regiones del sur de África. *Cafri* es otra de sus grafías. (N. del T.)

- [44] Precipicio. (*N. de la A.*)
- [45] Título original: *The story of an hour*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (*N. de la E.*)
- [46] Título original: *Sultana's dream*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (*N. de la E.*)
- [47] *Purdahnishin woman*, en el original. El *purdah* es una práctica o norma cultural que recluye u oculta a las mujeres de todos aquellos hombres que no sean sus parientes directos. (*N. del T.*)
- [48] En persa, «zenana» significa «de las mujeres». Se refiere a la parte de la casa reservada a las mujeres y su séquito en países como la India y Paquistán. (*N. del T.*)
- [49] Parte de la casa reservada a los hombres y los invitados. (*N. del T.*)
- [50] En persa, «montaña de luz». Se refiere a un diamante real de ciento ocho quilates, originario de la India. (*N. del T.*)
- [51] El Trono del Pavo Real, *Tajt-e-Tâvûs* en persa, es el nombre de un trono del Imperio mogol de la India, utilizado posteriormente para referirse a los tronos de los otros emperadores. (*N. del T.*)
- [52] Título original: *The hermit and the wild woman*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (*N. de la E.*)
- [53] Santa María Egipciaca. (*N. del T.*)
- [54] Cordero de Dios. (*N. del T.*)
- [55] Del alemán *Landsknechts*, en el original: «servidores de la tierra». Mercenarios originarios de Alemania que actuaban violentamente por diversas regiones de Europa entre los siglos XV y XVII. (*N. del T.*)
- [56] Primer verso de la versión en latín del ángelus. (*N. del T.*)
- [57] Alusión a la parábola del hombre rico y Lázaro (Lucas, 16, 19-31). (*N. del T.*)
- [58] También conocidos como goliardos. (*N. del T.*)
- [59] Mártires que constituyeron un movimiento de liberación judío. (*N. del T.*)
- [60] Título original: *A society*. Traducción de Pablo González-Nuevo. (*N. de la E.*)
- [61] *The Lives of the lord Chancellors and Keepers of the Great Seal of England*, de John Campbell. (*N. del T.*)
- [62] La Royal Academy of Arts de Londres. (*N. del T.*)
- [63] Sobrenombre comúnmente utilizado para aludir conjuntamente a las universidades de Oxford y Cambridge. (*N. del T.*)
- [64] Diosa de la mitología grecorromana que poseía, entre otros, el don de transformar a los fieles que se lo pedían en cuerpos femeninos, por considerar que tenían «almas femeninas [atrapadas] en cuerpos masculinos». (*N. del T.*)
- [65] H. G. Wells (1866-1946), Arnold Bennett (1867-1931), Compton Mackenzie (1883-1972), Andrew McKenna (1833-1972) y Horace Walpole (1717-1797). (*N. del T.*)